
ALICE
KELLEN
QUEDARÁ EL
AMOR
Planeta

Índice





You
Tube

in

Sinopsis

El sol baña los acantilados y las aguas turquesas del mar de Cornualles cuando Jane Bellamy y Cedric Stone se conocen en el verano de 1939. No están destinados a ser una ecuación perfecta, pero son jóvenes y el amor lo arrolla todo a su paso. Así que esta historia comienza como otras muchas: él y ella se enamoran. Hay primeras palabras, primeras miradas y primeros besos. Y luego la guerra, la nada. Solo oscuridad. Todo cambia.

Años más tarde, en un hospital de Edimburgo, Margot Abbot sostiene en la mano un anillo que pertenece al paciente que dormita en la cama, Cedric Stone. Ella todavía no lo sabe, pero está a punto de abrir un baúl de recuerdos y descubrir qué ocurrió tras aquellos luminosos días de estío que quedaron atrás.

Quedará el amor

Alice Kellen



Para Lola, editora y amiga.
Gracias por los viajes, las lecturas,
los alfajores, la serenidad y la paciencia.

Y a mi padre,
que fue luz y herida.
Ya te echo de menos.

Me dio por pensar que la vida era una mezcla de dolor y belleza y que no se podía hacer nada al respecto.

Otra vida, JODIE CHAPMAN

Margot y el rastro de los objetos

Edimburgo, Escocia, 1996

Se arremangó y consultó la hora en el reloj. Aún le quedaban dos habitaciones para terminar la jornada, así que iba a llegar tarde otra vez. Arrastró el carrito de limpieza por el largo pasillo del hospital hasta alcanzar la siguiente puerta. Por suerte, al paciente le habían dado el alta y la habitación estaba vacía. Cambió las sábanas y la bolsa de la papelera. Luego entró en acción el desinfectante: frotó la mesilla de noche, los brazos del sillón para las visitas, el baño, la barandilla de la cama y el estrecho armario.

Cuando acabó, era imposible encontrar indicios de la persona que había ocupado la estancia durante las últimas dos semanas: no había cabellos en la almohada ni crucigramas a medio hacer, tan solo una pulcritud aséptica que Margot visualizaba como el vasto hueco que aparece tras vaciar el agua de una piscina.

Ella solía fijarse en el rastro que los pacientes dejaban a su paso, como si fuese la baba brillante de un caracol, pero siempre desde una distancia prudencial. Había aprendido la lección rápido, en cuanto el irritante insomnio había llegado a su vida. Hasta entonces, Margot había servido cafés en un bar de carretera. Limpiar en el hospital no era más complicado que saberse la carta de precios, usar la máquina de café y lidiar con clientes molestos, pero al volver a casa lo hacía acompañada por las historias que flotaban en los pasillos. La mayoría de la gente no advertía su presencia —el personal de limpieza era invisible—, pero ella sí se percataba de todo y de todos.

Llevaba dos meses en el hospital cuando entendió el verdadero riesgo de aquel empleo: Pearl tenía los ojos almendrados, sonrisa perenne y ganas de hablar cada vez que ella entraba en su habitación. Veintitrés años. Cáncer. Los padres de la joven eran tan encantadores como ella, y pronto las conversaciones dejaron de limitarse al tiempo atmosférico y a la insípida comida. Margot descubrió que Pearl tocaba el violín, que le encantaba escuchar a Queen por las mañanas y que tenía dos gatos que la esperaban en el piso de su abuela, ese que quería reformar en cuanto saliese de allí.

Pero al final no hubo más música ni papel de pared que escoger. Nunca abandonó el hospital.

Tras la muerte de Pearl, el sueño se volvió escurridizo y a Margot

las noches se le hacían eternas. Pensaba en la chica y luego en su propia hija. Pensaba en esos padres y luego en su propia concepción del dolor. Pensaba en esa vida que ya no y luego en su propia vida que hasta la fecha sí, pero ¿hasta cuándo? Y aquella historia se mezcló con otras tantas: la madre que no vería crecer a sus mellizos, el sintecho que nunca recibió una visita, ese hombre de cuarenta y tres años que resbaló por culpa del hielo y no pudo contarlo, el niño que solo quería jugar al fútbol pese a su hígado rebelde…

—Tienes que poner límites —le decía Eleanor.

—Ya, pero no es fácil. Todas esas personas…

Y dejaba la frase sin acabar, aunque las emociones seguían burbujeando como si en la tripa tuviese un cazo con un fuego siempre encendido que no lograba apagar. El sofocante calor tenía dos funciones: la angustia y el alivio. Así que cada noche, cuando acostaba a Peter y a Anna, se sentía afortunada al tomar conciencia de la fortaleza de sus pequeños cuerpos, del vaivén de sus respiraciones y de sus mentes ágiles. No, no tenían dinero o una figura paterna. Pero sí salud. En sus niños había futuro.

Con el tiempo, alzó un muro entre el hospital y su hogar. Los ladrillos eran inestables y se venía abajo a menudo, pero Margot arreglaba con prisas los desperfectos. Se convenció de que era lo mejor, y los pacientes con los que se cruzaba a diario dejaron de tener nombre y se convirtieron en números de habitación y patologías diversas. Los veía estirar las piernas por el pasillo como quien observa un paisaje desde lo alto de un risco. «Ahí va una insuficiencia renal a punto de cruzarse con un corazón demasiado grande». No se entretenía cuando entraba a limpiar. Era cordial pero sin florituras. «Buenos días, vengo a poner orden. ¿Le importa si muevo la mesilla un momento? Gracias».

El único problema era ese rastro material ineludible.

La debilidad que Margot sentía por los objetos la empujaba a reparar en lo que habría preferido no ver. ¿Qué cosas decide alguien meter en la bolsa del hospital? ¿Qué se llevaría ella? ¿Acaso los recuerdos y el ser pueden encapsularse en un puñado de elementos? Pulseras, notas, partituras, libros con páginas dobladas, viejas fotografías, biblias, juegos de mesa, dibujos a carboncillo, amuletos, diarios…

Toda esa intimidad en un lugar tan gélido.

Así que, en teoría, aquel día era uno más que tachar del calendario. Otro en el que llegaría tarde y Anna le dirigiría su mirada enfurruñada tras subir al coche. Otro en el que Margot se esforzó por no ver la historia que cada paciente llevaba escrita en la frente. Otro en el que ella entró en la última habitación y apartó la vista con rapidez del hombre que dormitaba en la estancia sumida en la

penumbra. Otro en el que, pese al muro, no logró ignorar el brillo del anillo que descansaba en la mesilla.

Un objeto como prueba de humanidad.

Intentó ser silenciosa. Colocó el carrito de la limpieza a un lado, roció el trapo con desinfectante y frotó el armario y la barandilla de la cama. Pasó la mopa por el suelo con movimientos suaves. Se ocupó del cuarto de baño y dejó para el final la mesilla desordenada: había una botella de agua, un reloj de pulsera de aspecto caro, caramelos de miel, unas gafas, pañuelos de papel, una novela de Steinbeck, un cerco de zumo o café y el sencillo anillo de plata. Apartó algunas cosas y tiró otras tantas con la intención de limpiar con el trapo. Cogió el anillo. Solo tenía que moverlo de lugar, pero sintió curiosidad y lo giró entre los dedos. Al hacerlo, advirtió que tenía una diminuta cruz grabada en un lateral y, en la cara interna, encontró una inscripción: «Stone».

—¿Qué estás haciendo?

Soltó el anillo de golpe.

—¡Ay, lo siento!

Se arrodilló en el suelo e intentó dar con él palpando las frías baldosas con las manos; la luz era escasa porque no había llegado a abrir las cortinas de la habitación para no despertarlo. Tardó unos incómodos segundos en encontrarlo, pero, cuando lo hizo, levantó la cabeza con tanto entusiasmo que se golpeó la frente contra la estructura de la cama. Lanzó una maldición entre dientes. De pronto, empezó a sonar un molesto pitido.

—Creo que has desconectado el gotero.

—¿Qué? ¡No, no, no! Espere…

Margot apretó el enchufe y el agudo pitido se extinguió. Respiró hondo. Le ardían las mejillas cuando detuvo la vista en el hombre que la observaba con atención. Pasaba de los setenta años y, a pesar de las arrugas que surcaban su piel, tenía una presencia poderosa; quizá por la fortaleza que se intuía en las líneas de la mandíbula o puede que por el perturbador azul de sus ojos. Llenaba la habitación. Tenía poco que ver con esos pacientes que se perdían entre las sábanas de la cama, enjutos y grises, porque él, como el polvo, reclamaba cada rincón que había alrededor.

—Una actuación completa —comentó.

—Lo siento muchísimo, soy tan torpe…

—¿Me devuelves mi anillo, por favor?

En ese momento reparó en que aún lo guardaba dentro del puño y una corriente de vergüenza la atravesó mientras se lo daba.

—No pretendía robarlo, solo quería apartarlo para limpiar y, al cogerlo, me ha llamado la atención el grabado. Ha sido una mala idea mover las cosas, pero es que había algo pegajoso… —Las palabras se

desvanecieron cuando se percató de que, en lugar de prestarle atención, el hombre observaba el anillo—. Perdone, no volverá a pasar.

Él parecía encontrarse muy lejos de allí.

—Está bien. No te preocupes.

Con alivio, limpió la mesilla mientras el anciano permanecía con la mirada fija en los renglones de luz que burlaban las cortinas. Al terminar, le preguntó si necesitaba algo más y él negó con la cabeza, así que Margot salió de la habitación, se cambió de ropa en los vestuarios y se dirigió al colegio de los niños con quince minutos de retraso.

Peter y Anna

Edimburgo, Escocia, 1996

Los dos niños eran rubios, tenían la piel atópica y se mordían las uñas. Eso era todo lo que tenían en común Peter y Anna, más allá de una madre que siempre llegaba tarde. Eran los últimos alumnos que esperaban en la puerta del colegio. Él estaba sentado en las escaleras con su habitual actitud pasivo-agresiva. Ella sujetaba con fuerza las correas de su mochila y se mantenía en pie como un soldado.

Ninguno la saludó con especial alegría al subir al coche.

Miró a sus hijos por el espejo retrovisor.

—Lo siento mucho, chicos.

No hubo respuesta, pero Margot sabía que a Anna pronto se le pasaría el enfado, porque su hija era temperamental en la misma medida que poco dada al rencor. Peter, en cambio, era un chico más contenido; a menudo, ella se preguntaba en qué momento de sus trece años había ido poniendo a su alrededor tantos cerrojos, pestillos y cremalleras. Hacía tiempo que Margot no encontraba la llave para llegar hasta él.

—¿Cómo os ha ido el día?

—Un diez en Matemáticas —dijo Anna.

—Enhorabuena, cariño. Valoro el esfuerzo.

—Y el resultado —puntualizó la niña.

—Sí, pero sobre todo el esfuerzo.

—¿Para qué nos evalúan entonces?

—Peter, cielo, ¿algo que compartir?

—No —contestó el aludido.

—Eso ya es *algo* —dijo Anna.

—Cállate, pesada —gruñó Peter.

—No llames pesada a tu hermana.

Él sopló hacia arriba para apartarse ese flequillo cobrizo que casi le tapaba los ojos y que, pese a la insistencia de Margot, se negaba a cortarse.

—No es un insulto. Es lo que es.

—He leído que hay hermanos que pueden llegar a compartir solo un treinta y cinco por ciento de material genético. Espero que sea nuestro caso —comentó Anna—. Seguro que Peter salió más a papá. Quizá hasta también acabe en la cárcel, como él.

—¡Anna! —Margot pisó el freno con fuerza.
—Sí, por asesinar a mi hermana. —Peter sonrió.
—¡Ya basta! ¡Ni una palabra más! ¿Entendido?
—Si digo «entendido», ¿contará como palabra?
Margot respiró hondo e ignoró a Anna, que rara vez daba por terminada una conversación. Había dos niñas dentro de ese cuerpecito de nueve años que permanecía sentado en el asiento trasero del coche: la sabionda capaz de memorizar los nombres de todas las calles en un radio de cinco millas o de bombardearla a preguntas y la que de golpe se comportaba como si tuviese varios años menos y buscaba mimos, sacaba las muñecas que había relegado al fondo del baúl y se resistía a crecer.
—¿Podemos poner música? —pidió Peter.
—Vale. —Margot sintonizó una emisora.
—Mami, ¿cosiste las mariposas del tutú?
—Sí, no te preocupes por eso, Anna.
La noche anterior se había quedado despierta de madrugada para coser las pequeñas mariposas al ceñido corpiño rosa. Y allí, mientras daba una torpe puntada tras otra, se había preguntado si las demás madres de la clase de *ballet* también habrían acabado el martes de la misma forma, agotadas y rememorando aquellos días lejanos en los que todo era fácil y la vida pesaba menos. Ellos no. Margot apostaba la mano derecha a que pocos padres estaban al tanto de las puñeteras mariposas de tul y los imaginaba roncando en la cama mientras sus mujeres lo dejaban todo a punto para el día siguiente.
En la obra de teatro de Margot ni siquiera había un hombre al que poder reclamarle su parte de responsabilidad. Bueno, existir… existía. Pero había sido un error. Pero nunca había dado la talla. Pero su ausencia era insalvable. Pero los niños lo llamaban «papá» como llamaban «cartero» al tipo pelirrojo que abría el buzón cada día. Pero era mejor así.
—¿Es necesario que baje del coche? —Peter resopló.
—No, quédate. —Estacionó a dos calles de la academia de *ballet* —. Venga, Anna, coge la bolsa. —Las dos se encaminaron hacia el edificio.
En los vestuarios, se afanó en quitarle la ropa, recogió las medias entre sus dedos y le pidió que metiese el pie dentro. No debería ayudarla a vestirse. Podía oír en su cabeza la voz de la tutora de Anna: «Los niños tienen que ser autónomos». En ocasiones añadía: «No les estamos haciendo ningún favor al bañarlos, vestirlos o prepararles la mochila, sino que mermamos su independencia». Margot estaba de acuerdo con las ideas de la tutora. En teoría, claro. En la práctica era otra cosa. Cuando al caer la noche Peter no había hecho los deberes, aún tenía que preparar los almuerzos y Anna aparecía en escena para

preguntarle algo como: «¿En el mundo hay más estrellas de mar o estrellas en el cielo?», a Margot le importaba poco la autonomía. Luego, ya metida en la cama, se repetía que era una buena madre, pese al estrés y la impuntualidad y lo poco que le gustaba cocinar y las manualidades de dudoso gusto y, y, y…

—¡Mamá, me haces daño!

Se disculpó mientras terminaba de hacerle el moño. La profesora Clark le dirigió una severa mirada cuando llegaron al salón de baile. El resto de las alumnas ya estaban allí y se movían al ritmo de la melodía de piano. Anna se unió a ellas.

Cuando Margot regresó, Peter no estaba en el coche. Dio una vuelta por las calles de alrededor sin éxito. Al borde del pánico, lo vio aparecer a lo lejos con los cascos puestos y el *walkman*.

—¿No te he dicho que te quedases en el coche?

—Quería estirar las piernas —se excusó Peter.

—¡Estaba preocupada! La próxima vez que te apetezca dar un paseo, solo tienes que avisar antes.

Peter se encogió de hombros. A veces, Margot deseaba zarandearlo. Apenas hablaron hasta que Anna salió de la academia. Él estuvo escuchando música en ese aparatejo que llevaba a todas partes como si fuese un apéndice. Ella se limitó a mirar la vida pasar por la ventanilla.

Una hora después, se adentraron en la rutina: Clash los recibió con ladridos, Peter dio un portazo tras meterse en su habitación, Anna siguió contando en susurros («doscientos cincuenta y seis mil, doscientos cincuenta y siete mil, doscientos cincuenta y ocho mil…») y Margot, cansada, suspiró al ver la cocina hecha un desastre, tal como la había dejado por la mañana antes de salir corriendo al colegio y al trabajo.

Le dio una salchicha al perro y, luego, miró de reojo el manojo de cartas que aún no había abierto. Total, no hacía falta. Ya sabía lo que eran:

Facturas.

Facturas.

Facturas.

En ese momento, llamaron a la puerta. Eleanor estaba allí y, en un instante de debilidad, Margot deseó echarse en sus brazos y dejarse caer. Se hizo a un lado para permitirle el paso y siguió hasta la cocina el andar grácil de la mujer de mediana edad, que la miró y le dijo:

—Tú ocúpate de la cena de los niños. Yo fregaré.

Margot sonrió agradecida. Eleanor se arremangó.

¿Quién es Eleanor?

Edimburgo, Escocia, 1996

La distancia entre dos aceras fue lo que unió las vidas de Margot y Eleanor casi nueve años atrás. Era una gélida noche invernal, y los gritos y los insultos se alzaban como el humo de las chimeneas. No había ni un alma en la calle cuando Eleanor, incapaz de seguir ignorando el horror, decidió cruzar hasta la casa de enfrente y llamar a la puerta. Abrió un tipo alto y corpulento, de nariz ancha.

—¿Quién es usted y qué demonios quiere?

—Soy la vecina y vengo a pedirte que te marches ahora mismo con lo puesto o, de lo contrario, regresaré a mi casa y llamaré a la Policía.

—¿Está bromeando? —La miró consternado.

—Los dos sabemos que tienes las de perder, así que será mejor que no tardes demasiado. Reconozco que la paciencia no es una de mis virtudes.

Él escupió a un lado de la acera y maldijo, pero se fue poco después. Ella decidió adentrarse en aquella casa que nunca antes había pisado. Oía el llanto de un bebé y también a un niño que no dejaba de repetir: «Mami, mami, mami». La mujer era solo silencio. La encontró de pie, en el salón, mientras intentaba consolar en vano a la más pequeña. Apenas tendría veintitantos años. Le sangraba el labio. Un cenicero de cristal estaba hecho añicos a los pies del sofá. Eleanor necesitó tomar aire. Se agachó cerca del niño.

—¿Cómo te llamas?

—Peter.

—¿Y cuántos años tienes?

—Cuatro.

—¿Me enseñas tu habitación?

—…

—Así mamá podrá dormir a tu hermana, ¿te parece? Puedes dejarme ver tus juguetes o, si lo prefieres, te leo un cuento. ¿Te gustan los cuentos?

—Sí.

—Pues vamos.

Lo cogió de la mano y subieron las escaleras para ir al dormitorio, que era austero y gris, nada que ver con las habitaciones

infantiles que Eleanor había visto hasta entonces. Consiguió que se metiese en la cama y se inventó un cuento sobre una chica, un príncipe malvado y una dragona guardiana.

Cuando se durmió, regresó al salón. Ya no se oía a la bebé. Su vecina estaba agachada recogiendo los cristales.

—Deja eso y dime dónde tienes el botiquín.

—No es necesario, estoy bien. —Tenía la mirada huidiza, como un cervatillo delante de los faros de un coche—. Gracias por todo.

—Me llamo Eleanor Keer, vivo justo enfrente, en la casa que tiene un buzón de color amarillo limón, y no me iré hasta que me dejes curarte.

Nunca supo si la joven accedió porque no tenía fuerzas para seguir luchando o si, en cierto modo, estaba deseando que alguien le tendiese la mano. Al verla sentada poco después en una de las sillas de la cocina, con la barbilla levantada hacia la bombilla que pendía del techo y las manos inertes sobre el regazo, Eleanor pensó que nunca había visto a un ser humano tan vulnerable, bello y necesitado de ternura.

Le limpió la herida con mucho cuidado.

—Tengo entendido que te llamas Margot. O eso dice el vecino de al lado, que siempre se entera de todo. ¿Os mudasteis el mes pasado?

—Sí.

—¿Lo de hoy ocurre a menudo?

—No.

—Este juego nunca se gana mintiendo.

—¿Acaso se gana de alguna manera?

—No es fácil. Nadie dice que lo sea.

—Deberías irte a casa con tu familia.

—Mi marido murió. Un accidente.

—¿Tienes hijos?

Eleanor negó con la cabeza y dijo:

—Llamemos a la Policía.

—No.

—Piensa en los niños.

—No me lo pongas más difícil.

—Dame una buena razón.

—No tengo a nadie más.

—Ahora me tienes a mí.

Le caían las lágrimas por las mejillas. Con un pañuelo de papel, Eleanor se las secó una a una. Se miraron en silencio, cómplices. Se mirarían de esa misma forma muchas otras veces a lo largo de los años.

Cedric Stone

Edimburgo, Escocia, 1996

La luz declinante entraba por la ventana de la habitación y bañaba los escasos muebles y un triángulo del suelo. Graham seguía hablando, aunque Cedric no lo estaba escuchando; todo le parecían palabras vacías, páramos infinitos que se extendían hasta el horizonte. Aquella mañana se sentía cansado, pero no era solo por culpa de la enfermedad que mermaba sus fuerzas. Estaba cansado de sí mismo, cansado de la vida, cansado de estar cansado. Con aire ausente, contemplaba el anillo que sostenía entre los dedos, aquel amuleto que le había dado suerte tiempo atrás, bajo los fogonazos de artillería que cubrían el cielo.

—Papá, ¿me estás escuchando? Es importante.

—Lo siento. Ahora no es un buen momento...

—Nunca lo es. Y tengo que reunirme con los socios de la empresa, explicarles la situación, reestructurarlo todo antes de ejecutar los cambios que...

Cedric miró a su hijo con dureza. «Sois dos gotas de agua», decía siempre la gente en un alarde de ignorancia; como si el agua de un pantano dulce y el agua del mar tuviesen algo en común más allá de ser agua. Compartían los ojos, el cabello oscuro y la forma de la boca, pero Graham tenía un aire aristocrático que él siempre había rechazado. Su hijo vestía como uno de esos tipos de los que solía desconfiar: zapatos brillantes, americana de corte clásico, camisa planchada y metida dentro de unos elegantes pantalones de marca con los que parecía querer gritarle al mundo cuánto dinero valía. Y era mucho, eso estaba claro. No tanto el mérito. Él había fundado el negocio cuando Graham era apenas un mocoso y por eso le molestaba que lo tratase como si fuese una carga obsoleta. De su boca solo salían palabras como «modernizarse», «actualizarse» o «plan de renovación».

—No es necesario tocar nada y lo sabes.

—Pero, papá, si me concedes el permiso...

—Las cosas deben quedarse como están.

Llevaban semanas discutiendo por lo mismo, pero todo se había precipitado tras el ingreso de Cedric en el hospital. La enfermedad empeoraba. Los relojes seguían avanzando. La vida allá fuera continuaba su curso. Graham le había pedido que firmase un

consentimiento para que pudiese asumir el mando de la empresa de forma temporal y tomar decisiones, pero Cedric se había negado. ¿Por orgullo, quizá? ¿Vanidad? ¿Cabezonería? Dadas las circunstancias, cederle el poder no era una idea descabellada, pero no confiaba en él. Tampoco en su hija, que siempre estaba ocupada, con esa agenda suya llena y el busca pitando.

Para ser justos, Graham ya no confiaba en nadie. Los recuerdos eran engañosos, la memoria estaba salpicada de huecos insalvables, su alma infantil pertenecía a un mundo que ya no existía. Así que tenía dudas sobre quién había sido y, algunos días, se sentía como si fuese más un diagnóstico que una persona: cáncer de páncreas en estadio tres, con unas expectativas de vida de entre seis meses y un año.

Solía imaginar la enfermedad como una carretera, con el verdor apagándose conforme el asfalto se colaba por venas, músculos, huesos y órganos hasta terminar atravesando el corazón en busca de restos maltrechos, porque no encontraría mucho ahí dentro.

—Te estás comportando como un déspota.

—¡No te atrevas a venir aquí a insultarme!

—Lo que intento decirte es que pienses en el bien común. Sé que no es fácil para ti, eres controlador, pero... —Graham se pasó una mano por el pelo—. Mírate, estás en el hospital. No puedes hacer nada. Si me dieses la oportunidad...

—Tranquilo. En unos meses, tendrás vía libre. Tu hermana no está interesada en la empresa, seguro que puedes comprar sus acciones y hacerte con todo.

—Papá, no quería... No pretendía...

Alguien golpeó la puerta tres veces.

—¡Buenos días! Vengo a limpiar la habitación...

—Vuelve en otro momento —dijo Graham.

—Pero... —La joven dudó—. De acuerdo.

—Entra —intervino Cedric, porque no le gustó el tono que su hijo había empleado y por el placer de llevarle la contraria.

Ella entró cohibida y abrió las cortinas con cuidado. Graham le echó un vistazo sin mucho interés mientras humedecía un trapo. Luego, miró la hora y cogió su maletín.

—Tengo que irme. Pero piénsatelo, te lo ruego.

Salió de la habitación sin mirar atrás. No hubo abrazos ni besos. Cedric fue consciente en ese momento del tiempo que llevaba sin tocar a su hijo. Una eternidad. Años, quizá. Le sonaba vagamente haberle dado una palmada en la espalda en su último cumpleaños y poco más. Se le quedó un regusto amargo al pensarlo. Todo tan lejano. Todo tan perdido. Mientras observaba a la chica pasar el trapo por el marco de la ventana, recordó lo mucho que a Graham le gustaba de niño que lo subiese a hombros, con las piernas colgando a ambos lados de su

cabeza y la risa vibrante que se colaba en los oídos mientras acompañaba el trote. Echaba de menos aquel cuerpo infantil que era tan fácil abrazar y arrullar cuando tenía alguna pesadilla en mitad de la noche. Él podía calmarlo. Entonces, aún podía.

Cedric suspiró e intentó incorporarse un poco.

—¿Necesita que lo ayude? —preguntó ella.

—No, gracias. Todavía soy capaz...

La joven lo observó durante unos segundos.

—Lamento mucho el percance del otro día.

—¿Cuántas veces pides perdón cuando cometes un error? No hacerlo es de arrogantes, hacerlo una vez es de justicia, hacerlo más es indebido.

—¿Indebido en qué sentido?

—No seas tan dura contigo misma.

—Solo quería ver qué era el grabado.

—Una cruz pequeña y un apellido.

—Es un anillo precioso —dijo ella.

—No tiene nada de especial. Solo recuerdos.

—¿Y acaso la vida no va de eso? —Ella deslizó el trapo por el respaldo del sillón—. Si no nos dedicamos a coleccionar recuerdos, entonces qué.

Cedric se sorprendió al darse cuenta de que estaba sonriendo. Llevaba demasiado tiempo enfadado consigo mismo y con el mundo a partes iguales.

—En eso estoy de acuerdo. ¿Tienes hijos?

—Sí, dos. —Fue a por la mopa, como si acabase de caer en la cuenta de para qué estaba allí—. Nueve y trece años. Aún son míos. Más o menos.

—Te pido disculpas por el encontronazo con Graham. Tiene unos modales cuestionables. Tanto dinero invertido en los mejores colegios del país y ha sido incapaz de aprender lo más básico: la humildad.

—No me ha molestado. La gente se pone nerviosa en los hospitales.

—Dudo que le preocupe verme en este sitio. Puede que hasta se alegre. Es difícil saber si Graham piensa alguna vez en algo más que en su propio ombligo.

—No diga eso. Al menos, viene a verlo.

—Supongo que es mejor que nada.

—¿Quiere que le limpie la cama?

Cedric asintió y se movió hasta que sus piernas quedaron colgando por uno de los laterales. Apretó el botón para bajar la cama. No era un buen día. Tenía el estómago revuelto y náuseas; había estado a punto de pedirle a la enfermera que le diese más calmantes. Cogió el soporte del gotero con una mano y se agarró con la otra a la

mesilla.

—¡Espere! Lo ayudo a levantarse.

—No es necesario. Puedo. Yo puedo.

Pero se equivocó. Así es la vida: un día puedes y al siguiente ya no. De manera que tuvo que dejar que la muchacha lo sostuviese mientras encontraba el equilibrio y el mareo se iba disipando. Tuvo la impresión de que su respiración ronca y fatigada tenía que pertenecer a otra persona. ¿Desde cuándo sus pulmones se resentían tanto? Cuando logró mantenerse en pie por sí mismo, ella sacudió las sábanas y limpió los mandos y el cabecero de la cama al tiempo que él la miraba con interés.

—¿Cómo te llamas?

—Margot Abbot.

—Yo soy Cedric Stone. Pero preferiría que me llamases tan solo Cedric. Es más personal y, puesto que estás siendo testigo de mi decadencia, ahorrémonos las formalidades.

—Eres un hombre peculiar.

Margot le tendió la mano y, sorprendido, él se la estrechó. Eran dos personas que se habían conocido en el hospital, sí, pero que lo mismo podrían haberse cruzado en una reunión de trabajo o en una cafetería. Y él la habría mirado como se mira con serena curiosidad a un gorrión que se posa en la rama de un árbol y canta.

—Terminaré en breve y podrás descansar.

—No tengas prisa. Esta mañana he cancelado mi viaje a Tokio y la reunión en el club de golf con mi socio. Estaré ocupado todo el día con el señor Cáncer.

A ella le costó un poco pillar la broma.

—Lo siento muchísimo.

—Esperaba que te rieses.

—Tienes un sentido del humor singular.

Metió las sábanas por debajo del colchón y ahuecó la almohada antes de ayudarlo a tumbarse. Al hacerlo, Cedric tuvo la impresión de que los músculos y los huesos de su cuerpo suspiraban aliviados. Cogió un caramelo de miel mientras ella limpiaba el baño.

—Ya he acabado. ¿Necesitas algo más, Cedric?

—¿Tabaco y un poco de ron sería mucho pedir?

Entonces sí, sus labios se estiraron en una sonrisa.

—Al menos no me has pedido metanfetamina.

—Soy una persona razonable —bromeó.

La puerta de la habitación se cerró con un chasquido. El silencio volvió. Un largo, ininterrumpido y sencillo silencio. La canción que lo había acompañado durante los últimos días, desde que habían decidido ingresarlo, a pesar de que tan solo le estaban dando un tratamiento paliativo. Respiró hondo. Luego, cerró los ojos y pensó en

Graham y en el abismo que los separaba; en Blair y su obsesión por la productividad; en Amy y la magia; en John y su sonrisa torcida; en Jane y aquella mirada que le había atravesado el corazón.

La mirada de Jane

Marazion, Cornualles, 1939

Los ojos de Jane eran dos ojos normales, ambos de color marrón, un párpado un ápice más arriba que el otro, las pestañas curvas, ni demasiado largas ni demasiado cortas. La piel formaba pliegues al reírse, las pupilas eran como todas las demás pupilas humanas... Pero su mirada contenía una galaxia. Porque allí dentro había una profundidad insondable a la que uno deseaba asomarse aun a riesgo de caer al vacío. Y también había verdad. Una verdad que se afianzaba con su forma de mirar el mundo: desde la ternura. No era una visión resignada, sino compasiva. Así que, en fin, ¿cómo podría haber evitado Cedric enamorarse de ella si en sus ojos se veía mejor que en cualquier espejo?

Margot y los agujeros

Edimburgo, Escocia, 1996

Tras meditarlo, Margot había llegado a la conclusión de que la felicidad tenía mucho que ver con ser capaz de saltar los agujeros de la vida. Los había pequeños y grandes, hondos o superficiales, incluso alargados y serpenteantes como un río. La suerte era un factor determinante: algunas personas apenas tenían que dar unos cuantos saltos, mientras que otras se veían obligadas a comportarse como ranas tenaces.

—No es tan grave, querida —dijo Eleanor.

—Si fuese un hecho aislado, sería una buena noticia —replicó Margot y se sentó a la mesa de la cocina—. Pero si lo juntas con todo lo demás...

Señaló las últimas cartas que habían llegado. Todas eran facturas. Las miró desafiante, como si el papel fuese a cobrar vida de un momento a otro. Sintió el impulso de lanzarlas a la basura o de romperlas en trocitos tan pequeños que ni un agente de Policía pudiese volver a unirlos como hacían con las notas que mandaban los asesinos en serie.

Nunca le había sobrado ni una libra a final de mes. Estaba acostumbrada a vivir al límite y se veía obligada a retrasar algunos pagos, aunque su orgullo sufriese el golpe. Lo peor eran los meses en los que surgían imprevistos que ocasionaban un primer tropiezo. Zas. Un agujero tan diminuto que ni el dedo meñique cabría por él, pero capaz de provocar que el siguiente mes la deuda fuese aún más grande, como para colar el anular. Y luego seguía aumentando, porque una vez la lana había dado de sí ya no había nada que hacer, hasta que un día cabía el puño entero y Margot no tenía muy claro en qué momento las cosas habían empezado a torcerse tanto.

—¿Qué ha dicho Anna?

—¿Tú qué crees? Está entusiasmada.

Margot suspiró y se reclinó en la silla.

Una hora antes, mientras las alumnas salían de la clase, la profesora de *ballet* le había pedido que hablasen un momento: «Es una niña con un talento excepcional para la danza clásica. Anna podría tener un futuro brillante con el empuje adecuado. Le aseguro que, si la llevan a la academia Prinson, volará alto. Podría estudiar artes

escénicas en el Conservatorio Real de Escocia», le había dicho. Margot se había quedado mirándola en silencio con una mezcla de angustia e ilusión. Todo por la palabra que había elegido: «volar».

Anna había cogido su mano en silencio.

—¿Y qué quiere que haga?

—Una amiga trabaja en la academia y sé que acaba de quedar una plaza libre. Llévela. Le harán una prueba de admisión. Diga que va de mi parte.

—Pero Prinson es muy cara.

—Tienen becas parciales.

—Parciales —había repetido ella.

—Mamá, por favor...

—Es una oportunidad única, casi nunca hay vacantes —había continuado la profesora, ajena a la inquietud que se apoderaba de Margot—. Al menos, piénselo.

Y en esas seguía Margot tras llegar a casa: pensando. Pensando en oportunidades, agujeros y alas perdidas.

Un poco más allá, Eleanor removía el interior de la olla que estaba al fuego y que contenía un guiso de carne, puerros y patatas. Tener a su vecina cerca era un alivio en días como aquel, cuando solo quería apagar la cabeza, dejar de pensar e irse a dormir.

—Yo podría echarte una mano...

—Ya hemos hablado muchas veces de esto, Eleanor. Suficiente haces viniendo aquí, formando parte de nuestras vidas, cuidando de los niños, cuidando de mí. —Margot cogió aire—. Nunca conseguiré pagártelo. Lo sabes, ¿verdad?

—Qué tontería. Si me diste un cheque en blanco.

—Eleanor... —Dobló la esquina de una factura.

—Lo digo en serio. ¿Yo qué haría sin vosotros?

Lo suyo con la vecina había sido una de esas amistades que nacen de la soledad, porque también hay rastros de belleza en el dolor. Así que aquella semilla había ido creciendo y creciendo a un ritmo constante, bajo unos pilares sólidos, hasta dar paso a un vínculo incondicional. Eran familia.

—Llevo tiempo dándole vueltas a una idea... —Margot dejó a un lado la carta sin abrir—. Podría conseguir más dinero en el hospital cuidando a gente.

—Pero si trabajas todo el día.

—Por las noches —aclaró.

—¿Y entonces cuándo dormirías?

—Echaría alguna cabezada...

—No me parece razonable.

—Será algo temporal. Los niños crecerán.

—¿Te estás escuchando? Qué locura.

—Es la mejor opción. Está decidido.
—Margot...
—¿Puedo contar contigo?
Eleanor suspiró con resignación.
—Sabes que sí. Siempre.

Cedric y el silencio

Edimburgo, Escocia, 1996

Parecía una estatua, ahí quieto delante del espejo del aseo, hasta que alzó las manos y se las llevó a las mejillas. Su piel arrugada tenía un extraño tono pálido y amarillento. ¿Dónde se escondían el niño, el joven y el adulto que había sido? Imaginó a esas personas que un día fue durmiendo en algún lugar que quedaba fuera de su alcance. El crío curioso. El chico introvertido. El hombre taciturno. Todos cobijados en tiendas de campaña dentro de su cabeza, con los recuerdos enredándose como finísimos hilos de pescar. Y él ahí, justo ahí, al borde de un alto precipicio, asomado con cautela. El final estaba cerca.

Una puerta se abrió. Cedric apartó la mirada del espejo. Cuando salió, Margot estaba pasando la mopa.

—¿Has traído tabaco o ron?

—Lamento decirte que solo tengo limpiacristales brillo-sin-igual y, veamos, friegasuelos. —Con una sonrisa, volvió a meterlo en el carro de limpieza.

—Qué desgracia. —Cedric se sentó en el sillón y dejó el gotero al lado—. Hoy en día es más difícil conseguir tabaco que encontrar una pepita de oro. ¿Sabes dónde no faltaban los cigarrillos? En la guerra. Digamos que las condiciones eran mejorables, pero, ah..., uno podía fumar hasta el hartazgo.

—¿Luchaste en la guerra?

—Sí, estuve en Francia. —Se quedó unos segundos en silencio con la mirada perdida en algún punto entre la cama y Margot—. Hay días en los que aún me pregunto si uno podía salir vivo de allí. Vivo de verdad, ya me entiendes.

—No sé si lo hago...

Cedric recordó que, a los ojos del mundo, solo era un anciano más. Nadie quiere hablar con los invisibles, aquellos a los que les queda poco tiempo y se consumen en los hospitales o en la soledad de las grandes ciudades. La gente joven tiene prisa, cosas que hacer, asuntos que atender. Lo sabía porque él había sido ese joven, el intrépido e impaciente, el que nunca estaba quieto porque «tengo que».

Pero ahí estaba Margot: lo miraba con atención.

—Lo que quiero decir es que, en una guerra, todos mueren. Algunos se quedan bajo tierra y otros continúan caminando, pero en esencia…

—Ya. Me resulta inimaginable.

—Mejor. Mucho mejor así, Margot.

Cedric se quedó callado y ella decidió dejarlo estar y limpió la habitación. Cuando terminó, le preguntó si quería que corriese las cortinas, pero él negó con la cabeza.

—¿Necesitas algo más?

—No. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Claro, ¿quién si no? No veo a nadie más en esta habitación. —Cedric se rio al ver su desconcierto—. ¿Qué pasa? ¿No te lo suelen preguntar?

—No. Sí. Alguna vez…

—Margot, ¿estás casada?

Ella vaciló unos segundos.

—Estoy sola —respondió.

—«Sola» no es un estado civil.

—«Soltera», señor Tecnicismos —bromeó y se apartó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Por fortuna, Dean y yo nunca nos casamos.

—¿Es el padre de los niños?

—Sí. Cumple condena en Barlinnie.

—¿En Riddrie, al noreste de Glasgow?

—Ahí. Hace mucho que no estamos juntos.

—Comprendo. ¿Por qué lo metieron?

—Entre otras aventuras: robo con violencia, intimidación, tráfico de drogas…

—Menudo partido.

—No supe verlo.

A Cedric lo embargó la ternura.

—¿Fue una situación complicada?

—Sí. Pero salí de allí. *Salimos*.

—Tuviste que ser valiente.

—¿Y qué hay de ti?

—Me casé, sí. —Cedric tomó una larga respiración—. Me casé con una gran mujer, aunque esto del matrimonio me sigue pareciendo un misterio.

—¿Lo de dos personas que se enamoran?

—Y discuten. Y cambian. Y comparten una hipoteca. Y crían hijos juntos. Y sobreviven a las vacaciones de verano. Y se esfuerzan por entender los demonios del otro. Y envejecen. Y desean cosas que están fuera de casa…

—Visto así, parece catastrófico.

—¿Quién te dice que no lo sea?

—El matrimonio debería ser fácil.

—¿Fácil? Nada es fácil. ¿Sabes lo que cuesta aprender a atarse los cordones? ¿Ser capaz de vestirse de manera adecuada? ¿Cuidar de una planta?

Margot sonrió y consultó su reloj. En ese instante, él deseó que se hubiese quedado sin pilas, que las manecillas se parasen, que no se fuese tan pronto.

—En realidad, hace mucho que dejé de creer en el amor —admitió ella, como los restos del confeti que se barren tras una fiesta—. De joven me encantaba hacerlo. Ya sabes, fantasear con esa idea de las almas gemelas, todo tan perfecto incluso en el caos, hasta las crisis más difíciles solucionándose con un poco de diálogo y cariño…

—¿Qué te hizo perder la esperanza?

—Su mano levantada.

—Mierda, Margot…

—No debería…

Antes de que Cedric pudiese decir algo más, Margot salió de la habitación con prisas y sin mirar atrás. Él se quedó ahí, en la cama, y se sintió inútil por no poder reaccionar con rapidez. Se preguntaba en qué momento una conversación trivial y ligera había ido inclinándose peligrosamente hasta convertirse en otra tan relevante e íntima.

Margot Abbot. Un día más

Edimburgo, Escocia, 1996

Como de costumbre, apagó el despertador cinco minutos antes de que sonara, se levantó, puso una lavadora, bebió café mientras preparaba el almuerzo de los niños, le dio a Clash un paseo rápido calle arriba y calle abajo, luchó con el cajón de la cocina que nunca cerraba bien, les repitió a Anna y a Peter que se vistiesen entre cinco y diez veces, hizo las camas, metió su comida en una fiambrera y recogió lo que fue encontrando a su paso: calcetines, piezas de Lego, cromos, un tetrabrik de zumo vacío…

Peter estuvo listo antes que su hermana.

—¿Cómo has dormido esta noche?

Él la miró como si Margot acabase de preguntarle sobre el color de los extraterrestres a los que había conocido tras un viaje relámpago a la luna. Soltó una especie de resoplido que ella decidió traducir por un «bien». A veces, cuando lo miraba, Margot todavía intentaba encajar la imagen del recién nacido que le habían puesto en brazos tras el parto con la del chico esquivo que tenía delante. Eran el mismo, pero no. Lo único que tenían en común era el nombre y que ambos se comunicaban en un idioma diferente: el bebé mediante el llanto y el chico con los resoplidos.

«¿Quieres más verduras?», resoplido. «¿Te apetece ver una película conmigo y con tu hermana?», resoplido condescendiente. «¿Has hecho los deberes?», resoplido doble. «¿Necesitas que hablemos de algo que te preocupa?», resoplido intenso.

Y así. Todo el día así.

—¿Sigue arriba Anna?

—Ni idea —dijo Peter.

—¿Por qué tarda tanto?

—Puf. —Resoplido.

Margot iba a subir cuando la vio aparecer por las escaleras. Necesitó unos instantes para entender qué era lo que Anna había estado haciendo.

—¿Qué es eso que llevas en la cara?

—Solo un poco de…

—¡¿Maquillaje?!

—Qué patética. —Peter se rio.

—¡Yo no soy patética!

—Anna, cariño, sube a lavarte la cara.

—Pero, mamá, Luce Diller se pinta y…

—Me alegro por ella —la cortó—, pero ni tú eres Luce Diller ni yo soy su permisiva madre. Sé que ahora no lo entiendes, pero te estoy haciendo un favor. Tendrás tiempo para maquillarte cuando seas mayor, si entonces quieres.

—Parece un payaso —dijo Peter.

—Tú lo *eres* —puntualizó Anna.

—Dame unos años y te prometo que te enseñaré a ponerte bien el colorete. Ahora, ve a lavarte. No escatimes con el jabón.

Diez minutos más tarde, los tres estaban dentro del coche, atrapados en un atasco. Anna y Peter discutían por ver quién elegía la emisora en la radio. Margot contemplaba absorta los limpiaparabrisas que se movían de un lado a otro. No paraba de llover.

Una vez dejó a los niños en el colegio, se dirigió al hospital y se cambió de ropa en los vestuarios durante el relevo de turnos. Después, comenzó la jornada. Un día más, un día menos. Con una diferencia: Margot intentó retrasar el momento de llegar a la habitación de la que había huido veinticuatro horas atrás. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo le había contado algo tan íntimo y doloroso a un completo desconocido? Margot solía ser más bien callada, una de esas personas que pasan siempre inadvertidas y que nunca se sabe con exactitud cuándo llegan o se van. En una exposición llena de cuadros, ella sería la pegatina con las instrucciones de uso del extintor de incendios.

Ya era casi la hora de comer cuando entró en la habitación 612. Cedric Stone estaba sentado en la cama. La miró y le dijo:

—Llevo toda la mañana esperándote.

—¿A mí? —Margot dudó.

—Sí. ¿Cómo ha ido el día?

—La rutina habitual. Es decir, dejar a los niños en el colegio sin enloquecer antes de llegar a la puerta. —Empezó a preparar la mopa—. ¿Tú cómo te encuentras?

—Podría estar mejor, pero no me quejo.

Margot no sabía cómo abordar el incómodo momento del día anterior. No lograba decidir qué había sido peor, si hablarle de sus heridas o salir corriendo después.

—Cedric, en cuanto a lo de ayer…

—Me gustó nuestra conversación.

—Demasiado trascendental, ¿no?

—Que lo sea. Está bien así. Hay personas a las que conoces durante años y con las que solo mantienes charlas banales y otras con las que conectas al instante.

—Sí. Tienes razón. —Le sonrió.

—Deberíamos retomarlo donde lo dejamos.

—¿Y qué punto es ese?

—El amor. —Cedric tomó aire—. No fui justo. Tengo una visión diferente porque, verás, estoy viejo y me voy a morir. Ya he vivido todo lo que tenía que vivir. Pero tú, Margot, aún eres joven. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y cuatro.

—Lo que decía...

—Aunque algunos días me siento como si tuviese unos ochenta y seis. Depende del cansancio acumulado durante la semana.

Cedric resopló como solía hacer su hijo.

—Deberías enamorarte, Margot.

—Como un «Deberías ir al gimnasio».

—Sí, pero sin cuotas ni permanencia.

—Hoy te has despertado gracioso.

—No, es que sé de lo que hablo.

Ella se acercó hasta la cama de él. Al mirarlo a los ojos, comprendió que había en ellos un pantano de melancolía y que estaba intentando decirle algo relevante, algo difícil.

—¿Echas de menos a alguien?

—Más que eso —susurró Cedric.

—¿Tu mujer murió hace mucho?

Margot estaba siendo entrometida, pero recordó lo que él había dicho sobre conectar y se mantuvo firme, con una mano apoyada en la cama.

—Es una historia demasiado larga.

Cedric suspiró y recostó la cabeza hacia atrás antes de cerrar los ojos. Margot dudó, pero no se movió. Quizá otro día habría continuado limpiando la habitación, ajena a la vida de aquel hombre y pensando en sus cosas (la cena para los niños, los cupones que quería canjear en el supermercado, el anuncio que debía colgar para ofrecerse como cuidadora nocturna...). Pero esa mañana se sentía como si tuviese serrín en la cabeza y estaba harta de sus propios problemas.

—Podrías contármela. Solo si quieres.

—Son un puñado de viejos recuerdos...

—Hoy me vendría bien una distracción. Tengo cuarenta minutos para comer. Si te apetece, puedo bajar a por la fiambrera y escucharte durante un rato.

Pensativo, Cedric se frotó el mentón.

—De acuerdo. Te esperaré aquí.

Margot le sonrió, terminó de limpiar la habitación y, luego, bajó al sótano para coger la fiambrera de la taquilla. Cuando regresó, Cedric se había incorporado y se había puesto unas gafas de montura

dorada. Permaneció un rato en silencio mientras contemplaba sus propias manos, esas que mantenía sobre el regazo, inertes y llenas de arrugas que trazaban caminos hacia un pasado cubierto de polvo.

—Vamos, háblame de esa chica.

—La chica… —Cedric volvió de golpe a la realidad y cogió aire —. Sí, claro, todo cambió por ella. Pero creo que debería empezar por el principio…

Cedric Stone. El principio

Marazion, Cornualles, 1939

El día que Cedric conoció a Jane no había salido el sol porque, dedujo él, toda esa luz se había quedado atrapada en la mirada de ella.

Así que había nubes. Muchas nubes.

El cielo estaba lleno de telarañas de un suave tono liliáceo que pronto se oscurecería. Desde la casa de campo familiar, en lo alto, se distinguía la forma alargada y estrecha de Marazion un poco más abajo, a unos diez minutos a pie. Más allá, casi bañando las primeras casas, el mar se mecía en calma y separaba esa orilla de la isla de marea donde se alzaba imponente el monte Saint Michael.

—¡Vamos! ¿Piensas quedarte ahí todo el día? —La risa de John lo instó a seguirlo hasta el establo—. Madre ha dicho que uno de los dos tiene que estar aquí por la tarde para ayudar a Herbert a llevar la cosecha hasta la estación.

—Te toca a ti —contestó Cedric.

Entre ambos alimentaron y ordeñaron a las vacas antes de recoger los huevos que las gallinas habían puesto durante la noche. De esas tareas solía ocuparse la madre, Julie Stone, pero el día anterior Amy había caído enferma y llevaba desde entonces sentada junto a su cama a la espera de que le bajase la fiebre.

Julie Stone, de orígenes franceses, no solo había sobrevivido a la gripe española y a la muerte de su marido; también había logrado hacerse con el control de la casa pese a no haber visto una gallina hasta el día de su boda. Contaba con la ayuda de Herbert, que había sido el mejor amigo de su esposo, pero los primeros años no había sido fácil que el campo volviese a dar sus frutos. En ocasiones, Julie se dejaba retratar por un artista que veraneaba en la zona por unas cuantas libras; por lo visto, tenía una expresión audaz, como una de esas heroínas que protagonizaban las leyendas de Cornualles.

—¿Y Herbert? —preguntó Cedric.

—Ni idea, pero ya debería estar aquí.

John se sacó la pitillera del bolsillo y le tendió un cigarrillo a su hermano. Vestía una gorra gris de tela y los mismos pantalones sucios que había usado para trabajar el día anterior metidos por el borde de las botas. Hacía una semana que había cumplido los dieciocho, pero siempre se había comportado como si Cedric no le sacase cuatro años.

Nunca pensaba las cosas antes de hacerlas. Días atrás, tras volver de una jornada de pesca, Cedric se lo había encontrado junto a otros chicos en la punta del acantilado, en la zona de Prussia Cove, apostando diez chelines a que era capaz de saltar al agua sin hacerse ni un rasguño. Entre las rocas escarpadas y puntiagudas que azotaban las olas había una pequeña extensión honda, aunque era peligroso. Cedric lo sabía porque los dos se habían lanzado alguna vez cuando eran niños, pero él había dejado atrás la búsqueda de adrenalina, mientras que John seguía anclado en aquella etapa. Si le pedía que bajase el ritmo, su hermano se limitaba a sonreír con su habitual aire chulesco.

—Será mejor que empecemos. —Tiró la colilla al suelo.

Cedric alzó los brazos y estiró la espalda. Habían recogido tres cuartos de la cosecha de zanahorias y remolachas, pero debían terminar esa tarde para llevar la mercancía a la estación, para dejarla en la línea que llegaba hasta St Erth. Al lado, la plantación de nabos y patatas, que estaría lista en unos meses, se extendía en filas bajo los nubarrones.

Se repartieron el terreno y, media hora más tarde, Herbert llegó y se unió a ellos. Era un hombre robusto, de unos cincuenta años. Su espesa barba enmarcaba unas facciones duras y, más que hablar, gruñía. Nunca se había casado, aunque de pequeño Cedric había oído hablar a sus padres sobre una chica que había formado parte de su vida antes de que se fuese al frente a luchar con los aliados. Solía comer o cenar en la casa de los Stone, pero se marchaba en cuanto vaciaba el plato. Sin embargo, a pesar del hermetismo que lo rodeaba, aquel hombre era el pilar sobre el que se habían sostenido tras la muerte del padre. Se había convertido en un referente. Cedric les debía a él y a su inmensa biblioteca su afición por la lectura, así como lo que sabía de agricultura o política; le había enseñado a conducir y también a pilotar la vieja avioneta que guardaba a buen recaudo en el granero.

Durante la Gran Guerra, Herbert había estado al mando de un aeroplano en misiones de reconocimiento: observaba desde el cielo las líneas enemigas cuando los soldados cavaban las trincheras y colocaban la artillería; se necesitaban datos fiables para calibrar los cañones y saber a dónde apuntar, para excavar túneles y preparar ataques.

La casa de Herbert quedaba a cinco minutos. Era una propiedad agreste que había pertenecido a su adinerada familia y que, en el pasado, había lucido majestuosa, antes de que el abandono extinguiese su brillo y la convirtiese en un lugar que los niños temían cuando pasaban por delante. A Cedric le gustaba esa decadencia, el polvo que se acumulaba sobre las estanterías, los cachivaches antiguos

y, sobre todo, la mencionada avioneta que Herbert trataba con especial mimo. Se había obsesionado con ella desde que, siendo aún niño, un día le había dejado coger los mandos y jugar un rato a simular que volaba. Tiempo atrás, a veces lo animaba a que la sacase del granero, pero Cedric no había vuelto a hacerlo por el posible racionamiento de gasolina.

—Iré apilando los sacos —se ofreció John.

—Déjalos allá, a la sombra —indicó Herbert.

Conforme avanzó la mañana, el aire fresco dio paso a un calor pegajoso, a pesar de que el sol seguía escondido. A la hora de comer, sucios y sudorosos, los tres apilaron las herramientas a un lado y recogieron las cajas con la cosecha. El terreno no era tan grande como para necesitar maquinaria, pero daba lo suficiente para que pudiesen abastecerse y obtener beneficios vendiendo una parte en Marazion o transportando el resto. Las gallinas, las vacas y la pesca les bastaban para vivir de forma sencilla.

El olor del guiso de carne y verduras los recibió al entrar en la cocina. Cedric se sentó junto a la mesa de madera que dividía la estancia y John quitó la tapa de la olla para echarle un vistazo. A su lado se extendía una larga superficie que terminaba dando paso a un aparador de pino lleno de escudillas y platos de loza de diseños dispares. Las cacerolas de cobre colgaban de la pared contigua y brillaban a la luz del día.

—Me muero de hambre —dijo John.

—Pues no pienso servirte un plato hasta que no te quites al menos esa camisa y te laves las manos. Cedric, tú lo mismo. Venga, id a asearos.

La madre apareció seguida de Amy, que tenía el rostro pálido y los ojos apagados. Tan solo esbozó una sonrisa cuando John le hizo una mueca al pasar por su lado. Se lavaron las manos en el aguamanil y luego volvieron a sentarse. John se lanzó a devorar su plato; solía tener un apetito voraz. En cambio, Amy se limitó a remover el suyo con desgana.

Cedric le preguntó cómo se encontraba.

—Mal, como siempre. —Tosió.

—Tápate la boca —le pidió Julie.

—Pronto estarás mejor. Tus pulmones se harán fuertes —dijo John y luego mordió la mitad de una hogaza de pan—. Además, tienes que encargarte de tus tareas. Las gallinas me han dicho hoy que te han echado de menos.

Amy lo miró con irritación.

—Tengo ocho años, John.

—¿Y? ¿Nunca has oído hablar a una gallina? —John la miró desconcertado y el resto disimularon una sonrisa—. Es algo así: «Cloc,

cloc, ¿cuándo volverá Amy? Cloc, necesitamos que recoja nuestros huevos».

—¿Algún día dejarás de hacer el tonto?

—Uno tiene que potenciar sus virtudes.

Amy adoraba a John. Él le gastaba bromas a todas horas y le contaba historias y fantasías ridículas. Ella lo buscaba, aparecía corriendo por el campo, lo convencía para que se escaquease del trabajo, le robaba su porción de moras y trepaba por su espalda.

Cedric sentía que los tres eran un triángulo isósceles y a él le correspondía el vértice más alejado. Siempre había vivido más de fuera hacia dentro, tenía un humor ácido que compartía poco, no se le daba bien el arte de relativizar. Era sincero, eso sí. Terriblemente sincero. En una ocasión, de niño, le había mentido a su padre cuando salieron a pescar al amanecer. Cedric le había asegurado que sabía cómo hacerle un nudo palomar al anzuelo, pero no tenía ni idea y solo había conseguido hacer un nudo de lazo. El padre le había quitado la caña de las manos, lo había corregido y luego lo había mirado muy serio: «En esta vida hay pocas cosas que podemos elegir, pero ser honrados es una de ellas. ¿Me has entendido, Cedric?». Aquel niño nunca había olvidado ese instante.

—Preocúpate por ampliar virtudes —se burló Herbert.

—¿Más? —John sonrió como lo haría un lobo si pudiera—. Mírame. Si ya soy guapo, listo, fuerte, valiente y buen conversador. Tendré que dejarle algo a mi hermano.

—Se te olvida algo importante —apuntó Cedric.

—¿El qué? —John se cruzó de brazos.

—Tu título honorífico como gran idiota.

Las risitas de Herbert y Amy llenaron el salón. Después, terminaron de comer y recogieron la mesa, aunque la pequeña apenas había probado bocado. Los tres hermanos habían heredado de la madre los ojos claros y el cabello negro, pero el de ella caía en tirabuzones hasta la cintura; sus facciones eran angulosas por la delgadez y, como John solía decirle, arrugaba la naricilla como un ratón cuando algo le molestaba.

Jugaron una partida rápida de cartas mientras reposaban la comida. John las mezcló con soltura y las repartió entre los tres. Como era habitual, Cedric ganó las dos primeras manos pese a los intentos de su hermano por distraerlo.

—No tienes nada que hacer, John.

—Haces trampas. Algún día lo descubriré.

—La clave está en la concentración. Solo eso.

—Yo siempre estoy concentrado. —John miró sus cartas y suspiró —. ¿A quién le toca? Amy, tiras tú. Venga, no te lo pienses tanto.

En la siguiente jugada, Cedric volvió a salir victorioso pese a las

protestas de John. El mayor de los Stone se puso de pie, se inclinó y le dio un beso en la frente a Amy.

—Tengo que irme ya si quiero volver con algo. John, no os demoréis en ir a la estación o el tren se habrá marchado cuando lleguéis —le advirtió antes de salir de la cocina.

Se cambió de ropa en su dormitorio. Era una estancia sencilla, con una cama junto a la ventana pintada de un azul descascarillado; en el alféizar había dedaleras que la madre cuidaba, y un fresno crecía por el lateral de la casa. Uno de los rincones estaba ocupado por un sillón viejo donde amontonaba libros. Encendió la radio, que descansaba sobre un baúl que usaba como mesilla de noche, y, mientras se ponía una camisa almidonada, escuchó las últimas noticias con desasosiego.

Todo el mundo hablaba de la inminente guerra. Ya fuese en el muelle, en la lechería o incluso en la puerta de la iglesia. John se pasaba el día maldiciendo a los alemanes y se mostraba entusiasmado ante la idea de poder luchar por su país. Cedric le decía que era un insensato por pensar así, que tenía la cabeza vacía, que aquello cambiaría el curso de sus vidas para siempre.

Bajó a pie la cuesta hasta el puerto.

Tras la muerte del padre, Cedric se había adueñado de la vieja barca con la que ambos solían salir a la mar a pescar a diario. A John no le gustaba el agua; decía que se sentía atrapado. A Cedric, en cambio, le parecía más un placer que parte de la jornada de trabajo. Mientras el bote se balanceaba y esperaba a que algún pez picase el anzuelo, miraba al cielo e imaginaba qué se sentiría siendo un pájaro, siempre volando, siempre contemplando el mundo en miniatura desde allá arriba. También disfrutaba del silencio durante aquellas horas; allí solo se oía el murmullo de las olas, el silbido del viento y las gaviotas que graznaban y se lanzaban en busca de comida.

A menudo hacía una parada en el monte Saint Michael. Cuando bajaba el nivel del mar, se podía llegar andando hasta la isla a través de una pasarela adoquinada. Las barcas de pesca aguardaban amarradas en el puerto, que se usaba para el transporte del estaño que extraían de las minas costeras. Los pescadores aprovechaban la tranquilidad del lugar para limpiar pescado o hacer trueques, que era lo que le interesaba a Cedric aquella tarde, cuando sujetó la barca a un puntal de madera y vio a un viejo conocido.

—Pensaba que ibas a dejarlo —le dijo.

—Sí, cuando me muera —contestó Will.

Con el cigarrillo entre los labios, el hombre tosió y continuó arreglando una red. Había estado enfermo y sus hijos, también pescadores, insistían en que había llegado la hora de que se quedase en casa, pero él no estaba por la labor.

—¿Te echo una mano con eso?

—No —le dijo—. Puedo hacerlo.

Sabía que era un tipo obstinado, así que Cedric lo dejó estar y se fue a dar una vuelta por si algún otro pescador tenía algo que le interesase. Cuando vio que nada valía la pena, regresó junto a Will y se fumó un cigarro con la vista fija en el mar y un poco más allá, sobre las casas que se apiñaban alrededor de la costa como dientes. Caía el día. El aire salado era húmedo y frío, señal de que se avecinaba tormenta. Cedric tiró la colilla al suelo, la apagó con la punta de la bota y decidió que era el momento de volver a casa.

Justo entonces, Jane apareció ante él.

—¿Dónde está el camino de vuelta?

El toque Margot

Edimburgo, Escocia, 1996

—¿Y entonces qué ocurrió?

Cedric lanzó un suspiro.

—Deberías mirar la hora…

—¡Ay! —Le echó un vistazo al reloj y se puso en pie de un salto —. Voy con retraso. Tengo que irme si quiero acabar las habitaciones que me faltan, pero me encantaría seguir escuchando tu historia en otro momento. ¿Mañana?

—A menos que sea dentro de un ataúd, no creo que me mueva de esta cama.

—Esa es buena. —Margot sonrió.

Trabajó sin entretenerse durante la siguiente hora. La historia de Cedric Stone le daba vueltas en la cabeza como la ropa dentro de una lavadora. Tenía la impresión de que aquel hombre estaba ofreciéndole algo valioso, capaz de derrumbar el muro con el que Margot separaba su vida del hospital. Sabía que encariñarse con él le traería problemas, pero era demasiado tarde. Ya quería saber. Ya veía con otros ojos el 612 de su habitación. Ya era incapaz de soltar el hilo que Cedric le había tendido.

Al terminar, salió a la calle y se montó en el coche. Se puso el cinturón tras subir el volumen de la radio. Sonaba una canción de Fleetwood Mac que la animó y le hizo olvidar que tenía que sacarle el bajo a un par de pantalones de Peter que le quedaban pequeños, pagar la factura atrasada de la luz, solicitar la prueba de admisión para Anna y planificar su décimo cumpleaños. Todo se volvía más ligero con un poco de música. Durante el viaje en coche hasta el colegio de los niños, Margot era libre y solía cantar a pleno pulmón como si estuviese sobre un escenario.

Dio marcha atrás en el aparcamiento mientras soltaba un gallo. Y entonces hubo un golpe. ¡Bum! Su cuerpo se impulsó hacia delante como si fuese un muelle y ella, asustada, se aferró al volante. El corazón le latía atropellado. Necesitó un largo minuto para calmarse. Tenía la boca seca cuando vio por el espejo retrovisor el elegante coche negro con el que había chocado.

¿Cómo era posible? Si había mirado…

Esperó, porque no supo qué otra cosa hacer.

Un hombre bajó del vehículo y se inclinó para evaluar los daños. Llevaba gafas de sol y vestía un traje oscuro. Margot inspiró hondo. ¿Y si fingía tener algún problema auditivo cuando quisiese arreglar los papeles del seguro? Le entró una risa nerviosa que ahogó al ver la sombra del conductor junto a su ventanilla. Los nudillos no dudaron. Toc, toc, toc. Margot giró la manivela para bajar el cristal. Fue entonces cuando se encontró cara a cara con Graham Stone, que le dirigió un gesto de reproche e impaciencia.

—Acabas de darme un golpe con el coche.

—¿Golpe? Yo lo llamaría *toque*. —Se armó de valor y salió del vehículo mientras él, en silencio, se quitaba las gafas—. Veamos. Si está impecable...

Graham señaló un punto concreto del lateral.

—Ese golpe en el parachoques no existía hace cinco minutos.

—Oh, bueno, ¿quién va a notarlo?

—Yo.

—En ese caso... —Margot se dio cuenta de que tenía la misma mirada que su padre, pero más distante—. Quizá con un poco de rotulador...

—¿Has dicho «rotulador»?

—De color negro y permanente.

—Tienes que estar bromeando...

—Si apenas son un centímetro o dos...

Graham entrecerró los ojos y ella se rindió.

—Vale, lo entiendo —dijo Margot—. ¿Pero podríamos dejarlo para otro momento? No intento escaquearme, es que tengo que recoger a mis hijos del colegio y llego tarde. Nos conocimos el otro día en la habitación de tu padre, no sé si te acuerdas...

—Toma. Llámame cuanto antes.

Le dio una tarjeta. Luego se puso las gafas de sol, la rodeó como si fuese un molesto pilar que no pintaba nada allí y montó en su flamante coche. Margot pudo percibir la estela de su caro perfume incluso cuando lo perdió de vista.

Las dudas de Anna

Edimburgo, Escocia, 1996

La lluvia caía sobre los tejados, se deslizaba por los canalones hasta la calle y se colaba en las alcantarillas. Peter ocupaba el asiento del copiloto y contemplaba la arteria urbana que se divisaba tras la ventanilla en el barrio portuario de Leith, al norte de la ciudad. No había abierto la boca desde que había salido del colegio y Margot lo había recogido en la puerta. Anna, en cambio, tenía uno de esos días en los que se comportaba como una luciérnaga que no dejaba de zumbar de un lado a otro.

—¿Tú crees en la reencarnación, mamá?

—Mmm, no sé si me convence la idea...

—Pero sería divertido ser en otra vida un avestruz o una pantera o un caballito de mar. Aunque —Anna hizo una pausa— eso significaría que todos somos asesinos. Cada mosquito muerto es una persona. Y cada hormiga es una persona. Y cada abeja es una persona. Y cada saltamontes es una persona. Y cada...

—Hemos pillado la idea —gruñó Peter.

Anna se mantuvo en silencio diez segundos.

—Mamá.

—Dime.

—Si no existe la reencarnación, entonces nos morimos y ya.

—Eso es. —Margot puso el intermitente.

—Pero quedan partículas.

—Imagino.

—Los huesos se convierten en polvo. La carne se la comen las larvas y luego esas larvas se convierten en moscas que también mueren. Y al final todo se descompone, vuelve a la tierra.

Margot estaba distraída.

—Exacto, cariño.

—Y en esa tierra crecen lechugas.

—Anna... —Se mordió el labio.

—De los muertos crecen lechugas.

—No es del todo así y...

—Nos comemos a los muertos.

—¿Os apetece oír música?

—Sí —contestó Peter.

—En teoría —continuó Anna—, el ciclo de la vida es nacer, crecer y reproducirse. Así que, mamá, tú has cumplido, ya puedes morir en paz.

—Me gustaría esperar unos años, si es posible.

—Mejor, porque me encanta que seas mi madre. —Margot pudo ver la sonrisa de Anna a través del retrovisor—. Ojalá pudiese saber si en algún otro lugar de este mundo hay una niña que se hace justo las mismas preguntas mientras va en un coche.

—¿Y es igual de pesada? —Peter resopló.

—¿Por qué te planteas eso, Anna?

—No sé, curiosidad. ¿Cómo sabemos que no ocurren cosas parecidas en distintos puntos del planeta porque alguien lo ha programado así? Podría ser todo un simulacro.

—No estoy segura de si te sigo...

—Solo era una idea. Como lo que pensé anoche...

—Anna, cielo...

—No podía dormir, así que imaginé qué haría si me metiese en un agujero de gusano y pudiese viajar atrás en el tiempo. En primer lugar: felicitar al inventor de las patatas fritas. En segundo lugar: avisar a John Lennon de que lo van a matar. En tercer lugar: impedir que se desate la Segunda Guerra Mundial.

—Un buen orden de prioridades —se burló Peter.

—¿Sabéis qué? —A Margot la entusiasmó tener algo que compartir con los niños tras salir del trabajo—. He conocido a un hombre que luchó en la guerra.

—¿Dónde? ¿En el hospital?

—Sí. Se llama Cedric Stone.

—¿Y es centenario o qué?

—No te pases, Peter. Tampoco fue hace tanto tiempo. —Margot pisó el acelerador cuando el semáforo se puso en verde—. Me está contando su historia.

—Menudo muermo. —Resoplido.

—Bien, se acabó. —Encendió la radio.

Cedric, Jane y la tormenta

Marazion, Cornualles, 1939

—¿Dónde está el camino de vuelta?

La joven mantenía los ojos entrecerrados por culpa del intenso viento y se sostenía el sombrero sobre la cabeza. Su vestido amarillo se agitaba como los mechones castaños que habían escapado con rebeldía de la cinta de grogrén. Cedric se fijó en los ridículos zapatos que calzaba, aunque pensó que en la ciudad serían la última moda.

Will, aún sentado con la red en las manos, dejó escapar una ronca carcajada. En cambio, Cedric se contuvo porque prefirió alargar el delicioso momento.

—¿Te has perdido? —le preguntó.

—No, pero el sendero adoquinado...

Cedric pasó junto a ella y percibió el aroma a rosas de su perfume. Avanzó con la chica pegada a su espalda, alzó el brazo y señaló el mar azul.

—Está justo ahí, bajo el agua.

—No es posible... —titubeó.

—Lo es si te encuentras en una isla de marea. Cuando sube el nivel del mar, la pasarela desaparece. ¿Por qué crees que se reía ese pescador?

—Eso lo sé —apuntó ella, lacónica—. Lo que me ha sorprendido es que ocurriese en apenas unas horas. Me entretuve leyendo y...

—La marea sube y baja con rapidez.

—Ya. ¿Y cuándo volverá a bajar?

—Mañana. Entrada la madrugada.

—No. Tiene que ser una broma.

—En absoluto. —A Cedric se le escapó una sonrisa—. La única forma de salir de la isla ahora mismo es en barca.

—Odio navegar. Siempre me mareo.

—Elige: venir conmigo o la intemperie.

Ella clavó la vista en el agua con resignación.

—Esto te divierte, ¿verdad? —lo acusó.

—Digamos que me resulta entretenido.

—Tu vida debe de ser muy anodina.

—Te recuerdo que soy tu mejor opción, a menos que sepas hacer fuego con piedras y construir una cabaña usando ramas. La abadía

está cerrada.

—No estás dotado para el humor —sentenció ella, tras mirar por encima del hombro la enorme propiedad de piedra que coronaba la isla—. De acuerdo, iré contigo.

—Faltaría un «Gracias» —bromeó Cedric.

La chica lo miró con una intensidad que a él lo sobrecogió; daba la impresión de que estaba evaluándolo desde ángulos imposibles. Cedric le pidió que lo siguiese hasta la barca. Subió y, luego, decidió ser cortés y le tendió la mano.

—Puedo sola.

—Adelante.

Ella tomó aire y dio un paso al frente. Tropezó por culpa de los inapropiados zapatos, así que Cedric la sujetó del brazo; tenía la piel cálida. La barca se balanceó y ella, angustiada, cerró los ojos con fuerza.

—Tranquila. El paseo será breve.

La joven se acomodó en el asiento de madera y Cedric dejó a un lado el cubo con las dos caballas que había pescado antes de ir al monte Saint Michael. Soltó el amarre y se alejaron de la isla. El cielo era un cuadro impresionista de nubes cargadas.

—Si abres los ojos, te marearás menos.

—¿Está comprobado científicamente?

Cedric sonrió. Lejos de irritarlo, le resultaba estimulante.

—Confío más en la sabiduría de la gente del mar que en lo que pueda decir alguien de ciudad que escribe un libro desde la comodidad de su escritorio.

—Veo que ni te sonrojas ante tu propia ignorancia...

—Todavía no me has dicho tu nombre.

—Todavía no me lo has preguntado.

—Lo haces todo difícil. ¿Cómo te llamas?

—Jane Bellamy —contestó—. ¿Y tú?

—Cedric Stone. —Le echó un vistazo al cielo y calculó que en un minuto la lluvia se precipitaría sobre ellos—. Ya llega la tormenta.

—¿Tormenta? —Jane contuvo el aliento.

—La barca es segura en una distancia tan corta. De todos modos, ¿qué es lo peor que podría ocurrir? Caer al agua —dijo, y no pudo evitar disfrutar al ver su expresión horrorizada. Jane mantenía la espalda recta, vestida de aquella forma inusual en el medio rural, con hombreras y un cinturón fino que realzaba sus caderas—. En ese caso, ¿sabes nadar? Porque si tengo que elegir entre cogerte a ti o las caballas...

—Y creerás que eres gracioso...

Marazion se recortaba tras ella y el agua empezaba a embravecerse. Cedric siguió remando mientras Jane respiraba hondo;

luego, dejó el sombrero en su regazo y se quitó las horquillas del pelo una a una. A él le gustó verla despeinada.

—¿De dónde eres?

—No sé si debería decírtelo.

—Te estoy salvando la vida...

—Londres. He venido a pasar el verano a casa de mi tía. Se suponía que mi prima iba a acompañarme a visitar el famoso monte Saint Michael, pero está resfriada y no quise que la caminata la debilitase más, así que me fui por mi cuenta.

—¿Es la primera vez que vienes a Marazion?

—Sí, solía ir a Henley de vacaciones, pero este año mis padres decidieron quedarse en la ciudad y pensé que sería una buena ocasión para viajar sola.

Parecía la típica joven que había sido educada por una institutriz recatada; un poco de francés, algo de literatura, pintura al agua y piano para impresionar a las visitas. Sin embargo, había en ella algo más. Puede que fuese por la actitud punzante o por lo entera que se mostró tras ponerse las horquillas, a pesar de que tenía la piel de gallina.

—Yo nunca he salido de aquí.

—¿Nunca? ¿A ningún lugar?

—No más allá de Cornualles.

—Esta zona es preciosa. Me gustan los acantilados y la niebla, no tiene nada que envidiarle a Henley. He leído que algunas calas las usaban los contrabandistas.

—Es cierto. Conozco varias cuevas...

—La vida es diferente a la de Londres.

—¿Estudias allí? —se interesó Cedric.

—Terminé este año. Cursé Literatura Inglesa.

—Entonces, tenemos algo en común.

—¿El qué, además de compartir barca?

—Los libros. Espera. ¿Has notado eso?

—¿El qué?

—La lluvia.

Jane levantó la barbilla y él contempló las primeras gotas que resbalaron por su garganta. Pronto, las nubes bajas y grises que entraban desde el océano dieron paso a una tormenta furiosa. Apenas tardaron un par de minutos en llegar al muelle. Cedric saltó a tierra firme, le tendió la mano y, entonces sí, ella aceptó el ofrecimiento. Él afianzó el amarre y cogió el cubo.

—¿Cómo se llama tu tía?

—Agnes Morgan —dijo.

—Bien. Te acompañaré.

Se cobijaron bajo el alero de una casa y se miraron en silencio.

Jane intentaba disimular que se estremecía cada vez que estallaba un trueno y él intentaba no fijarse en las curvas que revelaba el vestido empapado. Ninguno de los dos intentos fallidos le pasó desapercibido al otro.

—No es necesario. Esperaré a que amaine.

—¿Acaso nada es nunca necesario para ti?

—Exactamente. «Necesitar» algo es un error.

Cedric quiso preguntarle: «¿De dónde has salido?». Le parecía una criatura singular, tanto por lo que decía como por lo que no. Y esa mirada. Y esa tozudez. No estaba seguro de cómo debía tratarla, si con su misma dureza o al revés.

—Pues me acompañas tú a mí. Voy en esa dirección —dijo, y se animó al ver que le arrancaba la primera sonrisa—. Podría perderme. En cuanto llueve un poco, me aturullo, confundo las calles, me olvido hasta de mi nombre.

—Diría que me sorprende, sin embargo...

—Eres una mujer perversa —bromeó él.

La sonrisa de Jane se ensanchó y se ensanchó.

El corazón de Cedric se aceleró y se aceleró.

No hablaron cuando se pusieron en marcha. A Jane le goteaba el cabello apelmazado sobre la cabeza y llevaba el sombrero en la mano. Su vestido ya no parecía tan exclusivo ni ella tan lejana. Cedric la observaba mientras avanzaban por las calles inclinadas, el agua se deslizaba cuesta abajo por la calzada.

Cuando llegaron a la casa, se miraron.

—Gracias por todo —susurró ella.

—No hay de qué. Toma, para tu tía.

Ella aceptó el cubo con el pescado y golpeó la aldaba de la puerta. Cedric se alejó antes de que abriesen y, tras verla entrar en el calor del hogar, siguió su camino bajo la tormenta. En casa lo recibió el olor a cebolla, perejil, manteca de cerdo y jengibre.

—Estaba empezando a preocuparme. —La madre tapó la olla en la que hervían las gachas con patatas y nabos—. Ve a quitarte la ropa, estás ensuciando el suelo de barro.

—Me pilló la tormenta —se excusó.

—¿No hubo suerte? —preguntó Julie.

—Sí, caballas. Pero se las di a Agnes Morgan.

La madre no cuestionó la decisión, aunque lo miró con curiosidad sin dejar de remover las gachas. Cedric cenó con su familia, pero se retiró pronto.

Junto a un libro de Baudelaire, se metió en la cama. Fue incapaz de concentrarse en la lectura. Las palabras y las líneas se entremezclaban porque solo era capaz de ver en cada página el rostro de Jane. No desapareció cuando se rindió y apagó la luz.

Blair Stone

Edimburgo, Escocia, 1996

Cedric detuvo su relato cuando la puerta se abrió e irrumpió en la habitación una mujer alta y delgada, de rostro severo y andares decididos. Su elegante figura se alzaba entre la ropa de tonos beis, camel y visón; nada desentonaba. El cabello oscuro, de corte recto francés, no llegaba a rozarle los hombros. Por su forma de moverse, daba la impresión de estar entrando en una comisaría de Policía dispuesta a poner una denuncia. Apenas se fijó en Margot, que estaba sentada en el sillón junto a la ventana y sostenía en la mano el último bocado del sándwich que aquel día se había hecho para comer.

—No he podido llegar antes, papá. Había un tráfico terrible. ¿Cómo estás? ¿Mejor? ¿Has pasado una buena noche? He preguntado en el mostrador por las pruebas que te hicieron, pero me han dicho que tenían que buscar el expediente y, por el tiempo que me han tenido esperando, debe de estar en la otra punta del mundo. No te preocupes, volveré a intentarlo más tarde. ¿Has tenido vómitos? Hoy te veo bien.

Cedric lanzó un suspiro y después dijo:

—Margot, te presento a mi abrumadora hija.

Las dos mujeres se miraron unos instantes.

—Encantada de conocerte —dijo Margot.

—Blair Stone. ¿Y tú eres...? ¿Enfermera?

—No, es una amiga —contestó Cedric.

—Soy la chica que limpia las habitaciones.

Blair se mostró descolocada unos segundos, pero no tardó en volver a tomar el mando de la situación y se giró hacia su padre.

—Tenemos que hablar. ¿Recuerdas lo que discutimos el otro día? Graham dice que tienes el contestador de casa lleno de mensajes de gente que se preocupa por ti, pero los ignoras. Necesitas compañía, papá. Pasas demasiadas horas solo en el hospital y yo tengo mucho trabajo, ya lo sabes. Intento escaparme, pero...

—Estoy perfectamente, Blair.

La hija de Cedric hablaba mucho y muy rápido, como si las palabras saliesen de su boca a borbotones. Margot tenía que esforzarse para seguirle el ritmo y se dijo que lo último que desearía sería trabajar para esa mujer: ser su secretaria y tomar notas debía de ser

una tarea más complicada que operar a corazón abierto.

—No es cierto. Por eso me he tomado la libertad de echarles un vistazo a algunos currículums de gente especializada en el cuidado de personas mayores. Tengo por aquí los dos que más me han convencido para que puedas valorarlos...

Sonriente y ajena a la expresión de Cedric, que no auguraba nada bueno, sacó una carpeta que abrió con entusiasmo. El padre tenía los labios apretados en una línea fina y los hombros tensos, aunque la hija no vio nada y empezó a leer en voz alta el perfil de la primera candidata. Margot quiso escabullirse de allí, salir de puntillas de la habitación antes de que fuese demasiado tarde, pero Cedric estalló rápido.

—¡No necesito que nadie me cuide!

—Espera, mira sus referencias y...

—Blair. Basta. He dicho que no.

Entonces, una bombilla se encendió en la cabeza de Margot. Fue como apretar un interruptor, porque de lo contrario no habría sido capaz de actuar por impulso y decir:

—Yo podría hacerlo.

Hubo un silencio abrupto y los dos miraron a Margot, que se sintió ridícula. Había dicho una estupidez, sobre todo teniendo en cuenta el grosor de esos currículums. ¿Quién era ella? Si ni siquiera pintaba nada en esa habitación...

—¿Tú? —Blair parpadeó, confusa.

—Bueno... —Pensó en la sonrisa de Anna cuando bailaba, en las facturas acumuladas en la cocina, en los desperfectos de la casa—. Trabajo aquí mismo, así que me resultaría sencillo quedarme alguna tarde o por las noches. Además, nos conocemos.

—¿Y acaso tienes experiencia?

—Es una idea perfecta —dijo Cedric.

—Papá, antes debería asegurarme de que...

—Olvídate de los pormenores, Blair. Estaré bien. Querías contratar a alguien para que no estuviese solo y lo has conseguido. Tú estás contenta y yo estoy contento. Y, ahora, ¿por qué no vais a la cafetería del hospital y ultimáis los detalles? Seguiré aquí cuando acabéis. Si consigo no morirme hasta entonces, claro.

—¡Papá! ¡Deja de decir esas cosas!

Fue una suerte que Blair se acercase a Cedric para darle un beso de despedida, porque no vio la sonrisa que se le escapó a Margot. Cuando salieron, fueron al mostrador de recepción para volver a preguntar por el resultado de las pruebas. Margot aprovechó el momento y se ausentó para pedirle a una compañera que le hiciese el favor de ocuparse de sus habitaciones; ella se lo devolvería al día siguiente.

Al regresar, Blair estaba discutiendo con el hombre que la atendía. No parecía contentarse con ninguna de las explicaciones y su mirada se tornó tan glacial que Margot temió que fuese capaz de congelar todo el hospital al pestañear. Sintió envidia. La hija de Cedric hablaba con firmeza y su tono era duro. En cambio, ella se pasaba el día diciendo: «Lo siento» y «Disculpa» y «Por favor» y «Si me permites» y «No era mi intención». Rara vez perdía la paciencia.

El asunto se zanjó en cuanto Blair amenazó con poner una reclamación; el hombre le aseguró que lo solucionaría en un par de horas.

Las dos se dirigieron a la cafetería del hospital. A pesar de las conversaciones y el olor a comida, a Margot le seguía pareciendo un lugar áspero. Daba la sensación de que aquel edificio contenía un universo singular donde el tiempo avanzaba a otro ritmo, como si las manecillas del reloj se moviesen entre la vida y la muerte; tic, tac, tic, tac, siempre girando.

Blair pidió un té caliente y ella, un café.

—¿Por dónde quieres que empecemos?

—Iré al grano —dijo Blair—. Supongo que sabes que mi padre se está muriendo, así que lo último que quiero es malgastar los días discutiendo con él. Por eso cederé en esto y permitiré que lo cuides, aunque preferiría que lo hiciese una persona cualificada.

—Si sirve de algo, me hice cargo de mis padres.

—Menos es nada. —Agitó el té—. Te pagaré bien, por encima de lo habitual; el dinero no es un problema. Bastará con que te quedes con él de vez en cuando, según lo que necesite. No conviene forzarlo. Es un hombre testarudo y poco dado a los cambios.

—Vale. Me parece perfecto.

—En realidad, mi hermano Graham y yo valoramos la opción con vistas a un futuro próximo. Ahora está aquí, en el hospital, pero... —La mirada de Blair se perdió en algún punto indeterminado—. Conozco a mi padre. Querrá morir en casa.

Margot se percató entonces de que hacía frío.

—Lo entiendo y te agradezco la confianza.

—Es una persona especial, aunque haga esas bromas de mal gusto y finja que nada le importa. Te ruego que seas paciente y considerada con él.

Blair le explicó cómo se organizarían y le dijo lo que cobraría, que era más del triple de lo que le pagaban por hora en su trabajo habitual. Después, se terminó el té de un trago, se levantó y buscó unas gafas de sol en el bolso. Fue en aquel instante cuando Margot la vio de verdad: tras aquella apariencia dura se escondía una mujer que estaba deseando huir de la enfermedad que le arrebataría a su padre.

Margot se puso en pie, con el café intacto.

—Te prometo que estará en buenas manos.

Blair asintió con la cabeza antes de irse a toda prisa, como si al alejarse tuviese alguna posibilidad. Pero era tarde. Y asistir a una batalla perdida tiene un aire descorazonador que no se parece a nada más. Margot se quedó unos minutos pensando en ello, allí sola. Se sentía una partícula más de entre tantas otras que flotaban a la deriva en ese mundo raro e indescifrable.

La niña que fue Margot

Edimburgo, Escocia, 1996

Margot llegó a casa cargada con las bolsas de la compra. Entró en el acogedor salón decorado con muebles dispares: una alacena antigua al fondo, cada silla distinta, cuadros de segunda mano que vestían las paredes de color calabaza. Eleanor y los niños estaban sentados en la alfombra, alrededor de unas cajas de cartón.

—He conseguido trabajo.

—Ya tienes trabajo —dijo Peter.

—Un segundo trabajo —contestó.

Eleanor lanzó un suspiro y chasqueó la lengua, pero se abstuvo de compartir sus impresiones al respecto. Margot se sentía doblemente agradecida con su vecina porque, incluso cuando no estaba de acuerdo con sus decisiones, seguía siendo un apoyo firme. Tener a Eleanor en su vida y saber que podía dejar a los niños en sus manos era lo más parecido a respirar hondo que Margot podía imaginar. Hasta la inesperada llegada de aquella mujer, nunca había podido confiar a ciegas, de forma plena, en otra persona.

—¿En el hospital? —preguntó Anna.

—Sí. Cuidaré de Cedric Stone. Os hablé de él hace unos días. Es el hombre que me está contando su historia durante el descanso para comer.

—Ah, sí, el centenario. —Peter resopló.

—No ha cumplido aún los ochenta y es interesantísimo.

—Si tú lo dices... —Se encogió de hombros.

Margot se fijó entonces con más detenimiento en las cajas abiertas que había sobre la alfombra. Anna sostenía un cuaderno azul en las manos.

—¿Qué tienes ahí, cielo? Son mis notas...

Dejó las bolsas y se arrodilló. Las cajas estaban llenas de polvo tras años durmiendo en el desván. Los recuerdos se amontonaban sin seguir un orden establecido: fotografías, regalos, figuritas, adornos navideños...

—Estuvimos hablando del día que fuimos de excursión al valle de Glencoe y se empeñaron en buscar los álbumes de fotos, así que...

—Sacabas muy buenas notas, mamá —dijo Anna.

—Sí, no se me daba mal. —Margot se colocó un mechón tras la

oreja, tragó saliva y empezó a recoger aquel desguace de recuerdos.

—¿Y por qué no fuiste a la universidad?

No supo qué la desconcertó más, si lo que removió la pregunta o que Peter quisiese saber algo sobre ella. La respuesta fue descafeinada:

—Es complicado. Las cosas no siempre salen bien.

—¿Y qué hubieses querido estudiar?

—No lo sé. —Cerró una de las cajas, se levantó y se frotó las manos en los pantalones vaqueros—. He comprado pizza para cenar. Iré a encender el horno.

Evitó la mirada de Eleanor antes de huir.

Se sentó a la mesa de la cocina con Clash a sus pies y el montoncito de facturas sin abrir acechando. Oía de lejos las voces de sus hijos en el salón, la televisión encendida, el viento que rozaba las ventanas de la casa. Contempló ensimismada la pizza, los hilos de queso que se fundían lentamente sobre el jamón y el tomate, los champiñones que se arrugaban sin gracia. Y entonces pensó en aquella niña de cabello rizado y ojos pequeños que había sido.

En una ocasión, había escuchado a una profesora hablando con otra y diciendo sobre ella que era insulsa. Al llegar a casa, había cogido el diccionario para buscar la palabra y, tras encontrarla, lo había cerrado y se había quedado durante diez largos minutos mirando la pared de enfrente. Había dos definiciones y le resultaba difícil decidir cuál era peor: la primera hacía referencia a lo que tiene poco o ningún sabor; la segunda, a lo que es soso y carece de gracia o interés. Entre los sinónimos tampoco había encontrado consuelo: «Desabrida, insípida, insustancial, simple, deslavazada».

Margot había estado de acuerdo en que no era una niña pizpireta o especialmente divertida, pero, si alguien se hubiese molestado en mirar más allá, se habría dado cuenta de que en su interior albergaba un mundo infinito de magia y fantasía. Si hablaba poco, era porque estaba ocupada manteniendo conversaciones consigo misma. Si era tímida, se debía a que se planteaba cada palabra y cada situación, todo lo que podría salir mal. Si no tenía muchos amigos, era por el temor a que le hiciesen daño.

Pero Margot había sido una niña lista, compasiva y empática. Una niña que vivía entre la realidad y lo imaginado. Había sido una niña curiosa, tipo esponja, dispuesta a absorberlo todo. Una niña con un sentido del humor peculiar que había aprendido a gestionar la soledad. Había sido una niña que podría haber sido…

La lista de futuros factibles era larga. En otras vidas alternativas y más amables, Margot habría sido una de esas doctoras que a diario veía correr por los pasillos cuando surgía una emergencia. O una psicóloga con su propia consulta en un barrio de la ciudad como New Town o Haymarket. O una profesora con un montón de alumnos

dispuestos a escucharla con atención. En su cabeza, habría sido escritora, astronauta, veterinaria, una prometedora actriz de teatro y una respetable periodista capaz de contar historias que calasen.

Pero la realidad había sido más gris. No había habido paseos por el campus con un libro bajo el brazo, pantalones de campana y debates sobre literatura mientras tomaba café; ella era la que los servía detrás de la barra. Y no había sido una mala vida, porque le había dado prioridad al corazón, pero de haber podido…, de haber tenido la oportunidad…

Por eso quería coserles alas a sus hijos. Y, después, dejaría que volasen solos.

Cedric Stone. La cita

Marazion, Cornualles, 1939

Flotaba en el aire el familiar aroma de las casas de campo bien atendidas, una mezcla de abrillantador, lavanda y el jabón de la ropa limpia que se secaba tendida al sol. El cielo era de un azul imperecedero que auguraba que las tormentas de los últimos días habían quedado atrás y que aquel sábado podrían disfrutar de una tarde apacible. Habían empezado la jornada antes del amanecer, cuando los gatos aún dormían y el rocío engalanaba los prados.

—¿Has terminado con esa parte, muchacho?

—Hace siglos, Herbert —bromeó John.

—Algún día toda esa chulería te saldrá cara...

—Algún día el cielo será verde, las ovejas tendrán alas y tú...

—Piensa bien lo que estés a punto de decir. —Herbert cogió la carretilla.

—Tú serás un hombre alegre, risueño y dichoso.

—Este mocoso fanfarrón... —Herbert no pudo contener la sonrisa que asomó entre la barba canosa—. Terminemos de remover la tierra. Mañana la mezclaremos con el estiércol. Solo falta el último tramo. Cedric, ocúpate tú. —Le tendió la azada.

—Claro. ¿Nos vemos luego? —Tiempo atrás, antes de la inestable situación, algunos sábados lo dejaba pilotar. En aquel momento, se contentaba con tomarse una copa con él y charlar de sus últimas lecturas.

—Hoy tengo cosas que hacer. La próxima semana.

—¿No vas a bajar a Marazion? —preguntó John.

—Creo que lo dejaré pasar. —Cedric cargó la pala.

Nunca había logrado sentirse tan cómodo como su hermano en la taberna. Las conversaciones le resultaban lejanas, vacías; sentía que tenía poco que decir. Terminaba tomándose una cerveza, callado, mientras contemplaba la escena como un antropólogo que tiene delante por primera vez a otros seres humanos. Prefería el silencio, los libros, la calma del campo, el trabajo duro o zambullirse a solas en el gélido mar.

—Estarán todos. Es el cumpleaños de Owen —insistió John—. Y habrá música y chicas: Rosie, Lilian, Bethany. Quizá hasta vengan caras nuevas. Es verano.

—Bien. Iré —lo cortó con sequedad.

John y Herbert intercambiaron una mirada divertida, pero al ver el ímpetu con el que el otro seguía removiendo la tierra se mantuvieron callados. Con los brazos aún entumecidos, Cedric dejó a un lado la pala, se encendió un cigarrillo y expulsó el humo. Frunció el ceño y refunfuñó:

—¿Qué narices estáis mirando?

—Nada, nada. —John se rio.

Los dos hermanos se encaminaron hacia Marazion unas horas más tarde, bajo la luz marmórea del atardecer. Vestían acorde a las tendencias del medio rural, con camisas claras de cuello abierto y chaquetas informales de aire relajado, en un vano intento de imitar a las estrellas de Hollywood, como Gary Cooper.

Recorrieron las calles angostas hasta la taberna donde la gente del pueblo se reunía al acabar la jornada. Pidieron una cerveza y se sentaron junto al grupo de amigos. El lugar estaba decorado con viejos adornos marítimos que habían perdido su brillo y, en la pared, destacaba un enorme cuadro de la bahía en pleno invierno.

—Mirad quién se ha dejado ver —bromeó Owen mientras barajaba las cartas que sostenía en las manos—. Es un alivio saber que estás vivo, Cedric.

—Hoy sí, mañana ya se verá...

Owen enarcó las cejas y dijo:

—Dadle otra cerveza. Rápido.

—Ni por esas tiene arreglo. —John, sentado a su lado, le pasó una mano por los hombros y bebió un trago—. Mi hermano es especial.

Pese a que sus amigos le recriminasen con frecuencia que se dejase ver poco, Cedric nunca se lo tomaba a mal. En el silencio se encontraba cómodo. Y Jack London, Defoe o Thomas Hardy empequeñecían palabra a palabra la soledad.

—¿Os habéis enterado de lo de Patrick?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó John.

—Salió a navegar hace días, justo antes de la tormenta, pero no volvió. Llevan buscándolo desde entonces. Dudo que encuentren nada.

—Comida para peces —dijo Albert.

Las campanillas de la puerta tintinearon mientras la truculenta noticia aún agriaba el ambiente. Cedric no necesitó girarse para adivinar quién acababa de llegar; le bastó ver la sonrisa descarada de Owen antes de que dijese:

—Nada mejor que el verano y las mujeres.

John echó un vistazo y preguntó:

—¿Quién es esa chica morena?

—La prima de Bethany. Llegó hace una semana. —Vernon se levantó para ir a coger dos sillas más—. Sentaos con nosotros, venga.

Cedric miró a Jane cuando pasó por su lado. La falda plisada del vestido azul le rozaba las piernas al andar y llevaba los mismos zapatos que gritaban que era una chica de ciudad. El cabello recogido con una cinta dejaba a la vista unos pendientes discretos.

Bethany dirigió al grupo una sonrisa coqueta. Jane, por el contrario, mantuvo una expresión pétrea que no varió cuando algunos de los presentes intentaron bromear con ella. Se limitó a contestar con amabilidad, aunque de forma escueta, las preguntas que le hicieron; así fue como Cedric supo que era hija única, que sus padres se dedicaban al negocio inmobiliario y que apreciaba el clima de la zona. En ningún momento dio a entender que los dos se hubiesen conocido días atrás. Él la contemplaba fascinado. Hasta que el aire trivial de la conversación se esfumó cuando la voz del locutor de la radio llegó desde el aparato con las últimas noticias.

—La guerra es solo cuestión de tiempo —dijo John.

—Los Stone siempre haciendo gala de optimismo.

La broma de Owen no caló en los demás, que estaban de acuerdo con las ideas de John. Habían llegado noticias de Londres, que estaba llena de carteles en los que animaban a los hombres a alistarse en el ejército, y algunas familias de la zona, tanto en Marazion como en Penzance o St Ives, empezaban a acoger a niños que evacuaban de las ciudades a lugares rurales porque consideraban que eran más seguros.

—Deberíamos ir a una oficina y presentarnos voluntarios.

—John, cállate. —Cedric le dio una calada a su cigarrillo.

—¿Por qué? Estoy deseando acabar con esos alemanes.

—¿Y tú qué opinas de la guerra? —Owen miró a Cedric.

—Mi hermano sería capaz de darle cama y comida a un nazi.

—Eso no es verdad. —Cedric taladró a John con la mirada, bebió un trago de cerveza y suspiró—. Lo que pienso es que es una estupidez y un fracaso. Un puñado de hombres matándonos entre nosotros y siguiendo órdenes...

Hubo un mutismo grupal incómodo, denso, casi asfixiante. Bethany lo rompió cuando volvió a hablar de todos esos niños a los que sus padres estaban mandando al campo.

Jane se levantó y se alisó la falda del vestido.

—Si me disculpáis, voy a salir a tomar el aire.

Antes de que nadie pudiese reaccionar, Cedric se ofreció a acompañarla y la siguió. El silbido que Vernon lanzó hacia ellos se desvaneció cuando la puerta de la taberna se cerró con un chasquido. El aire era húmedo y parecía ceñirse a la piel como un abrigo pesado. Jane no se contentó con alzar la vista para echarle un vistazo al cielo

en aquella plácida noche idónea para ello, sino que echó a andar calle arriba, todo recto, con los hombros firmes y los pies golpeando los adoquines como si quisiese dejar huella.

Cedric caminaba junto a ella, un paso por detrás, ensimismado por la silueta que se recortaba entre las sombras y el ligero vaivén de su falda azul. Subieron un tramo de unas escaleras de piedra, atravesaron una callejuela desierta y llegaron hasta un muro desde el que se podía oler la cascada de campanillas lilas que caían por la pared. Lejos de admirar las vistas, los ojos de Cedric eran para ella.

Jane lo evaluó con detenimiento.

—Quizá seas el único hombre que conozco que no está deseando sostener un fusil en las manos. ¿Una cuestión de cobardía o un arranque de sensatez?

—La segunda opción suena más admirable.

—Todos tienen la cabeza llena de pájaros...

—¿Tú crees? —Cedric se acercó más a ella.

—¿Se te ocurre otra explicación razonable?

—Sí. Que estamos hechos para la violencia.

Jane suspiró y arrugó su pequeña nariz.

—Me gusta pensar lo contrario. Que somos luz.

—Sin oscuridad no puede existir la luz. Estamos condenados a intentar mantener ese equilibrio a diario. —Él la miró fijamente—. Tú también, Jane.

—No me conoces —siseó ella.

—Es cierto. Pero eres humana.

—Y tú un hombre atrevido...

Cedric dio un paso atrás y el viento fresco se coló entre ellos. La intensidad del momento abrió un silencio incómodo que él intentó dejar atrás.

—¿A tu prima no le preocupará tu ausencia?

—Está tan cegada por Owen que no piensa en otra cosa si lo tiene cerca. Además, ¿quién no querría dar un paseo en una noche como esta? Es perfecta: el cielo, las estrellas, los sonidos del mar... —Lo miró de reojo—. A ratos, incluso la compañía.

En aquel instante, los ojos de Jane evocaban el calor de la chimenea en invierno. Cedric deseó rozarle la mejilla con los nudillos y llevarse la caricia para poder recordarla esa noche y la siguiente y muchas más.

—¿Te alistarás voluntario?

—No, y espero que John tampoco lo haga.

—Tu hermano parece ser un tipo pertinaz.

—Digamos que es parte de su encanto. —Cedric miró a lo lejos: la oscuridad caía con toda su fuerza sobre la bahía—. De cualquier modo, acabarán llamándonos a filas.

—Ojalá te equivoques —contestó Jane.

Él bajó la vista hasta sus labios entreabiertos.

—¿Tienes planes para mañana?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—¿Qué tengo que hacer para que tan solo digas «sí» o «no»?

—Elegir a otra chica con la que hablar.

—Ya. —Cedric suspiró—. Me haces dudar. Si te confirmo que es una cita me arriesgo a que me rechaces, pero si te aseguro que no lo es...

—¿Sí? —lo animó.

—Te estaré mintiendo.

—Odio a la gente que miente.

—Yo también. Así que...

—Empieza a refrescar.

Él sonrió ante su impaciencia.

—Quiero una cita contigo.

—A las once estaré libre.

Regresaron a la taberna caminando despacio. Vernon y John estaban junto a la puerta, hablando en voz baja mientras el humo de sus cigarrillos se perdía en la negrura de la noche. Jane no se despidió al entrar al establecimiento y Cedric se quedó esperando fuera hasta que su hermano tiró la colilla al suelo, lanzó un bostezo y quiso volver a casa.

Dejaron atrás Marazion conforme ascendían a paso rápido hacia los campos que se extendían como alfombras más allá de las casas del pueblo de tejados a dos aguas. La brisa sacudía el cabello rebelde de John, que no hacía nada por remediarlo.

—Cedric, esa chica no es como Erin.

Él no contestó, aunque lo sabía. Erin era una vecina que había enviudado poco después de cumplir los veintiséis. Habían empezado a hablar cuando llamaba a su casa para venderle cosecha o pescado. Lo había invitado a tomar un té una mañana de diciembre y, dos semanas más tarde, conocía el olor de las sábanas de su cama. Lo repetían de vez en cuando, hablaban poco, compartían soledades. Cedric había tomado distancia después de que ella le pidiera más y, al final, había acabado saliendo con un hombre de Goldsithney.

—Iré mañana con ella por Prussia Cove.

—¿Y luego qué? —quiso saber John.

—Yo qué sé. Comeremos, charlaremos...

—Me refería a qué pasará cuando ella se marche. Dudo que se quede mucho tiempo y la guerra está a punto de comenzar. Es inevitable.

—¿El futuro? Ese es el gran misterio.

Margot y el dolor

Edimburgo, Escocia, 1996

Margot contempló por la ventana la niebla nacarada que cubría la ciudad como si estuviesen dentro de una campana de cristal. Unos pájaros se alzaban sobre las chimeneas de Edimburgo, ajenos a la vida ruidosa que bullía debajo de ellos. Era la primera tarde que se quedaba junto a Cedric y las horas se habían desvanecido mientras buceaban en el pasado. A Margot le gustaba escuchar, salir de su vida y tener distracciones.

—Me encantan los amores de verano.

—Un amor de verano con una guerra a punto de comenzar —le recordó Cedric tras beber agua—. No fue el momento ideal, eso seguro.

—¿Hay un buen momento para enamorarse?

—¿Qué preocupa a los jóvenes hoy en día?

—No lo sé. Otra época, otros problemas...

—¿Cómo conociste al padre de los chicos?

—En la cafetería donde trabajaba. Venía todos los días, se pedía un café solo y un sándwich de huevo, queso y jamón. Sin corteza.

—¿Cómo has dicho?

—Me hacía gracia ese detalle tonto. Yo tenía veinte años y poca experiencia con los hombres, solo unas cuantas citas fallidas. Lo tuvo fácil para deslumbrarme. —Margot se encogió de hombros—. Ya sabes: me llevó a cenar, era divertido y nadie me había mirado como él. Creo que fue la primera vez que una persona me hizo sentir especial.

—¿Y qué pasó después?

—Qué no pasó, querrás decir.

—Empieza por esa primera cita.

Margot no estaba segura de en qué momento habían acabado hablando de ella, como si en algún punto indeterminado la historia de Cedric se enredase con la suya, aunque fuesen tan distintas. Porque ¿acaso no habitamos todos lugares comunes? Cada vida comparte con otra nexos invisibles, estaciones de paso, incidentes ordinarios.

—Fue la mejor época, sin duda. Cuando empezamos a salir, todo se volvió ligero y brillante. Hacía una eternidad que no me sentía así, porque acababa de atravesar una situación complicada. Digamos que

quizá, bueno..., quizá me aferré a Dean como si fuese una tabla de salvación y, cuando quise darme cuenta, ya no sabía nadar sola.

—Le diste tus remos.

—Sí, sí. —Margot tomó aire—. Él me los pidió y yo se los di sin dudar. Luego, todo fue como bajar un escalón tras otro y otro más. Nadie se frena en mitad de una escalera, ¿comprendes lo que quiero decir? Tienes la sensación de estar en el medio de ninguna parte. Primero son discusiones acaloradas, después un gesto airado, un empujón por error, un apretón en la muñeca demasiado fuerte, hasta que un día...

Ella se miró las manos. Contempló la piel un poco enrojecida que no hidrataba lo suficiente, las uñas cortas y sin pintar, los padrastros levantados porque se los mordía. El corazón le latía atropellado en el silencio plúmbeo de la habitación.

Cedric se acercó hasta Margot.

—No es necesario que continúes.

—Llevábamos poco tiempo saliendo cuando me quedé embarazada de Peter. Lo tuve con veintiún años. Las prioridades cambiaron.

No entró en detalles. No le dijo que Dean estaba continuamente metido en líos, que se mudaron una, dos, tres, cuatro veces, que el dinero que ella ganaba en la cafetería siempre desaparecía, que se fue haciendo cada vez más pequeña. Una pelota de baloncesto. Una de golf. Una canica. Una bolita de anís. Hasta el día en el que su autoestima cabía con holgura en la punta de un alfiler. Y entonces llegó Eleanor mientras, como de costumbre, él aparecía y se marchaba, aparecía y se marchaba, intermitente como un semáforo en ámbar; un actor cada vez más secundario en la obra de teatro de su vida porque había otras mujeres y alcohol y problemas lejos de casa que ella prefería ignorar.

Cedric posó los dedos bajo su barbilla.

—Escucha, Margot. La cabeza siempre alta. Así, justo así.

—Parece fácil, pero en la práctica...

—Lo sé. Cuando tengas la tentación de mirar al suelo, imagina que llevas puesto un collarín. ¿De qué color quieres que sea?

Margot le sonrió entre lágrimas.

—¿Amarillo?

—El amarillo es un buen color.

—Sí. —Cogió aire—. Gracias.

En ese momento abrieron la puerta. Graham no se molestó en llamar antes. Entró decidido, clavó sus penetrantes ojos en Margot y empezó a quitarse el elegante abrigo mientras decía:

—Vaya, qué sorpresa. Llevo días preguntándome si mi teléfono no funciona, porque esperaba una llamada. O será al revés.

¿Problemas con la línea?

—¿De qué estás hablando? —gruñó Cedric.

—Teníamos pendiente comentar algunos detalles sobre el trabajo. —Se apresuró a decir Margot, que prefería mantener entre ellos el percance del coche.

—Sí, eso. —Graham fue seco.

—Hijo, no te esperaba hoy.

—Me quedaré esta noche.

—Bobadas. No te necesito.

—No era una sugerencia, papá.

Graham se quitó un hilo diminuto de la manga de la camisa azul y, en lugar de dejarlo caer al suelo, fue hasta la papelera. Lo hizo con una precisión propia de alguien que posee un armario ordenado y valora la pulcritud, la puntualidad y el orden. Margot pensó que le entraría un sarpullido si visitase su caótica casa: la ropa por todas partes (jerséis plagados de bolitas, chaquetas llenas de remiendos, coladas por doblar), el rastro de sus hijos en la moqueta, el sofá lleno de pelos del perro, los cristales por limpiar…

—¿Podemos hablar un momento, Margot?

—Claro. —Ella se abrochó su viejo anorak.

Tras despedirse de Cedric, salieron de la habitación y se dirigieron hasta la sala de espera. Se miraron el uno al otro sobre aquel suelo blanco, junto a una hilera de sillas de plástico, una planta agonizante y la máquina de café.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí. —Margot sacó su monedero y volvió a guardárselo en el bolsillo al recordar que no llevaba dinero suelto—. En realidad, no me apetece.

Él la ignoró y se acercó a la máquina.

—¿Chocolate, café, infusión…?

—Café con leche descafeinado.

Graham metió la moneda y un chorro de bebida caliente llenó el vaso de cartón. Se lo tendió antes de elegir el suyo. Después, se sentaron.

—Lamento no haberte llamado. He estado ocupada. —No era mentira, aunque dudaba que alguien como él fuese a entenderlo—. Conozco a un mecánico que quizá pueda arreglar el desperfecto sin necesidad de dar parte al seguro. Está jubilado, pero…

—¿Jubilado? No quiero chapuzas.

—Lo hará bien. —O eso esperaba.

—Olvídalo. Hablaré con mi seguro. —Graham suspiró—. En cuanto al otro asunto, Blair me ha comentado que no tienes experiencia en cuidados paliativos.

—Sí la tengo, aunque no oficial.

—¿Qué quieres decir? Explícate mejor.

—Le conté a tu hermana que me hice cargo de mis padres. Podéis confiar en mí: conozco las últimas consecuencias del cáncer. Sé cuándo pedir ayuda.

La mirada de Graham la atravesó y Margot se sintió como si acabara de lanzarse a una piscina, con todo ese vértigo inexplicable en la tripa. Se dijo que quizá era porque se había visto obligada a compartir algo íntimo, o puede que todo se debiese a su cercanía. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentaba a solas junto a un hombre? Un hombre de su edad; un hombre que no fuese profesor de sus hijos ni el tipo que a veces iba a arreglar el calentador. Un hombre atractivo.

—¿Por qué te interesa el trabajo?

—Porque necesito el dinero. Pero, además, me gusta estar con Cedric. Tu padre es una de las personas más interesantes y divertidas que…

Se calló al oír la risa seca de Graham.

—¿Has dicho «divertido»?

—Su sentido del humor es peculiar.

—Y tanto, porque es inexistente…

—No opino lo mismo. Me hace reír.

Pensativo, Graham removió su café con el palito de madera que la máquina había escupido. Luego, le dirigió una mirada larga e incómoda. Margot lo vio detenerse en sus gastadas zapatillas, en el holgado jersey y en el cabello recogido sin tiento.

—La última mujer a la que mi padre contrató para que se hiciese cargo de las tareas de la casa terminó llevándose más de quinientas libras en efectivo.

Margot enrojeció. Y sintió vergüenza. Y sintió rabia. Y sintió desesperanza. Dejó el café y se puso en pie. Puede que aquel hombre y ella fuesen de dos planetas distintos —sin duda, el de él estaba chapado en oro—, pero el de Margot era digno.

—¿Estás insinuando que podría ser una ladrona?

—Solo quiero asegurarme de que está en buenas manos.

—En ese caso, me consuela saber que no tengo que responder ante ti, sino ante la persona para la que trabajo, que es Cedric. Deberías compartir tus dudas con él. Si me disculpas, ahora tengo que irme. Gracias por el café y la charla insustancial.

No le dio opción a réplica, porque se metió en el ascensor. Pero compartieron una mirada instantes antes de que las puertas se cerrasen: había sorpresa en los ojos de Graham y algo más… ¿Desconcierto?, ¿arrepentimiento?, ¿culpa? Resultaba difícil saberlo en medio del invierno que se desplegaba a su paso.

Cedric y Jane. El acantilado

Prussia Cove, Cornualles, 1939

Cedric estaba preparando la cesta de la comida cuando entró su madre en la cocina. Julie puso la tetera al fuego y se cruzó de brazos.

—¿Vas a decirme quién es la chica?

—No la conoces. Es la sobrina de Agnes Morgan.

—Bien. Coge un poco de queso y mantequilla. Creo que también queda alguna pasta dulce. —Se alejó para abrir la despensa y buscó un trapo limpio—. Solo te diré dos cosas: mantén las manos en lugares adecuados y, si vas en serio, invítala a comer a casa la próxima semana. Haré tarta de manzana. A todo el mundo le gustan las manzanas.

—Por favor, basta —dijo avergonzado.

—¿A dónde tenéis pensado ir?

—Al acantilado. Le pediré el coche a Herbert.

Se despidió de su madre y fue paseando hasta la enorme propiedad. La luz caía sobre el viejo granero pintado de un rojo descolorido y, por impulso, tuvo ganas de entrar para ver la preciosa avioneta. Herbert había heredado una fortuna de su familia, que durante años se había dedicado al comercio de estaño y cobre de las minas que rodeaban Marazion, como Wheal Prosper y Tolvadden. Sin embargo, no parecía tener especial aprecio por las posesiones materiales y pocas veces se negaba cuando Cedric le pedía prestado el coche. La gente del pueblo hablaba a menudo sobre la relación que Herbert tenía con la familia Stone; nadie comprendía que un hombre que podría vivir de rentas se dedicase a trabajar en un campo que no era suyo, así que se rumoreaba que su amistad con Julie era menos inocente de lo que parecía.

Herbert tardó en abrirle la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito que me dejes el coche. Te lo compensaré. ¿Ocuparme de mezclar el estiércol será suficiente?

Herbert fue a buscar las llaves y se las lanzó.

Cedric condujo hasta la casa de los Morgan, llamó y esperó. Había dado por hecho que tendría que presentarse ante la señora Morgan, quizá incluso tomar el té con ella, pero Jane apareció con una sonrisa deslumbrante y se apresuró a cerrar tras ella. Llevaba un

vestido sencillo, una diadema en el pelo y los labios pintados de un rojo que recordaba a las grosellas.

Dejaron atrás Marazion y avanzaron por el camino cercano a la costa. Los campos verdes se desparramaban más allá de donde alcanzaba la vista, como si quisiesen imitar la vastedad del océano. A Jane no parecía incomodarla el silencio de Cedric y se mostraba relajada mientras admiraba el paisaje que atravesaban. Pasados unos minutos, tomaron un desvío hacia Prussia Cove y llegaron al acantilado de Cudden Point. Desde allí arriba, el agua era de un intenso color turquesa y brillaba bajo el sol.

Ella bajó, respiró hondo y alzó los brazos.

Cedric cogió la cesta que había preparado y un viejo mantel que extendió sobre la hierba húmeda y las flores silvestres que salpicaban el lugar: pequeños botones amarillos, campanillas blancas, estrellas de un lila pálido, dientes de león. Jane se sentó. Él tardó unos segundos en apartar la vista de sus piernas y empezar a sacar la comida, los cubiertos y la botella con limonada. Ella lo miraba divertida.

—Nunca me habían sorprendido así.

—¿Qué es lo que soléis hacer en la ciudad?

—Solo he salido un par de veces con un chico. Se llama Edward, sus padres son amigos de los míos. Fuimos a dar un paseo y luego al cine.

—Así que Edward…

—Ese es su nombre.

—¿Queso? ¿Mermelada? —Cedric cortó una hogaza de pan—. También hay mantequilla, ciruelas recién cogidas, unas pastas dulces…

—Creo que me quedo con el queso.

Él preparó unos trozos sobre el pan.

—¿Qué te gusta leer? —indagó él.

—Uf. Eso es como preguntarme qué me gusta del verano. Podría estar hablando hasta que llegase el otoño. —Se relamió tras llevarse a la boca algunas migajas de los dulces—. Las Brontë, Jane Austen, Charlotte Yonge, Galsworthy, Oscar Wilde, Tolstói, Flaubert… En realidad, todo me parece interesante. Los libros juveniles tienen un encanto especial, admiro el talento de Beatrix Potter. ¿Sabes? Cuando era pequeña, me dormía cada noche imaginando que era Alicia y caía por la madriguera…

—Así que eres soñadora pero sensata.

—Se puede ser muchas cosas a la vez.

—¿No es un poco caótico?

—¿Y qué no lo es? Mira a tu alrededor; el mundo es un lugar desordenado y aleatorio, apenas existen las certezas. Sí, sabemos que una vaca se come la hierba y que un león se come a la vaca, pero

caminamos sobre un puñado de enigmas.

Cedric estaba tan encandilado que se cortó con el cuchillo mientras troceaba el queso. Se llevó el dedo a los labios y la sangre le dejó un regusto a metal.

—Dijiste que habías cursado Literatura.

—Así es. Aunque… —Hizo una pausa.

—¿Qué? Vamos, me interesa saberlo.

—Yo quería estudiar Matemáticas.

—¿Matemáticas? ¿Por qué?

—Justo por lo que estábamos hablando. Piénsalo: en las matemáticas hay orden. Son de fiar. Y, además, me parecen divertidísimas.

—Letras y números.

—Claro. Todo.

—Ambiciosa.

—¿Es malo?

—Al revés. —Ante la atenta mirada de ella, le dio un mordisco a una ciruela y el jugo se escurrió barbilla abajo—. ¿Y por qué estudiaste Literatura?

—Supongo que me dejé llevar por la presión. En teoría, las letras resultan más apropiadas para las mujeres. Pero, si te interesa mi opinión, creo que los hombres se sienten inseguros ante una mujer lista, da igual si destaca en artes o se le dan bien los números. —Jane giró un diente de león entre sus dedos y el viento lo fue desmenuzando.

—¿Quieres saber si me siento inseguro?

—Agradezco siempre la sinceridad…

—Soy inseguro porque pienso. Y, si pienso, dudo. No es algo que tenga que ver con tus capacidades. Dicho lo cual… —Se acercó a ella —. Las matemáticas se me dan fatal. A veces, cuento a escondidas moviendo los dedos como hacen los niños. Me sería de gran ayuda tener cerca a alguien que pudiese ilustrarme.

Un abejorro zumbaba alrededor. Jane tomó aire.

—Eres más temerario de lo que pensaba.

—¿Qué sabes hacer exactamente?

—Cálculo se me da muy bien…

—Veamos: quinientos treinta y siete más trescientos noventa y dos, menos trece.

—Novecientos dieciséis. —Ella se echó a reír.

—El problema es que necesitaría papel y lápiz para comprobarlo.

—Fíate de mi palabra, era fácil. Me atraen cosas más complicadas, como la trigonometría o la estadística. Lo seductor es poder resolver un problema.

—Así que no eres de dejar las cosas tal y como están.

—¡No, eso nunca! —La risa de Jane era vibrante—. Eso es como sentarse y ver la vida pasar sin participar en el juego. ¡Para divertirse hay que buscar el tesoro perdido en las profundidades del mar, correr sin miedo a caer, romper las reglas solo por placer! Una tiene que ser la protagonista de su propia historia.

Cedric cogió aire y se inclinó hacia ella.

—¿Sabes qué es lo que pienso?

—Pues no, pero deslúmbrame.

—Que eres peligrosa.

—¿Como una espina?

—De las finas, esas que se le clavan a uno así, atravesadas, y no hay manera de sacarlas.

Se sonrieron el uno al otro.

—Hasta podría ser infecciosa...

—Seguro que sí. ¿Qué haces?

Jane se puso de pie y se limpió las migas de pan del vestido amarillo que el viento sacudía. Le brillaban los ojos y había en ellos un deje burlón.

—Si tú y yo fuésemos un libro, ahora mismo estaríamos atravesando el nudo y, según lo que ocurra a continuación, puede ser una novela apasionante o desinflarse en las últimas páginas. Para descubrirlo, tendrás que atraparme.

Y luego echó a correr por el sendero que conducía hasta la playa. Cedric se quedó unos instantes allí sentado, con una sonrisa boba en la boca, confuso y fascinado a partes iguales. Pero la siguió. Claro que la siguió. ¿Cómo resistirse? Mientras corría tras ella, pensó que el aire era puro, limpio; el sol caía en diagonal; su sombra empezaba a acortarse; los pájaros danzaban alrededor ajenos al latir atropellado de su corazón. Fue un instante perfecto cuando la alcanzó: la caída de los dos cuerpos amortiguada por la arena cálida, el pecho de Jane que subía y bajaba con fuerza en busca de aire...

—¿Y ahora qué? —Tumbado a su lado, con las piernas y los brazos enredados, Cedric acunó su mejilla con dulzura. Era suave como la luz de la mañana.

—Averigua si pincho. —Jane se rio.

Ella todavía sonreía cuando él conquistó su boca. Conocerse con los labios arrojó unas cuantas certezas: el momento tenía un regusto salobre propio del mar y del estío, dos respiraciones agitadas pueden llegar a acompasarse hasta formar una melodía única y, si los besos son viajes, para aquel no sacaron billetes de vuelta. Todo se detuvo. Todo. Cedric podía imaginar la espuma de las olas pendiendo de la cresta que no caía, la hierba inclinada por el viento sin curva de retorno, las gaviotas congeladas en lo alto del cielo como si fuesen guirnaldas y la escena contenida dentro de un marco, ellos dos en el

centro del cuadro pintados al detalle, el resto del mundo apenas unos brochazos irrelevantes.

Si el tiempo no discurriese sin interrupción hacia delante, si pudiésemos saltar atrás y volver a casillas ya conocidas como en un tablero de juego, ellos regresarían una y otra vez a ese instante. Se encontrarían, la arena les haría cosquillas bajo los pies, tendrían veinte, cuarenta, sesenta, ochenta años y él le preguntaría: «¿Y ahora qué?». Y ella, con la boca llena de risa, contestaría: «Sigamos viviendo con los ojos cerrados, que siempre quedará el amor».

Margot Abbot y lo que sí pasa

Edimburgo, Escocia, 1996

Llovía con intensidad. A través del cristal, debido a las luces desdibujadas de los coches y los semáforos, daba la impresión de que la calle estaba pintada con unas acuarelas demasiado aguadas. Los limpiaparabrisas trabajaban sin descanso. Anna, sentada atrás, se mordía las uñas con impaciencia mientras esperaban a que Peter saliese del colegio.

—Se está retrasando a propósito. Seguro.

—No digas eso, Anna. —Margot suspiró.

—Sabe que hoy es un día importante para mí. ¿Y si en la academia ya no quieren hacerme la prueba de admisión? A nadie le gusta la gente que llega tarde. Imagínate: «Deseo que mi mejor amiga sea simpática, divertida e impuntual. Gracias».

—Anna, respira hondo. Todo irá bien.

—Respiro hondo y el nudo no se va.

—Pues repítelo muchas más veces. —Margot se quitó el cinturón—. Iré a buscar a tu hermano, espera en el coche. No tardaré. Si viniese la Policía...

—¡¿La Policía?! —Anna la miró horrorizada.

—Di que es solo un momento. Y coge más aire.

Se bajó del vehículo estacionado en doble fila mientras la niña seguía protestando. La lluvia era fría y fina, así que cruzó a la carrera para llegar a la puerta del colegio. No vio a su hijo entre los chicos y chicas que se arremolinaban bajo la cornisa. Se adentró en el edificio y avanzó por el pasillo principal. ¿Estaría en los baños? ¿Le habría pedido su tutor que se quedase a última hora para hablar algo con él? ¿Tendría algún problema? Las clases estaban vacías. Margot dejó atrás las puertas abiertas hasta que llegó al aula de Música y distinguió el cabello cobrizo de Peter junto a cuatro chicos más.

Apenas fueron unos segundos, pero le dio la sensación de que no se trataba de un grupo de amigos reunidos, sino de un momento incómodo. Escuchó: «Eres una mariposa», y el resto de la frase se perdió entre las risas estridentes que estallaron de golpe.

—¡Peter! —Margot sonó angustiada.

—¿Mamá? Estaba..., estaba a punto de salir.

Su hijo se alejó de los demás, que se sumieron en un silencio

afectado, y caminó junto a Margot hasta la salida con la cabeza gacha, los hombros caídos, la espalda encorvada. Ella se contuvo para no decir nada. Cruzaron la calle y subieron al coche.

La voz aguda de Anna lo invadió todo:

—¡Me has dejado sola! ¡Sabes que las tormentas me dan miedo! ¡Podría haber terminado en la cárcel como papá! ¡Y llegamos tarde!

Margot se aferró al volante y lanzó un suspiro.

—Respira cien veces más y luego hablamos.

—Pero... ¡mamá! ¡No es justo! —gimoteó.

Peter no dijo ni una sola palabra durante el trayecto hasta la academia de *ballet*. Mantuvo la vista clavada en el cristal de su ventanilla y caminó arrastrando los pies cuando bajaron del coche. Se adentraron en el edificio de estilo neoclásico; la estancia principal tenía una gran cúpula de color azul con tragaluces. En la recepción, una mujer con un moño apretado y nariz aguileña les dirigió una mirada clarividente. Margot se acercó al mostrador y le explicó que venían para una prueba de admisión.

—Por una plaza vacante, entiendo. —La mujer anotó los nombres y se puso en pie—. Síganme. La señora Irina Smirnov las atenderá.

El despacho de la directora de la academia era un espacio exquisito, con muebles de madera oscura y cojines rosas y malvas sobre un sofá de estilo colonial. Margot se sintió fuera de lugar. Le colocó bien a Anna los puños de su suéter y, luego, se quedó de pie junto a Peter porque no sabía bien qué hacer. Smirnov tenía una sonrisa amable:

—Así que tú eres Anna Abbot. La profesora Clark me ha hablado mucho de ti. Esperaba que vinieses a conocernos. En la academia mantenemos una filosofía de trabajo que nos ha llevado a convertirnos en uno de los centros más prestigiosos del país; esto explica que rara vez queden plazas libres, ya que nos gusta dar una atención personalizada.

—El sitio es precioso —susurró Margot.

—Gracias. Hagamos una cosa: rellenad este papel con los datos personales y, en diez minutos, iré a los vestuarios para recoger a Anna. No tardaremos mucho.

Eso hicieron. Y, una vez se despidieron de la niña, que estaba entre nerviosa y fascinada, Margot y Peter se sentaron en la sala de espera. Ella admiró el diseño de peonías que recubría las paredes. Él se dedicó a contemplarse los zapatos.

—¿Piensas decirme qué ocurre?

—No sé de qué estás hablando...

—Peter, soy tu madre. Puedes contarme cualquier cosa. —Margot hizo todo lo posible por establecer con él contacto visual, pero la rehuía—. Si esos chicos se están metiendo contigo... Si te están

haciendo daño... —Tomó aire—. Lo solucionaremos.

—No es nada. Olvídalo.

—Peter, por favor...

De pronto, Margot lo vio todo claro. Por fin había dado con la clave para entender a ese muchacho que tenía delante y al que, hasta entonces, parecía estar desconociendo día a día, como si, después de haberlo sabido todo sobre él (primeras palabras, las cacas que hacía al día, cualquier nimiedad cotidiana), las tornas empezasen a girar en la dirección contraria (¿quién era Peter?, ¿qué soñaba?, ¿qué pensaba?, ¿qué le dolía?, ¿qué necesitaba para ser feliz?).

—Puedo ayudarte. Siempre. Pase lo que pase.

—¡No! —alzó la voz—. Porque *no pasa nada*.

Margot enderezó la espalda y se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua. Había más padres en la sala de espera y se dijo que abordaría el problema de Peter más tarde, en casa. O, quizá, lo hablaría directamente con su profesor. La idea de que estuviesen haciéndole daño provocaba que el estómago se le pusiera del revés. Ella sabía de humillaciones, de burlas y de sentirse pequeñita. Los años junto a Dean habían supuesto una huella imborrable; las heridas se curan, pero dejan cicatriz.

Pasados unos minutos, Anna apareció dando saltitos.

—¿Cómo ha ido, cariño?

—¡Genial! O eso creo. —Giró sobre sí misma sonriente—. Quiero bailar en esta academia, mamá. Y también quiero quedarme a vivir aquí; puedo dormir en el cuarto de baño y... —Paró de pronto—. Mamá, ¿a ti te convence la teoría del Big Bang?

—Es insoportable. —Peter resopló.

—Venga, vayámonos ya a casa.

Clash los recibió con su entusiasmo habitual y siguió a Margot hasta la cocina en cuanto los niños desaparecieron escaleras arriba, cada uno directo a su habitación; se oyó el chasquido de una primera puerta al cerrarse y, segundos después, el de la segunda, a pesar de que les tenía dicho que las dejasen entreabiertas. Decidió sacar bandera blanca en aquella guerra, le dio una golosina al perro y fregó platos y tazas.

El timbre sonó cuando ella se limpiaba las manos en el delantal. Eleanor apareció con una bandeja llena de salmón con patatas que dejó sobre la encimera de la cocina, justo encima del dichoso cajón que jamás cerraba bien, por más que Margot lo forzase.

—¿Cómo ha ido la prueba de Anna?

—Ella dice que bien. Ya veremos...

—¡Ni se te ocurra! —la riñó cuando Margot intentó hundir el tenedor en el pescado—. Está ardiendo. Lo he sacado del horno un

minuto antes de cruzar la calle. ¿Dónde están los niños? Que se laven las manos y bajen a cenar.

Margot se sentó en una de las sillas.

—Hoy ha ocurrido algo más...

—¿Problemas en el trabajo?

—No, es sobre Peter. Tardaba en salir del colegio, teníamos prisa y he entrado para ir a buscarlo. Estaba con otros chicos en el aula de Música.

—¿Y tanto se ha retrasado?

—No. Yo no me refería... —Margot sacudió la cabeza—. Es que he tenido una sensación extraña al ver la escena, no sabría decir por qué, pero se reían de una forma...

—¿Qué intentas decir? Ve al grano, querida.

—Me dio la impresión de que se burlaban.

—¿Y has intentado hablar de esto con él?

—Sí, pero insiste en que no ocurre nada.

Eleanor suspiró y se sentó a su lado con aire pensativo. Usaba unas gafas pequeñas que encajaban con su apariencia menuda, con las piernas huesudas y una delgadez sobre la que las prendas caían de forma holgada. Siempre llevaba faldas, largas y cómodas, que en invierno acompañaba con suéteres de lana de colores vistosos. Su aspecto enclenque no casaba con la personalidad enérgica e inquebrantable de la mujer.

—¿Debería ir a hablar con su profesor?

—No lo sé. Es una posibilidad. Quizá también podrías darle un poco de tiempo. ¿Llegaste a oír algo concreto o es tan solo una corazonada?

—No lo sé. Puede que esté equivocada.

—Es una edad difícil, muchos cambios...

—Ya, pero Peter no era así. Tú lo sabes. Antes era... cariñoso. ¿Te acuerdas de que por las noches siempre se tumbaba encima de mí en el sofá? Y a ti te daba tantos besos que resultaba agobiante. —Chasqueó la lengua—. Y ahora...

—Querida, ahora es otra persona. Ya no es ese niño. —Le apretó la mano unos segundos antes de soltarla—. Estás cansada. ¿Por qué no subes y te das un baño mientras nosotros cenamos?

—¿Un baño? —Margot frunció el ceño.

—Sí, sí, es eso que hacen algunas personas de vez en cuando. Ponen el tapón, abren el grifo del agua caliente, tiran un poquito de espuma y luego...

—Muy graciosa. No tengo tiempo.

—Tienes y puedes. ¡Venga, muévete!

—¿Y quién sacará a pasear a Clash?

—Que lo hagan los niños, también es su responsabilidad.

Antes de que Margot fuese capaz de dar con alguna excusa, Eleanor la cogió del brazo para obligarla a levantarse de la silla y, luego, sin miramientos, le dio un empujoncito que la guio derecha hasta el pie de las escaleras. Ella se debatió un instante, pero al final subió un escalón y luego otro y otro más. De la puerta de Peter se escabullían las notas agudas de una canción de *rock* que sonaba a todo volumen.

Margot cogió un pijama limpio y fue al baño. Casi se le escapó un gemido de placer cuando se metió en la bañera y el vapor del agua caliente la envolvió. Cerró los ojos. Respiró hondo. Movió los dedos de los pies. El cabello mojado flotaba alrededor como algas en el mar. Se llevó las manos al estómago y pensó que hacía mucho tiempo que no le prestaba atención a su propio cuerpo, que no se miraba en el espejo ni se tocaba, como si tan solo fuese un cascarón que la transportaba de un lado a otro en su ajetreada rutina diaria. Pero era ella. Esa piel, esas manos y esos pechos que nadie acariciaba desde hacía una eternidad. ¿Cuánto, exactamente? Años. Sí, años. Tras lograr escapar de las garras de Dean, lo último que a Margot le apetecía era que otro hombre entrase en la ecuación. Bastaba con que ella, Peter, Anna y Eleanor se mantuviesen unidos. No aspiraba a la felicidad, sino a la calma. Y, después, harta de que todo el mundo la animase a «rehacer su vida», había tenido un par de experiencias decepcionantes. La peor había sido con un tipo llamado Murray, vendedor de seguros y aburrido hasta la médula. Habían cenado en un italiano y, cada vez que ella le contaba algo sobre sus hijos, él contestaba: «A mí me pasa lo mismo con Tim». Al preguntarle qué edad tenía el pequeño, el hombre había dicho que lo había encontrado en una caja de cartón tres años atrás y entonces ella había caído en la cuenta de que llevaban diez minutos hablando de su gato, un siamés de mucho carácter. Para rematar, antes de despedirse de forma torpe y apresurada, había intentado venderle un seguro de vida que ella había rechazado con sequedad.

Hundió la cabeza bajo el agua. Tomó aire al salir. ¿Cómo sería volver a sentir una mano cálida y masculina en las caderas? ¿Volver a desear a otra persona, querer escarbar en su mente, saber siempre más? La idea le resultaba tan lejana como improbable. Casi le hacía gracia planteárselo. Al menos, hasta que el rostro de Graham apareció de repente; como una vela al encenderse, fue apenas un instante y, después, volvió a apagarse. «Qué cosas tienes», se reprochó Margot. Aunque el tipo era un idiota, no podía evitar que le pareciese atractivo con la boca cerrada.

Con la piel arrugada, suspiró y salió de la bañera.

Cedric Stone. La familia

Marazion, Cornualles, 1939

Subieron por la pendiente que conducía a la casa de los Stone. Jane estaba nerviosa por conocer a la familia y no dejaba de enumerar los datos que había memorizado.

—Entonces, a Amy le gusta jugar a las cartas, las moras, los gatos y los libros. De eso puedo hablarle, sí. ¿Conoce a Frances Hodgson?

—Le leí uno de ella el año pasado.

—Ah, bien, bien, sacaré el tema y...

—Deja de preocuparte. —Cedric la miró divertido sin soltarle la mano—. Ya les caes bien y ni siquiera te conocen. Lo tienes fácil. Solo sé tú misma.

Cuando llegaron, John estaba subido a una escalera y le iba pasando a Amy las ciruelas que cogía del árbol. A sus pies descansaba una cesta llena de frutos maduros. La niña estuvo a punto de hacerlo caer porque salió corriendo hacia ellos con torpeza. Se plantó delante de Jane y la estudió con sus ojillos curiosos.

—Llevas un sombrero azul —dijo.

—Pues... sí. —Jane se echó a reír.

—Me gusta. Me gusta muchísimo.

—¿Pensáis quedaros ahí parados? Porque no me importaría tener un poco de ayuda. Aquí hay ciruelas como para alimentar a medio país.

—Mejor en otro momento —dijo Cedric.

—No, está bien, te echaremos una mano.

Jane se quitó la chaquetita de punto que llevaba encima del vestido y fue hasta John sin titubear. Cedric contuvo una carcajada cuando vio la mirada desconcertada de su hermano, que no sabía bien si seguirle el juego o no. Al final, se encogió de hombros y empezó a tenderle las ciruelas como había hecho minutos atrás con Amy. La niña merodeaba alrededor, vaciaba la cesta cuando estaba llena y observaba a la invitada del día como si fuese un animal singular; quizá porque los ojos infantiles idealizaban lo que veían y porque, debido a su delicada salud, Amy bajaba poco al pueblo y apenas se relacionaba con niñas de su edad. Jane parecía ser un reflejo del futuro anhelado.

—Así que eres una chica de ciudad a la que le gusta jugar a ser granjera. Tenemos huevos que recoger en el corral. Y también mierda

en los establos. Si te aburres, podrías…

—No te pases, John —dijo Cedric.

—Si estoy siendo encantador…

John esbozó una sonrisa lobuna y bajó de la escalera cuando el árbol se quedó desnudo sin sus frutos. Amy y Jane se encaminaron hacia la casa, que se alzaba un poco más allá, bajo la luz blanquecina del sol del mediodía. Los dos hermanos avanzaban a un ritmo más pausado, rezagados tras ellas. John le dio un codazo a Cedric.

—Es demasiado guapa para ti.

—En eso estamos de acuerdo.

—Nunca le has presentado una chica a madre. Ha estado metida en la cocina desde primera hora de la mañana. Me preocupa que quiera casaros en cuanto se asegure de que Jane habla nuestro mismo idioma. ¿Tan pocas esperanzas tenía puestas en ti?

—Cállate. —Sonrió.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno. Le saco uno.

—Parece mayor. No físicamente, pero…

—Algunas personas llaman a eso «madurez». Es un término que a ti te resulta desconocido, lo sé. —Cedric se rio cuando John le dio un empujón—. Dame un cigarro.

—Toma. —Se encendió uno y le ofreció otro—. Entonces, si es cierto que la cosa es seria, ¿qué haréis? No te imagino viviendo en la ciudad, caminando entre ladrillos en lugar de hacerlo por el campo; va contra tu naturaleza. Tampoco la veo a ella quedándose. Mírala. Por muchas ciruelas que pueda recoger, su lugar no es este.

Cedric dio una calada larga, alzó la vista y dejó de caminar. Pájaros negros cruzaban aquel cielo que era azulísimo, bajo, casi al alcance de la mano. Los miraba como si estuviesen hechos de papel y en cualquier momento fuesen a deshacerse.

—Me encantaría poder volar…

—¿No me has oído? —gruñó John.

—Sí. ¿Y tú no has visto a esos pájaros?

—Estás loco —masculló, y echó a andar.

Julie acababa de recibir a Jane cuando ellos entraron en la cocina; se repartían en ambas direcciones halagos y sonrisas. John fue a lavarse. Amy se apresuró a poner la mesa con un esmero inusual. Herbert apareció minutos después, pues aquel día había ido a Penzance a comprar alimentos imperecederos, sobre todo latas de conservas; estaba convencido de que empezarían a escasear si estallaba la guerra. Tras sentarse y servirse, Jane felicitó a la madre por el pudin, las patatas asadas y la mermelada de frambuesa.

—Así que eres de Londres… —comentó Amy.

—Sí. Vivo en Southwark, junto al Támesis.

—Y eres hija única. Y estudiaste Literatura.

—Ya veo que Cedric os ha informado bien.

—Habla lo justo, pero le sacamos las palabras como podemos —aclaró la madre mientras Herbert cortaba rebanadas de pan—. Siempre ha sido muy suyo. Hace unos años, cuando Amy aún no había nacido y ellos eran pequeños...

—No, por favor... —se quejó Cedric.

—Les pedí que hiciesen un ejercicio de reflexión. Era invierno, uno de los peores que recuerdo; hizo tanto frío que apenas salíamos de casa. Así que pensé en algo para mantenerlos entretenidos: tenían que encontrar cosas que los hiciesen felices, meterlas en una cajita o escribirlas en un papel. Horas después, delante de la chimenea, John empezó a enseñarme todo lo que había guardado. Había hojas, canicas, muñecos de madera, pepitas secas de manzana, monedas que había cogido de mi mesilla de noche, un papel con un listado larguísimo de posibilidades...

—¿Y Cedric? —Jane estaba expectante.

—Nada. Absolutamente nada. Ahí parado, delante del fuego, dijo: «La felicidad es estar». Luego respiró hondo y comentó algo sobre el aire que entraba en los pulmones, la sensación del pecho al hincharse... ¿Cómo era aquello, Cedric?

—Da igual. —John dejó el vaso—. Sería alguna cosa simple. Es lo que le gusta: mirar una mosca que se golpea contra la ventana o tumbarse en silencio y ver la vida pasar.

—Yo creo que es interesante —opinó Jane.

Varios pares de ojos se dirigieron hacia ella mientras las sinceras palabras flotaban en el aire. Herbert sonrió, como si entendiese algo que los demás desconocían, y después habló con ella de música; los dos sentían predilección por Beethoven, Schubert y Rubinstein. Jane admitió que se le daba mejor dar lecciones de piano que tocar el instrumento. Amy mantenía el ceño fruncido y un tirabuzón de pelo enrollado en el dedo.

—¿Y los números? Mi hermano dice..., dice que puedes hacer operaciones matemáticas sin esfuerzo, como sumar doce más sesenta y tres.

John intervino en la conversación:

—¡Yo también puedo calcular! Son..., son...

—Setenta y cinco. —Jane rio con suavidad.

—Estaba a punto de decirlo —contestó John.

—¡Haced una competición! —exclamó Amy.

—John, si fuese tú... —comenzó a decir Cedric.

—¿Al mejor de tres? —Su hermano lo cortó y se inclinó sobre la mesa; no era muy dado a tener en cuenta las advertencias, prefería lanzarse de lleno a la aventura—. ¿Y qué apostamos? ¿Unos chelines?

¿Alguna tarea? Hay leña que cortar.

—¡John! ¡Es nuestra invitada! ¡Discúlpate!

—No se preocupe, señora Stone. Está bien.

—¿Quieres que corte leña? —Herbert alzó las cejas.

—Le gusta ser granjera. Antes ha recogido ciruelas…

—¿Pretendes ponerle un hacha en las manos a la chica con la que tu hermano está saliendo?

Sentados en los extremos opuestos de la mesa, Cedric le dirigió a Jane una mirada divertida. Tenían la capacidad de entenderse sin necesidad de palabras, así que nadie más oyó al joven preguntarle si podía intervenir, como tampoco la oyeron a ella responder que sí, que estaba dispuesta a participar en el juego.

—Yo me encargo de las preguntas. ¿Empezamos?

—Pero, Cedric… —La madre negó con la cabeza.

—Estoy lista —dijo Jane—. ¿John? ¿Preparado?

—Desde hace semanas —contestó burlón.

—Vamos allá. —Cedric cogió aire—. Doscientos treinta y cuatro, menos ciento cincuenta y nueve, más quinientos cuarenta. Y ese resultado multiplicado por tres.

—¿Has perdido la cabeza? —John lo miró consternado.

—Deberías estar haciendo cálculos —dijo Cedric.

—¿Cómo? Es imposible hacer eso sin ayuda de…

—¡Mil ochocientos cuarenta y cinco! —gritó Jane.

Todos se quedaron en silencio hasta que Herbert dijo:

—No os mováis. Iré a por papel y lápiz. —Se levantó, abrió uno de los cajones y regresó a la mesa. Al terminar, una sonrisa se dibujó entre su barba—. Es correcto.

—Estáis haciendo trampas. Está claro. ¿Cómo sé que no teníais esos números pactados entre vosotros? —John se dirigió a la niña—. Amy, di tú la siguiente.

—De acuerdo. Treinta y dos, menos veintiuno, más seiscientos siete.

—Seiscientos dieciocho —respondió Jane segundos después.

—Efectivamente —corroboró Herbert tras calcularlo.

La madre se levantó sin dejar de sonreír y empezó a recoger los platos de la mesa junto a Cedric. Los demás estaban ocupados haciéndole preguntas a Jane, que se mostró entusiasta y resuelta durante el resto de la comida, mientras tomaban té y jugaban a las cartas; también cuando salieron fuera porque Cedric y John se empeñaron en medir su puntería con el tirachinas tras rememorar una anécdota del pasado, algo sobre los días de verano en que los dos salían a explorar de niños, a veces acompañados por el padre; cada uno con su tirachinas atado al cinturón de su dueño, balanceándose cuando echaban a correr, con un puñado de soldaditos de juguete en

los bolsillos que colocaban en fila. Lanzaban por turnos y ganaba el que más tumbase. La competición solía estar reñida.

—¡Pum! ¡En el blanco! —John bailoteó satisfecho.

—Para. Necesito concentrarme —protestó Cedric.

Un poco más allá, Jane estaba sentada en un banco de madera junto a Amy y contemplaba la escena con interés. Vio a Cedric sostener la goma atrás, coger aire y, en el último instante, desviar el tiro un poco a la derecha. No le dio al objetivo.

Le resultó curioso. Muy curioso.

—¡Lástima, hermano! Me toca.

El sol empezaba a desplomarse cuando Jane se despidió de la familia. Le había regalado su sombrero azul a Amy, que no dejaba de mirarla con esa admiración sin fisuras que solo existe en la infancia. Julie le hizo prometer que volvería a comer la semana siguiente, Herbert le tendió la mano como solo hacía con los pocos vecinos que le caían bien y John le gastó una de sus bromas antes de decirle adiós.

—¿Has visto? No tenías de qué preocuparte.

—¿Tú crees? No estoy segura de gustarle a John…

—Le encantas. —Cedric le rodeó la cintura y tomó un desvío por un sendero más solitario—. Confía en mí, conozco a mi hermano.

Jane dejó de andar. Tenía una sonrisa sagaz.

—¿Y a ti? ¿Te caigo bien? —bromeó.

—A ratos. —Se inclinó y la besó.

—Ya me parecía… —Jane rio.

Fueron haciendo paradas durante el camino. Una caricia y unas cuantas palabras. El cielo de color albaricoque sobre sus cabezas. Miradas y confesiones. Jirones de nubes de un suave tono dorado. Y risas, manos que se colaban entre la ropa con torpeza, las frentes pegadas. La brisa que arrastraba el olor del mar. Y más más besos.

Margot y Graham. La cena

Edimburgo, Escocia, 1996

La noche había caído lentamente y la habitación estaba en la penumbra. El silencio reinaba en el hospital como si las últimas horas del día fuesen un paréntesis en la agitada jornada. Sentada en el sillón, Margot contemplaba el rostro sereno de Cedric. Se había quedado dormido al terminar el relato, casi como si las últimas palabras, aquellos pasos que él y Jane habían recorrido juntos, se desvaneciesen en un sueño volátil.

Llamaron a la puerta con suavidad. Margot se levantó y vio que Graham entraba con cautela, sin hacer ruido. Se miraron en la oscuridad.

—¿Ya se ha dormido?

—Hoy estaba cansado.

Graham suspiró. Sus ojos se detuvieron en la figura de Cedric y, por un instante, mientras contemplaba al padre, pareció vulnerable, mucho menos inalcanzable de lo que sugerían su ropa, su perfecto corte de pelo y esa forma de moverse como un gato sigiloso que nunca bajaba la guardia del todo.

—¿Podemos hablar fuera un momento?

—Claro. —Salió de la habitación tras él.

Con inquietud, Graham se pasó una mano por el pelo. En su abrigo negro se habían quedado atrapadas diminutas gotitas de lluvia que brillaban como perlas bajo las luces del hospital. Fue una cosa que a Margot le llamó la atención: no porque resultase algo bello, sino porque revelaba que un hombre como él, tan impecable, tan meticuloso, tan correcto, no llevaba paraguas. Otra señal de mundanidad.

—El otro día... quizá me entendiste mal.

—Oh, sabes que te entendí perfectamente.

—Ya. —Tomó aire—. Fui un poco...

—¿Prejuicioso? ¿Insolente? ¿Tonto?

—«Tonto» me parece una opción bastante razonable. —A Graham le hizo gracia el adjetivo infantil—. Yo habría dicho imbécil o algo similar, así que no me quejaré.

Margot le devolvió la sonrisa antes de añadir:

—No discutiré que tú eres más preciso.

—Oye, ¿has cenado algo? Ya es tarde.

—Luego cogeré un sándwich de la máquina.

—Ni siquiera están calientes. —Graham arrugó la nariz con disgusto. Se percató entonces de las gotitas de lluvia que dormían sobre sus hombros y las aplastó sin miramientos con la palma de la mano—. He tenido un día complicado y llevo desde esta mañana sin probar bocado. ¿Te apetece acompañarme? Debe de haber algún lugar abierto que no quede lejos. Te invito. Será mi manera de disculparme.

—Debo quedarme con tu padre.

—Acaba de dormirse. —Siguió mirándola de aquella forma tan intensa e indescifrable que la ponía nerviosa—. De todas formas, avisaré a las enfermeras para que estén al tanto. La medicación no le toca hasta dentro de unas horas.

Margot dudó. Por un lado, tenía hambre, él parecía desear una tregua y le esperaba una larga jornada por delante. Pero, por otro lado, se sentía turbada cuando Graham andaba cerca. Aquella era una palabra compleja. La turbación tenía que ver con la preocupación, pero también con el desconcierto.

—Vale. Hay una hamburguesería cerca.

Caminaron en silencio. El frío de la noche se colaba bajo sus ropas y seguía cayendo una llovizna fina, casi imperceptible, que ninguno de los dos rehuyó. Se detuvieron ante un tenedor con luces de neón moradas y Graham abrió la puerta del establecimiento. El ambiente era cálido, con las paredes recubiertas por láminas de madera y unos cómodos sillones granates en los reservados. Ocuparon una mesa cualquiera y el camarero apareció al instante.

—Buenas noches. ¿Qué desean beber?

—Agua, gracias —respondió Margot.

—Yo una cerveza —pidió Graham.

A ella la sorprendió su elección. Los prejuicios que tenía sobre él le hicieron pensar que exigiría una carta de vinos o alguna bebida sofisticada de nombre impronunciable. Lo contempló pensativa mientras él leía los ingredientes del listado de hamburguesas. Tenía las cejas perfiladas y una nariz aristocrática que recordaba a uno de esos romanos inflexibles que aparecían en el libro de Historia de su hijo. Los labios eran insolentes, casi provocativos. Margot se preguntó cómo se sentiría al llevar encima toda esa seguridad que se expandía a cada paso que daba, como si buscase apropiarse del espacio.

—¿Qué vas a pedir tú?

—Una doble con queso azul.

—Suena bien —contestó él.

Cuando el camarero regresó para tomarles nota, Graham le dijo que tomaría lo mismo que ella y, luego, estiró las piernas y miró a su alrededor como preguntándose qué hacía allí. Su traje oscuro

contrastaba con el aire informal del establecimiento.

Tras dar un trago de cerveza, rompió el silencio:

—¿Qué me cuentas sobre ti, Margot?

—Pues... no tengo mucho que decir.

—Tienes hijos, según tengo entendido.

—Sí, dos.

—Y estás divorciada.

—Podría decirse así.

—Él no está —apuntó con cautela.

—No, él no está. Has hecho bien los deberes.

—La información es poder. —Graham le sostuvo la mirada—. Pero siempre es mejor conocerse sin intermediarios, así que aquí estamos.

—No tengo mucho que añadir a tu investigación.

Él alzó una ceja con escepticismo y frunció el ceño.

—Así que te definirías como «madre» y «soltera». Un poco limitado.

—No, no quería decir... No es eso. —Dubitativa, se mordió el labio antes de decidir ser sincera y tirarse al barro—. Mira, para explicártelo tendría que hacerte una lobotomía completa. Tú y yo no hablamos el mismo idioma.

—¿Te comunicas en latín, hebreo o...?

—Lo digo en serio. Somos... distintos.

—Prueba a ver. —Graham estaba serio.

Cuando Margot había aceptado acompañarlo a cenar, lo último que esperaba era tener con él una conversación compleja. Imaginaba algún comentario frívolo, un par de apuntes sobre el clima, el tráfico matinal o la actualidad política y un puñado de silencios incómodos. Aquello le requería una energía que no tenía intención de gastar inútilmente. Prefirió no alargarlo:

—No tengo tiempo para ser nada más, porque mi meta consiste en sobrevivir día a día. Toda mi existencia gira en torno a trabajar, criar a mis hijos y conseguir que la casa no se convierta en un estercolero. Y, cuando tengo un momento a solas al caer la noche, lo dedico a pensar en cómo voy a pagar las facturas del mes. La semana pasada me di un baño. Sí, como lo oyes. Fue lo más excitante y egoísta que he hecho este año.

Al darse cuenta de que se había alterado, Margot bajó la mirada y la fijó en las manos impolutas de Graham, que descansaban sobre la mesa.

—Un baño... —repitió él bajito.

—Es una ridiculez pretender que me entienda un hombre que puede permitirse el lujo de hacerse la manicura de forma regular.

Graham la miró con una sonrisa.

—Mis uñas son así al natural.

—Bien, bien, cuánto me alegro. Yo... —Margot buscó una salida rápida; estaba avergonzada por su actitud y por aquel desahogo inesperado con la persona equivocada. ¿En qué estaba pensando? ¿En qué narices estaba pensando?—. Creo que debería irme. No ha sido una buena idea lo de la cena, creí que tardarían menos en servir las hamburguesas. Cedric podría despertarse y debería estar allí, así que...

Lejos de mostrarse molesto, daba la impresión de que Graham estaba contemplando una de esas obras de arte que, a simple vista, parecen trazos y garabatos, pero en las que, al mirarlas con atención, descubres un universo sobrecogedor.

—No te vayas. Por favor.

Fue la delicadeza de su voz lo que la mantuvo pegada a la silla. El camarero eligió ese tenso instante para aparecer y dejar dos humeantes hamburguesas en la mesa.

—No sé qué es lo que quieres.

—Es tu turno. Pregúntame.

Margot lo pensó. Tomó aire.

—¿Quién es Graham Stone?

—Cerca de los cuarenta. Alérgico a los cacahuetes. Seguidor del Chelsea. Más de gato que de perro y más de montaña que de playa. Atascado laboralmente en un patético intento por seguir el legado familiar cuando nadie parece confiar en que tenga las facultades necesarias para hacerlo, empezando por mi propio padre, que, además, se está muriendo. Y la guinda del pastel: en pleno trámite de divorcio. ¿Te sirve para empezar?

Margot se quedó callada mientras él se llevaba una patata frita a la boca con aire distraído. No pudo evitar fijarse entonces en el anillo que brillaba en su dedo anular.

—Aún llevas la alianza.

—Mi padre no lo sabe.

—¿Estás bromeando?

—No, joder.

—¿Por qué?

Él levantó la vista.

—¿Regalarle otro fracaso en bandeja? Prefiero retrasarlo todo lo posible. Hace ya más de un año que Amanda y yo llevamos vidas separadas, pero hasta que se formalice...

A pesar de que ya lo había intuido, hasta entonces Margot no fue plenamente consciente del abismo que separaba a Cedric de su hijo. Eran casi dos extraños que se movían en círculos, que chocaban de vez en cuando y se escondían el uno del otro. Se preguntó qué sabría Graham de su padre y de los días de su juventud. Seguramente, poco. La idea de que algún día Peter se alejase así de ella le provocó un

nudo en la garganta y le costó tragar el bocado de hamburguesa.

—Yo creo que tu padre lo entendería.

—No tengo intención de averiguarlo.

Compartieron un silencio más apacible de lo esperado mientras degustaban la cena. Las patatas estaban crujientes y Margot se echó más salsa de queso.

—¿Desde cuándo vuestra relación es tan distante?

—No estoy seguro... —Graham intentó bucear en viejos recuerdos —. Cuando era pequeño, él solía estar bastante ausente. Siempre trabajando, siempre metido en algún libro, siempre con esos dolores de cabeza. Es un hombre solitario, poco hablador. No puede decirse que tuviésemos un vínculo muy sólido.

—Nunca es tarde para recuperar el tiempo perdido.

Graham no contestó, pero arrugó la nariz y continuó comiendo. La cena fue mejorando conforme se deslizaban las manecillas del reloj. Margot le contó cosas sobre sus hijos y se sintió cómoda al hacerlo, porque él se interesó por la academia de *ballet* de Anna y preguntó por Eleanor cuando el nombre de la mujer salió a relucir.

—¿Y te preocupa la actitud de Peter?

—Sí, está cada vez más raro y arisco.

—A los trece años... —Graham se reclinó en la silla y sonrió—, el mundo se despliega de golpe ante uno como un abanico al abrirse.

—Ya. Solo que aún no sabes manejar ese abanico.

—Cierto. Pero ¿no fuiste tú también adolescente?

—No. —Margot jugueteó con unas miguitas de pan que quedaban sobre la mesa y no quiso analizar por qué seguían allí hablando si ya habían terminado de cenar—. No pude serlo. Mis circunstancias eran diferentes. Mis padres me tuvieron siendo mayores y ninguno de los dos gozó de buena salud, así que tuve que hacerme cargo de ellos. Murieron pronto, con apenas cuatro meses de diferencia.

—Y yo aquí quejándome por mi padre inflexible...

—No, no hagas eso. No me mires así —pidió.

—¿Cómo? —Graham se inclinó hacia delante.

—Con lástima. Con compasión. Como si...

—No te miraba de esa forma —la interrumpió.

Ella respiró hondo y pidió la cuenta. Logró que pagasen la cena a medias tras mucho insistir. Luego, volvieron sobre sus pasos hasta el hospital. No hablaron. Había dejado de llover. El vaho de sus respiraciones flotaba en el aire. Al llegar a la puerta, Graham se despidió con rapidez y le estrechó la mano.

—Ha estado bien. Intenta descansar.

Se alejó antes de que Margot pudiese responder. Entró en el hospital y, solo entonces, cayó en la cuenta de que, tras la inesperada confesión sobre esa vida que ella había imaginado perfecta y no lo era

tanto, Graham no había vuelto a hablar de sí mismo. Toda la conversación había girado en torno a ella. Y quiso, de algún modo, poder rellenar esas lagunas que habían ido apareciendo como setas tras las primeras lluvias. ¿Por qué arrastraba ese halo invernal? ¿Por qué había intentado arreglar las cosas tras el primer encontronazo entre ellos? ¿Por qué era como era? Margot solía pensar mucho en ese tipo de cosas, sobre todo en los peores momentos de su vida, e intentaba adivinar qué vivencias nos conducen por diferentes senderos, qué nos hace tomar desvíos, qué nos obliga a frenar.

En la habitación, Cedric seguía dormido.

Ella se quitó la chaqueta, se acomodó en el sillón y contempló las luces de la vieja ciudad, que le recordaba a un puzle hecho de húmedos adoquines entre callejones estrechos y casas tan grises como el cielo que se abría sobre ellas.

Cedric Stone. Todo cambia

Marazion, Cornualles, 1939

Desde el prisma adecuado, el mundo puede parecer de repente más blando, más amable, más sencillo. Tumbados en los asientos traseros del coche, sumidos en un silencio plácido, Cedric y Jane se miraban y con eso bastaba. Ella aún sonreía cuando él dijo:

—Deberíamos vestirnos. Podría venir alguien.

—¿No dijiste que este era un lugar solitario?

—Ya, pero aun así... —Pese a lo mucho que le habría gustado permanecer un rato más junto al cálido cuerpo de Jane, se obligó a incorporarse y buscó la ropa que se habían quitado el uno al otro—. Toma, tu vestido. ¿Te ayudo?

—¿Necesitas tú que te ayude a ponerte los pantalones?

—Es imposible complacerte. —Le robó un beso rápido.

Se vistieron entre risas y codazos por la falta de espacio.

—En realidad, no me vendría mal que me abrochases los últimos botones de la espalda. —Jane se ruborizó y a él le hizo gracia comprobar que su punto débil era el orgullo, ese que alimentaba su personalidad perfeccionista e independiente—. ¿Por qué harán los botoncitos tan..., tan... abultados e incómodos? Los de las camisas de los hombres son planos, encajan fácilmente en los ojales, prima la practicidad.

Cedric le apartó el cabello hasta dejar la nuca al descubierto y consiguió abrocharle el vestido, aunque tuvo que darle la razón a Jane y admitir que no era una tarea sencilla. Después, bajó del coche y alzó los brazos. Hacía sol. Se encontraban a medio camino entre Perranuthnoe y Prussia Cove. No mucho más allá, el destello del mar, de un profundo azul turquesa, clarificaba el paisaje. Jane siguió sus pasos, respiró hondo, como si quisiese llevarse consigo los olores del mediodía, y luego se sentó en la hierba.

—Las nubes lenticulares son mis preferidas.

Él sonrió en respuesta y se acomodó a su lado.

—También me gustan los cirros.

—¿Por alguna razón particular?

—Están formados por cristalitos de hielo y son los más altos —explicó Jane—. ¿Cómo se ven desde arriba? Cuando pilotas la avioneta de Herbert.

—Todo parece diferente. Según la altura o la distancia… —Cedric suspiró mientras jugueteaba con un mechón del cabello de Jane—. Cualquier cosa en la vida es cuestión de perspectiva, aunque hay ángulos más limitados que otros.

—¿Seguimos hablando de las nubes?

—Te marchas en unas horas…

—Lo sé. —Jane tomó aire.

—Y no quieres que vaya a la estación.

—No me gustan las despedidas.

—Jane…

—Te escribiré en cuanto llegue.

—¿Y luego qué?

—Veamos… —Jane se recostó sobre él con aire divertido, aunque el tictac del reloj teñía el día de melancolía—. Luego, seguimos escribiéndonos y hacemos lo posible por vernos cuanto antes. Al menos, hasta que fijemos una fecha para la boda.

—Ah. La boda. —Cedric se echó a reír.

—Me gustaría algo sencillo, nada pomposo.

Él la siguió en aquel juego lleno de fantasías.

—Estoy de acuerdo. ¿Algo más que deba saber?

—Tendremos que elegir dónde vivir, si en Marazion o en Londres. Es posible que resulte agotador discutir este asunto. Siempre podemos optar por un lugar neutro y echar raíces allí hasta hacerlo nuestro. ¿Qué te parece Brístol? O Peterborough.

—Brístol está más cerca. ¿Y después?

—Hijos. Tengo algunas dudas…

—Sorpréndeme.

—En ocasiones, quiero tres. Otros días, ninguno.

—¿Podrías no irte a los extremos? Uno o dos.

Jane abrió los ojos de golpe.

—¡Un perro! Eso sí.

—Los perros deberían vivir en el campo, no en la ciudad.

—Lo educaremos bien. ¿Te he contado que tuve uno cuando era pequeña? Fue un poco traumático. En teoría, un día cualquiera se perdió. Lloré durante semanas. Años más tarde, descubrí que mis padres decidieron dárselo a unos amigos.

—¿Por qué hicieron eso?

—Mi madre no soportaba que le mordisquease las cortinas.

Cedric guardó silencio sin dejar de acariciarle el pelo. No lo había verbalizado, pero, durante aquellas semanas de caricias compartidas, mar, conversaciones y un amor de verano que se ensanchaba hasta amenazar las demás estaciones del año, él iba recogiendo con cuidado las migajas que Jane dejaba caer sobre sus días en Londres, esos que pertenecían a otra vida que Cedric no conocía. Cada vez le

preocupaba más la imagen que iba construyendo sobre los padres de ella, rectos e inflexibles, y se preguntaba qué idea albergarían sobre el futuro de su hija y si estarían dispuestos a acatar sus deseos. Puede que aquello fuesen solo sueños, pero se acercaban bastante al futuro ideal.

—Tendremos una casa bonita —siguió Jane—. No demasiado grande pero confortable. Y con rosales en las ventanas. Me gustan las flores con un cariz clásico. Las rosas me recuerdan siempre a Shakespeare, quién sabe por qué.

—Son muy trágicas, estilo *Romeo y Julieta.*

—Por eso prefiero *El sueño de una noche de verano.*

—Demasiados enredos. Me quedo con *Otelo* y su villano.

Permanecieron unos instantes en silencio. Se miraban; pensaban en lo fácil que era hablar con el otro, dejar el tiempo correr, disfrutar de la compañía y de los placeres estivales sin más expectativas que vivir juntos aquel presente.

—Deberíamos irnos o llegaré tarde —susurró ella.

—¿De verdad prefieres que no vaya a la estación?

Jane asintió y se inclinó hacia él. Buscó sus labios.

—Está bien, hagámoslo a tu manera. Escríbeme.

—Me lanzaré a por papel en cuanto entre en casa. Apenas saludaré a mis padres, ni siquiera me quitaré los zapatos cuando suba a la habitación. Iré a Correos con la misma ropa que lleve de viaje. —Sus risas se convirtieron en una melodía sincopada.

Cuando Cedric volvió a casa, John estaba cortando leña. Al oír los pasos, su hermano levantó la cabeza y se limpió el sudor de la frente con el dorso del brazo.

—¿Ya se ha ido?

—Ya se ha ido, sí.

John bajó el hacha.

—Sabías que ocurriría.

—No es un final. —Cedric empezó a recoger los troncos desperdigados alrededor de John y los apiló más allá; luego, cogió un serrucho para cortar trozos más pequeños.

—Bien. No deberías perderla. Dudo que conozcas a otra tan lista y a quien le resultes, ¿cómo decirlo?, divertido. Me asombra su capacidad. Tiene un don.

—Tengo un serrucho en la mano, John.

—Y yo un hacha afilada. —La dejó caer.

Cedric chasqueó la lengua sin dejar de sonreír. Le gustaba bromear con John. Le gustaba que se pinchasen el uno al otro y que compitiesen solo por cosas irrelevantes. Le gustaba que tuviesen sus

propios códigos, anécdotas solo suyas, un lenguaje particular.

Mientras el sol caía, siguieron trabajando.

John se mostraba especialmente concentrado. Golpe, golpe, golpe. Volvía a alzar el hacha y la impulsaba hacia abajo con más fuerza de la necesaria. Y golpe, golpe, golpe. Apenas habló ni hizo descansos hasta que el cielo empezó a ensombrecerse. Cedric se acercó a él, apoyó una mano en su hombro y le quitó la herramienta. Un poco preocupado por aquella actitud obstinada y un tanto ausente, buscó su mirada.

—¿Va todo bien, John?

—¿Tienes un cigarro?

Se sacó el tabaco del bolsillo, le dio uno y prendió la llama del encendedor. Los dos se sentaron en un tronco. El humo se desvanecía sobre ellos, el cielo oscuro tenía un tono liliáceo allá en el horizonte, y se oían las ranas y los insectos de la zona. Cedric tuvo el presentimiento de que algo estaba a punto de cambiar para siempre.

—¿Alguna vez piensas en papá?

—¿A qué viene eso ahora?

—No lo sé, tú lo conociste mejor. Pasaba más tiempo contigo porque eras el mayor, su mano derecha. —John dio una larga calada y después expulsó el humo—. De mí decía que era un niño malcriado.

—No es cierto. Solo eras… impulsivo.

—Quizá lo siga siendo, Cedric.

—¿A qué viene todo esto ahora?

Su hermano lo miró a los ojos.

—Me he alistado voluntario.

—Mierda, John. Mierda.

Margot y Eleanor. El vino

Edimburgo, Escocia, 1996

Los niños ya estaban acostados cuando Margot y Eleanor se reunieron en el salón con una botella de vino de cinco libras, todo un lujo. Celebraban la noticia: habían admitido a Anna en la academia y la vida parecía darles un respiro. Margot descorchó la botella y sirvió la bebida en dos copas que alzaron y chocaron despacito.

—¡Por Anna! —dijo Eleanor—. Y por nosotras.

—Por estar vivas. Porque tenemos salud.

Margot dio un trago y se relamió. Le supo delicioso. Ambas se habían quitado las zapatillas y llevaban gruesos calcetines. No necesitaban nada más allá de un rato de tranquilidad, sentadas en el sofá la una junto a la otra frente a una vela encendida.

—Estas últimas semanas han sido fáciles. Casi apacibles.

—No lo digas demasiado alto, querida —replicó Eleanor.

—Lo sé. Este es precisamente el momento en el que de pronto se estropea la lavadora. O el calentador. O un meteorito cae justo en el techo de casa.

Las dos se echaron a reír. Se miraban con el tipo de confianza que solo se consigue tras el paso de los años y las turbulencias compartidas.

—¿Cómo va todo con Cedric Stone?

—Hablar con él es muy inspirador.

—Te estás encariñando demasiado...

—Oh, sí, eso ya es tarde para evitarlo.

—Está en cuidados paliativos, Margot. —Eleanor la miró con lástima porque era consciente de dos cosas que no se atrevía a decirle en voz alta: que aquella estabilidad económica era temporal y que, emocionalmente, sufriría cuando llegase el final.

—Pero míralo de este otro modo: ha tenido una vida apasionante. Por lo que me ha contado, dejó huella. No hablo de cosas extraordinarias, no digo que inventase la penicilina ni el motor de combustión, sino de una grandeza cotidiana. Cuidaba de su familia, tenía un lugar en el mundo y conoció a Jane.

—Te encantan las historias de amor.

—No puedo negarlo. —Margot suspiró y se sirvió más vino—. Es que tenían esa clase de complicidad sencilla y mágica que no hay

forma de forzar.

—Sé lo que quieres decir. Mi pobre Otto...

El marido de Eleanor había muerto once años atrás, a los cuarenta y dos años, tras perder el control de su coche por culpa del hielo que cubría la calzada.

—Al menos, lo tuviste durante un tiempo.

—Lo sé. Siempre es mejor haber vivido que no hacerlo, aunque duela. —Eleanor tomó un trago largo—. Cuéntame en detalle la historia de Cedric y Jane.

Entusiasmada, Margot relató lo que sabía: la apacible vida de los Stone en Marazion, el día que se conocieron en la isla de marea de Saint Michael y aquel amor de verano que creció mientras la amenaza de la guerra también lo hacía. Aunque su amiga la escuchaba con atención, Margot no lograba dotar a sus palabras de esa emoción vibrante que contenían las de Cedric. Con su voz, la vida en Cornualles de John, Herbert, Julie, Amy y los demás parecía desdibujada, como si no les diese todo el color que merecían.

—Es fascinante. ¿Y qué ocurrió?

—Ni idea, eso es todo lo que sé.

De pronto, se oyó un golpe seco y Margot estuvo a punto de tirar la copa de vino al suelo cuando se levantó de un brinco. Le pidió a Eleanor que guardase silencio y se dirigió hacia la puerta del salón. Pudo ver los pies descalzos de Peter al final de la escalera antes de que retumbasen en el piso de arriba.

—Solo era Peter. Subiré a hablar con él.

Margot fue al dormitorio de su hijo, cuya puerta estaba entornada. Cuando la abrió, Peter estaba tumbado en la cama, pero no le había dado tiempo a apagar la luz.

—¿Sabes que no está bien escuchar a escondidas conversaciones ajenas?

—Lo siento, fue sin querer. Bajé a por agua.

Margot suspiró, se aseguró de que la ventana estuviese bien cerrada y se sentó a un lado de la cama. Hacía mucho que no ocupaba ese lugar, desde que le leía cuentos después de dormir a su hermana y Peter le pedía que se quedase un poco más, hasta que se durmiese, porque le daba miedo la oscuridad de la noche.

—Así que Cedric y su hermano lucharon en la guerra.

—Eso parece, sí. —Margot se recostó—. Qué duro. Resulta increíble pensarlo ahora, ¿verdad? Aunque, en realidad, no hace tantos años que sucedió.

—Depende. A mí me parece que fue en la prehistoria.

—Aún eres joven para entender el paso del tiempo.

—¿En qué sentido? —Peter arrugó el entrecejo.

—Imagina que la vida es una carretera, ¿vale? Pues, durante la

infancia, vas montado en un burro viejísimo que apenas avanza, tienes tiempo para detenerte y mirarlo todo bien. Pero, luego, conforme creces, es como si te pusiesen al volante de un Ferrari; al principio, lo controlas; después, deja de funcionar el pedal del freno y ya no hay nada que hacer. Todo transcurre tan rápido que, en lugar de contemplar el paisaje, tan solo ves trazos aquí y allá e intentas no marearte hasta el final del trayecto.

—Me he perdido. ¿Cuál es la conclusión?

—Que 1940 fue ayer o la semana pasada.

—Lo que tú digas… —Peter resopló.

—Venga, ya es hora de que duermas.

—Oye, pero ¿qué ocurrió después?

—¿Con Jane y Cedric? —Lo tapó.

—No, con el Ferrari raro que conduces.

—Muy gracioso. No lo sé. Aún no me lo ha contado.

—Podríamos averiguarlo si investigásemos…

—O tendremos un poquito de paciencia.

—¿Cedric está casado?

—No lo sé. Pero tiene dos hijos.

—Quizá, después de una vida idílica, Jane murió a los sesenta y dos por culpa de un cáncer. O le pidió el divorcio porque no lo soportaba más y…

—Es imposible hablar contigo.

—¿Y si murió en la guerra? Eleanor siempre cuenta esa historia de su tía, la que un día volvió a casa y vio que la vivienda de al lado había desaparecido y era solo un cráter. Bombardearon Londres durante mucho tiempo, puede que Jane…

—Es posible. Pero basta por hoy, es tarde.

Margot se levantó e intentó en vano no fijarse en los pósteres de grupos de música que cubrían las paredes de la habitación, dado que apenas quedaban zonas vacías. Salió y cerró la puerta. Comprobó que Anna seguía dormida antes de volver al salón.

—¿Todo bien? —preguntó Eleanor.

—Peter nunca deja de sorprenderme.

—Eso es bueno, querida. Es bueno…

A Eleanor la había enganchado el programa de televisión que se emitía esa noche y Margot agradeció que pudiesen solo permanecer las dos allí juntas, sin hablar, aún con el vino cerca. Estaba distraída. Tras las palabras de su hijo, no podía dejar de darle vueltas a la idea de que Jane hubiese muerto demasiado joven, con todos esos sueños ambiciosos que tenía en la cabeza y los planes que había trazado con Cedric. «Pero esas cosas suceden —se dijo ella—, suceden todo el tiempo porque la vida es un imprevisto tras otro. Por eso el mayor logro de todo ser humano es seguir respirando un amanecer más».

Cedric y Margot. Los hijos

Edimburgo, Escocia, 1996

Una tos seca llenó la habitación. Esa mañana, Cedric estaba más pálido de lo habitual y tenía unas ojeras pronunciadas. Margot le sirvió agua en un vaso. Él bebió despacio, sorbo a sorbo. Lo dejó después en la mesilla, junto al libro de Faulkner que estaba releyendo esa semana. Decía que, a esas alturas, ya solo quería disfrutar de los placeres del ayer, repensar, volver atrás para escarbar en los recuerdos perdidos.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—Estoy bien. Los calmantes ayudan.

—¿Hay algo más que pueda hacer?

—Sí, cuéntame tu día —le pidió.

Margot sonrió porque, a pesar de la cruda situación, Cedric siempre sabía reconducir la conversación o darle la vuelta. Se acomodó en el sillón.

—He dejado a los niños en el colegio y he venido a trabajar, como siempre. Hubo un altercado en una de las habitaciones. Por lo visto, a uno de los pacientes no le sentó bien el cambio de medicación y, a la hora de la comida, antes de lanzar la bandeja por los aires, gritó: «¡Los guisantes son venenosos!». No te imaginas lo escurridizas que son esas cositas verdes, he tardado más de veinte minutos en limpiar el desastre...

—¿Crees que tendría algo personal contra los guisantes?

—Es posible... —Margot aguantó una carcajada—. A mí me parece que los guisantes son tramposos. Media vida tragándotelos a la fuerza porque te dices que hay que comer verduras y, un día como otro cualquiera, descubres que son legumbres.

—Alta traición —apuntó Cedric.

—¡Que les corten la cabeza!

—¿Y luego qué has hecho?

—Ir a recoger a los chicos. Anna tenía la primera clase en la nueva academia de *ballet*, estaba muy emocionada. Ese lugar es mágico, parece sacado de otra época, todo tan bien ordenado, con las lámparas enormes, el papel floreado, el aroma a lilas...

—Tu hija estará encantada.

—Pues sí. Peter no tanto.

—¿No le gusta bailar?

—No. Y, además, tiene que quedarse conmigo durante la actividad de Anna. Al final de la calle hay una cafetería y le propuse que nos tomásemos juntos un chocolate. ¿Sabes qué hizo cuando se sentó? Ponerse a contar las vetas de la mesa de madera. Por lo visto, es más interesante que hablar con su madre.

—¿Cuántos años dijiste que tenía el chico?

—Trece, aunque según el día parece que sean muchos más o bastantes menos. Se balancea entre el niño que fue y el adulto que aún no es.

—Es una edad difícil —dijo pensativo.

—¿Tus hijos fueron así? ¿Luego mejoró?

—¿Quieres que sea sincero o complaciente?

—Siempre prefiero la sinceridad, ya lo sabes.

—En ese caso, te diré que Blair fue una niña muy minuciosa y competitiva. Lo sigue siendo, aunque más allá de esa hambre voraz por alcanzar el éxito, es una mujer mucho más sensible de lo que aparenta. Con Graham, todo fue distinto. Era un chico estupendo, muy sociable, muy bueno en los deportes y los estudios, muy cariñoso con los suyos, pero... conforme creció se volvió un poco difuso.

—«Difuso» es un adjetivo extraño.

—Cambió. Y, después, llegó Amanda.

Incómoda, Margot tragó saliva. No le había contado a Cedric que había compartido con Graham una cena y varias confesiones. Guardar secretos nunca había sido lo suyo, pero resultaba evidente que la relación entre padre e hijo era escabrosa.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Digamos que Amanda es una mujer compleja. Es inteligente, atractiva y deslumbrante. Pero también es exigente, inconformista y materialista. Y, en el caso de Graham, en apariencia resulta perfecto, el complemento ideal para ella, aunque si rascásemos un poco... Quién sabe qué queda de él.

—¿Crees que está enamorado de ella?

Por su forma de ser y de hablar, no daba la impresión de que Cedric fuese a juzgar que su hijo hubiera decidido divorciarse. Graham había usado la palabra «fracaso» al hablar del tema, pero Margot pensó que el problema existía más bien en la mente del hijo y no en la mirada del padre. La falta de comunicación entre ellos era un abismo inmenso. No había puentes para cruzarlo. Eran incapaces de encontrarse.

—No estoy seguro, aunque estoy convencido de que el miedo y el amor son los dos sentimientos que más nublan la razón. Las sociedades han evolucionado, pero las emociones siguen siendo primitivas. Intentar domesticarlas no funciona. Piénsalo, Margot, por

mucho que quieras enamorarte del reponedor del supermercado, por más encantador y apropiado que en teoría sea el chico, sabes que no puedes forzarlo.

—Quiero puntualizar que el único hombre que trabaja en el supermercado donde compro está a punto de jubilarse y siempre lo pillo hurgándose la nariz, pero entiendo lo que quieres decir.

—También al revés. Si dejar de amar fuese fácil…

—¿Estás pensando en alguien en concreto?

—Es posible. Qué complicado es todo. El amor en todas sus variables; con la pareja, los hijos, la familia, los amigos, las mascotas, hacia uno mismo…

—Debería darse en el instituto. Asignatura: Amor.

Cedric tosió y volvió a beber agua.

—Sería útil. ¿Recuerdas la primera vez que cogiste a tu hijo en brazos? Yo me sentí… insignificante y aturdido. Todo cobró otra dimensión. Y ese tipo de amor… —Meditó unos instantes—. No se parecía a lo que sentía por Jane. No era mejor ni peor, tan solo diferente. Tuve que recolocar algunas piezas.

Margot asintió. Lo recordaba. Claro que lo recordaba. ¿Cómo iba a olvidar un momento así? La tristeza y la alegría, el miedo y las certezas. El paritorio. Más amplio: la soledad del paritorio.

—Nuestros hijos no son perfectos, como nosotros tampoco lo fuimos para nuestros padres. Aunque los míos son aún niños, se van haciendo cada vez más independientes y, bueno, digamos que cuando eran bebés resultaba imposible encontrarles un solo defecto, todo eran mofletes sonrosados y sonrisas adorables. Pero, ahora, es inevitable ver que cada uno tiene defectos y virtudes. Anna es dulce y, sin embargo, se enfada con facilidad y tiene mal carácter al despertar. Peter es más reservado, algo maleducado en ocasiones, pero entiendo que está en una época complicada y, en el fondo, tiene un corazón enorme, aunque a veces se olvida de dónde lo ha metido.

—Parecen buenos chicos.

—Intento a diario que lo sean.

—Me gustaría poder darte algún consejo, pero lo cierto es que no fui el padre que me gustaría haber sido. Pasaba mucho tiempo fuera de casa, entre el trabajo y mis propios demonios. Tenía a menudo dolores de cabeza. Me costaba renunciar a la soledad. De todas esas cosas siempre se da uno cuenta con la distancia, cuando ya es tarde.

—Nunca es tarde —replicó Margot.

—Oh, sí. Me temo que sí. No volverás a tener treinta y cuatro años, nunca serás más joven que hoy, el tiempo no espera a nadie. Pestañeas y un día te das cuenta de que tus hijos ya son adultos y tú…, tú no sabrías decir cuándo ha ocurrido exactamente.

Margot tomó aire y permaneció en silencio unos minutos. Las

palabras de Cedric le hicieron pensar en Jane y en todos sus deseos, la casa confortable, el perro, los rosales en las ventanas o las clases de Matemáticas, pero también en sus propios anhelos olvidados, esos que siempre apartaba a un lado cuando aparecían porque no tenía tiempo que perder. Margot era joven, pero algún día ya no lo sería y se preguntó de qué se alegraría o arrepentiría entonces, qué balance haría de su vida cuando se acercase el final.

—Sigue hablándome de los días en Cornualles.

—Aquel verano marcó un antes y un después, nuestras vidas no volvieron a ser iguales. La guerra lo cambió todo. Y, cuando acabó, solo quedó un montón de polvo y escombros. Nadie puede permanecer impasible después de un dolor así.

Cedric y John. Invencibles

Marazion, Cornualles, 1939

Una semana después de la marcha de Jane, Alemania invadió Polonia y, tras dos días de incertidumbre, el Reino Unido y varios países más le declararon la guerra el 3 de septiembre. La vida se volvió de repente lúgubre y amarga, como si la partida de ella y aquella situación se hubiesen entrelazado. Se respiraba en el ambiente el peso de la angustia ante la falta de certezas. Se avecinaban tiempos difíciles. El cielo seguía siendo el mismo cielo, pero bajo él todo había cambiado. Herbert se mostraba serio, obligado a recordar una guerra pasada de la que llevaba años huyendo. John estaba inquieto y solo el trabajo físico parecía calmarlo. Amy volvió a caer enferma; la tos seca le impedía dormir. Cedric se movía como una sombra, callado y ausente. Y Julie tenía otra preocupación más desde que había accedido a acoger a un crío de siete años de origen *cockney*; en ocasiones, se consideraban sucios y asilvestrados, por lo que solían tener más dificultades para encontrar destino durante las evacuaciones. El chiquillo, de baja estatura y cabello desordenado, se llamaba Henry; apenas se le entendía al hablar, pero era obediente.

Se prohibió el uso de luz al caer la noche para impedir que los pilotos alemanes pudiesen lanzar sus ataques contra las zonas pobladas, así que pusieron planchas de contrachapado en las ventanas de la casa. Hicieron conservas y mermeladas. Guardaron en la zona más fresca de la despensa nabos y patatas. John y Cedric mataron un cerdo; la sangre corrió campo abajo y cortaron la carne para salarla después.

—¿Cómo será...? —John vaciló y calló.

—¿Matar a un ser humano? —Cedric separaba la parte de las costillas—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Solo espero que no tengamos que descubrirlo pronto.

Incapaz de quedarse quieto tras saber que su hermano se había alistado voluntario, Cedric también había visitado la Oficina de Reclutamiento Militar, había rellenado el formulario de inscripción y proporcionado la información personal solicitada.

Tras los días de duro trabajo, Cedric se iba a la cama temprano y leía poco antes de caer rendido. Pensaba en Jane y le preocupaba que estuviese en Londres precisamente cuando las familias evacuaban a los

niños de las ciudades. Su carta había llegado y lo que contaba en ella no había apaciguado sus temores: salía de casa con una máscara antigás en el bolso y había recibido instrucciones sobre cómo debía correr a los refugios cuando sonase la alarma. Le decía que, aunque en los cafés, en los cines y en las calles seguía vivo el murmullo de la gente, todo había cambiado. Por las noches reinaba la oscuridad y la ciudad se llenaba de fantasmas que se movían entre tinieblas. Ante la incertidumbre, todo el mundo se lanzaba a por provisiones y varias de sus amigas habían comprado docenas de medias tras oír el rumor de que pronto sería imposible conseguirlas, en cuanto empezasen a usar el nailon para fabricar paracaídas. Los padres de Jane iban un poco más allá: barajaban la posibilidad de mudarse a Estados Unidos para, con la excusa de ampliar el negocio familiar, alejarse de la guerra.

Cedric y John no tardaron en ser llamados a filas.

Cedric fue destinado a la 43.ª División de Infantería Wessex. John acabó en el 2.º Batallón del Regimiento Real de Norfolk. Ambos ocuparían posiciones defensivas en la frontera franco-belga, construirían fortificaciones y se prepararían para una posible invasión.

El día antes de partir, Herbert dejó que Cedric se sentase frente a los mandos de la avioneta una última vez. Cedric cerró los ojos y recordó cómo era pilotarla. El sol se escurría como si resbalase y las nubes arreboladas, espesas, cubrían el cielo. Le habría encantado poder volar aquel día, pero la guerra imponía las normas. Después, compartieron un cigarrillo mientras empezaba a refrescar y Herbert solo le dijo: «Ni se te ocurra volver en un ataúd, ¿me has entendido? Yo me ocuparé de ellas y ellas se ocuparán de mí. Estaremos bien. Tú céntrate en mañana y mañana».

Esa noche, cuando Cedric se dirigía a su dormitorio, oyó las voces que provenían del cuarto de Amy. A través de la puerta entreabierta tan solo se distinguía el fulgor de una vela encendida. La niña tosía cada poco y John, sentado junto a ella, le leía una novela de Arthur Ransome. John no había terminado los estudios en el colegio porque había querido ayudar en las tareas del hogar tras la muerte del padre. Los libros nunca habían sido lo suyo, pero hacía un esfuerzo al leerle a su hermana, aunque se trababa con las palabras y seguía cada línea apretando el dedo índice contra el papel, tan concentrado que se le dibujaban unas arrugas de expresión en la frente. Tampoco le gustaba demasiado escribir y, si tenía que redactar alguna carta, solía pedirle a Cedric que lo hiciese por él. Aseguraba que las palabras parecían bailar en su cabeza; nadie le dijo nunca que era disléxico.

Amy bostezó y John dejó de leer.

—Será mejor que descanses.

—No, por favor, sigue un rato.

—Tienes que dormir para recuperarte. Seguro que en unos meses

tus pulmones serán de hierro. Ya lo verás. Tú sigue comiendo bien y caminando al aire libre.

—Lo intento. —Amy suspiró—. Pero lee una página más. Solo una. Quiero aprovechar todo el tiempo antes de que os marchéis. ¿Y si no vuelves, John? ¿Y si a Cedric le ocurre algo? Mamá y Herbert hablaban el otro día en la cocina y...

—¡Tonterías! ¡Soy invencible!

—John, lo que Herbert decía...

—Todo saldrá bien. ¿Acaso no tomas nota de lo que cuentan en esos libros que tanto te gustan? Los buenos siempre ganan. Y, ahora, acuéstate. Es tarde.

Fuera, todavía cerca de la puerta, Cedric esperó. Se oyeron algunos murmullos más que le resultaron ininteligibles y, luego, el sonido de un beso en la frente infantil seguido de un «Buenas noches». La habitación quedó a oscuras cuando John apagó la vela y salió. Cedric y él se miraron en la penumbra. Cedric le dio un apretón en el hombro.

—Acompáñame. Hay algo que quiero darte.

En su dormitorio, Cedric apartó unos cuantos libros de la estantería y cogió una caja de madera que había escondido detrás. Allí guardaba algunos recuerdos: un viejo tirachinas, unas semillas, un puñado de poemas malísimos que nunca le enseñaría a nadie y el anillo. Era sencillo, de plata, con la inscripción «Stone» junto a una cruz diminuta.

—Era de papá, lo único que tenía.

—¿Y te lo dio a ti? —John lo miró.

La imagen que John guardaba del padre estaba borrosa e idealizada. No llegó a hacerle demasiado caso porque era el pequeño y le dedicaba más tiempo al mayor para enseñarle las tareas diarias en la granja y lo relativo a la jornada de pesca.

—Sí. Pero ahora te lo doy a ti.

—No. No puedo. No lo quiero.

—Cógelo. Quiero que lo tengas.

En el rostro de John se debatían el deseo y el orgullo. Ganó el segundo. Alargó la mano hasta la de Cedric y le cerró los dedos uno a uno en torno al anillo.

—Quédatelo tú. Te dará suerte.

Y luego le sonrió en la oscuridad.

Correspondencia

En algún lugar de Francia
29 de octubre de 1939

Querida Jane:

Llegamos hace unas semanas, pero no he podido escribir antes. Estamos realizando operaciones de reconocimiento cerca de Abancourt; la compañía está al mando del capitán Andrew Pearson. El ambiente es tranquilo. Todos imaginábamos un escenario diferente y conflictivo, pero los días transcurren sin imprevistos mientras nos familiarizamos con el terreno. ¿Cómo te encuentras? Cuéntame de ti.

Tuyo,

CEDRIC

Londres, Inglaterra
13 de noviembre de 1939

¡Creo que dejé de respirar cuando llegó tu carta! Me tranquiliza la atmósfera que describes, aunque agradecería que fueses mucho más minucioso. ¿Cómo es el día a día allí? ¿En qué piensas? ¿Con qué sueñas al caer la noche? No temas a la hora de extenderte, echo de menos hablar contigo. Y el verano. Las dos cosas iban de la mano, ¿no crees? Nuestras conversaciones y el mar de fondo. Añoro aquel olor, el de la sal en tu piel. Parece que todo aquello ocurrió hace años, en lugar de meses. Si pudiera volver atrás, sin duda elegiría estar en una de las calas de Prussia Cove, contigo, bajo el sol de la mañana. ¿Recuerdas el azul turquesa del agua? Ese color no existe en Londres. La ciudad está más gris que nunca. Las cosas no marchan bien. Te hablé de Edward, ¿verdad?, aquel chico con el que tuve una cita. Sus padres son vecinos y amigos de los míos. Han sido ellos quienes los han convencido para irse a Estados Unidos y, además, daban por hecho que querría casarme con Edward. Les dejé claro que no y les hablé de ti.

Para amenizar tus días, te mando un libro de poesía y te

dejo un problema sencillo: «Un hombre se levanta por la noche y descubre que no hay luz en su habitación. Decide abrir el cajón de los guantes, en el que hay diez guantes amarillos y diez verdes. ¿Cuántos debe coger para asegurarse de que obtiene un par del mismo color?».

Con amor,

JANE

En algún lugar de Francia
24 de noviembre de 1939

Querido John:

Espero que estés siendo cuidadoso y corriendo pocos riesgos. No hagas ninguna tontería. Te mando el problema que me hizo llegar Jane en su anterior carta. A los chicos y a mí nos entretuvo durante un rato. Escribe a mamá.

CEDRIC STONE

En algún lugar de Francia
6 de diciembre de 1939

Querido hermano:

¿Las latas de carne que os dan a vosotros también saben a rayos? ¿Y el tocino del desayuno está igual de duro? ¿Recuerdas el cerdo que matamos antes de irnos? Oh, diablos, me encantaría hincarle el diente ahora mismo. Imagina cómo serán las cosas cuando empiece la guerra de verdad, si es que ocurre algún día. Esta semana estamos organizando una liga de fútbol para pasar el rato. En cuanto al problema que plantea Jane, la respuesta correcta es que el hombre debería coger la mitad de los guantes más uno para asegurarse de que saca uno de cada color: darían un total de once. ¿Puedes pedirle que nos mande más rompecabezas? Gracias.

Con cariño,

JOHN

En algún lugar de Francia
17 de diciembre de 1939

No sé si esta carta llegará antes de Navidad, pero, si es el caso, espero que estés pasando unos días felices. Por aquí es tarde, anochece, casi todos se han ido a una taberna del pueblo. El tiempo a solas se ha convertido en un bien preciado, así que suelo quedarme cuando los demás se marchan. Leí *Dieciocho poemas*, no conocía a Dylan Thomas. Gracias por enviármelo.

En cuanto a tus padres, me preocupa la situación, aunque quizá tengan razón. Dadas las circunstancias, puede que irte con ellos sea la decisión más sensata. La pregunta es si estarías dispuesta a hacerlo. No intentaré convencerte si no es lo que quieres.

Por aquí todo sigue igual. El invierno está siendo especialmente frío, o eso aseguran los franceses. Falta maquinaria, así que construimos vías férreas con picos y palas. Al principio teníamos las manos destrozadas. Ahora, ya estamos acostumbrados.

John pide que mandes más problemas de lógica.

Tuyo,

CEDRIC

En algún lugar de Francia
19 de diciembre de 1939

Querida madre:

No dejo de pensar en el cerdo que salamos antes de marcharnos. Y en la mermelada de frambuesas. Y en la leche fresca de casa, con toda su nata, que no tiene nada que ver con la leche en polvo. Dile a Amy que coma mucho, que haga los ejercicios que le enseñé y que no husmee en los cajones de mi habitación o tendrá que vérselas conmigo cuando regrese. Ah, y que la echo de menos. Eso también.

A propósito, te alegrará saber que soy un buen chico y me afeito todos los días, aunque tenga que hacerlo con agua gélida en el abrevadero del ganado.

Con cariño,

JOHN

En algún lugar de Francia
3 de enero de 1940

Querido hermano:

Seguimos en Lille, en la frontera con Bélgica. Las casamatas y los fortines que construimos se mantienen en pie, pero las zanjas están enfangadas y no hay manera de remediarlo, lo hemos intentado todo. Hay demasiada agua en el subsuelo. Es un desastre. ¿Para qué molestarse en abrillantar el calzado si terminamos llenos de barro hasta las orejas? Han sido unas Navidades extrañas, pese a la comida especial.

Con cariño,

JOHN

Londres, Inglaterra
9 de enero de 1940

Querido Cedric:

Lo último que quiero es preocuparte, pero no puedo esconderte lo que está ocurriendo: cuando la Navidad llegó a su fin, mis padres se marcharon a Estados Unidos con los Miller. Yo me negué. Quizá pienses que estoy cometiendo un error, pero siento que debo estar en Londres. Este es mi hogar. Y, en cualquier momento, tú volverás. Además, digamos que ellos no aprueban nuestra relación ni casi nada de lo que hago o pienso. Todo les parece escandaloso, ¡incluso mi forma de respirar! Mi madre dice que lo hago demasiado fuerte, ¿puedes creértelo? En cualquier caso, no pueden impedirme nada. El próximo mes cumpliré veintidós años y estoy dispuesta a tomar las riendas de mi vida. Así que ahora vivo sola; Southwark es una zona tranquila y Marge Orson, que lleva más de diez años trabajando en casa, viene a diario. También mi amiga Martha. Y pretendo buscar un empleo, aunque aún no he decidido qué hacer. Sé que todo esto no es ningún alivio para ti, pero te aseguro que estoy bien, mejor que durante los últimos meses.

Londres ha cambiado mucho, con toda la ciudad protegida con sacos de arena, trincheras excavadas en los parques y artillería antiaérea alrededor a la espera de cualquier movimiento enemigo, pero, a pesar de todo, la vida sigue y el miedo no ha paralizado el ir y venir diario de las gentes que aguardan lo que está por llegar. Cuando suena la alarma antiaérea, corremos hacia los refugios, pero pronto cesa sin que se cumpla la amenaza. Y por la noche reina la oscuridad. Entonces es cuando más pienso en ti y me pregunto si allá donde estés también se han apagado las luces y estarás recordando los días que dejamos atrás, esos en los que podíamos tumbarnos en la hierba húmeda y jugar a buscar formas en las nubes sin temer

que de un momento a otro las bombas comenzasen a caer.

Ahí va otro acertijo con dos posibles soluciones. Se trata de indicar qué número falta tras ver estas operaciones.

1 + 4 = 5
2 + 5 = 12
3 + 6 = 21
8 + 11 =

Con amor,

JANE

En algún lugar de Francia
3 de febrero de 1940

Querida Jane:

Sé que puedes ocuparte de ti misma, aunque no dejo de imaginar qué ocurriría si atacasen la ciudad y desearía estar más cerca. Te escribo casi a oscuras, cuando los demás están durmiendo o se han ido en busca de diversión. Me gusta que pienses en mí cuando llega el silencio de la noche. Yo también lo hago, durante horas y horas y horas. No duermo bien, así que tengo tiempo de sobra para recordarte y fantasear con tonterías; por ejemplo, que los dos somos pájaros. Tú eres uno espléndido de colores y yo, un mirlo o un gorrión, y volamos lejos, planeamos sobre el mar y sobre bosques y campos infinitos.

A propósito, le mandé a John el problema que me enviaste y no quiso darme una respuesta, lo que significa que no la sabe. En mi caso, seré sincero. Me ayudó a resolverlo Erik Sullyvan, un tipo que estudiaba en Cambridge antes de alistarse y que es brillante. Según él, la primera solución sería 40, sumando con la cifra inmediatamente anterior. O 96 si multiplicásemos la primera cifra de la operación por la segunda y luego le sumáramos la primera. Espero que sea correcto. Manda más. Y algún libro. Como dijo el capitán Pearson hace unos días, podríamos empapelar Francia con las biblias que todos los soldados llevan encima, pero me volveré loco si no leo otra cosa.

Te echo de menos.

Tuyo,

CEDRIC

Londres, Inglaterra
22 de febrero de 1940

Querido Cedric:

Me gusta la idea de ser un pájaro, pero me surgen varias dudas al respecto: ¿por qué yo soy colorida y tú un simple mirlo o un gorrión? ¿Vuelan juntas las aves exóticas y las comunes? ¿Y así es como te ves a ti mismo, de una tonalidad más bien sosa?

En cuanto a mí, sigo esquivando las llamadas telefónicas de mis padres y he encontrado empleo. Hay bastantes vacantes en las fábricas y estuve a punto de empezar a trabajar en una, pero Martha vino a verme y me dijo que un conocido buscaba una profesora de piano para su hija; se llama Christopher Collins y es un diputado del Partido Conservador. Aunque no sean matemáticas, me entusiasma la idea de enseñar, así que acepté. Lili tiene siete años y es encantadora.

Me siento satisfecha con el rumbo que ha tomado mi vida, aunque es evidente que no dispongo de las mismas comodidades y que muchas cosas han cambiado. Tuve que decirle a Marge Orson que ya no podía pagar sus servicios, pero le he propuesto que se quede en casa. Total, está vacía. Me gusta su compañía y podemos ayudarnos mutuamente.

Te mando un interesante ensayo de Jonathan Swift.

Me despido con un acertijo fácil. Espero que John pueda resolverlo y su orgullo se restablezca: «Disponemos de una docena de monedas idénticas, de las cuales todas pesan lo mismo excepto una. No sabemos si pesa más o menos que las demás. Con una balanza y tres oportunidades, ¿cómo averiguaremos cuál es?».

Te echo siempre de menos.

Con amor,

JANE

Londres, Inglaterra
27 de febrero de 1940

Querido Cedric:

Mi anterior carta todavía no habrá llegado, pero esta tarde, sentada en un café de Church Street, cerca de Notting Hill Gate, junto a una tartaleta de crema y una taza de té, pensaba en el día que conocí a tu familia y John y tú quisisteis medir quién tenía más puntería con el tirachinas. No te dije nada entonces, pero me di cuenta: en el último momento, justo antes de soltar la goma, desviabas el tiro un poco hacia la derecha. Me resultó curioso. ¿Por qué le dejabas ganar a tu hermano?

Con amor,

JANE

En algún lugar de Francia
14 de marzo de 1940

Querido hermano:

Dile a tu amada que apenas me hicieron falta cinco minutos para dar con la respuesta. Hay que dividir las monedas en tres grupos de cuatro, dos en cada lado de la balanza y el tercero en la mesa. Si la balanza está equilibrada, querrá decir que la moneda que pesa diferente no está en ninguna de ellas, sino entre las de la mesa. En el segundo intento, rotaremos las monedas en grupos de tres y dejaremos una en cada posición original; si cambia la inclinación, la moneda diferente estará entre las que hemos cambiado. Si no hay diferencia, se encuentra entre las que no se han movido. En el tercer intento, quedarían tres monedas. Bastará con pesar dos en la balanza y dejar la otra. Si está equilibrada, la falsa es la que está en la mesa. Si no, la balanza dará la solución.

Con cariño,

JOHN

En algún lugar de Francia
24 de marzo de 1940

Querida Jane:

Me gusta imaginarte delante de un piano. Ojalá pudiera verte tocar, debe de ser un regalo. Si hago el esfuerzo, casi puedo oír las notas... No me hagas mucho caso, estoy desvariando. Será por la falta de sueño; sigo sin poder dormir y menos ahora, que nos dirigimos hacia la frontera con Bélgica. El otro día vi un rosal inmenso trepando por la fachada de una casa en ruinas y me acordé de ti. Había belleza en aquella planta que seguía creciendo entre los escombros, abandonada a su suerte. Pensé que sobrevivir es mantenerse anclado al mundo a través de las raíces y que, en mi caso, tú serías el agua de la lluvia.

En cuanto a tu otra carta...

Verás, aunque lleve una coraza encima, John tiene sus vacíos. Yo siempre estuve más unido a mi padre y a Herbert; en cambio, él se entendía mejor con los chicos del pueblo, sabía caer en gracia. Un día, cuando éramos pequeños, mi hermano derribó varios soldaditos con el tirachinas y nuestro padre estuvo días

halagando la hazaña. Creo que nunca he visto a John tan feliz; la sonrisa le llenaba la cara. Desde entonces, siempre le he dejado ganar. Es un detalle sin importancia. Nadie salvo tú se ha dado cuenta.

Erik Sullyvan se entusiasmó cuando recibí tu carta y me consta que en la compañía de John ocurre lo mismo. Todos esperamos con ganas los acertijos.

Tuyo,

CEDRIC

En algún lugar de Francia
5 de abril de 1940

Querido hermano:

Ayer mi amigo Jeff apareció con unas botellas de ron y todos acabamos borrachos. Se nos ocurrió la brillante idea de entrar en el corral de una casa y robar unos cuantos huevos. Imagínate: las gallinas se volvieron locas, empezaron a correr despavoridas, Jeff se cayó y su primo se quedó enganchado en la valla. De pronto, se oyeron ladridos. Y no parecía un perro pequeño. Yo no podía dejar de reírme, aunque la situación era cualquier cosa menos graciosa. Sabía que nos caería un buen rapapolvo si nos pillaban, así que, con las manos llenas de huevos, intenté salir. Se me cayeron dos al suelo, resbalé y me abrí la ceja. Se encendieron unas luces. Apareció un hombre con un pico en la mano y creo que, si no llega a ser por su hija, me habría matado allí mismo. Pero ahí estaba ella. Calmó a su padre, me curó y fue todo sonrisas. Nos vimos dos días más tarde. Es un ser celestial; por eso besa como los ángeles. No hablar el mismo idioma es lo de menos.

Con cariño,

JOHN

En algún lugar de Francia
23 de abril de 1940

Querido John:

Se me ocurren pocas cosas más estúpidas que intentar robar huevos estando borracho, pero no me sorprende que seas el protagonista de tal hazaña.

Así que te has enamorado de una chica con la que no

puedes hablar… Espero que eso te motive para aprender un poco de francés, no te iría mal. Ve con cuidado.

Con cariño,

CEDRIC

Londres, Inglaterra
7 de mayo de 1940

Querido Cedric:

Para mí las cosas también han cambiado. Marge Orson me preguntó si podía quedarse en casa su hermana pequeña, que hasta entonces vivía en Reading. Le dije que sí, porque no parece que mis padres tengan en mente volver pronto y prefiero la compañía que el silencio. La joven se llama Ellie Orson, es divertida y tiene un don para la cocina.

Estas últimas semanas se han intensificado las alarmas antiaéreas y se respira incertidumbre; se rumorea que Chamberlain no durará mucho como primer ministro. Como miembro del Partido Conservador, Christopher Collins está cada vez más ocupado. Tiene a una mujer interna en su casa, pero es muy mayor —creo que lo cuidó a él de niño—, así que a menudo está indispuesta y, el otro día, me pidió que me quedara con su hija. La clase de piano ya había terminado cuando telefoneó. Me aseguró que me pagaría lo que fuese necesario, pero no lo hice por eso, sino por la pequeña. Lili es encantadora y tiene talento para la música. El señor Collins perdió a su esposa hace años y no quiso separarse de Lili y mandarla al campo el verano pasado.

Ahí va otro acertijo: «Un caballero llega a un castillo donde la princesa está atrapada. El castillo está rodeado por un foso cuadrado de 10 metros de ancho y el caballero solo dispone de dos tablas de 9 metros de largo para cruzarlo. ¿Podrá hacerlo?».

Vuelve pronto, Cedric.

Con amor,

JANE

Cedric Stone. Dunkerque

Francia, 1940

Las columnas Panzer cruzaron el río Mosa y atravesaron los alrededores del Sedán y las Ardenas. Los alemanes arrasaron pueblos enteros a su paso y dejaron un reguero de incendios y refugiados belgas, que viajaban a pie sin nada en los bolsillos. El pelotón de Cedric abandonó su posición tras los bombardeos en la zona de Abbeville. La compañía de John se encontraba varias millas por delante, al norte. El silbido de los Stukas se abrió paso en el cielo y empezaron a caer en picado como pájaros endiablados. El caos y la oscuridad lo cubrieron todo. El ruido era ensordecedor, capaz de quebrar el mundo en dos. Las copas de los árboles se tornaron borrosas.

—¡A cubierto! —gritó alguien del pelotón.

Cedric se tiró al suelo y rodó hasta acabar dentro de una zanja. Las bombas de la Luftwaffe caían por todas partes y silenciaban los gritos y el zumbido de las balas. Cada segundo era una eternidad. Giró el anillo que tenía en el dedo, una costumbre que lo tranquilizaba desde que había llegado a Francia. Contó en su mente: uno, dos, tres. Luego se incorporó lo más rápido que pudo, aún desorientado, con el corazón martilleándole dentro del pecho. El sendero por el que caminaba hacía apenas unos minutos ya no existía y un enorme agujero se había abierto en medio. Dos cuerpos estaban tirados al lado, ensangrentados y sin vida, con las bocas aún entreabiertas. Los intestinos brillaban bajo la luz dorada del sol. Parecían muñecos rotos a jirones. Una arcada lo atravesó mientras se obligaba a mover las piernas para seguir adelante.

Dejó de respirar cuando otro Stuka pasó por encima.

Quedarse rezagado no era una opción si quería vivir. Sujetó el fusil de asalto que llevaba encima, salió de la zanja y corrió tanto como pudo bajo el fuego enemigo. Se sentía entumecido, lejos de sí mismo. El olor a carne quemada y petróleo crudo era lo único que parecía anclarlo a la realidad. Se internó entre los árboles que había más adelante. El suelo estaba embarrado y lleno de fango. Tropezó y cayó. Otra bomba estalló cerca. Escupió la tierra que tenía en la boca y volvió a levantarse. Descendió por el terreno irregular, trastabillando, con un nudo en la garganta.

Paró al oír un grito. Era el capitán Pearson.

Estaba apoyado contra un árbol y se presionaba la pierna derecha con las manos. Cedric se acercó hasta él y se arrodilló a su lado para evaluar la herida.

—¿Puede ponerse en pie, capitán?

—Hay que encontrar una línea telefónica… —Cerró los ojos con una mueca de dolor. Cedric le ofreció agua y lo ayudó a beber—. Hay que dar aviso…

—Volveré enseguida. No se mueva.

Se alejó de Pearson, se abrió paso entre los arbustos y siguió el recorrido de las tropas. El olor era insoportable y le picaban los ojos por culpa del humo espeso. Tosió, sin dejar de caminar, y se obligó a mirar los rostros de los cuerpos desperdigados por el suelo y a hacer balance de las bajas y de la situación. Un poco más allá, encontró a Erik Sullyvan, perdido y desorientado pero de una pieza. Estaba agachado junto a un chico del pelotón cuyo pecho subía y bajaba a duras penas, tenía el vientre desgarrado y el uniforme estaba empapado de sangre. Agonizaba.

—No hay nada que hacer.

—Ya. —Sullyvan asintió.

Cedric sacó la cantimplora y le quitó al chico los restos de tierra seca de los labios y de la nariz. Se llamaba Grant o Graunt, no estaba seguro. La luz moteada que se colaba entre las ramas de los árboles desprendía una paz que parecía burlarse de aquel momento. Gimió algo ininteligible. Cerca, arrodillado en el suelo, Sullyvan vomitaba. El joven se ahogaba con su propia sangre y Cedric esperó a su lado. Deseó que ocurriese lo antes posible para que no sufriese más. Fue horrible desear algo así, que otro hombre muriese cuanto antes. Le cerró los ojos tras el último suspiro.

—Vamos. —Miró a Sullyvan—. Te necesito.

La pierna del capitán Pearson estaba destrozada y tuvieron que hacerle un torniquete. Uno a cada lado, lo ayudaron a avanzar a paso lento. La compañía se había dividido y, tras el ataque, no había más supervivientes entre los miembros del pelotón. Dadas las circunstancias, descartaron la ruta más larga, aunque la alternativa supusiese correr más riesgos. Debían ir hacia el norte.

Se adentraban de vez en cuando entre los campos para evitar el foco de los bombardeos alemanes en las carreteras principales. El sol bañaba el paisaje de una luz lechosa; el tono gris parecía extenderse por la hierba descolorida y fundirse con los muros de la granja abandonada en la que decidieron resguardarse para pasar la noche. Habían perdido todo el equipo, les quedaba un fusil y algunas raciones de comida de emergencia. A Cedric le preocupaba la escasez de agua; las cantimploras estaban casi vacías y el capitán no llevaba la suya

encima.

Ayudaron a Pearson a sentarse en el suelo. Mientras los otros abrían unas latas de carne envasada, Cedric se encendió un cigarrillo y dio una vuelta por los alrededores. Nunca el silencio le había resultado tan incómodo como entonces. Calada tras calada, contempló ensimismado los cristales rotos que crujían bajo sus pies y las losas levantadas del suelo entre las que crecían malas hierbas. Se sentía como aquel lugar. Aún estaba aturdido, aún masticaba lo ocurrido, aún intentaba asociar los últimos cadáveres que habían dejado atrás —azules, hinchados, grotescos— con las personas que habrían sido.

Cada una de las veces que había vislumbrado un cuerpo a lo lejos, había temido que fuese John. Luego, tras valorar el parecido, respiraba aliviado. Por las últimas comunicaciones que habían mantenido con su compañía, creía que no estaría lejos.

—Ten, tu parte. —Erik le dio un trozo de carne.

—No tengo hambre. —Se encendió otro cigarro.

—Come. Es una orden. —El tono del capitán no daba lugar a réplica. Llevaban horas caminando y no habían probado bocado, pero Cedric tenía el estómago cerrado.

Pese a ello, se comió su ración y, luego, intentó ignorar la sed. Pronto los arropó la oscuridad de la noche. El zumbido de los insectos y el canto de los grillos era lo único que se oía, aunque la sirena de los Stukas y las bombas que caían era un sonido imposible de olvidar que volvía a ellos en oleadas.

—Vamos a regresar a casa —dijo Sullyvan; tenía los ojos cerrados y el humo escapaba de sus labios—. Vamos a regresar. Lo sé. Prometí que lo haría.

—¿Te esperan allí?

—Sí. Mis padres. Mi sobrino. Ella.

Pearson tosió, con la pierna estirada.

—A mí más me vale hacerlo. Eso, o mi mujer es capaz de venir a pie hasta Francia y terminar con todos los alemanes con sus propias manos.

—¿Qué hay de ti, Stone? ¿Tu chica te ha mandado más acertijos?

Cedric sacó la última carta que había recibido de Jane, justo antes de que se fuese a pique el reparto de correo. Admiró la caligrafía curvada y perfecta, con las eles y las efes alargadas como si quisiesen echar a volar. Sintió algo cálido dentro. Un abrazo fantasma. Un beso imposible. Deslizó los dedos por las líneas algo emborronadas.

—Un caballero llega a un castillo donde la princesa está atrapada. El castillo está rodeado por un foso cuadrado de diez metros de ancho y el caballero solo dispone de dos tablas de nueve metros de largo para cruzarlo. ¿Podrá hacerlo?

—¿Qué narices significa eso? —gruñó Pearson.

—Un acertijo matemático, capitán. —Erik suspiró pensativo y después cogió un palo del suelo y prendió el encendedor mientras dibujaba en la tierra que había entre los escombros un cuadrado y lo observaba entre contrariado y disfrutando del reto.

—¿Eso es lo que te manda en las cartas, Stone? —bromeó Pearson, pese a la situación—. ¿No le bastaba con un «Te quiero» o un poco de papel perfumado?

—¡Lo tengo! Tendría que colocar las tablas justo así. —Erik volvió a encender la llama y trazó las líneas en el suelo—. Con forma de T en una de las esquinas.

—Fascinante. —El capitán cogió un cigarro.

Los dos se quedaron dormidos después. Cedric permaneció despierto, aunque el cansancio le hizo dar alguna que otra cabezada. Tenía la boca seca, pero no podía permitirse beber más agua. La guerrera y el pantalón de sarga tenían poco que hacer contra el frío de la madrugada, cuando el rocío cubría los prados. Mientras giraba el viejo anillo familiar alrededor del dedo anular y contaba los minutos que faltaban para el amanecer, Cedric oía las sirenas en su cabeza y recordaba las alas de gaviota invertidas de los Stukas.

Cuando se alzaron los primeros rayos de sol, despertó a Pearson y Sullyvan.

Conforme se acercó el mediodía, el calor empezó a resultar molesto, la sed se volvió apremiante y las rozaduras de las botas al caminar les hacían apretar los dientes cuando Pearson flaqueaba y dejaba caer su peso en ellos. Llevaban horas avanzando sin descanso cuando vieron a lo lejos un enjambre de chopos de ramas blanquecinas.

—Tenemos que ir hacia allí —dijo Cedric.

—No, sigamos recto —replicó Pearson.

—Los chopos suelen estar cerca del agua.

—¿Estás seguro de eso? —Tiró su cigarrillo.

—Sí. —A Cedric le sonaba haber leído en algún lugar que los chopos repetían con sus hojas el rumor del agua y que crecían mejor juntos, como una bandada de estorninos.

—De acuerdo. Nos desviaremos —accedió.

El murmullo del río los recibió cuando consiguieron adentrarse en la zona. Llenaron las dos cantimploras que tenían y bebieron hasta calmar la sed. Cedric se quitó la suciedad del rostro y de las manos mientras se preguntaba si deberían limpiar la herida del capitán. Cuando se lo propuso, este se negó en redondo y lo instó a darse prisa.

—Tenemos que continuar hacia el norte.

Retomaron el paso. Las horas se solapaban entre ellas y el tiempo parecía expandirse y encogerse por momentos. Atrás dejaron campos de cebada, trigo, remolacha azucarera, vacas que gemían con las ubres

llenas de leche, niños que los observaban escondidos tras las ventanas. Un hombre les dejó pasar la noche en su establo y su mujer les ofreció sopa caliente de cebolla y pan con queso. Entre las balas de heno, Cedric pensaba en John y se preguntaba si, no muy lejos de allí, su hermano haría lo mismo. ¿Cuántas millas, carreteras, bosques y ríos los separarían? Al cerrar los ojos, volvía al verano anterior, cuando los insectos bailaban alrededor, el mundo era un lugar blando, la luz ambarina caía como un velo y en las playas solo se veía a bañistas y pescadores, sin rastro de alambres de púas ni de fortines de hormigón.

Cuando lograron cruzar Gravelines y llegar a una de las carreteras principales, estaban exhaustos, hambrientos y con los pies destrozados, así que decidieron ir en línea recta en lugar de campo a través. Conforme avanzaban, se cruzaban en su camino más soldados y camiones que iban en la misma dirección. Todos parecían igual de abatidos en aquella retirada a contrarreloj. Tan solo se detenían cuando el enemigo atacaba con enjambres de Stukas, obuses y ametralladoras. Cedric dejó de quitarse las botas para aliviar el dolor de las heridas por miedo a no ser capaz de volver a calzárselas a causa de la hinchazón.

Atravesaron una zona que había sido atacada. Había que bordear los cráteres que se abrían en el camino y, entre los escombros, se adivinaban restos humanos. Hijos, hermanos, padres, amantes; en algún lugar, alguien aún estaría esperándolos. El hedor era espantoso y las moscas revoloteaban alrededor.

En las inmediaciones de Dunkerque, ardían los tanques de petróleo y docenas de soldados se movían en la misma dirección, pero muchos parecían perdidos o a punto de desfallecer. Había gente tendida en el arcén, vehículos calcinados, objetos abandonados.

El hombro le ardía por cargar el peso de Pearson, que les hablaba a menudo de su mujer y de sus dos hijas. Sullyvan contaba anécdotas de sus días en Cambridge y pensaba en el futuro a todas horas. «Cuando volvamos haré...». «Cuando estemos a salvo...». «Cuando la guerra acabe...». En contraposición, a Cedric le resultaba difusa la palabra «mañana». Decía poco, excepto cuando les explicó cómo se sentía al pilotar y lo irónico que era que lo último que desease entonces fuese ver un avión en el cielo.

Pearson sacudió la cabeza al escucharlo.

—El deseo de volar es antinatural. El mar tampoco es nuestro elemento. Los hombres nacimos para caminar por tierra firme, no somos ni focas ni pájaros.

—Estoy de acuerdo —dijo Sullyvan.

Ascendieron una pendiente arenosa. La costa estaba cerca; la brisa del mar despertaba los recuerdos del hogar. No mucho más tarde, la inmensa playa apareció ante sus ojos. Miles de soldados

aguardaban en el espigón y en la orilla, con la esperanza de que un bote los llevase hasta el otro lado del canal de la Mancha antes de que las divisiones alemanas acortasen la distancia que tenían de ventaja y los atrapasen allí. Estaban acorralados. El enemigo lo había dejado claro en los cientos de folletos que lanzaron por vía aérea, mediante cilindros que estallaban y dispersaban las hojas. No solo los animaban a deponer las armas, también señalaban en un mapa su precaria situación.

Hubo unas horas de calma que aprovecharon para ubicarse. Había algunas unidades organizadas, pero muchos hombres se habían quedado descolgados, como ellos, o se habían reagrupado durante el camino. Las bodegas y las viviendas vacías de las inmediaciones habían sido saqueadas y numerosos soldados seguían refugiados en sótanos de la ciudad por miedo a los constantes ataques aéreos sobre la zona.

—¡Agachaos! —Cedric empujó a Sullyvan.

Cuando el sonido infernal cesó y miró alrededor, distinguió a un puñado de hombres muertos. De no ser porque en su cabeza todos eran John y ninguno era John, habría perdido la capacidad para sentir angustia o miedo. En aquel lugar, entre las llamas y el humo que cubría el cielo, había hombres llorando y hombres gastando bromas, hombres bebiendo y hombres heridos, hombres compartiendo comida y hombres dispuestos a apretar el gatillo en cuanto alguien se interpusiese en su camino.

—Capitán, ¿cuál es el plan cuando no hay plan?

—Tenemos que ir a las filas —dijo Pearson.

—No aguantará —señaló Sullyvan, dubitativo.

—Tendrá que hacerlo. —Cedric se levantó.

Se adentraron en la playa. Los Stukas aparecían en ráfagas, volaban en picado y lanzaban bombas que creaban cortinas de arena. Algunos soldados excavaban trincheras con sus propias manos. La profundidad de las dunas amortiguaba los ataques de la Luftwaffe, mitigaba las explosiones y las ametralladoras de los aviones. Las minas magnéticas que los alemanes habían arrojado al mar mediante paracaídas no tuvieron la eficacia deseada y el humo impidió que los aviones enemigos fuesen más precisos.

Había hombres sumergidos en el agua hasta la cintura, a la espera de que alguna embarcación pequeña los rescatase y los trasladase hasta los buques. El puerto estaba destrozado tras los bombardeos, así que las colas nacían desde el espigón como hileras de hormigas que avanzaban al ritmo de los viajes de las embarcaciones. Los tres se mantuvieron unidos cuando la oscuridad de la noche cayó y ante el siguiente amanecer. Ya no tenían comida, tan solo cigarrillos. La falta de sueño les nublaba la razón y la arena se colaba por todas

partes, entre la ropa y la boca y las heridas.

Cedric le encendió un cigarro a Pearson.

—Tenga.

—Gracias.

—¿Qué hará cuando llegue a casa?

—Averiguar qué va a pasar con mi pierna.

Pearson lo dijo en broma, pero estaba claro que las posibilidades de que le salvasen la pierna eran escasas; el daño en el tejido era irreparable y había empezado a tener fiebre. A Cedric le preocupaba cuánto tiempo más podría aguantar.

—¿Y tú qué harás, Stone?

—Encontrar a mi hermano.

—Su compañía iba por delante después de aquellas maniobras. Debería haber llegado antes. Probablemente haya embarcado ya —lo animó Sullyvan.

Cedric pensó en el reguero de cadáveres que habían dejado atrás antes de alcanzar la playa y en las opciones de que John aún respirase en esos momentos, que el aire entrase en sus pulmones y saliese instantes después. ¿Cuál sería el porcentaje de supervivientes? No tenían forma de calcular la magnitud de las bajas. A ratos, a Cedric le gustaba pensar que su hermano siempre había sido escurridizo como una anguila, experto en burlar los límites y salir indemne de situaciones descabelladas. John era rápido, valiente e intuitivo. Pero también tendía a precipitarse, a no medir los riesgos, a ceder ante el impulso.

El capitán tiró el cigarrillo y alzó la vista al cielo.

Si conseguían salir vivos de allí, Cedric no era capaz de imaginar cómo sería la vida a partir de entonces. Diferente. Extraña. Hueca. Pero nunca igual.

Los depósitos seguían escupiendo columnas de humo cuando lograron subir apelotonados a una embarcación y llegar después hasta uno de los tres buques mercantes que aguardaban. El estruendo de los aviones volvió a rasgar el cielo y el impacto de las ametralladoras que golpeaban el casco del barco ahogó el rumor del oleaje y sembró el pánico en el mar.

Lo último que Cedric sintió fue un dolor lacerante en el hombro, como si un perro de dientes afilados lo hubiese mordido. Luego, todo se volvió negro.

Cedric y Margot. El destino

Edimburgo, Escocia, 1996

Cuando se giró hacia ella, Cedric estaba junto a la ventana, de pie, con el gotero al lado como un fiel centinela; los dedos de la mano derecha giraban con lentitud el anillo que llevaba en el anular de la izquierda.

—¿Estás llorando, Margot?

—Sí. Lo siento... Lo siento...

—No te disculpes. ¿Por qué habrías de hacerlo? No olvides el collarín, ¿de qué color era?

—Amarillo. —Ella se limpió las mejillas.

—Cierto, un bonito color. Perfecto para mantener la cabeza alta. Recuerda a los limones, al polen, a las margaritas, al sol... —Cedric inspiró hondo sin apartar la vista de la noche cerrada que enmarcaba el ventanal—. Hace mucho que no me da el sol.

—Salgamos del hospital en cuanto haga un buen día.

—Eso estaría bien... —Pensativo, regresó sobre sus pasos hasta la cama y se sentó. Soltó el gotero. Se miró la mano—. Siempre he creído que me dio suerte.

—¿El anillo? —Ella tragó saliva.

—Es lo que dijo John: «Quédatelo tú, te dará suerte». Pensarás que es una tontería, pero en ciertas situaciones te aferras a cosas así. Una carta, una fotografía, un amuleto.

—No me parece ninguna tontería.

—¿Tú crees en el destino, Margot?

—Depende —susurró a media voz.

—Nunca volví a dormir bien. He arrastrado desde entonces una mala relación con el sueño. Antaño, las horas en vela me empujaban a vivir en el futuro y, luego, fue al revés, comencé a hacerlo en el pasado. Las pesadillas no se iban, así que me desvelaba, me levantaba, fumaba y esperaba a que llegase el puñetero amanecer cuanto antes.

Se quedaron en silencio y se miraron. Fue un momento íntimo y tenso, porque los dos comprendían que era un prólogo.

—¿Y John? ¿Qué pasó con John?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Solo si tú quieres contármelo.

—Lo tendremos que imaginar.

John Stone. Imagínate

Francia, 1940

Imaginemos un cielo soleado. No. Soleado no. Mejor gris. Un cielo gris perla con nubes como telarañas. En el encantador pueblo de Le Paradis no era un día como otro cualquiera. No olía a pan recién hecho. No jugaban los niños en la calzada. No se cuchicheaba en las calles. No salía la anciana de la esquina a regar los geranios de la ventana. No se oían conversaciones en los cafés ni risas en la carnicería.

Pero sí se oían disparos.

Sí se oían granadas.

Sí se oían gritos.

El 2.º Batallón de Norfolk se había refugiado en el interior de una casa de campo. Tenían suficiente munición para hacer frente a la Wehrmacht durante horas. Imaginemos que a John Stone, uno de los soldados, la correa de la ametralladora Bren se le clavaba en la carne, pero apenas percibía el dolor en medio de la batalla. La adrenalina contrarrestaba el cansancio. Resistieron hasta que llegó la artillería. Entonces el techo se derrumbó, los muertos y los heridos aumentaron y las balas escasearon. Dejaron atrás el edificio en ruinas y se refugiaron en un establo.

El oficial al mando decidió que se rendirían. No quedaba alternativa: serían prisioneros de guerra. John ayudó a un compañero herido a caminar. Salieron con una bandera blanca. Pero eso no los detuvo. En su lugar, desnudaron a los más de noventa soldados ingleses hasta la cintura y los obligaron a colocarse en fila delante de la pared de un granero.

Imaginemos que John pensó en la mermelada que hacía su madre, en el vértigo al saltar desde las rocas al mar, en la brisa salada de Cornualles. Y quizá también recordase la luz que entraba por la cocina de la casa, el ángulo exacto, y lo bien que se sentía cuando tenía mejor puntería que su hermano con el tirachinas y su padre lo miraba orgulloso. Y luego...

Luego llegaron los gritos y los disparos.

Se remató a los supervivientes con bayonetas.

Después, los enterraron en una fosa común.

El gris perla del cielo se tornó gris ceniza.

Gatos y perros

Edimburgo, Escocia, 1996

Cuando a él se le quebró la voz, Margot rompió la distancia que los separaba y lo abrazó. Cedric no estaba seguro de cuándo había sido la última vez que otro ser humano lo había estrechado de aquella manera, como si quisiese sostenerlo y arroparlo. Y no lo hacían los brazos de un familiar ni de un amor, sino de una amistad. Nunca le había dado demasiado valor a esa palabra. Había tenido muchos conocidos, pero pocos amigos de verdad. Se le daba muy bien escuchar y muy mal hablar. Con Margot, todo era diferente. Había aparecido cuando a él ya no le quedaba nada, ni siquiera la suficiente fuerza como para mantener la coraza con la que siempre había cargado. Y ella era..., era dulce. Le despertaba ternura. Era la prueba de que aún existía gente amable en el mundo.

—Perdona, no pretendía incomodarte...

—No lo has hecho —contestó Cedric.

—Tampoco me enorgullece haber abierto viejas heridas. —Margot se apartó y se enjugó los ojos—. Imagino lo difícil que debe de ser para ti.

—¿Cómo es posible que algunos recuerdos de hace cincuenta años me parezcan más nítidos que los de la semana pasada? Es como si hubiesen permanecido dormidos en algún rincón y de repente estuvieran despertando con tanta fuerza que se han vuelto incontenibles. Últimamente no dejo de pensar en él... —Cedric cogió aire—. Siempre congelado en aquel chico de dieciocho años que no logró regresar a casa. Lo veo tal como era entonces. Y veo también al niño que nunca paraba quieto, travesura tras travesura, con el tirachinas en la mano derecha. Me he pasado toda mi vida limitándome a decir: «Mi hermano murió en la guerra», como si esas seis palabras fuesen suficientes para describir el horror que vivimos allí. Y tú eres la primera persona a la que se lo cuento así, escarbando...

—Haces que me sienta afortunada.

—Yo también pensé eso cuando te vi por primera vez. Miento, ahí no, ahí fue cuando creí que estabas robándome mi anillo. Pero lo supe después. Ninguna otra persona que conozco se habría quedado a pasar la hora de la comida con un viejo cualquiera.

—Eres un escéptico.

—Nihilista suena mejor.

—¿Cómo puedes ser gente y no creer en la gente?

—Precisamente por eso. Sé lo que tengo dentro. Me cuesta creer en la bondad, aunque tú te empeñes en tirar por tierra mis ideas…

—Voy a seguir intentándolo a diario.

—Ya veo. Me sorprende que puedas mirar el mundo con buenos ojos después de todas las piedras que te has encontrado en el camino. Eres más perro que gato.

—¿Por aquello de que un perro siempre vuelve aunque lo apaleen?

—No quería decir… Ya me entiendes.

—He aprendido a defenderme. Sé poner límites. Ahora lo sé. Pero sí, si alguien me tiende la mano, me acerco y olisqueo con curiosidad. ¿Es algo malo?

—Al revés. Ojalá nunca cambies.

—¿No estás cansado de ser gato?

—Un poco. Vivir alerta es agotador.

Cuando quiso regresar a la cama, Margot lo cogió del brazo y se encargó del gotero. Avanzaron con pasos cortos. Cedric suspiró aliviado tras recostar la cabeza en la almohada. Todavía pensativo, le dio vueltas al anillo familiar. Una enfermera entró y le tomó la temperatura. Ella se acomodó en el sillón.

—Aún no has cenado, deberías hacerlo.

—Luego iré a por un sándwich de pollo.

—Mejor busca algo caliente en la calle.

—Cedric, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Eso ya es una pregunta —bromeó él.

—¿Por qué no les has contado nada de esto a tus hijos? ¿No crees que tenían derecho a conocer a su padre? Y quizá así… Quizá entonces…

—¿Ahora nuestra relación sería idílica?

—No tanto como eso, pero sí más fácil.

Margot tenía razón. Lo único que sus hijos sabían de él era una verdad sesgada, un camino narrado de puntillas cuando en realidad había pisado fuerte con los talones; había dejado la huella de las botas sobre la tierra polvorienta. Se había dicho que quería protegerlos de esos tiempos sombríos que habían quedado atrás, pero lo cierto era que se protegía a sí mismo al dejar el pasado guardado en un baúl del que tiró la llave.

La sonrisa de Cedric contenía una mueca triste.

—Cuando todo acabó, quise enterrar lo que había ocurrido. Odiaba hablar de ello. Pensé que el dolor habría envejecido cuando encontrase el valor para mirarlo de frente, pero me equivoqué. El

dolor no envejece, tan solo muda de piel.

—Fue como construirte una cárcel a ti mismo.

—A veces es más difícil dejar que te vean las personas a las que amas que desnudarte delante de las que no te conocen. Ahora que el final está cerca, creo que me equivoqué.

—También hay que ser valiente para no compartir la carga.

—Y estúpido. Después de tanta miseria, quise darles una vida feliz y fácil. Así que fueron a los mejores colegios, a esquiar en las vacaciones de invierno y a algún lugar turístico de moda durante el verano. En Navidad, la casa se llenaba de regalos y celebrábamos los cumpleaños por todo lo alto…

Ella se levantó y le tendió un pañuelo cuando él empezó a toser. Luego, le llenó el vaso de agua y se lo acercó a los labios. Esperó hasta que se hubo recuperado.

—Todos lo hacemos lo mejor que podemos. Supongo que queremos darles a nuestros hijos aquello que nosotros no tuvimos. Puede que sea una forma de resarcirnos.

—¿Y qué es lo que no tuviste tú, Margot?

—Libertad. Fíjate. Algo tan simple…

—¿Quién te la arrebató?

—Las circunstancias.

—¿Quieres hablarlo?

Margot dudó. No solo porque estaba cansada después del día de trabajo y de ir a dejar a los chicos en casa antes de volver al hospital, sino porque se sentía egoísta al quejarse de algo tan nimio tras escuchar la historia de Cedric.

—No tiene mucha importancia.

—Venga, Margot —insistió él.

—Es que es algo ridículo y yo…

—Nada es ridículo. Cada uno tiene su realidad.

Ella cogió aire y lo soltó despacio. Tenía la impresión de que aquella habitación no era solo una habitación, sino también una iglesia propia, un lugar ajeno al ruido exterior donde ellos podían confiarse el uno al otro sin reglas ni limitaciones. La relación con Eleanor había sido un tallo tierno que se había ensanchado y fortalecido con el paso del tiempo. Pero con Cedric todo era rápido y sustancial, un árbol que había aparecido de golpe delante de sus narices y cuya amistad le exigía nutrientes y agua.

—Mis padres eran mayores cuando llegué al mundo. Ya habían tirado la toalla tras años intentando tener hijos y aparecí para demostrar que existen las posibilidades remotas. Los dos fueron increíbles. A él le encantaban la jardinería y cocinar. Ella era una gran lectora y me enseñó a valorar las buenas historias, así que quizá debamos agradecerle que hoy esté aquí. Pero… —se mordió el labio—

enfermaron a la vez. Así que, a pesar de que fui la mejor de mi promoción y de que me concedieron una beca, no pude ir a la universidad.

—¿Qué ocurrió?

—Me quedé cuidándolos. ¿Qué otra alternativa tenía? Él sufría una insuficiencia respiratoria aguda y ella, cáncer. Empecé a trabajar en la cafetería en la que conocí a Dean porque necesitábamos el dinero. Fallecieron con cuatro meses de diferencia.

—No sabes cuánto lo lamento...

—Entonces, todo mi mundo se redujo a Dean. Las cosas sucedieron rápido. Era muy joven, me quedé embarazada, entré en una espiral... —Margot tragó saliva y se miró las manos—. ¿Sabes una cosa, Cedric? Puedo entender cómo te comportaste con tus hijos, porque es posible que esté haciendo lo mismo con los míos. ¿Cómo no proyectar en ellos tantos miedos y carencias? Por eso necesitaba el trabajo. Porque el trabajo es dinero. ¿Y eres consciente de lo que se puede conseguir con dinero?

—La libertad —adivinó Cedric.

Margot asintió y ahí quedó todo.

No supo cuándo se quedó dormida, pero sí que soñó con alas, tutús, árboles y el ruido de una máquina de café. Ya había amanecido cuando despertó. Por un momento entró en pánico, hasta que cayó en la cuenta de que era sábado y no tenía que llevar a los niños al colegio. A esas horas, probablemente estarían desayunando cereales en el salón y viendo la televisión mientras Eleanor se tomaba su vaso de leche. Se quejó al girarse, porque le dolía el cuello. A su lado, con una luz suave encendida, Cedric leía un libro de Jack London que tenía la cubierta desgastada.

—Buenos días. ¿Has descansado?

—Sí, debería ir a por un poco de...

La palabra «café» murió en sus labios cuando la puerta se abrió y apareció en la habitación una mujer menuda y delgada que llevaba un pañuelo naranja alrededor del cuello y un bolso pequeño con un aplique dorado. Rondaría la edad de Cedric y había en sus ojos una serenidad que a Margot la pilló desprevenida. ¿Quién era? Quiso presentarse, pero Cedric cerró el libro que tenía en las manos y dijo:

—Hasta el lunes, Margot. Gracias por todo.

Margot cogió su chaqueta y salió de la habitación justo cuando la mujer desconocida decía: «Oh, Cedric, ¿desde cuándo no te afeitas como es debido?».

No podía ser alguien lejano si le hablaba así, pensó Margot. Le dio vueltas al asunto mientras esperaba delante del ascensor. Al menos, hasta que las puertas se abrieron y apareció Graham Stone, todo él deslumbrante. Por su atuendo, era imposible distinguir el

sábado del lunes. La camisa azul conjuntaba con el color de sus ojos.

—¿Ya te ibas?

—Sí, tu padre tiene visita y…

—Lo sé. ¿Has desayunado?

—No me ha dado tiempo.

—Perfecto. Conozco un sitio que no está lejos y da igual si eres más de huevos revueltos que de tortitas, porque todo está delicioso. Yo invito. Vamos.

Margot no pudo ni quiso negarse.

Margot y Graham. El desayuno

Edimburgo, Escocia, 1996

Le gustaba el ambiente de las cafeterías a primera hora de la mañana porque las sonrisas de los camareros aún eran sinceras, el olor a bizcochos, galletas y otros dulces flotaba en el aire y entre la clientela se palpaba ese ánimo que se iría desvaneciendo a lo largo del día.

—Pareces cansada, ¿te estamos exigiendo demasiado?

—En realidad, hacía mucho que no dormía del tirón.

—Mi padre es tan aburrido que tumbaría a un mamut.

—¡No es verdad! —Margot le dio una palmada inofensiva en el brazo y notó el calor de Graham bajo la camisa. Pensó que su mirada era más intensa de lo que recordaba—. Ya te dije que creo que es un hombre divertido.

—Es una faceta desconocida para la familia.

—Tú tampoco pareces el alma de la fiesta.

—Será herencia genética. A los Stone se nos da bien mantener las apariencias, fingir que somos invencibles y guardar la mierda debajo de la alfombra. En sentido figurado, entiéndeme.

Pidieron café con leche y tortitas con arándanos y sirope. Mientras la joven que los había atendido se alejaba, Margot contempló el perfil de Graham, la línea que le bajaba por la frente, cruzaba la nariz y se retraía hasta la barbilla orgullosa. Había algo en él, algo profundo bajo aquel aspecto invulnerable, que le resultaba frágil y la atraía de una manera que hacía que se le encendiesen las mejillas. Le entraban ganas de alargar la mano y frotarle el entrecejo para deshacer toda esa tensión acumulada justo ahí.

—¿Todavía no le has contado lo del divorcio?

—No me parece necesario. —Se encogió de hombros, se rascó la nuca, se guardó un suspiro—. ¿Cómo están los niños? ¿Te dan un respiro?

—Sí. Háblame más de tu matrimonio roto.

—El tema del que todo el mundo desea charlar entre bocado y bocado con extra de sirope —bromeó Graham mientras daba toquecitos en la mesa con la punta del dedo—. Veamos, ¿qué quieres saber exactamente?

—Cómo empezó. Qué ocurrió. Por qué falló.

—Es decir, todo. —Graham alzó las cejas.

—Sí. A menos que sea demasiado íntimo…

—Deja que reordene un poco las ideas… —Se frotó las sienes al tiempo que les servían las tortitas y el café recién hecho—. Pero luego te toca a ti.

—Me parece justo. —Cogió el tenedor.

—Conocí a Amanda en Londres, en la fiesta que unos amigos celebraron en Hampstead. Fue todo bastante común, hablamos de música, de cine, de intereses personales. Ella era, y es, arrolladora. Tenía muy claro lo que quería, pero sobre todo lo que no. Yo estaba estudiando un máster en la ciudad y, cuando empezamos a salir, decidí quedarme. Después todo fue… dejarse llevar, ya sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé. ¿Fluir para bien o para mal?

—Digamos que, al repetir mucho algo, lo conviertes en parte de tu rutina y, cuando ya es un hábito, cuesta saber si de verdad te hace feliz o es cosa de la inercia.

—¿Seguimos hablando de tu matrimonio?

—Sí. Y de la vida que tenía allí con ella. Los dos estábamos muy centrados en nuestros respectivos trabajos, así que decidimos no tener hijos. Los fines de semana íbamos a eventos, cenas y fiestas. Las vacaciones de verano no eran vacaciones si no acabábamos en algún lugar exótico y lejano. Nos mudamos en tres ocasiones, cada vez a un apartamento más grande y a una zona más céntrica. Pero nunca parecía suficiente. Ella siempre quería más y yo empecé a sentir que jamás estaría a la altura.

—Entiendo que fue un desgaste paulatino.

—No creas. —Graham se llevó un trozo de tortita a la boca y masticó con aire distraído antes de volver a mirarla—. Le habían diagnosticado el cáncer a mi padre unas semanas atrás y pasamos unos días en Edimburgo de visita. Todo fue normal, dentro de las circunstancias. Pero, al regresar a Londres, empecé a sentirme extraño. Como si lo que me rodeaba fuese ajeno. La casa y el trabajo y los amigos y… Amanda.

—¿Lo hablaste con ella?

—No me entendía. En el fondo, de hecho, creo que lo que me molestó no fue tanto que no lo hiciese, sino que no lo intentase. Una noche, en un cóctel que se celebraba en la última planta de un edificio que acababan de inaugurar, cogí una copa, me quedé mirando las luces de la ciudad y me pregunté qué narices estaba haciendo allí.

—Como uno de esos momentos reveladores.

—Sí, estaba rodeado de gente y me sentía…

—Solo —terminó ella con un susurro.

—Jodidamente solo —añadió Graham.

—Comprendo a qué te refieres…

—Y ese fue el desencadenante, como si me hubiese dado un golpe. Ya no pude seguir adelante sin más. Todo se precipitó y... —meditó lo siguiente que iba a decir—: pensé que sería una buena idea volver a casa. Así podría estar con mi padre y volcar en la empresa familiar todo lo aprendido durante los últimos años.

—¿Estás viviendo en casa de tu padre?

—Sí. Pero dejemos de hablar de mí. Te toca.

Mientras Graham se bebía el café y dejaba las tortitas olvidadas a un lado, ella resumió todo lo que pudo los años que había pasado junto a Dean, la importancia que Eleanor tenía en su vida y en la de los niños, y cómo había empezado a trabajar en el hospital.

—No hay mucho más que contar. —Se encogió de hombros—. Como ves, no he asistido a eventos en rascacielos ni a fiestas en barrios lujosos.

—Es menos brillante de lo que parece, créeme.

—Diría que eres justo un poco así: brillante y distante, como el ático de un edificio alto e inalcanzable. —Margot apartó la mirada cuando se dio cuenta de que el comentario había sonado demasiado intenso—. Era broma. ¿Por dónde vive Cedric?

—En el West End. Pronto estaremos todos allí, no creo que mi padre aguante mucho más en el hospital. Digamos que es una casa lo suficientemente grande como para que dos personas puedan no cruzarse si así lo desean. Y está llena de trastos.

—¿Qué tipo de trastos?

—Antigüedades, cachivaches.

—No sabía que a Cedric le gustasen...

—En general, no es muy dado a deshacerse de viejos objetos. Lo que más le obsesiona coleccionar son primeras ediciones de libros, calculadoras antiguas y cartas. Cientos de cartas perdidas.

—¿Cartas perdidas?

—Sí, cuando era pequeño lo acompañé alguna vez a rastros, ventas improvisadas en trasteros y alguna que otra subasta. Viajaba a menudo en busca de material.

Pensativa, Margot se terminó el café y se limpió con la servilleta. Libros, calculadoras y cartas. Pese a que acababa de descubrirlo, todo aquello encajaba con Cedric. Y se preguntó qué significaría a nivel emocional, si acaso buscaba el recuerdo o el olvido.

—¿Dónde vives tú?

—En las afueras —dijo Margot—. No muy lejos de aquí. Está bien, me queda cerca del trabajo y es una zona humilde y tranquila, aunque la casa necesitaría algunos arreglos. La moqueta. Y las puertas. Y la madera de la escalera. Oh, y el cajón. El maldito cajón de la cocina. Pero, ya sabes, es de alquiler. No vale la pena invertir demasiado en algo que no te pertenece.

—¿Qué le ocurre al pobre cajón?

—Nunca cierra como debería.

—Y lo odias con toda tu alma.

—Profundamente —admitió.

Se sonrieron en silencio. El momento era plácido, fácil y sencillo. Las manecillas del reloj seguían su curso, pero los dos tuvieron que obligarse a ponerse en pie cuando la camarera retiró los platos y les trajo la cuenta.

Regresaron a paso lento. La mañana caía sobre ellos cuando llegaron al aparcamiento del hospital y él insistió en acompañarla hasta el coche. Graham se mantuvo en silencio mientras Margot abría la puerta del vehículo con un pequeño tirón porque «tiene truco», que era un sinónimo amable de «se cae a pedazos». Lanzó el bolso al asiento del pasajero.

—Pues... gracias por el desayuno.

Reprimió el impulso de cerrar los ojos al constatar que en voz alta esa frase sonaba tan artificial como en su cabeza. Graham se limitó a sonreír.

—No hay de qué.

—Bien. Vale.

«¿Acaso no se da cuenta de lo incómodo que es que se quede ahí plantado sin dejar de mirarme?», pensó Margot mientras se metía en el coche. Antes de que pudiese cerrar, Graham sostuvo la puerta con la mano y se inclinó hacia ella.

—Oye, Margot. —Por primera vez, ella percibió que su voz carecía de la templanza habitual—. Ha estado bien. Deberíamos quedar otro día.

—Sí, quizá. —Tragó saliva.

—Quizá —repitió Graham.

Y luego le cerró la puerta antes de alejarse hacia la entrada del hospital.

«¿Qué ha sido eso?», se preguntó Margot. Quiso seguir fantaseando. Quiso rememorar cada diálogo para contemplarlo desde distintos ángulos. Quiso que aquel momento significase algo más que un poco de sirope, mezclado con café, palabras y un par de miradas intensas.

Una escapada en familia

Edimburgo, Escocia, 1996

Los domingos en Cramond arropaban a Margot en la nostalgia. De pequeña, solía ir allí con sus padres; era una de las pocas escapadas que se permitían para dar un paseo por el bosque, siguiendo el curso del río Almond, o para recorrer la costa como aquel día hacía junto a Eleanor y los niños. Nubes pequeñas y redondas salpicaban el cielo como si fuesen los lunares de un estampado. Frente a ellos, se alzaba la isla de marea.

—Es como el lugar donde Jane y Cedric se conocieron. Ella cruzó andando la pasarela con la marea baja y, cuando quiso volver, había desaparecido.

—Hagámoslo también nosotros —dijo Peter.

Los cuatro recorrieron el camino pavimentado y resbaladizo que conducía a la isla. Una vez allí, subieron hasta el punto más alto, desde donde se podía disfrutar de las vistas de Leith, de North Queensferry, el puente Forth Rail Bridge y la costa de Fife.

—Es curioso —comentó Margot—. ¿Sabíais que este sitio fue un enclave estratégico durante la Segunda Guerra Mundial? Los pilones de la pasarela se hicieron para impedir que las embarcaciones pudiesen cruzar al otro lado.

Por los alrededores, todavía podían encontrarse restos de estructuras militares y Margot lo percibió de manera diferente, como si visitase el lugar por primera vez y no llevase haciéndolo toda la vida. Los recuerdos de su infancia se mezclaron con los de Cedric; el pasado palpitaba con fuerza en cada rincón y se rebelaba contra el olvido.

—¿Qué más te ha contado? —preguntó Peter.

Se sentaron sobre la hierba. Margot relató los últimos sucesos mientras sacaba los panecillos de queso y huevo. Los repartió y sirvió el zumo.

—Así que su hermano murió —dijo Peter.

Anna masticó, tragó con fuerza y apuntó:

—Todos nos morimos todo el tiempo.

—Cielo, eso no es exactamente así…

La niña la miró muy seria y cogió aire.

—Mira, mamá, cada vez que respiras es una vez menos que vas a

respirar, cada día que vives es un día menos de vida, cada arándano que te comes es un arándano que dejas atrás, cada palabra es un montón de saliva malgastada y así siempre.

—¿Qué le pasa en la cabeza? —protestó Peter.

—Mi cabeza está perfectamente llena, tonto.

—¿Llena de qué? ¿De basura? ¿De ridiculeces?

—Para ridículo, tu flequillo. Te tapa el ojo.

—¡Ya basta, chicos! A ver, Anna, cielo...

—La niña tiene razón —intervino Eleanor.

—Gracias. —Las dos trenzas rubias caían sobre el rostro pálido y angelical de Anna—. Esta mañana, al tirar de la cadena, he pensado: «Este pis ha muerto».

A Margot le entró la risa. Fue una de esas risas tontas que se expanden y se expanden sin control. Se reía con todo el cuerpo, desde el pecho hasta la boca. Eleanor se contagió enseguida y, no mucho después, hasta a Peter se le escapó un atisbo de sonrisa.

—No tiene gracia —resopló avergonzado.

—La verdad es que no. Yo hablaba en serio. —Anna miró a las dos mujeres con sus ojillos curiosos—. Y, mirad, si me rasco el brazo así... —se lo dijo frotándoselo— caen un montón de pieles muertas, aunque necesitaríamos un microscopio para poder verlas bien. Hay pedacitos de nosotros por todas partes.

—El bocadillo está delicioso —dijo Eleanor.

—No se puede hablar de la guerra, del pis y del almuerzo en una misma conversación —reprochó Peter mientras arrancaba unos tallos verdes.

Margot recordó entonces otro detalle en el que apenas había pensado por culpa del desayuno junto a Graham. Retazos de la conversación que habían mantenido entre tortitas y café se habían repetido en su cabeza durante las últimas horas.

—¡Ah, hay algo más! Ayer por la mañana, cuando ya me iba, a Cedric lo visitó una mujer. Tenía una mirada... serena. Y me dio la impresión de que se conocían bien.

—¿Jane? —Peter se interesó.

—No estoy segura. Es posible.

—¿No te la presentó? —preguntó Eleanor, y Margot negó con la cabeza—. A saber. Podría ser cualquiera. Una vecina. Una prima lejana. Su hermana.

—¿Alguien quiere más zumo?

—¡Yo! —Anna acercó el vaso.

Peter lanzó los hierbajos y comentó:

—De mayor, me gustaría ser detective privado.

—Y luego dice que soy rara —se quejó Anna.

—Lo que te gusta es la idea de descubrir el misterio. Nos pasa a

todos. Queremos saber cuándo, cómo y por qué. —Eleanor sonrió y le revolvió el pelo.

—Ay, ¡que me despeinas! —protestó Peter.

—Yo quiero ser bailarina. O astronauta. O trapecista de circo. Pero de un circo que no tenga animales. Solo payasos, trucos de magia y esas cosas.

Margot le dio un codazo a Eleanor y le sonrió.

—Está claro que a mis hijos les va lo cotidiano.

—Apicultora también me gusta —añadió Anna.

—No tardemos mucho en almorzar o subirá la marea y tendremos que esperar hasta que vuelva a bajar —les advirtió Eleanor mientras se ponía en pie.

Regresaron a paso lento. Había gente de la zona recogiendo crustáceos y algunos niños volando cometas, ataviados con chubasqueros de colores llamativos, rojos, azules y amarillos. Ya en la orilla, cuando Anna convenció a Peter para que la ayudase a atrapar un par de diminutos cangrejos que correteaban por la pasarela, Eleanor y Margot se sentaron en la arena.

—A veces, todavía es un niño —dijo Margot.

—Pues claro. Y te necesita. Nos necesita.

Margot apoyó la mejilla en el hombro de Eleanor. El cárdigan marrón y mullido le hacía cosquillas y la brisa marina les revolvía el pelo a las dos.

—La felicidad tiene que ser esto, ¿verdad? Algo sencillo. Un domingo. El mar. El vuelo de los pájaros y el café que nos tomaremos antes de volver a casa.

—Eso es. Y vivir sin miedo, querida. Míralos a ellos.

—Aún no temen. No pueden entender que cada decisión implica dejar cosas atrás. Que incluso no decidir es también una decisión. —Ella lanzó un suspiro y observó a sus hijos, que llevaban las perneras de los pantalones mojadas. La risa de Anna desafiaba el graznar de las gaviotas; los cangrejos huían de las manos escurridizas de Peter.

Allí, en silencio, a Margot le dio por preguntarse si Graham Stone habría sido así alguna vez, tan solo un niño ajeno al ruido ensordecedor del mundo, sin expectativas que cumplir, sin tensión en los hombros ni en ese entrecejo eternamente fruncido. Lo imaginó con una pelota, disfrazado de superhéroe, cazando escarabajos, cruzando un río a nado, probando el primer trago de cerveza y descubriendo el sabor de los besos. Y pensó, tontamente pensó, que le habría gustado conocer no solo al hombre invernal que era entonces, sino todas las versiones de él mismo que lo habían conducido hasta ahí.

Cedric Stone. Retazos

Netley, Inglaterra, 1940

Se oían voces alrededor. Bajas, susurrantes, amortiguadas. De vez en cuando, un grito desgarrador se colaba entre las grietas de su cabeza como un gusano que penetrara en la tierra húmeda, esa que quedaba lejos de su alcance. El barro resbaladizo no lo dejaba salir. Estaba atrapado. Atrapado. Llovía. Podía oír las gotas que repiqueteaban contra un cristal, aunque no hubiese cristal ni nubes ni aire. Y más voces. Y más gritos.

Luego, otra vez la oscuridad.

Aquel silbido insoportable.

La luz blanquecina matinal.

Los árboles como esqueletos.

El repulsivo olor de la sangre.

En algún lugar remoto, alguien hablaba de «fiebre». Y después sintió frescor sobre la frente, como si acabase de caerse de bruces sobre la primera nieve blanda del invierno. Los párpados le pesaban toneladas. El mundo era un brochazo borroso. Tenía sed.

La piel desgarrada como papel.

Las vísceras desparramadas al sol.

Las figuras eran títeres que se movían.

Había voces de mujeres, aunque ninguna de ella. Caía en un pozo estrecho. Todo daba vueltas, la vida era una molesta espiral. Jane le tendía la mano, pero nunca lograba cogerla. Tan cerca, tan lejos. Lo inalcanzable: ella y el espigón. El entrechocar de los fusiles al caminar. Escombros. Ventanas reventadas. El humo de la refinería.

John se encontraba con él en el pozo.

Apenas cabían los dos.

«Hazme hueco».

«No, no hay espacio, Cedric. Debes irte».

«Cállate. Saldremos juntos o no saldremos».

Más voces. Más quejidos de dolor. Alguna que otra risa deslavazada. ¿Cómo era exactamente el color del mar de Cornualles? Ese azul que Jane admiraba. Un turquesa profundo. Un turquesa en el que uno deseaba hundirse para siempre y nadar y nadar. Gente bailando el *Lambeth Walk* bajo una lluvia de obuses. Trincheras infinitas. Jane sonreía. John también. Pero la sonrisa de John era cada

vez más inconsistente, como si estuviese hecha de arcilla, y a Cedric le dio por pensar: «¿Qué pasaría si rascase su rostro?, ¿si quitase la capa más envejecida?». Así que lo hizo. Con la uña. Despacio. Se desprendieron trocitos diminutos y, luego, cada vez más grandes. Los ojos de John estaban asustados. «Tengo miedo», parecía decir. Y Cedric siguió rascando y rascando hasta que no hubo más que rascar: solo había hueso. Junto a él, dentro del pozo, ya no estaba John, sino los restos indistintos de uno de los muchos hombres sin arcilla.

Y entonces volvió a llover con fuerza.

—Ayúdame a moverlo.

—¿Tienes el cabestrillo?

—Sí. A la de tres.

—Una, dos...

—¡Tres!

—Listo.

—¿Crees que necesitará más calmantes?

—Esperaremos a ver cómo evoluciona.

El mundo volvió a sumirse en las sombras.

Cuando Cedric tomó conciencia de quién era, tan solo fue capaz de oír algunos murmullos que se asemejaban al zumbido de una colmena de abejas. Las palabras no eran claras y tenía los párpados cosidos. Abrir los ojos le supuso un esfuerzo titánico. Enfocó la vista en el techo, que estaba pintado de un gris apagado y en el que había humedades que se extendían como manchas de tinta. Tenía la boca seca y la sed era insoportable; se preguntó si aún seguía atrapado en Dunkerque. Se lamió los labios cortados e intentó mantener la calma, pero todo le daba vueltas (el mundo, el corazón, las ideas) y tenía la impresión de pesar toneladas. El alivio lo invadió cuando comprobó que podía mover los dedos de los pies. Luego quiso incorporarse, pero lo atravesó un dolor punzante que permaneció latente en el hombro derecho hasta mucho después.

—Por fin despiertas. Ya era hora.

Giró la cabeza para buscar al dueño de esa voz y lo encontró tumbado en la cama de al lado. Tras él, había una hilera de ellas. Un hospital. Eso era. Estaba en un hospital. Las luces tenues caían sobre los pacientes que dormitaban. Se oían toses secas e irregulares, ronquidos, conversaciones lejanas y algún quejido.

—¿Quién eres? ¿Qué ha pasado?

—Me llamo Milton Johnson. Llevas inconsciente desde que llegaste. Déjame decirte que no has sido un compañero demasiado divertido. ¿Eres así de callado por elección o por timidez? —preguntó con una sonrisilla burlona.

—¿En qué hospital estamos?

—A la mayoría de los heridos los evacuaron a hospitales de

Londres, pero nosotros estamos en Netley. ¿Conoces la zona? Deberían parar esta guerra durante unas semanas y darnos ese tiempo para hacer turismo, ¿no te parece?

—Netley. —Cedric saboreó la palabra.

Estaba al otro lado del canal de la Mancha.

—Como te decía, has sido un vecino aburridísimo. Nada de fiestas nocturnas, cigarrillos compartidos ni secretos inconfesables de madrugada. Y mírame, no puedo moverme. Imagina lo tronchante que ha sido verte dormir al lado cada día.

Se fijó con más detenimiento en el tipo bromista que tenía al lado. Llevaba el cabello muy corto, tenía orejas de soplillo y las dos piernas inmovilizadas.

—Cedric Stone. Encantado.

—No sé si tanto como eso, pero...

Lo cortó antes de la siguiente broma:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Una semana. Más o menos.

—¿Qué? ¡No! —alzó la voz.

—¡Callaos de una vez! —gritó alguien al fondo.

Milton acercó más su cabeza al borde de la cama y Cedric intentó imitarlo, a pesar del dolor en el hombro. Se dio cuenta entonces de que, más allá de la ironía que derrochaba a su paso, aquel tipo tenía una mirada astuta e inteligente.

—Metralla. —Le señaló el brazo—. Y la herida se te infectó. Entre tú y yo, una de las enfermeras no daba ni un penique por ti, pero Galia decía que sobrevivirías.

—¿Quién es Galia?

—Otra enfermera.

—¿Dónde están?

—Cambio de turno.

—Necesito... Yo necesito...

Cerró los ojos cuando un pinchazo le atravesó la cabeza, desde la nuca hasta arriba. Todo empezó a dar vueltas de nuevo. Milton siguió hablando sobre las enfermeras, la comida que daban y las ganas que tenía de salir de allí. Cedric solo podía pensar en todas las personas que lo esperaban y en él.

Apretó los dientes y tomó aire.

—Tengo que...

—¿Cómo dices?

—Listado de fallecidos.

—Ah. Eso. Se han ido pasando periódicos por el hospital, pero no aparecen todos. Lo mejor es contactar con las autoridades locales y mirar en boletines oficiales...

—¿Dónde están los periódicos?

Cedric contuvo un grito de dolor al incorporarse. Justo en ese momento, una chica se asomó por la puerta y estudió las hileras de camas para cerciorarse de que todo estaba en orden. Hasta que llegó a la suya. Entonces, sus ojos se abrieron y se acercó corriendo.

—¡No te muevas! —ordenó sin gritar.

—Pero necesito levantarme... —dijo.

—Quieto. —Apoyó una mano en su pecho y lo retuvo contra la cama con decisión. Le dirigió una mirada que no daba pie a réplicas —. Deja que te tome la temperatura.

—Me va a explotar la cabeza.

—Iré a buscar algo que darte.

—Un periódico —le pidió.

—Hablaba de medicación.

—El periódico. Por favor.

—Está bien. Pero antes quiero examinarte, has estado siete días inconsciente. Tuviste una infección y delirabas por culpa de la fiebre. Veamos...

Cedric no intentó volver a levantarse, pero preguntó:

—¿Está restablecido el servicio de correspondencia?

—Sí. —Le quitó el termómetro—. Estás bien.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—No estoy segura. Creo que no.

—¿Cuándo podré irme de aquí?

—Dentro de poco, ten paciencia.

La enfermera se levantó con un suspiro.

—El periódico. Necesito comprobar...

—Dime a quién estás buscando e intentaré hacer lo que esté en mi mano. Pero es tarde y deberías descansar. No puedo prometerte nada hasta mañana.

—John Stone. Es mi hermano pequeño.

La joven, que parecía una de esas muñecas de rasgos perfectos que acaban olvidadas en el interior de alguna vitrina, llevaba el cabello castaño recogido, aunque algunos tirabuzones escapaban de la cofia. Sus ojos eran compasivos.

—Veré qué consigo averiguar.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Galia McDonough.

Se alejó para atender a otro paciente que murmuraba en sueños y, luego, salió de la habitación tan rápido como había entrado. Cedric aguantó horas despierto en la oscuridad, atento a cualquier ruido que indicase el regreso de la enfermera. En algún momento indefinido, preso del agotamiento, se quedó dormido. Cuando despertó, la luz de la mañana bañaba la estancia y ya no parecía un lugar tan gris. La mayoría de sus compañeros aún descansaban y las voces que se oían

eran susurrantes.

Encontró un ejemplar de *The Times* en la cama, junto a él, doblado con delicadeza. Aún confuso, lo abrió como pudo, pues apenas movía el otro brazo. Cedric no era capaz de explicarlo, pero lo supo antes de pasar las páginas y llegar al listado y verlo escrito allí, la tinta nítida burlándose de él. «John Stone, fallecido». Entre otros cientos de nombres sin rostro que bailaban alrededor. Se sintió de cartón. Entumecido. Frío. Vacío. Dejó el periódico a un lado. Las manchas de humedad del techo eran las mismas manchas que el día anterior, pero la vida de Cedric ya no era la misma vida que el día anterior. La risa lejana de dos soldados lo zarandeó.

—¿Cómo estás, amigo? ¿Has descansado?

Era Milton, tan hablador como siempre.

—Tengo que escribir un par de cartas.

—Pues pide una estilográfica y papel.

Con aire ausente, Cedric asintió. Le facilitaron el material horas más tarde. Como no podía usar bien el brazo derecho, tardó una eternidad en lograr escribir algo legible. Fue conciso. Su único deseo era cerrar aquello y así, quizá, llegaría el dolor. Quería sentir dolor. Jane fue la destinataria de la primera, apenas tres palabras: «Estoy vivo. Espérame». Después, se enfrentó a la segunda: «No pude salvarlo. Lo siento, mamá».

El cuerpo de John

Lo que a Cedric lo atormentó durante años fue no poder llevarse a casa el cuerpo de su hermano. Lo hubiese reconfortado entregárselo a la madre; poder lavarlo, acariciarlo, enterrarlo. El cementerio de Marazion era un lugar perfecto para descansar; la hierba crecía entre las lápidas, pequeñas florecillas buscaban protagonismo, las tumbas formaban un camino y todo era verde y azul, tierra y mar. Uno podía quedarse horas allí recordando a los suyos y contemplando las maravillosas vistas a la bahía. El olor del océano se colaba en cada pacífico rincón y para la madre habría sido fácil, casi una rutina bella, visitar allí al hijo dando un paseo hasta llegar a él. Después de acogerlo en su vientre, amamantarlo, darle comida y cariño y hogar durante dieciocho años, merecía poder llevarle flores al niño que ya nunca volvería con ella.

Cedric no averiguaría el paradero de su hermano hasta años más tarde. El cuerpo de John permaneció en una fosa común junto a otros noventa y siete cuerpos más hasta que los franceses los exhumaron para tratar de identificarlos. Fueron inhumados después en el cementerio de Le Paradis, detrás de la iglesia parroquial. Destacaban grandes cruces en las lápidas blancas y alineadas que parecían atraer la luz del sol.

Margot y el orgullo

Edimburgo, Escocia, 1996

Margot apenas había comido y estaba perdida dentro de sí misma. Siempre había sido fantasiosa. Un día, llegó a la conclusión de que incluso lo que nunca había pasado ni pasaría, para ella, contenía una parte de realidad, porque al pensar en algo lo hacemos existir, le damos vida aunque sea efímera y solo permanezca en la mente del dueño de esa idea. En la cabeza de Margot, las bombillas estaban encendidas todo el tiempo porque allí no tenía que pagar la factura de la luz. Y saltaba de una bombilla a otra, igual que lo hacía viajando atrás o adelante en el tiempo. En ocasiones, como aquel día, buscaba sus propias huellas, iba tras las decisiones tomadas y volvía a repensarlas.

—Hoy estás muy distraída, ¿qué te ocurre?

La voz de Cedric la devolvió a la realidad.

—Anna es feliz en la nueva academia.

—Y esa es una buena noticia, ¿no?

—Sí. —Se mordió el labio—. Pero...

—Suéltalo de una vez, muchacha.

—¿Y si me estoy equivocando? Le he ofrecido algo que no sé si puedo mantener. Quizá un año. O dos. Tres. Seguro que las otras niñas que van a esa academia tienen una situación económica diferente. Y a ella le encanta. Le encanta. Deberías ver su cara...

—Entiendo las dudas que tienes.

—Con todos mis respetos, dudo que lo hagas —soltó y, de inmediato, se llevó una mano a la boca porque sabía que estaba siendo injusta.

—¿Qué insinúas? —preguntó Cedric.

—Mírate, es evidente, solo hay que fijarse en los detalles. Ese reloj que llevas costará más que todos los regalos que pueda hacerles a los niños a lo largo de mi vida. Y la ropa que guardas en el armario no es de unos grandes almacenes. Es algo que se palpa también en tus hijos. ¿Cómo vas a comprender mi situación?

—Margot...

—No te lo reprocho, no es eso, solo quería matizar que es difícil que puedas saber lo que es no poder dormir porque las facturas que se acumulan atraviesan cada uno de tus pensamientos. O el miedo a no

poder dar a los niños todo lo que se merecen. Aún peor: que, cuando puedo, no sé si quiero, porque sé que todo lo que sube baja poco después y ya vivo con el vértigo dentro, en el estómago.

Cuando se hizo el silencio en la habitación, Margot se dio cuenta de que respiraba agitada. ¿En qué momento se había alterado tanto? Aunque la diferencia entre ellos era clara, nunca se le había pasado por la cabeza sacar a relucir el tema. Solía evitar hablar de su situación económica. La avergonzaba. La hacía sentirse torpe, poco lista, ineficiente.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No debería haberte dicho eso. Estoy siendo injusta contigo. Supongo que me has pillado en un mal día...

—No te disculpes. —Cedric se quitó las gafas y se frotó los ojos; parecía cansado pero pensativo cuando la miró con ternura—. Tienes razón: no tengo dificultades económicas, más bien lo contrario. Pero no siempre fue así. Y, además, si tú puedes comprender cómo me sentí bajo aquellos bombarderos, yo puedo comprender cómo te sientes cuando crees que no podrás asumir el coste de la educación de tus hijos.

Margot tuvo ganas de llorar. Se dio cuenta de que ese hombre ya no era Cedric Stone, un paciente del hospital, sino Cedric a secas, amigo y confidente. Y sintió de golpe un terrible peso en el corazón al recordar que pronto moriría y que, mientras seguían juntos el rastro de sus huellas, estaba compartiendo con ella sus últimos días.

—Estoy un poco cansada —murmuró.

—Lo sé. Vete tranquila. Mañana más.

Le salió sin pensarlo y le dio un beso en la mejilla antes de coger la chaqueta y el bolso. Cerca de los ascensores, un hombre alto bebía café de la máquina con la espalda apoyada en la pared. Habría reconocido la postura estirada de Graham en cualquier parte. Todo él desprendía frialdad y melancolía. Le entraron ganas de obligarlo a bajar a la segunda planta para poder hacerle una radiografía, a ver si así descubría qué tenía dentro. O, mejor aún, un electrocardiograma: eso revelaría los misterios de su corazón. Se preguntó si también el suyo latiría tan rápido como el de ella conforme la distancia entre ambos se reducía.

—Graham. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No quería..., no quería interrumpir.

—¿Has estado escuchándonos?

—¡No! Es decir, sí. Solo una pequeña parte, la puerta estaba entreabierta. —Pese al tono suave de su voz, Margot se sintió vulnerable y expuesta; deseó ponerse el abrigo más grueso que tuviese en su armario y envolverse el cuello con una bufanda hasta desaparecer para que él dejase de mirarla de esa manera.

—Tengo que irme ya, llego tarde.

—¿Te importa si te acompaño al coche?

A Margot no se le ocurrió ninguna excusa razonable y se limitó a asentir mientras pulsaba con fuerza el botón del ascensor. Se abrió paso entre ellos un silencio denso que parecía contener algo intangible. ¿Dudas? ¿Fragilidades? ¿Deseo? Sus diferencias eran evidentes, pero sus semejanzas no tanto. Sin embargo, ambos se esforzaban por mantener la dignidad intacta.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó él con cautela cuando salieron por las puertas del hospital y el aire frío sacudió los rizos cobrizos de Margot.

—Claro. Eres libre de decir lo que quieras.

Frenaron al llegar hasta el viejo coche gris.

—Yo creo... —Fue como si Graham bucease entre palabras para dar con las que buscaba—. Creo que tienes muchos motivos para sentirte orgullosa por todo lo que has conseguido.

Margot estuvo a punto de contestar con ironía o de lanzarle alguna evasiva, pero tomó una profunda bocanada de aire y pensó que claro que sí —¡qué demonios!—; había cuidado de sus padres y había sobrevivido a un hombre salido del infierno, había sido madre muy joven y había logrado surfear las dificultades diarias. ¿Por qué no iba a estar orgullosa? Con una extraña sensación de liberación, soltó el aire contenido.

—Gracias. —Y le dirigió una sonrisa sincera.

Margot y los niños

Edimburgo, Escocia, 1996

Tres cuartos de hora más tarde, tras recoger a los niños del colegio y conducir hasta la academia, Margot cogió la bolsa con la muda de Anna y bajó del coche con prisa.

—Vamos, Peter, sal ya.

—Prefiero quedarme aquí.

—No. Tú nos acompañas.

—Paso de ir, ¿qué más da?

—Peter. —Margot pronunció su nombre muy despacio—. El plan es el siguiente: ayudo a Anna en los vestuarios, la dejo en clase y nos vamos a tomar algo caliente.

—Gracias, pero no me apetece.

—No era una sugerencia. Sal.

Peter puso los ojos en blanco, resopló como solo él sabía hacer (con fuerza, con hastío y como si dijese: «Qué vida más dura») y, al final, se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta. A propósito, tardó una eternidad en bajar. Anna contemplaba el andar de un perro salchicha que paseaba por la calle junto a su dueña.

—¿Pensará en comerse a sí mismo al mirarse al espejo?

—¿Pensarás tú alguna vez lo que dices antes de hablar?

—Peter, no contestes así a tu hermana. Venga, vamos.

Mientras subían los escalones de piedra que conducían a la academia de *ballet*, los dos niños seguían discutiendo por lo bajo —tú esto y tú aquello—, pero Margot estaba tan cansada que decidió no intervenir. «Seguro que es una especie de entrenamiento verbal y mental perfecto para el futuro», se convenció. Anna le sacaba la lengua a su hermano cuando resbaló en el penúltimo escalón y tropezó con otro chico que estaba a punto de entrar en el edificio y que sostenía en la mano una bolsa deportiva. Era pelirrojo, con la piel pálida salpicada de pecas y unos ojos asustadizos que se posaron en Anna apenas unos segundos antes de desviarse hacia Peter.

—Ho... Hola —tartamudeó inseguro.

—Hola. —Peter contestó seco.

—¿Os conocéis? No me habías dicho que tenías un amigo que también iba a la academia. —Le dirigió a Peter una mirada significativa y luego miró al chico. Pensó que debía de haberse

incorporado a las clases ese mismo año, porque a ella no le sonaba haberlo visto antes—. Encantada, me llamo Margot. Y esta es Anna, la hermana pequeña de Peter. Acaba de empezar las clases. Nos han hablado muy bien de la academia.

El joven parecía descolocado. Evitó mirar a Peter, que se entretuvo atándose los cordones. Anna lo observaba con admiración, como a un héroe.

—Sí, es la mejor academia de la ciudad.

—¡Estoy deseando aprender y avanzar!

—Entonces, estás en el lugar perfecto.

—¿No llegábamos tarde? —dijo Peter.

El chico enrojeció desde los pies a las orejas.

—Lo siento. No pretendía retrasaros. Yo debería estar ya en clase… —Entraron tras él cuando empujó la puerta sin mirar atrás—. Hasta la próxima.

—Espera. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—No lo he dicho. Soy Niko. Niko Thomas.

Lo perdieron de vista cerca de los vestuarios.

Margot ayudó a Anna a vestirse y se despidió de ella con un beso. Peter estaba esperándola en el vestíbulo. Durante todo el trayecto a pie hasta una cafetería cercana, se mantuvo en silencio, con la mirada ausente, sin dejar de arrastrar los pies al andar como un condenado a la horca. Ocuparon una mesa libre junto al ventanal. Cuando Margot cogió la carta, él se sacó del bolsillo del abrigo el *walkman*. Ante la estupefacta mirada de la madre, comenzó a deshacer el nudo de uno de los cables.

—No pensarás ponerte a escuchar música…

—¿Por qué no? —Peter resopló con descaro.

Margot se inclinó peligrosamente hacia él:

—Por muchas razones, pero me limitaré a decirte tres: porque es una falta de respeto, porque hemos venido a merendar juntos y porque estás intentando ignorarme.

—Está bieeeeen. —Dejó el aparato al lado.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

—Vale. —Se encogió de hombros.

Margot se levantó para pedir en la barra y, cuando regresó a la mesa, observó a su propio hijo como si en lugar de ser el bebé que había crecido en su vientre años atrás se tratase de un desconocido más. No parecía feliz. Ese fue el primer pensamiento que la asaltó. Tenía ojeras, estaba tenso, daba la impresión de sentirse enfadado con el mundo. Pero ¿por qué? Eso se le escapaba. Con aire distraído, doblaba una servilleta de papel formando cuadrados cada vez más pequeños.

Ella volvió a sentarse junto a él.

—¿Qué te está pasando, cariño?
—Uf, mamá, no empieces…
—Niko parecía muy simpático.
—Supongo que sí. —Suspiró.
—Y tú has sido un poco arisco.
—Teníamos prisa —protestó.
—Si te apetece, puedes invitarlo a casa el fin de semana. Seguro que Anna lo acosará con sus preguntas, pero intentaré que no os moleste demasiado y…
—No. —Fue tajante. No soltó la servilleta manoseada.
—Oye, escúchame… —Margot hizo una pausa cuando el camarero dejó los dos chocolates en su mesa—. Si ese chico se está metiendo contigo en el colegio o te ha hecho algo, puedes decírmelo. Habla conmigo como lo hacías antes. Lo solucionaremos.
—No tienes ni idea —masculló.
—Pero, Peter, cielo, todo es…
—¡Déjalo ya! —Un silencio amargo se extendió entre ellos cuando él se dio cuenta de que había alzado la voz hasta llamar la atención de varios clientes. Peter se cubrió el rostro con las manos y ella contuvo el impulso de abrazarlo—. Lo siento.
—De acuerdo, tranquilo.
—No quería gritarte, mamá.
Margot tomó aire y decidió seguir por un atajo y aplazar esa conversación que no los estaba conduciendo a ninguna parte. Le dio un sorbo al chocolate.
—¿Quieres que te siga contando la historia de Cedric?
—Sí, eso estaría… —Peter tragó saliva—. Estaría bien.
Así que Margot habló y habló, como si con cada palabra pudiese rellenar las grietas que se estaban abriendo entre ellos. El interés de Peter crecía conforme avanzaba y se alejaban de sus propias vidas para meterse en otras. Cuando acabó, él estaba serio.
—¿Y qué fue de Jane?
—Seguía en Londres.
Peter relamió la cucharilla con los restos de chocolate. El flequillo le tapaba la frente y la sombra de la incipiente barba asomaba en la mandíbula, que cada vez se marcaba más. En los últimos meses, había pegado un estirón tan brusco que le sacaba una cabeza a su madre. Margot deseó lanzar un conjuro para que los relojes se congelasen de inmediato.
—Busquemos a Jane en el listín telefónico.
—Dudo que todavía use su apellido de soltera.
—Pero es posible. Y así sabremos si sigue viva.
—No creo que sea buena idea. ¿Y si murió?
Peter arrugó el ceño y no insistió más. La idea de la muerte era

más lejana para él que para Margot, como si aquello fuese una remota posibilidad en lugar de algo factible. Se terminaron el chocolate. El viento sacudía los árboles de la acera de enfrente y a ella le gustó el tonto hecho de que los dos contemplasen lo mismo a través de la cristalera, aunque sus mentes divagasen por senderos diferentes.

Al cabo de un rato, fueron a buscar a Anna, que salió entusiasmada de la clase de *ballet*.

—¿Qué tal ha ido? —Margot cogió su bolsa.

—¡Genial! La profesora me ha dicho que dentro de poco no tendré problemas en seguir el ritmo de las demás y podré participar en la función anual.

Ya en casa, Clash los recibió con lametones y ladridos ansiosos, y Margot le dio un trozo de salchicha, a pesar de que cada semana se prometía que el lunes lo pondría a dieta. Organizó las duchas, hizo la cena y, al acostarlos, les metió las mantas por debajo del colchón por mera costumbre; hacía años que ninguno de los dos se destapaba por la noche.

Con una fiambrera en una mano, la correa del perro en la otra, y abrigada con un viejo batín, Margot cruzó la carretera hasta la acera de enfrente y llamó al timbre de casa de Eleanor. La mujer llevaba dos días con gripe.

—Te he traído sopa. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, querida. Gracias. ¿Cómo ha ido el día?

—Aceptable. Peter sigue con sus cambios de humor. Nos hemos encontrado con un chico que va a su clase y se ha comportado de un modo muy raro. He intentado hablar con él, pero es como una ostra. Ya sabes, se cierra. ¿Recuerdas cuando de pequeño robó aquel bombón en el supermercado? Tardó semanas en confesarlo.

—Siempre ha sido testarudo. Habla con el colegio.

Clash se alejó para hacer pis, tan considerado como siempre.

—¿A sus espaldas? —Margot se mordió las uñas. Por mucho que usase guantes y cremas hidratantes, los dedos le olían a desinfectante —. Es una opción. Necesito darle vueltas antes de cometer un error. Oye, hace frío y tengo que volver, pero mañana sacaré un rato para venir a verte. Intenta descansar.

Cedric Stone. El hospital

Netley, Inglaterra, 1940

Durante los siguientes días, la rutina se adueñó del hospital Royal Victoria. A primera hora de la mañana, como a otros tantos compañeros, a Cedric le limpiaban la herida, cuyo aspecto empezaba a mejorar. Muchos mataban las horas hablando de infancias, amores y aventuras que parecían pertenecer a vidas pasadas. Cuando la tarde caía, jugaban a las cartas y Milton hacía gala de su carácter extrovertido; hablaba sin pausa, con independencia de los silencios de Cedric.

Al anochecer, volvían los demonios.

Galia McDonough suministraba alguna pastilla extra a los pacientes que no conseguían dormir más de media hora del tirón. Cedric no era el único incapaz de conciliar el sueño. Un poco más allá, un joven se ponía a gritar en plena madrugada por culpa de las pesadillas y tenían que zarandearlo para despertarlo. Más lejos, un par se echaban a llorar cuando se apagaban las luces. El propio Milton se levantaba a menudo sobresaltado, como si estuviesen a punto de ser evacuados.

Reinaba una compasión muda en aquella sala llena de historias inacabadas. No todos los heridos mejoraban, muchos tan solo habían cruzado el canal de forma simbólica porque ya se habían quedado para siempre en Francia. A finales de junio, al amanecer, Cedric se dio cuenta de que el otro chico que dormía a su lado estaba muerto y avisó a las enfermeras.

Los días eran largos e interminables.

Cuando cerraba los ojos, las imágenes de lo vivido llegaban a Cedric como a fogonazos. Aquel olor. Aquellos cadáveres destrozados. Aquel sonido insoportable de las sirenas. Aquellos incendios hacia los que debían dirigirse para sobrevivir. Aquella sensación de irrealidad que aún no se quitaba de encima.

Y aquel vacío llamado John.

El día era de un gris oscuro similar a las humedades del techo que había memorizado. Una de las enfermeras del turno de tarde entró y le dijo que tenía visita. Con el brazo sujeto del cabestrillo, Cedric se puso en pie. El capitán Pearson lo esperaba fuera, en una silla de ruedas. Le habían amputado la pierna.

—Tienes buen aspecto, Stone.

—Usted también —respondió.

Dubitativo, se acercó a él dispuesto a empujar la silla con el brazo ileso, pero Pearson rechazó el ofrecimiento y se movió sin ayuda hasta uno de los ventanales. Una bandada de pájaros cruzó el cielo ceniciento mientras Cedric se encendía un cigarrillo. Pearson lo imitó y compartieron un instante de silencio.

—Lamento lo de su pierna.

Pearson expulsó el humo.

—No se pudo hacer nada. Pero estoy vivo. Estamos vivos. Jamás habría conseguido llegar hasta Dunkerque sin Sullyvan y sin ti.

—¿Qué ha sido de Sullyvan?

—Le dieron un nuevo destino.

—Imagino entonces que llegó ileso.

—Sí. Cuando perdiste el conocimiento, estuvo todo el viaje presionándote la herida para contener la hemorragia. Un buen hombre ese Sullyvan.

—No recuerdo nada de lo que pasó.

—Ya lo suponía. ¿Cuándo te vas?

—Pronto, en unos días.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aún no lo he decidido.

—Bien. —Apagó el cigarrillo—. He escrito una carta de recomendación para que te admitan en la academia de vuelo. En el programa de entrenamiento de aviación están buscando nuevos pilotos para engrosar rápidamente las filas de la RAF.

Cedric estaba sorprendido y confuso, ni siquiera había pensado en qué haría al salir del hospital. Dedujo que seguiría como soldado de infantería en cualquier otro destino, pero la perspectiva de luchar allá arriba dibujaba un camino motivador.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Te irá bien allí. El aeródromo está en Little Rissington.

Gloucestershire estaba relativamente cerca de Londres, a unas horas en tren. Cedric pensó que podría ir a ver a Jane en algún permiso. Aquel rumbo inesperado fue como si alguien dejase una puerta entornada en medio de la oscuridad. Con un poco de suerte, sería capaz de abrirla del todo. Entraría la luz.

—¿Y qué hará usted?

—Vuelvo a casa. Me están esperando.

Cuando no quedó nada más que decir, se despidieron con un apretón de manos informal. Cedric estuvo a punto de comentar que esperaba verlo pronto, pero los dos sabían que probablemente nunca volverían a hacerlo. Se habían cruzado en un momento determinante; Pearson había sobrevivido gracias a él y quizá él hubiese muerto en

combate de haber sido destinado a otra compañía. Eso era todo. Durante los siguientes años, la vida de Cedric se entrelazaría con la de otros hombres y mujeres que irían quedando atrás como las capas de un altísimo pastel de cumpleaños. Unos pocos serían guindas; el resto morirían o se alejarían cuando la guerra llegase a su fin.

Dos días más tarde, recibió el alta.

Milton no dejaba de comentar lo solo que iba a sentirse tras su marcha y Cedric, que se negaba a admitir que echaría de menos su sentido del humor, lo animó diciéndole que así tendría al fin alguna oportunidad de ganar una partida de cartas. Estaban riéndose cuando Galia apareció y quiso echarle un último vistazo a la herida antes de dejarlo ir.

—Ya me ha examinado tu compañera.

—Será un momento. No seas testarudo.

—Es que estoy deseando salir de una vez... —Con prisas, se quitó la camisa del uniforme.

—Es por esa chica, ¿verdad? La de la carta. —Galia retiró el vendaje con cuidado y limpió el borde de la herida que aún supuraba—. Es afortunada.

Volvió a cubrirla despacio, sin mirarlo a los ojos. Tras ella, Milton sonreía como un idiota; la mitad de los pacientes estaban locos por Galia, aunque la joven no parecía reparar en ello. Era resolutiva y dulce, pero mantenía las distancias.

—En breve, será una cicatriz. Buena suerte.

La puerta se abrió cuando entró el chico que repartía el correo. Los compañeros que estaban en pie se amontonaron a su alrededor y uno de ellos le lanzó un paquete a Cedric entre silbidos y voces. Galia exigió silencio para no alterar a los pacientes que seguían estando delicados. Pese a su aspecto menudo, sabía imponer orden cuando era necesario. En esos momentos, Cedric estaba demasiado ocupado deslizando los dedos temblorosos sobre la caligrafía de Jane, así que no vio la última mirada que la enfermera le dirigió y casi ni oyó que le decía adiós antes de irse.

Decidió que era una señal que el paquete hubiese llegado justo entonces, cuando estaba a punto de marcharse, y quiso abrirlo fuera. El siguiente tren hacia Gloucestershire salía en apenas unas horas, así que Cedric recorrió las calles de Netley a paso lento. Un sol tímido acompañaba su camino. El lugar le traía recuerdos del hogar, por el mar cercano y el ambiente tranquilo. Se sentó en un banco de la estación y se tomó unos minutos antes de abrir el paquete tirando del cordel que lo protegía.

Dentro había un libro de Dickens y una carta. Cuando la cogió fue consciente de cada detalle, del tacto del papel rugoso y de las palabras agolpadas.

Londres, Inglaterra
17 de junio de 1940

Querido Cedric:

Dos meses sin saber de ti y me mandas tres míseras palabras, ¡tres!, ni una más ni una menos, aunque reconozco que han sido las más esperanzadoras que he leído jamás. Cada noche me acostaba convencida de que al día siguiente encontraría una carta tuya en el buzón y cada mañana sin noticias me repetía que solo tenía que esperar un poco más. La incertidumbre es despiadada. Le da a una por imaginar todo tipo de atrocidades y los miedos se hacen grandes. No imaginas el alivio que sentí cuando llegó el correo. Eso sí que fue lluvia, Cedric. Lluvia de tormenta, de la que te cala hasta los huesos.

Vi el nombre de John en el listado de bajas. Ojalá pudiese encontrar un puñado de palabras mágicas que calmasen tu dolor como si fuesen un bálsamo, pero los dos sabemos que es una idea pueril e irreal. No tendría que haber sido así. No se lo merecía.

Te mando una novela como compañía.

Te espero,

JANE

Cedric Stone. Respirar

Edimburgo, Escocia, 1996

Tenía la impresión de que las paredes se le caían encima como si estuviesen hechas de una arena fina y seca que había empezado a desprenderse. El dolor abdominal no había disminuido a lo largo del día y tenía picores por todas partes, que no aliviaban las compresas húmedas ni las últimas cremas con corticoides que había probado. Blair había ido a visitarlo. Insistió en que llamase a un par de amigos que llevaban tiempo queriendo ir, pero Cedric no tenía ganas de recibir sus miradas compasivas ni de oírlos hablar de frivolidades, como tampoco le apetecía aguantar los sermones de su hija con respecto a hábitos mejorables de vida o las intenciones de Graham en la empresa.

—No me convence la dieta del hospital. Falta proteína.

—Blair, por lo que más quieras... —masculló irritado.

—Revisaré bien el menú y pediré algunas mejoras.

—¡Ya basta, Blair! ¡Deja de intentar controlarlo todo!

Margot no llamó antes de entrar en la habitación y Cedric agradeció su aparición. Días atrás, había llegado a la conclusión de que el secreto de su inesperada amistad residía en que ninguno de los dos le exigía nada al otro, se dejaban ver sin máscaras, no arrastraban un pasado en común que entorpeciese el presente y el futuro no tenía cabida.

—¿Va todo bien? —preguntó con timidez.

Blair tenía los ojos acuosos y se limpió las mejillas con un pañuelo que luego guardó en el bolso de piel. Tomó una larga bocanada de aire.

—Sí, será mejor que me marche. —Se inclinó para besar a Cedric en la frente con rapidez—. Descansa, papá. Graham vendrá a verte mañana.

—Dile que no es necesario... —protestó.

—No seas tan duro con él. Se esfuerza mucho.

—Demasiado. Debería dejarlo todo tal como está.

—El cambio no siempre es malo, papá. —Blair alisó una leve arruga que había en su falda plisada de color burdeos—. Ni siquiera te has molestado en escucharlo o en leer sus propuestas. Creo que te sorprendería para bien si le dieses la oportunidad.

—¿Acaso tú lo has hecho?

—Pues sí, no hace mucho.

Cedric se quejó por lo bajo mientras su hija salía por la puerta de la habitación. Como no parecía estar de humor, Margot se acomodó en el sillón, abrió su fiambrera y empezó a cenar en silencio. Tenía la esperanza de que Cedric siguiese relatándole su historia, pero no ocurrió. Él se quitó las gafas, se frotó el puente de la nariz y luego la observó con atención.

Sin apartar los ojos de ella, Cedric admiró su sonrisa generosa y esa mirada perspicaz que le recordaba un poco a Jane, aunque ahí terminaban todas sus semejanzas. Margot tenía un rostro dulce, vestía ropa informal y era tímida de un modo encantador. Que pareciese desear fundirse entre la multitud provocaba el efecto contrario: destacaba.

—¿Puedes hacerme un favor esta noche?

—Claro, lo que sea —respondió decidida.

—Me gustaría salir un rato a dar un paseo.

Ella se mostró sorprendida, aunque asintió.

—Está bien. Iré a decírselo a las enfermeras.

No tardó en regresar con una silla de ruedas.

—Puedo ir por mi propio pie.

—Pero así será más sencillo.

—No.

—De acuerdo.

Margot dejó la silla en el pasillo y esperaron en la habitación hasta que una enfermera apareció para asegurarse de que ya no había medicación en el gotero antes de desconectarlo. Después, con pasos lentos, salieron. Ya era tarde y solo se cruzaron con personal del hospital y con algún familiar rezagado. Les costó menos de lo esperado llegar a los ascensores. Margot lo cogió del brazo cuando abandonaron el edificio y los recibió el aire primaveral de la noche.

—¿Te encuentras bien, Cedric?

Era evidente que no preguntaba por su estado de salud, sino por algo más hondo. Se sentaron en un banco cercano. El paisaje era descorazonador: una carretera poco transitada a lo lejos, el edificio impersonal, las luces refulgentes de una ambulancia.

—Sí, pero me estaba agobiando ahí dentro. Pensé que sería lo mejor, ¿sabes? Me refiero a cuando acepté quedarme ingresado en el hospital. No imaginaba que los días se me harían tan largos. Me he pasado toda la vida ocupado, siempre ocupado: meses planificados, infinidad de viajes e invitaciones esperándome en la mesa del despacho y, de repente, ahora… —Lanzó un suspiro—. Bueno, aquí estamos.

Margot le colocó mejor la manta que descansaba sobre sus

hombros. Ella llevaba una chaqueta azul, aunque tenía la nariz y las mejillas sonrojadas por el frío.

—¿Qué es lo que intentas decirme, Cedric?

—Quiero irme a casa. Quiero morir en casa.

El silencio se abrió paso en la noche. Margot asintió despacio. No había estrellas en aquel cielo oscuro. Daba la impresión de que estaban solos en el mundo. «Quizá sea una verdad incuestionable —pensó ella—. En el fondo, todos estamos solos».

Cedric se giró y le dijo:

—¿Qué piensas sobre la muerte?

—No estoy segura. Si se lo preguntases a Anna, podría hablarte del tema durante horas. Tiene ideas extravagantes. Yo siempre he sido más... hacia dentro, ¿entiendes? Así que, cuando pienso en la muerte, imagino que me encojo hasta desaparecer.

—Tiene sentido. Como volver a ser solo una célula.

—Supongo que sí. ¿En qué crees tú, Cedric?

—Antes, en nada. Pero desde hace un tiempo... —Se quedó callado, alzó la vista al cielo—. La vejez reblandece. Últimamente vuelvo a sentirme como si fuese un niño, me cabreo rápido, me emociono rápido, me olvido de todo rápido...

—¿Acaso es malo? A mí no me lo parece.

—Me he vuelto cursi. No dejo de pensar que quizá nuestras almas sigan vivas en algún lugar. Si tengo que reencarnarme en algo, espero que sea en un pájaro.

—¿Da miedo, Cedric?

Él sopesó la respuesta mientras giraba el anillo. Tenía la impresión de haber burlado la muerte varias veces a lo largo de su vida. La había sentido acechante; le había pisado los talones, le había soplado en la nuca, pero siempre había corrido más rápido, derrapando en cada esquina. El mayor miedo de Cedric había sido el mismo que el de la mayoría de la gente: perder a sus seres queridos. Una forma eficaz para no pensar en el momento en el que él se convertiría en un montoncito de cenizas dentro de una urna.

—Sí. Estar cerca de la muerte es balancearte entre el ser y el ya no ser. Difícil no sentir vértigo. Temo el final y temo el olvido.

—Yo te recordaré. Y tus hijos. Y, dentro de cincuenta años, alguien nos recordará a nosotros. Y así se explica que el pasado sea tan importante.

—Consuela pensar que quedan huellas...

Permanecieron en silencio un rato más. A Cedric le sentó bien que le diese el aire, notó que respiraba mejor, pero sabía que Margot era friolera, así que le dijo:

—Volvamos a la habitación. Ya es tarde.

—Vale. Y, si te apetece, puedes seguir...

—¿Contándote mi historia?
—Sí. —Ella sonrió satisfecha.
—Eres una mujer muy curiosa.
—Lo sé. Necesito saber qué pasó después.
—Después… me marché a Gloucestershire.

Correspondencia

Gloucestershire, Inglaterra
28 de junio de 1940

Querida Jane:

Siento haber tardado en escribirte. No me gusta pensar que te levantas y te acuestas preocupada por mí. Hace que me sienta egoísta y poco digno de tu afecto; preferiría que todos tus esfuerzos se concentrasen en ti misma. Hay muchas cosas que debes tener en cuenta: los recursos mermarán conforme avance la guerra. ¿Has tenido noticias de tus padres? ¿Continúas dando clases? ¿Aún convives con las dos chicas de las que me hablaste? En momentos difíciles, la unión hace la fuerza.

Yo sigo… entumecido.

Otros compañeros tienen la misma sensación. Pero ¿cuánto puede endurecerse la piel en apenas unos meses? A veces, tengo la impresión de que mis días en Cornualles pertenecieron a otra vida, una extrañísima en la que salía a pescar a diario y trabajaba con las manos y conocí en verano a una chica que aseguraba que las matemáticas eran divertidas. Tampoco me reconozco en el tipo que caminaba por las carreteras de Francia. Todo son versiones de versiones de versiones de mí mismo. Ninguna es real.

Empiezo a entender por qué Herbert no comentaba nada sobre sus días en el frente. Por lo que veo a diario en los chicos, cualquier distracción es bienvenida; da igual si se trata de mujeres, juego o alcohol. Todo es escapar. Nadie habla de lo que está por llegar. Yo tampoco hablo de John. Cuando no pienso en él, me siento culpable por no hacerlo y, cuando su recuerdo aparece, intento que se marche lo antes posible porque no puedo soportarlo.

Tú me salvas de los demonios. Vuelvo al acantilado y a las aguas turquesas, a tus manos arrancando ciruelas del árbol y a la forma en la que se te riza el pelo cerca de las sienes, a tu mirada indignada y desafiante, al sol que nos calentaba las mejillas.

Tuyo,

Londres, Inglaterra
7 de julio de 1940

Querido Cedric:

¿Tienes fe en Dios? Nunca hemos hablado de esto, aunque sospecho que no eres ese tipo de hombre. Yo sí la tengo. Ya sé que es algo que no se puede explicar con ninguna regla matemática; se trata más bien de una cuestión de seguridad. Me aterra la idea de estar sola. Y no me refiero a sentarme en los jardines de Kensington a leer un libro o a ir sola al teatro o a tomarme un té en una terraza. Hablo de una soledad profunda que aparece cuando pienso que la vida es un conjunto de sucesos aleatorios e inconexos. Creer que existe algo más es un refugio cuando la cabeza pesa demasiado sobre los hombros.

Para mí, sigues siendo el mismo hombre al que conocí el verano pasado. Esas versiones de las que hablas suman y restan, son pieles; mudarlas es sinónimo de estar vivo. Yo también he cambiado. Tengo otras preocupaciones antes de irme a dormir y mis días tienen poco que ver con lo que imaginaba hace años, pero sé que en algún lugar hay una luz, y que tú y yo nos reconoceremos cuando volvamos a vernos. Todo es seguir escarbando en el corazón ajeno. ¿Recuerdas esa sensación, Cedric? La de los primeros días en Marazion, la de querer saberlo todo de la otra persona, la de que las palabras se atropellen entre ellas mientras saltábamos de un tema a otro de forma caótica. El amor es eso, desear ver a otra persona y que esa persona te vea a ti. La desnudez emocional.

La vida en Southwark es distinta. En casa cada vez hay más gente, no solo Marge y Ellie Orson, también Francie, la prima de mi amiga Martha, que es enfermera. Ya no parece un lugar grande y sombrío, sino acogedor. Me reconforta el ruido, que las habitaciones estén ocupadas y esas tardes en las que nos reunimos en el salón y hablamos de cualquier cosa. Me siento acompañada. Cuando los soldados heridos comenzaron a llegar a la ciudad, todas se esforzaron por dar contigo, aunque al final fue inútil. No imaginábamos que estarías en un hospital de Netley.

Christopher Collins me pidió que me quedase más horas cuidando de Lili, así que no solo le enseño música, también matemáticas, dibujo y literatura. Pasamos juntas gran parte del día, por lo que encariñarse con ella resulta inevitable. Me entristece que su madre no pudiese verla crecer y que el señor Collins tenga tan poco tiempo para estar en casa, aunque sin

duda adora a Lili. Tienen una estrecha relación que admiro y envidio, porque me hace pensar en mis padres y en lo lejos que me siento de ellos. Siempre he tenido el amargo convencimiento de que mis aspiraciones y mi forma de ser les suponían una molestia, como si fuese un moscardón irrumpiendo en sus vidas perfectas, y este último año el vínculo se ha roto del todo. Han invertido en bienes inmuebles al otro lado del océano y me desconcierta que vivan ajenos a mi realidad.

Lamento aburrirte con mis tontas preocupaciones. Cuéntame tú sobre tu día a día. Me encanta leerte, aunque echo de menos oír tu voz. Eras capaz de acariciarme cuando hablabas, ¿lo sabías? Quizá no te lo conté, así que te lo digo ahora.

Con amor,

JANE

Gloucestershire, Inglaterra
18 de julio de 1940

Querida Jane:

Nada de lo que tú digas podría aburrirme.

Me gusta tu fe; pagaría por tener ese bálsamo. Una persona puede comprar cigarrillos, patatas, una casa, un paraguas o un coche, pero no hay manera de meter en una bolsa dos onzas de fe. Consuela que uno de los dos sí la tenga al alcance de la mano.

Entiendo cómo te sientes con respecto a tus padres. Quizá cuando esta guerra acabe y ellos vuelvan, habrá tiempo para hablar y arreglar las cosas. Yo no sé nada de mi madre desde que le pedí perdón por…, por volver sin John, aunque imagino que ya le habían dado antes la noticia. Herbert me escribió una carta escueta para contarme que la salud de Amy seguía siendo delicada y que se estaban planteando la posibilidad de dejar la granja y buscar un lugar mejor para ella. Pensé que una casa deja de ser una casa en cuanto empiezan a desaparecer las personas que vivieron en ella y, entonces, se convierte en otra cosa —paredes, suelos, muros, piedras, maderas…—, pero ya no es una casa.

Me he habituado a la rutina. Formamos fila temprano y después volamos durante la mañana. Caminamos de los cuarteles al comedor, del comedor a los cuarteles. Recibimos clases teóricas sobre motores y sobrecargas, fuselajes y navegación. El instructor jefe de tierra es un hombre distante y duro pero también justo, y sabe cómo mantenernos a raya. No tengo tiempo

para escribirte mucho más, pero me guardo una buena noticia para el final: puede que pronto me den unos días de permiso y vaya a verte.

Sueño con abrazarte.

Tuyo,

CEDRIC

Cedric y Jane. Solo eso

Londres, Inglaterra, 1940

Era una calle agradable: la luz del sol resbalaba entre las copas de los árboles y dibujaba manchas en la calzada; a los lados, se alzaban casas estrechas de ladrillo con tejados oscuros y escalones que conducían a la puerta principal. Cedric avanzaba despacio, ajeno al sonido de sus botas sobre los adoquines. Imaginaba a Jane creciendo en aquel lugar, siendo una niña con el cabello recogido en un regio lazo y una estela de números flotando tras ella. También era capaz de verla años más tarde, dando un paseo junto a sus amigas sin sospechar que, un verano cualquiera, sus vidas cambiarían por el amor y la guerra, dos palabras antónimas pero capaces de rozarse.

Cedric alzó la vista al llegar a la dirección que escribía en cada carta. Subió los escalones, llamó al timbre y esperó. La impaciencia es un gusano revoltoso. Nadie abrió, así que se giró y volvió a contemplar las hileras de casas. Una mujer paseaba por la calle de enfrente con un niño pequeño. Un señor mayor se alejaba con el periódico doblado bajo el brazo. Dos pájaros cantaban sobre la rama de un árbol. Él suspiró, se sentó en el último escalón y se encendió un cigarrillo. Los minutos eran eternos, pero había algo placentero en la idea de aguardar su llegada y estirar un poco más el momento de su encuentro. La expectación. El anhelo. Pensaba en ello cuando la vio.

Supo que era Jane por su manera de moverse, nada de caminar de puntillas o como lo haría una bailarina; ella era sólida. Al principio, apenas una sombra a lo lejos, pero, conforme se acortó la distancia que los separaba, Cedric pudo distinguir sus rasgos: la nariz respingona, la expresión sosegada, su mirada reflexiva mientras avanzaba con una bolsa contra el pecho y la vista en el suelo. No lo vio. No lo vio hasta que lo tuvo delante. Levantó la cabeza y la falda de su vestido amarillo dejó de balancearse al frenar en seco. Un abanico de emociones se abrió paso en su rostro: desconcierto, incredulidad, felicidad.

—¡Cedric! —se le rompió la voz.

Dejó caer la bolsa de papel y parte de la compra se desparramó por el suelo. Luego, los dos cuerpos chocaron. Así es como él lo recordaría años más tarde. Un impacto inevitable. Ella lo abrazó y Cedric pegó la nariz a su cuello y pensó que olía justo como

imaginaba, a rosas y verano eterno y sol. Si fue capaz de separarse de Jane, fue porque necesitaba mirarla para convencerse de que era real. Le acarició la mejilla.

—Entremos. —Jane estaba impaciente.

—Deberíamos recoger esto antes, ¿no?

Ella se rio al darse cuenta de que no recordaba haber dejado caer la bolsa de la compra. Se agachó para coger un paquete de galletas y una lata de guisantes. Él cargó con unas cuantas cosas más. Cuando se incorporó, tras sacar las llaves, señaló con la barbilla las manos llenas de Cedric y comentó:

—Justo hoy he canjeado cupones de racionamiento. Compré tocino y carne. Haremos algo especial para celebrar tu llegada. Venga, entra.

La decoración del hogar donde Jane había crecido era sobria, con muebles clásicos de madera oscura y molduras elaboradas, cuadros con marcos dorados que vestían las paredes recubiertas de papel pintado, piezas de diseño y suelos enmoquetados que ahogaban el pisar de las botas de Cedric mientras la seguía hasta la cocina como hipnotizado por el balanceo de sus caderas. Cuando dejaron la comida sobre la encimera, él se pegó a su espalda, le rodeó la cintura y le dio un beso en la nuca.

—Llegué a pensar que no volvería a verte.

—Yo tenía esperanza por los dos. —Jane se giró para quedar frente a él—. Y, al verte, eras justo como recordaba, con esa mirada tuya tan...

—¿Qué?

—Cauta.

—Sería encandilada, más bien.

—Sácame de dudas. —Le sonrió.

Y en esa sonrisa él encontró todo lo que admiraba de ella: la valentía y el gusto por los atajos; su personalidad inquieta como las luciérnagas que Cedric perseguía con su hermano en las noches cálidas de verano; la capacidad para sorprenderlo siempre, con esa exigencia implícita, pese a que lo hacía sentir como si nada hubiese cambiado y el mar siguiese siendo mar y el cielo siguiese siendo cielo y todo fuera tan sencillo como el beso que creció entre ellos cuando él se inclinó hacia su boca. La acarició por encima de la ropa con firmeza, porque necesitaba convencerse de que el momento era real y no una de las muchas fantasías que lo habían acompañado durante el último año. Los pechos llenaban sus manos, las caderas se movían contra él, sus labios eran inconfundibles.

—Te necesito... —Apoyó la frente en la suya.

—Y me tienes aquí, ¿no lo ves? —le dijo ella.

Sin dejar de mirarlo, Jane empezó a desabrocharle con lentitud

los botones de la camisa. Había un libro abierto en ellos, la historia de él se entrelazaba con la de ella. Era, claramente, una historia de anhelos y miedos. Cedric anhelaba que Jane pudiese encontrar los destellos de luz que aún quedaban en él, pero temía que la oscuridad acabase siendo demasiado densa. Jane anhelaba que Cedric fuese capaz de verla entera, toda ella sin disfraz, pero temía sentirse vulnerable en el espejo de sus ojos.

—Cedric… —Jane jadeó con los labios entreabiertos.

Él dudó un instante, solo uno, porque no sabía dónde estaba el dormitorio, hasta que se dijo que tampoco importaba demasiado porque no iban a llegar hasta allí. La apretó contra la pared y coló la mano bajo su vestido. Ella cerró los ojos con una sonrisa.

Se habrían quitado la ropa en aquel instante si el sonido de unas llaves al encajar en la cerradura no hubiese roto el momento. Jane respiró hondo cuando él dio un paso atrás al tiempo que se abotonaba la camisa. Ni siquiera entonces dejó de mirarla. Daba la impresión de que temía que pudiese esfumarse si la perdía de vista.

—Será Francie. Olvidé que estaría al llegar.

Una joven alta y pelirroja entró en la casa. Al principio se asustó al ver a Cedric, pero luego su mirada se llenó de comprensión.

—Qué sorpresa —dijo con una sonrisa.

—Él es Cedric. —Jane lo cogió del brazo y no lo soltó; quizá le ocurría lo mismo que a él y le daba miedo que pudiese desaparecer—. Francie, la prima de Martha.

—Por fin nos conocemos. —Francie se fijó entonces en el vestido arrugado de Jane y en sus labios hinchados—. Acabo de recordar que tenía que pasarme a ver a la señora Muggridge. Tiene una tos seca horrible. No tardaré mucho. No os importa, ¿verdad?

—En absoluto. —Jane se sonrojó.

—Bien, volveré dentro de una hora.

Francie se marchó y ellos se quedaron en silencio unos instantes antes de echarse a reír. Cedric tomó aire cuando Jane lo abrazó. Hacía una eternidad que no se reía así, de algo tonto, con esa ligereza imposible de fingir. Se miraron hasta que el deseo inundó otra vez la calma y los arrastró hacia un beso y otro y otro más.

—Vamos arriba —susurró ella.

Lo cogió de la mano mientras subían las estrechas escaleras. En medio del dormitorio había una cama con un cabecero blanco de madera; al otro lado, un baúl y un tocador. Todo olía a ella y a su perfume de rosas. Jane contuvo el aliento mientras se quitaba la chaqueta de punto y empezaba a desabrocharse los botones del vestido amarillo. No dejó de mirarlo. Él se mantuvo quieto, tan expectante que pensó que al tocarla perdería la razón. Los ojos de Jane se llenaron de timidez a la espera de su reacción.

—Nunca he visto nada más hermoso.

Se estremeció como si las palabras la acariciasen. Luego, él se despojó también de la ropa y se encontraron a medio camino. Jane temblaba. Cedric la besó por todas partes: los hombros, las costillas, el ombligo, el lunar de la cintura. Conquistó con la boca cada centímetro de su cuerpo hasta oírla gemir. Cuando se tumbó sobre ella en la cama y encajaron, el deseo lo nubló todo. Su piel había echado de menos la de ella y el placer, aquel desenlace inevitable, los sorprendió mirándose a los ojos.

Ninguno se movió después. Permanecieron abrazados. Él apretó sus dedos contra la muñeca de Jane para sentir el pulso que latía acelerado.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Tres días —respondió Cedric.

—Haremos que sean inolvidables.

Se quedaron tendidos en la cama entre caricias y susurros hasta que volvieron a oír el ruido de la puerta en el piso de abajo, y Jane se levantó y cogió una bata que colgaba del perchero. Cedric se aseó y se vistió sin prisas, mientras se miraba al espejo. Nunca había estado tan delgado y no había forma de disimular las pronunciadas ojeras, pero recordar la manera en la que ella lo había mirado delante de su puerta lo hizo sentirse más entero que en meses.

El murmullo de las voces femeninas fue en aumento conforme Cedric bajaba las escaleras. Estaban en la cocina. Él sonrió al escuchar la conversación.

—¡Pensé que debía dejaros intimidad!

—¿Y cómo es? —preguntó otra chica.

—Guapísimo. —Francie se echó a reír.

—Parad, por favor —protestó Jane.

—¿Por qué quieres arruinar la diversión?

—Porque acabará por oíros y entonces...

La voz de una joven se alzó sobre la de Jane:

—No descubrirá nada que no sepa ya.

Hubo más risitas. Al menos, hasta que Cedric entró en la cocina y miró a Jane con la sombra de una sonrisa en los labios. Ella se sonrojó y dijo:

—Francie ha traído bizcocho.

—La señora Muggridge es muy generosa, teniendo en cuenta que últimamente parece que las yemas de los huevos estén hechas de oro. —Francie mordió un trozo.

—Ellas son Ellie y Marge. Te hablé de las hermanas Orson, ¿verdad? —Jane señaló a la otra joven—. A Francie ya la conoces. Martha no ha llegado.

—Encantado. ¿Puedo sentarme?

—*Debes* sentarte —dijo Marge.

Ante las miradas curiosas, Cedric cogió un trozo del bizcocho que le pusieron en el plato y lo probó. Estaba delicioso. Había una tetera al fuego y el leve silbido rompía el repentino silencio.

—¿Soléis estar tan calladas? —tanteó.

—Qué va. —Ellie se rio—. Francie habla sin parar, sobre todo desde que ha conocido a ese tipo misterioso. ¿Por qué no le cuentas la historia, a ver qué opina?

—Oh, buena idea, pero iré al grano, no quiero aburrirte. ¿Crees que es posible que le guste a un hombre con el que he tenido cuatro citas sin el menor intento de un acercamiento íntimo por su parte?

—Y por «acercamiento íntimo» te refieres a...

—Ya sabes. Un beso. O cogerme de la mano.

—Es difícil saberlo sin conocerlo. Quizá no sepa cómo dar el primer paso o tema precipitarse. ¿Es tímido? Eso explicaría su actitud.

—Es probable... —Francie chasqueó la lengua, después entrelazó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas—. ¿Tú cómo te enamoraste de Jane?

—¡Os he contado cómo nos conocimos...!

—Jane, ¡queremos oír su versión! —dijo Ellie.

Todavía un poco abrumado por el despliegue de atención, Cedric sonrió y se dispuso a relatar esa historia que ya todas se sabían de memoria. Volvió a la isla de marea. Y al paseo en barca antes de la tormenta. Y a la noche que la siguió por las calles de Marazion. Y al pícnic en el acantilado. Pero no fue capaz de explicar con palabras esa intimidad que escondían sus conversaciones. Tenía que ver con hablar un idioma particular dentro del idioma ya conocido y con poder ver el mundo desde una perspectiva muy concreta, sentados los dos en una misma roca.

Eso había sido para Cedric enamorarse de Jane.

Las chicas lo escucharon ensimismadas mientras Jane recogía y limpiaba la cocina. Cedric se encendió un cigarrillo y su voz empezó a desvanecerse cuando llegó hasta el recuerdo del día en que Jane conoció a su familia. Contempló distraído el humo que se ondulaba en el aire tras la última calada. El concepto de su propia casa, aquel lugar que había habitado junto a John, Amy, su madre y la presencia intermitente de Herbert, se le antojaba un poco difuso, un poco irreal, un poco inconexo.

Volvió a la realidad cuando sintió que los brazos de Jane le rodeaban el cuello por detrás y, luego, el peso de su respiración pausada en la oreja.

—Chicas, creo que es suficiente por hoy, basta de acapararlo —dijo con impostada despreocupación—. Venga, Cedric, me apetece ir a dar un paseo.

El aire fresco del atardecer los recibió cuando se perdieron en la ciudad cogidos de la mano. Un paréntesis. Todo aquello era un paréntesis, pensó Cedric. Eso y que pronto estaría más cerca de aquel cielo plomizo que empezaba a oscurecerse. Tendría alas. Volvería a encontrarse en la primera línea. «Uno puede pensar en su propio funeral si está tumbado en una playa exótica con una botella de ron en la mano, pero no en estas circunstancias», le había dicho Milton durante una de sus charlas en el hospital.

Cedric estaba de acuerdo. Morir perdía relevancia cuando hacerlo resultaba tan vulgarmente cotidiano. Solo en Dunkerque habían fallecido o sido capturados más de sesenta mil hombres. No había tiempo para llorarlos a todos. La vida continuaba su rumbo, implacable.

Cedric y Margot. Qué saber

Edimburgo, Escocia, 1996

—Un momento. No me creo lo de la muerte.

—¿Que no hablase del asunto?

—Sí. Y que no pensases en ello.

—Intentaba no hacerlo. Y Jane...

—¿Crees que ella te conocía bien?

—Lo suficiente —dijo Cedric.

—¿Qué respuesta es esa?

—La única que puedo darte.

—Pues esfuérzate un poco más.

—Mira, Margot, es imposible saberlo todo de otra persona. No solo no puedes hacerlo; tampoco quieres, créeme. ¿Te atreves tú a mirarte por dentro? Claro que no. Los abismos son peligrosos. Convertimos los pensamientos en arena bien tamizada. Y debemos limpiar. Mucho, siempre, sin cesar. La cabeza se ensucia constantemente, da igual cuánto te esfuerces en sacarle brillo. La imperfección es sinónimo de humanidad. Un jarrón puede ser impecable, un hombre no.

—Cedric... —Margot tenía un nudo en la garganta.

—La sinceridad en su justa medida, ¿entiendes?

—Sí.

—Hay ideas que hacen daño a la gente que queremos.

—Sí.

—También a nosotros mismos.

—Sí.

—Debemos manejarlas con cuidado, como el que tiene una granada en la mano.

—Sí. Continúa.

Cedric y Jane. El adiós

Londres, Inglaterra, 1940

Apenas durmieron aquella noche. Cedric se despertaba, se giraba, la buscaba. Ella se despertaba, se giraba, lo buscaba. Las piernas se entrelazaban, los cuerpos encontraban huecos imposibles donde encajar. Los dos bostezaron varias veces durante el desayuno con las chicas, que siguieron haciéndole preguntas y hablando de cosas que a él le resultaban lejanas (la última obra de teatro que habían visto, una cafetería estilo *art déco* que les gustaba, la vida del vecindario). Después, cuando fregaron las tazas y los platos, Cedric acompañó a Jane hasta Paddington, el lugar donde residía Christopher Collins.

Mientras Jane entraba en la casa para recoger a la niña, él esperaba en la calle de enfrente fumándose un cigarro. Unos tímidos rayos de sol intentaban en vano abrirse paso entre las nubes y pensó que ese atisbo de calor era un regalo. El barrio era tranquilo, apenas se oía nada, y los pájaros revoloteaban sobre las cornisas de los edificios.

Tiró la colilla cuando ella salió con la niña cogida de la mano. Las dos llevaban el mismo sombrero de color malva; le arrancó una sonrisa darse cuenta de que Jane le había comprado uno igual. Llegaron hasta él tras cruzar la calle.

Cedric se agachó para quedar a la altura de la pequeña. Debía de tener un par de años menos que Amy. Se le había enrojecido la nariz por el frío de la mañana.

—Tú debes de ser Lili. Encantado.

Había admiración en sus grandes ojos oscuros.

—Nunca había visto a un soldado tan de cerca.

—¿Os apetece dar un paseo por Hyde Park? —sugirió Jane.

Fue una mañana apacible. Cedric tuvo que recordarse que aquel también era él: el hombre que caminaba junto a ellas, el que le dejó la gorra del uniforme a Lili cuando se la pidió, el que se agachó a la espera de que las ardillas se acercasen, el que no pensó en el pasado ni en el futuro, el que disfrutó del calor del sol en la piel y del sonido de la risa de Jane atravesándole los oídos como si fuese una canción.

Tras un rato recorriendo los senderos del parque, se sentaron a descansar. Un poco más allá, Lili perseguía unos pájaros negros y grandes que comían entre las hierbas. Los dedos de Jane encontraron

los de Cedric y él presionó su mano.

—¿Te imaginas, Cedric? ¿Imaginas algo así cuando todo acabe?

—¿Algo así? —Apartó la vista de Lili para mirarla a ella.

—Tú, yo y los tres hijos de los que hablamos.

—Recuerdo que dudabas entre tres o ninguno.

—Cierto. A ratos, sigo sin tenerlo claro.

—A mí me bastaría con dos.

—No, dos es un número par.

—¿Y cuál es el problema?

—No me gustan.

—¿Qué tienes contra ellos?

—Oh, muchas cosas. —Hizo un mohín que a él lo enterneció—. Los números pares son perfectos, tan contenidos y redonditos que resultan aburridos. En cambio, los impares me parecen rebeldes, con mucha más fuerza. La vida es impar, seguro.

Cedric le apartó el pelo de la frente.

—Olvídate de los hijos. Brístol.

—Sí, habrá tiempo para pensarlo. Así que Brístol. Y el perro. Y los rosales en las ventanas. Quiero flores de todos los colores: rojas, blancas, rosas, amarillas.

—Me fascina tu cabeza, Jane.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca. —Ella lo miró y él se quedó atrapado en sus ojos—. En realidad, me aferro a estas ilusiones cuando tengo un momento de debilidad y temo no volver a verte o lo que ocurrirá si perdemos la guerra.

—No pasará.

—¿Tú también fantaseas?

—A todas horas. —Cedric inspiró hondo cuando ella apoyó la mejilla en su hombro—. En mi mente, te he besado en un sinfín de escenarios, hemos tenido cientos de conversaciones, podría decirse que ya hemos envejecido juntos.

En silencio, miraron a Lili correr de un lado a otro mientras se sujetaba el sombrero con una mano tras haber deshecho el lazo que lo mantenía en su sitio. Había algo poderoso en la imagen de una niña jugando pese al futuro incierto.

Regresaron sobre sus pasos a media mañana y Cedric se despidió de ellas en la puerta de aquella majestuosa casa para que Jane pudiese darle la lección del día. Pasó solo el resto de la jornada; recorrió la ciudad y se empapó del ambiente, del ruido y de la gente que iba y venía, de las cafeterías que gozaban de su propio suministro, de las tiendas abiertas y de los llamativos escaparates del Soho. La vida seguía y seguía.

Esa tarde, salieron a ver la película *Posada Jamaica*, de Hitchcock, y después fueron a tomar algo a un *pub* de Piccadilly

Circus. Las calles los recibieron con sus locales abiertos y las planchas de contrachapado que algunas viviendas habían usado a modo de pizarras: en ellas podían leerse mensajes irónicos e insultos dirigidos a los alemanes. El contraste era desconcertante. A medio camino, tuvieron que refugiarse en el metro cuando sonó una alarma antiaérea. El aviso no tardó en cesar y retomaron el paso hasta llegar a su destino. Las salas de baile y los sitios de ocio no echaban en falta clientela durante la guerra. Quizá precisamente por eso.

—La gente necesita alimentar el ánimo para mantener intacta la esperanza —le susurró Jane mientras caminaba cogida de su brazo.

Se sentaron en una mesa y pidieron ginebra.

—¿Volverás a tener otro permiso?

—Eso espero. —Bebió un trago largo.

—¿Eres feliz allí? Ya sabes lo que quiero decir.

—Supongo que sí. El primer avión que me dejaron pilotar en la escuela de vuelo fue el Harvard norteamericano. Y ese día, ahí arriba, supe que aquel era mi lugar.

—¿Cuándo entrarás en la RAF?

—En cuanto acabe la formación. Hice la primera práctica nocturna la semana pasada y fue… terrorífico y fascinante. ¿Te lo imaginas, Jane? El instructor me ordenó que despegase y, de repente, en medio del rugido, solo había oscuridad. No había luna, no se veía nada, era como flotar en el vacío.

—¿No te dio miedo? —Tenía las mejillas sonrosadas.

—Era incapaz de dejar de mirar el horizonte.

—¿Hay algo que te guste más que volar?

—No. Nada se parece a esa sensación…

—¿Nada? ¿Seguro? —Su pierna rozó la de Cedric.

—Una excepción. Por ti, renunciaría incluso a las alas.

—Está bien saberlo, aunque jamás te lo pediría. —Bebió otro trago mientras él le acariciaba la pierna bajo la mesa. Se sonrieron—. ¿Y qué pasó después?

—Nada. Seguí las órdenes del instructor, que me repetía que no apartase la vista del panel de instrumentos. Subí hasta los seiscientos pies y luego realicé un viraje de ascenso antes de enviar por morse nuestra letra de identificación. Cuando distinguí a lo lejos la luz verde, bajé el tren de aterrizaje y los *flaps*, puse la hélice en paso corto… y descendí hasta la pista. No fue un aterrizaje perfecto, pero casi.

—Se te iluminan los ojos al hablar.

—Será porque te tengo delante —dijo él.

Se terminó la copa, se levantó y alargó la mano hacia ella. Jane la aceptó antes de ponerse en pie; luego Cedric le rodeó la cintura. Sonaba de fondo una canción de amor y no había mucha gente bailando, pero les dio igual. Se mecieron lentamente, ajenos al lugar y

al momento. Jane sentía el aliento cálido de él en el cuello y frotó su mejilla contra la suya. Solo les quedaba aquella noche. Al día siguiente, al atardecer, Cedric cogería el último tren y regresaría a Gloucestershire. Las manos de Jane se aferraron a su espalda y él se perdió en el olor a rosas que parecía trepar por su garganta. No se separaron hasta que echaron el cierre y volvieron a casa. Después, caminaron hasta Southwark. La oscuridad envolvía la ciudad como un papel de regalo con estrellas diminutas. Ninguno de los dos recordaría años después de qué se reían al entrar en la casa, pero sí que sus labios se buscaron mientras subían las escaleras hacia el dormitorio. Peldaño a peldaño. Beso a beso. Esa noche, Jane acarició todas las cicatrices de Cedric, las del hombro y las del corazón, hasta que el amanecer los encontró.

¿Se puede habitar la felicidad? A su manera, ellos lo hicieron.

Margot y Eleanor. Amistad lila

Edimburgo, Escocia, 1996

Eleanor acariciaba la suave tela del jersey que Margot acababa de regalarle. Era lila en tres tonalidades. Lo había visto en un escaparate cuando iba con Peter a la cafetería, tras dejar a Anna en la academia, y le había recordado a su vecina porque era su color favorito. Eleanor jamás se quitaba la gargantilla con una amatista que su marido le había regalado. Y cada vez que hacía pastel de arándanos o florecían las violetas, decía: «¿Os habéis fijado en el color? Es una preciosidad». Margot nunca había podido permitirse comprarle a Eleanor algo bonito porque sí. Había hecho esfuerzos en Navidad tirando de cosas útiles, como una sandwichera o unas cremas hidratantes. En su cumpleaños, los niños le regalaban dibujos cuando eran pequeños y lo celebraban con algún plan sencillo, como un pícnic casero.

—¿Y esto a qué viene? —Eleanor miró a Margot.

—¿Necesito una razón para hacerte un regalo?

—Sí, por supuesto. Yo... no sé qué decir.

—¿Acaso no te gusta?

—Claro que sí. Es fabuloso. Pero no quiero que te gastes el dinero tontamente en mí. Tú no te permites ningún capricho.

—Comprártelo me hizo feliz.

—Margot, querida...

—Nunca puedo. Pero por fin llevo las facturas al día y...

—Tienes dos empleos —le recordó.

—Lo sé. Por eso. Las cosas...

—No podrás mantenerlo.

—¿Por qué no? Soy fuerte.

—Por supuesto que eres fuerte, pero no invencible. ¿Cuánto tiempo hace que no vas al cine, te sientas en una cafetería sin prisas, visitas la peluquería o tienes una cita? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por placer solo para ti?

—Me di aquel baño relajante...

—Hace semanas de eso, Margot.

—También desayuné con Graham.

Los ojillos de Eleanor se entrecerraron.

—¿Y acaso cuenta como cita?

Margot se sonrojó y negó con la cabeza. No le gustaba la manera

en la que Eleanor la estudiaba cada vez que hablaban de Graham, como si su vecina pudiese intuir que en varias ocasiones ella se había sorprendido preguntándose cómo besaría aquel hombre o por qué demonios usaba una colonia tan ligera e irresistible. Y sentía curiosidad por él. Esconde un poder fascinante la curiosidad, esa capacidad de lanzar a la aventura incluso a las personas más sensatas. Margot se sentía culpable por fantasear con tonterías, como si las ideas pudiesen moldearse al antojo del que las posee y no fuesen por libre.

—No. Yo me refería a que...

Pero Eleanor la interrumpió:

—Cedric Stone se va a morir —le recordó, y su voz sonó más dura de lo que había pretendido—. No me mires así. Lo sabes tú, lo sabe él y lo sabemos todos. No debes contar a largo plazo con el dinero que estás manejando en estos momentos.

Margot se sintió como si acabasen de darle un golpe. No pensó en el dilema económico; sabía que podría encontrar otro paciente al que cuidar si lograba no desfallecer, pero sí en el vacío que dejaría aquel hombre cuando se marchase. Margot no tenía muchos amigos, quizá por su carácter tímido, quizá por falta de tiempo, quizá por miedo al rechazo; pero con Cedric todo había sido tan fácil como respirar o masticar. El amor y la amistad eran casas pareadas porque consistían sencillamente en ser y estar.

—Si no te gusta el jersey, solo tienes que decírmelo. Puedo devolverlo esta próxima semana cuando lleve a Anna a las clases y me darán un vale.

—Margot. —Eleanor cogió su mano.

—Pensé que el color lila te iría bien.

Parpadeó rápido para no echarse a llorar. Desde la cocina, se oían las voces del televisor que Anna y Peter estaban viendo en el salón de la casa.

—Ya te he dicho que me encanta. Hacía mucho que no recibía un regalo y sabes que te lo agradezco. Pero me preocupo por ti y por los niños. Prefiero que guardes hasta la última libra para ellos. Y en cuanto a Cedric...

—Mejor dejemos ese asunto.

—No quiero que sufras, querida.

—¿Y cómo se vive entonces? Vale, sí, tienes razón, cuando muera me dolerá, pero eso significará que pasamos buenos momentos juntos. Igual que el amor por mis hijos me hace temer por ellos constantemente. La indiferencia no nos salva de nada.

El rostro de Eleanor se arrugó y a Margot le pareció mayor y más real. Sin decir nada, la mujer le quitó la etiqueta al jersey y se lo puso por la cabeza, por encima de la camisa que llevaba. El tono lavanda

realzaba las vetas plateadas de su cabello corto.

—¿Qué tal me queda?

—Perfecto. —Sonrió.

—Bien. Pues ahora hablemos de otro tema: el cumpleaños de Anna. —Eleanor alzó las cejas—. Tiene las expectativas altas. ¿Qué has pensado?

—Bajárselas. —Margot se rio—. Va en serio. Cumple diez años, tendrá que contentarse con invitar a cuatro amigas, almorzar en casa y soplar las velas.

—Deberíamos hacer algo con las malas hierbas.

—Sí. Lo anotaré en la lista de cosas pendientes.

—¿Preparo un pastel de limón o de chocolate?

—El chocolate nunca falla.

—Toda la razón, querida.

Margot y Cedric. Lo no trascendental

Edimburgo, Escocia, 1996

Cuando Margot abrió la puerta de la habitación 612 del hospital, la tensión flotaba en el ambiente como si en cualquier momento fuese a convertirse en algo tangible. Cedric estaba sentado en la cama con la espalda rectísima y miraba con impaciencia a su hijo, que se encontraba junto a la ventana, con la cadera contra la pared y aferrando la repisa de madera con la mano izquierda. Se giró al verla entrar.

—¿Va todo bien? —Margot estaba preocupada.

—De maravilla, si ignoramos que mi padre es el hombre más testarudo de Edimburgo. Un detalle sin importancia. Por cierto, tienes buen aspecto.

—Gracias. —Intentó no sonrojarse—. ¿Cedric?

—Necesito salir. Hace una noche agradable y me la estoy perdiendo. —Se quejó y apoyó una mano en el colchón para tomar impulso—. Él ya se iba.

—Deja que te ayude a levantarte. —Graham se acercó a su padre, pero, en lugar de complacerlo, a Cedric le molestó el gesto, como si lo avergonzase no poder valerse por sí mismo y que su hijo le ofreciese echarle una mano.

—No. Puedo solo.

—Papá, por favor...

—¡Déjame! ¿Sabes la de veces que te he llevado a ti en brazos? ¡No quiero que me cojas! —Tomó una brusca bocanada de aire para calmarse—. Puedo. Eso es todo.

Si a menudo Graham recordaba al invierno, en aquellos instantes su rostro era un glaciar. Había algo en su expresión fría y contenida que a Margot le provocaba ganas de llorar. Los tres se mantuvieron sumidos en un inquietante silencio de camino a los ascensores. La noche húmeda los recibió al salir del hospital. Graham se colocó bien el cuello de la gabardina. Su aspecto era tan impoluto como de costumbre: los zapatos brillantes, la camisa planchada, el mentón afeitado, ni un solo pelo fuera de lugar.

—¿Queréis que me quede un rato o...?

—Tranquilo, puedes irte —dijo Cedric.

Graham no miró a su padre a los ojos cuando pronunció un seco

«Buenas noches» y desapareció en la oscuridad. Margot sintió el impulso de ir tras él, excusar el mal carácter de Cedric y encontrar la manera de solucionar el desencuentro. Pero se dijo que no era asunto suyo, no lo era, y se limitó a sacar de la mochila su fiambrera de la cena.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Raviolis con salsa de queso.

—¡Tienen una pinta terrible!

—Están buenos. Oye, Cedric...

—¿El queso es *mozzarella*?

—No sé. Pero, en cuanto a...

—¿Quizá gorgonzola?

—Cedric, olvídate del queso y escúchame. ¿No crees que has sido demasiado duro con tu hijo? Solo quería ayudarte a levantarte. La intención era buena.

—Habíamos estado hablando de la empresa...

—¿Qué cambios propone Graham? —Masticó un par de raviolis ante el silencio de Cedric y tragó—: Ahora que lo pienso, ni siquiera sé a qué te dedicas.

—Es una escuela de pilotos de ultraligeros.

—Oh, suena fascinante.

—Pareces sorprendida...

—Un poco. Por el aspecto de tu hijo, pensé que se trataría más bien de una empresa de inversiones o algo por el estilo. Prejuicios.

—Fui instructor de vuelo antes de decidirme a dar el paso e ir por mi cuenta. Fueron años de mucho trabajo. Supongo que por eso me cuesta tanto ceder las riendas. Además, Graham pertenece a otra generación, tiene ideas novedosas...

—Tenía entendido que eso era algo bueno.

Cedric suspiró y apartó la mirada. No contestó.

—¿Quieres probar los raviolis? Están buenos.

Miró la fiambrera y, luego, alargó la mano y cogió uno entre los dedos, sin que le importara mancharse de salsa. Lo saboreó con los ojos cerrados.

—Maldita sea, por cosas como esta salsa es una desgracia morirse. La comida del hospital es terrible. Ya queda poco para el traslado a casa. Blair lo está preparando. No vivo muy lejos. Y tú podrás descansar como es debido por las noches; tendrás una habitación junto a la mía.

—Yo querría lo mismo en tu lugar.

—¿Morir en tu casa?

—Sí.

Él fijó la vista en el cielo oscuro.

—Al principio, pensé que sería buena idea alejarme de todo y de

todos, hacerme a un lado. No quería ser una carga para mis hijos y tampoco me sentía cómodo en casa con desconocidos. Pero entonces apareciste tú, bendita mi suerte, y de pronto echo de menos mi cama, poder prepararme un té de verdad, las vistas desde la ventana a la calle, las maquetas de aviones que tengo en el despacho…

Ella le sonrió y le frotó el brazo con cariño.

—Prometo estar contigo hasta el final.

—Gracias —contestó con la voz ronca.

Margot cerró la fiambrera cuando terminó los raviolis y se abrochó la chaqueta. A pesar de la melancolía que los abrazaba, la noche era serena.

—Hablemos de algo ligero.

—Que no sea trascendental.

—Exacto —respondió ella.

—¿Cuál es tu color favorito?

—El azul. O el verde. O…

—¿Cada día uno distinto?

—Digamos que sí. ¿Y tú?

—El turquesa. Es perfecto.

—¿Un sentimiento?

—Mmm. La tranquilidad.

—¿Hablas en serio? Tú, precisamente tú.

—Por eso mismo —se defendió Cedric—. He aprendido a valorar ese estado de paz en el que no esperas nada. Es terriblemente liberador.

—Tengo mis dudas…

—Eres joven. Estás en otra situación.

—Tampoco te creas que cambia tanto.

—Tus hijos hacen que todo sea intenso. Y el amor…

—Eso está fuera de mi alcance —dijo Margot.

—¡Bobadas! ¿Qué buscas en un hombre?

Ella lo meditó mientras se mordía las uñas.

—Alguien sólido. Que sea de fiar. ¿Has visto ese ejercicio que se hace en los grupos de apoyo y que consiste en dejarse caer y confiar en que el compañero que tienes detrás te sostendrá? Yo creo que el amor debería ser así. Una certeza.

—Estoy de acuerdo. Volvamos al guion.

—Es verdad. Pensemos algo absurdo.

—Una travesura que hicieses de cría.

—Era una de esas niñas aburridas que siempre se portan bien. —Entrecerró los ojos mientras recordaba algo—. Pero una vez…, una vez hice algo terrible.

—Va, cuéntamelo —la animó Cedric.

—Un día, mis padres avisaron de que no llegarían a tiempo para

recogerme del colegio y la profesora me llevó a su casa. Su hija iba un curso por delante del mío. Era una de esas chicas resplandecientes que parecen de otro planeta. Y en su habitación había una cama con dosel, un precioso baúl blanco, hileras de muñecas...

—Estás describiendo la infancia de Blair.

—Predecible —bromeó Margot—. Pero lo que a mí me conquistó no fue todo aquello, sino la enorme casa de muñecas que tenía en un rincón. Era de madera, con el tejado oscuro y papel pintado en las paredes. Nunca había visto nada tan bonito. Cuando se lo dije, se encogió de hombros como si le diese igual.

—¿Y qué fue aquello tan terrible que hiciste?

—Empecé a robarles dinero a mis padres.

—¿Qué? —Cedric alzó las cejas y se rio.

—Si iba a hacer la compra, me quedaba con parte del cambio. Siempre estaba dispuesta a encargarme de la colada para poder revisar los bolsillos. Cogía cualquier moneda que encontrase perdida en un cajón. Mi objetivo era ahorrar lo suficiente para poder comprarme una casa de muñecas como la de esa niña. —Estiró los puños de la chaqueta para calentarse las manos—. Por supuesto, no lo conseguí. Dos años después, mi madre descubrió el alijo de dinero que guardaba y me vi obligada a confesar.

—¿Estuviste dos años recolectando monedas?

—Sí. Puedo ser muy perseverante —admitió.

—¿Y conseguiste la casita de muñecas?

—No. —Margot se rio y, luego, chasqueó la lengua—. Pero nos estamos desviando, somos incorregibles. Si nos diesen un arándano, podríamos pasarnos horas mirándolo y hablando de su tonalidad púrpura, de sus propiedades, de cómo esa pequeña esfera simboliza la vida. Volvamos a lo no trascendental.

—Mierda. Es cierto. A ver, cosas que odies.

—Que me llame «cariño» gente desconocida. O «guapa». O «cielo». Todo eso. Los apelativos así deberían limitarse al círculo cercano. ¿Y tú?

—Las moscas. ¡Qué insecto más desagradable!

—Ah. Y la berenjena. No entiendo su sabor.

—¿Se puede no entender un sabor?

—¡Claro que sí! Es que es... raro.

—Yo detesto los pimientos rojos.

—¿Y los verdes no?

—Exactamente. —Cedric tosió un par de veces—. Tampoco me gustan los osos panda. Me da la impresión de que esconden algo, no sé por qué.

—Eso es inhumano. A mí me aterra el terciopelo.

—Esa es buena. —Se echó a reír—. ¿Y el ajo?

—Necesario para vivir. Díselo a un chef.
—Me da igual, no soporto la sopa de ajo.
—¿Y qué te gusta? —Margot lo miró.
—No sé. Mmm. Las rosas. Las estrellas. El fulgor de la luna. ¿Sabes esas plantas que crecen entre los adoquines de la acera? Y la lluvia fina, cuando no le importa a uno mojarse al caminar por la calle. El sol es un regalo. Los coleópteros son hermosos. Una chimenea encendida. Que se erice la piel de emoción.
—Y las patas de los gatos.
—Cierto. El brillo del mar.
—Adoro el mar, flotar en el agua.
Cedric se quedó callado unos segundos.
—¿Te das cuenta de una cosa, Margot? En realidad, aunque suene tonto, todo esto es lo transcendente. Trozos perfectos de vida. ¿O estoy desvariando?
—Es más bien un momento de lucidez.
—Habla poco a mi favor, supongo.
—¿Sabes qué otra cosa me gusta?
—¿Más que las casas de muñecas?
—Casi. Los globos de colores. Gordos y relucientes. Son fantásticos. Es imposible no estar alegre con un globo cerca. Y lo curioso… —Margot hizo una pausa antes de seguir—. Lo curioso es que, con el paso de los días, se vuelven tristísimos. La imagen de un globo arrugado en la esquina del salón es desoladora.
—Tienes razón —reconoció Cedric.
—Esto me recuerda que tengo que hablar con Blair porque el sábado estaré ocupada y necesito el día libre. Es el cumpleaños de Anna. Vamos a celebrarlo en casa. Ya sabes, un montón de ruido, cuatro amigas, comida basura, Take That de fondo y muchos de esos globos destinados a perder su esplendor.
—A mí me suena bien. Casi no recuerdo cómo eran los cumpleaños de mis hijos, pero se parecían a lo que has descrito. Es solo que hace tantos años…
—¡Tengo una idea!
—Bien. Te escucho.
—¿Por qué no vienes?
—¿Adónde quieres que…?
—¡Al cumpleaños! Estás invitado. Hablaremos con las enfermeras y que lo dispongan todo para que puedas salir. ¿Qué te parece? Será divertido, Cedric.
—¿Lo dices en serio?
—¡Pues claro que sí!
Margot se rio ante su expresión de desconcierto, aunque la ilusión de sus ojos confirmaba que el plan le resultaba tentador.

Parecía natural que su amistad fuese conquistando lugares comunes, y ella tenía ganas de presentarle a sus hijos y a Eleanor. Si la enfermedad se lo permitía, sería la oportunidad perfecta para que Cedric pudiese ver su mundo.

—No quiero ser una carga…

—No lo serás. Yo vendré a por ti.

—Ni hablar. Ese día debes estar con los tuyos. Le diré a alguno de mis hijos que me acompañe. Me lo deben. No recuerdo haberles pedido nunca un favor.

—De acuerdo. Lo veo bien —aceptó Margot.

—¿Y ahora qué? ¿Volvemos a lo trascendente?

—No. Mejor continúa hablándome de Jane…

Correspondencia

Londres, Inglaterra
10 de septiembre de 1940

Cedric, ha sido horroroso. Los bombardeos empezaron hace unos días. Llegaron por el horizonte como una legión de cuervos mortíferos, dejando columnas de humo a su paso. Las aterradoras explosiones azotaron la ciudad y los corazones de todos los londinenses. Las chicas y yo estamos bien, tan solo quería que lo supieras.

Con amor,

JANE

Gloucestershire, Inglaterra
18 de septiembre de 1940

Querida Jane:

Cuando me enteré de los bombardeos tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no coger el primer tren que saliese e ir a buscarte, aunque no tuviese ni idea de qué hacer después. Se prevé que los ataques sean constantes, así que ten cuidado, Jane, sé precavida; no te confíes, la situación será complicada durante un tiempo. Ayer mismo pasé a engrosar la lista de la RAF. Necesitan pilotos desesperadamente. Mañana parto hacia mi nuevo destino. Supongo que remitirán allí tus cartas si me escribes antes de que consiga asentarme.

Tuyo,

CEDRIC

Londres, Inglaterra
3 de octubre de 1940

Querido Cedric:

Debería darte la enhorabuena e imagino que estarás

satisfecho con las últimas noticias, pero me inquieta saber que estarás allí arriba, expuesto ante el peligro. ¿No tienes miedo? ¿No piensas nunca en las consecuencias de nuestras elecciones? Supongo que estoy más alterada de lo habitual por lo que está ocurriendo en Londres. Primero lanzan bombas incendiarias para marcar los objetivos y luego sueltan los explosivos. Ayer regresé a casa andando y, a tres calles, en la esquina donde estaba la pastelería, vi que solo quedaba un cráter deforme del que aún salía humo. Cuando era una niña mi madre me dejaba elegir el sábado un pastelito de ese sitio. Tuve la impresión de que hacía una eternidad de aquello. Peor aún: había tenido que ocurrir en otra vida.

Hay situaciones que nos ponen contra las cuerdas, pero estoy convencida de que es justo entonces cuando salen a la luz las mejores cualidades del ser humano. La valentía, el amor, la esperanza, la empatía... Y quiero dejar que aniden dentro de mí. Así que me he propuesto levantarme con buen ánimo cada mañana, porque, a fin de cuentas, seguimos adelante, saborear el té (empieza a escasear y pronto dejará de estar al alcance), pasear por Hyde Park con Lili y, quizá, recordar lo felices que fuimos allí aquel día, imaginando todos esos futuros que nos esperan. Por la tarde, disfrutaré de la conversación con las chicas, aunque tengamos que hacerlo en el refugio subterráneo. Y, antes de dormir, pensaré en ti. ¿Sabes qué es lo que echaba de menos anoche? El roce de tu barba incipiente en mi mejilla. Es curioso. Molesto y agradable a la vez. Un poco como esta vida.

Con amor,

JANE

Tangmere, Inglaterra
24 de octubre de 1940

Querida Jane:

Lamento la demora, pero no he podido escribirte antes. Desde que llegué, todo ha sido caótico y abrumador. ¿Crees que es raro que admita que una parte de mí lo está disfrutando? Quizá no lo entiendas, pero ahí arriba todo pesa menos y esa ligereza es adictiva. El mundo parece diminuto y uno se da cuenta de que su propia existencia es irrelevante. Si mañana muriese, nada cambiaría. Trastocaría las vidas de las personas que me aman, pero poco más. Es una de las reflexiones habituales en mitad del duelo: «¿Cómo es posible que mi ser querido ya no esté y todo siga igual? Amanece y anochece. Amanece y

anochece. Y así mientras el mundo continúe siendo mundo». Claro que temo la muerte, no soy un insensato, pero cuando estás pilotando no hay tiempo para divagar. Además, temo más no poder defenderme y estar allí abajo mientras las bombas caen, como durante aquellos días en Francia. Ahí la muerte te rozaba la nuca y apenas había margen de maniobra.

Y también entra en juego el odio. Y la adrenalina. Y el orgullo. Todo se mezcla dentro de la cabina. En este lugar, la vida se cuenta por misiones y consiste en regresar de una más y prepararse para la siguiente. Entre misión y misión, podría decirse que no hay nada, solo la espera. Son casi peores los momentos vacíos porque entonces puedo reflexionar y me angustia saber que Londres está siendo bombardeada y que tú estás allí. Haces bien en disfrutar de los pequeños placeres. No queda mucho más en este huracán de incertidumbre. Se me ocurre algo: vuelve a mandarme acertijos. ¿Me harías el favor? Te parecerá una tontería, pero así tengo en qué pensar. ¿Sabes cómo te imagino a veces? Tumbada sobre la hierba, bajo el sol de verano, en uno de los acantilados de Cornualles, con un montón de números flotando a tu alrededor y tú espantando a los pares como si fuesen molestos insectos. Los pobres no tienen la culpa de ser odiados de forma irracional.

Tuyo,

CEDRIC

Londres, Inglaterra
7 de noviembre de 1940

¡Estaba tan preocupada!

No vuelvas a tardar tanto en escribirme, por favor. Temía que te hubiese ocurrido algo terrible. Te lo perdono tan solo porque tu carta ha sido más larga de lo habitual y en estos momentos estoy sonriendo tras releerla. Además, pese a mis miedos, estoy convencida de que tu destino era estar allí. ¿Sabes lo que me dijo Christopher Collins cuando le conté que eras piloto de la RAF? Que el día que el presidente visitó la sala de control, una legión de aviones nazis efectuó un ataque y las bombillas de cada escuadrón británico se encendieron para señalar que estaban en el aire. Tras un rato de tensión, las bombillas comenzaron a apagarse una a una y los aviones alemanes se alejaron. En el viaje de regreso en coche, Churchill dijo: «Nunca en el ámbito del conflicto humano tantos debieron tanto a tan pocos».

En casa, nada ha cambiado. Me aferro a la rutina y a la compañía de las chicas. El otro día, la señora Muggridge vino a pasar el rato y nos contagió con la sabiduría de la experiencia y su sonrisa. Marge admitió que le cuesta hacer planes por miedo a lo que pueda ocurrir y nuestra vecina le dijo que en el momento en el que los alemanes consigan doblegar el ánimo de los ingleses, habrán ganado una parte de la batalla. Creo que tiene razón. En la medida de lo posible, debemos resistir y hacer las mismas cosas que antes. He comprobado que una sonrisa genera otra sonrisa. Resulta contagioso. Un solo gesto tiene el poder de cambiar el ánimo de los demás. Son los pequeños detalles los que marcan la diferencia. Por ejemplo: la otra noche, las chicas y yo fuimos a un baile y nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas mientras Francie nos contaba los últimos avances con el hombre que le gusta. ¡Te alegrará saber que al fin la ha besado! ¡Es un milagro! Y tenías razón, se trataba de una cuestión de timidez.

Me hace feliz que me pidas más acertijos. No estaba segura de si debía seguir haciéndolo por miedo a que te trajese recuerdos de Francia. ¿Preparado? Este es sencillo, tan solo de lógica. «¿Cuántas veces puede restarse el número 1 del número 1.111?».

Con amor,

JANE

Tangmere, Inglaterra
21 de noviembre de 1940

Querida Jane:

¿Puedo confesarte un secreto? Después olvidaré que he escrito estas palabras, volveré a mi puesto y no dudaré ni un instante. Pero, a veces, solo a veces, me tiembla el pulso. No es por cobardía ni porque dude de lo que estamos haciendo. Es porque, durante un segundo, el odio se disipa como la niebla cuando amanece y, al distinguir a lo lejos un avión alemán, me pregunto quién estará dentro de él, si tendrá hijos, si sus padres lo echarán de menos, si lo esperará algún amor o si será buena persona. Luego, la niebla vuelve a cubrirlo todo cuando oigo por la radio el grito del comandante —«tally-ho!»— y me preparo para atacar, porque de eso depende que sobreviva.

Es un alivio poder hablar contigo de todo.

Hay cosas que no soy capaz de compartir con los chicos de mi propio escuadrón. Tengo el presentimiento de que no lo

entenderían. O quizá sí. Puede que todos pensemos y alberguemos dudas similares, pero no sepamos comunicarnos. ¿Quién sabe?

Hoy me invade la nostalgia. No quiero adelantar acontecimientos, pero he solicitado unos días de permiso y es posible que en Navidad pueda ir a verte.

Mándame más acertijos, este era fácil: tan solo puede hacerse una vez; en las ocasiones consecutivas se restaría al número 1.110, al 1.109, al 1.108…

Tuyo,

CEDRIC

Londres, Inglaterra
7 de diciembre de 1940

Querido Cedric:

Ojalá te concedan el permiso.

Estas semanas apenas he estado en casa. Christopher tiene mucho trabajo y he pasado más horas con Lili porque, además, se resfrió y tuvo que guardar cama. Es muy curiosa, así que hace muchas preguntas. ¿Cómo le explicas a una niña por qué estamos en guerra? ¿O por qué nos bombardean durante días? ¿O qué significa la muerte? Lili se cuestiona todas esas cosas y, al compartirlo conmigo, me obliga a reflexionar sobre ideas que tiempo atrás daba por sentadas. ¿Y sabes algo más? También le fascinan las matemáticas, pero, a diferencia de mis padres, al suyo lo enorgullece ver sus avances.

Ayer hablamos sobre el infinito. Es como los números ordinales. Y el símbolo se parece a la curva lemniscata, como un lazo. Lo usó por primera vez en sus estudios John Wallis, en el año 1655, para representar cuando determinados elementos no tienen límite. Me gusta pensar que nuestro amor es así.

Ahí va un acertijo más: «Traté de arreglar un reloj, pero me parece que no lo conseguí. Ahora la aguja pequeña funciona bien, pero el minutero se mueve en el sentido contrario, con una velocidad constante, de manera que pasa al lado de la aguja pequeña cada 80 minutos. Si a las 6.30 mi reloj da la hora correcta, ¿cuándo lo volverá a hacer?».

Con amor,

JANE

Tangmere, Inglaterra
18 de diciembre de 1940

Querida Jane:

Recibí una carta de Herbert hace unos días y aún estoy asimilando las noticias. La salud de Amy sigue siendo inestable y han decidido tomar medidas. Se van a mudar a Cambridge. Un amigo de Herbert lo puso en contacto con un neumólogo y van a tratar a Amy en el hospital Addenbrooke. Me apena imaginar vacía la casa donde crecí, pero resulta tranquilizador saber que mi hermana estará en las mejores manos. Y ahora viene la sorpresa: Julie y Herbert van a casarse. Es curioso, nunca había meditado como es debido sobre la naturaleza de su relación. En la carta, Herbert me confesaba que solo había estado enamorado de dos mujeres; una se llamaba Claire y murió cuando él luchaba en el frente, la otra era mi madre. Decía que llevaba años sintiéndose culpable por miedo a traicionar la memoria de nuestro padre y le preocupaba mi opinión. No entiendo la razón. Me siento feliz. No es solo por el cariño que le guardo a Herbert, sino porque confío en que juntos puedan estar a salvo y en paz.

Te reirás de mí, pero no he descifrado el acertijo.

Me han concedido dos días de permiso, así que cuando tengas esta carta en tus manos estaré a punto de ir a tu encuentro.

Infinitamente tuyo,

CEDRIC

El cumpleaños de Anna

Edimburgo, Escocia, 1996

—Mamá, ¿podemos llevar fuera el radiocasete?

—Sí.

—¿Y la caja de las muñecas?

—Vale.

—¿Y la cuerda de saltar?

—Anna, saca todo lo que quieras.

La niña soltó un gritito de emoción que imitaron sus cuatro amigas. En diez minutos, el estrecho espacio al aire libre que se abría en la parte trasera de la casa estaba lleno de trastos y ellas bailaban al ritmo de una canción de moda, porque Peter le había grabado una cinta a Anna como regalo de cumpleaños.

El día estaba siendo fantástico. Tras despertar a Anna con felicitaciones y besos, Margot le había preparado sus tortitas preferidas con sirope de chocolate y habían desayunado junto a Eleanor en la cocina. Hacía buen tiempo y Peter se mostraba extrañamente cordial, pese a que había resoplado con especial intensidad cuando Margot le había sugerido invitar a Niko a la fiesta de cumpleaños. Ella se había sentido perdida e incapaz de dar con la tecla adecuada. Tratar con Peter era como adentrarse en un campo de minas. Con Anna, pese a su carácter intenso, resultaba más fácil dialogar porque era visceral y transparente, no estaba llena de candados como su hermano.

Así que, en aquel pacífico oasis, las horas se habían esfumado mientras hinchaban globos de colores, colgaban adornos de papel que Anna había pintado y preparaban la merienda. Eleanor se había encargado de hacer el pastel y la campana del horno había sonado segundos antes de que llegasen los primeros invitados. A los O’Donnell pronto se les unieron los Robertson y los Ross. Sacaron sándwiches, pepinillos, galletitas saladas...

Luego, el timbre de la puerta volvió a sonar.

—¡Ya voy! —gritó Margot entre la música.

Ahí estaba Cedric. Y vestía un traje sobrio, como si en lugar de a un cumpleaños infantil asistiese a una boda, pero toda esa formalidad desapareció en cuanto le sonrió. Tras él, Graham aguardaba con aire inquieto y las manos metidas en los bolsillos.

—Sentimos llegar tarde —se disculpó.

—Tranquilos, no es un evento de etiqueta.

Margot los acompañó hasta el jardín y los presentó a las familias del colegio que habían ido al cumpleaños. Eleanor, que llevaba un divertido delantal de Mickey Mouse, se acercó con una sonrisa y le ofreció una silla a Cedric.

—Estoy bien, gracias. Me han hablado de ti.

—Espero que de forma favorable —dijo Eleanor.

Mientras charlaban con su vecina y uno de los padres, Margot se percató de que tenerlos en casa le resultaba peculiar. Lejos del ambiente aséptico del hospital, Cedric adquiría más matices: el sol le daba en la cara, su cabello entrecano brillaba y parecía más vigoroso. Y Graham..., Graham despertaba en ella un alboroto desconcertante. Hasta ese día, nunca lo había visto usar vaqueros y una camisa negra, y las prendas informales le daban un aire juvenil que contrastaba con ese ceño que fruncía sin cesar. Pero lo que más la sorprendió fue el tono azul de sus ojos a la luz de aquel día. El azul era pálido pero intenso, recordaba a un cielo encapotado antes de la tormenta.

Margot notó que un rubor le calentaba las mejillas.

¿Quién era Graham Stone? ¿El hombre frío de sus primeros encuentros, el que apareció después y escondía miedos, dudas y fragilidades, o aquel tipo jovial que había asistido a un cumpleaños infantil? Recordó entonces aquella idea de Cedric sobre que todos somos versiones de versiones de versiones.

Tragó saliva y apartó la vista de él.

—¿Qué os apetecería beber?

—Una cerveza —pidió Graham.

—Vale. ¿Y tú, Cedric? ¿Agua?

—A la mierda. ¡Otra cerveza!

—¡Papá! —Graham protestó.

—¿Qué más da? Voy a morirme igual. Deberíais valorar que no me haya fumado un cigarrillo todavía. Si no fuese porque prometí no volver a probarlo cuando lo dejé...

—¡Que sean dos cervezas!

De camino a la cocina, Margot se cruzó con Peter y le dijo que ya habían llegado los últimos invitados. Había un atisbo de curiosidad en la mirada del chico, lo que podría considerarse un milagro dada su apatía crónica. Cogió las bebidas de la nevera y le pidió a su hijo que se las llevase él, tarea que aceptó con buen talante. Después, comprobó de nuevo el estado del pastel y sacó de la despensa otra bolsa de patatas y unos ganchitos con queso que a Anna la volvían loca y que ella se veía obligada a racionar.

Al salir, entrecerró los ojos ante la incómoda luz de aquel día que prometía acabar con lluvia. Vio a lo lejos a Cedric y Graham hablando

con Peter.

—¿Os apetece un sándwich? —preguntó.

—¿De qué son? —Graham miró la mesa.

—Crema de chocolate o jamón y queso.

—Chocolate —aceptó Graham sonriente.

La sorprendió su elección, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Que Graham fuese goloso era algo que le hacía gracia. Se sentaron a la mesa. Todos charlaron de forma distendida. Eleanor no dejaba de acercar los platos y los cuencos a los invitados, pese a que todos llegaban perfectamente. Los padres comentaban cosas relativas a las clases, las niñas y la función escolar de fin de curso de aquel año. Cedric cuchicheaba con Peter un poco más allá, así que Margot no alcanzaba a oír la conversación. Y Graham…

Graham la miraba fijamente mientras se comía el sándwich.

Desde el día en que lo había conocido había querido decirle que esa costumbre suya de observar a la gente casi sin pestañear resultaba incómoda, a menos que una se encontrase en una tensa reunión de negocios o ante un tribunal por haber asesinado a veintitrés gatitos.

Margot tragó como pudo el pepinillo que se había llevado a la boca, bebió un trago largo de agua y, después, se obligó a mirarlo como él la miraba a ella; puede que por orgullo, para que se diese cuenta de su propia actitud o por mera diversión.

Pensó que había pocas personas en Edimburgo que tuviesen menos en común que ellos dos, y, sin embargo, allí estaban. Entre niñas de voces agudas, padres predecibles, globos de colores y en un barrio a las afueras de la ciudad que probablemente él no habría pisado hasta entonces. Deseó que Cedric valorase que lo hubiese acompañado a aquella fiesta infantil; puede que Graham no fuese el hijo perfecto, pero ¿quién lo era? Tampoco existían los padres perfectos. Estaba convencida de que los dos hombres albergaban luces y sombras, y que serían capaces de solucionar sus diferencias si se comunicasen.

Las niñas entraron en la casa y Clash aprovechó para escaparse al jardín y, con la lengua fuera, correr como un loco de un lado a otro. Intentó robarle a una madre una galletita salada y Margot se levantó alarmada para impedirlo.

—¡Clash! ¡Eso no! ¡No!

—Ven, toma. —Graham lo llamó con un silbido y el perro cambió su objetivo y se acercó a él—. Buen chico. ¿Un poco de jamón?

Le ofreció un pedazo de uno de los sándwiches que había en la mesa y Clash ladró entusiasmado. Después dejó que lo rascase detrás de las orejas y se tumbó a sus pies mientras los invitados reían. Cedric y Peter continuaban hablando un poco más allá, como si no se hubiesen conocido una hora atrás.

—¿Lo has oído, mamá? —gritó Peter—. ¡Tienen avionetas!

—Sí. Menudo vértigo. Mejor ahorrárselo —bromeó ella.

Graham todavía estaba acariciando al perro cuando miró al chico y dijo:

—¿Te gustaría montar en una como copiloto? Tenemos clases de iniciación y el único requisito es no tenerles miedo a las alturas.

Peter se puso en pie como un resorte.

—¿Qué? ¿En serio? ¡Sí, sí, sí!

A Margot se le encogió el estómago.

—No nos lo podemos permitir.

—Es un regalo —aclaró Graham.

—Gracias, pero debemos rechazarlo.

Hubo un silencio incómodo que se extendió por la mesa y se rompió cuando Peter prorrumpió en quejas y resoplidos. Margot se levantó, recogió algunos recipientes vacíos y fue dentro. Procuró calmarse mientras colocaba el pastel en un plato. Estaba avergonzada por su actitud, pero también se sentía satisfecha. El orgullo se abría paso a codazos. Debía pensar en perspectiva: solo los hijos de un puñado de ricos podían darse el lujo de asistir a clases para aprender a pilotar. Casi parecía una de esas cosas de película. Había hecho bien. Había tomado la decisión adecuada para su familia.

—¿Puedo ayudarte?

Graham la miraba con cautela; temía decir alguna otra cosa incorrecta. Ella señaló con la cabeza el lugar donde estaban los cubiertos y le pidió que cogiese cucharas.

—¿Este es el cajón que tanto odias?

—Sí. —La sorprendió que recordase aquel detalle tan nimio y lo observó con curiosidad mientras empujaba el tirador para encajarlo bien.

—Es imposible cerrarlo...

—Lo sé. Déjalo como está.

Ya estaba a punto de salir cuando él dijo:

—Oye, siento el malentendido, pero creo que has sido un poco dura ahí fuera. Peter solo es un niño y a mí no me supondría ningún problema enseñarle y...

—Dura será la caída contra el suelo cuando esas clases terminen y desaparezcas, porque entonces tendré que explicarle que era una ilusión transitoria y que, como mucho, si se porta bien durante todo el año y ahorra cada libra de su paga, podrá permitirse disfrutar de una bicicleta de segunda mano. ¿Comprendes el dilema que supone para mí?

No esperó a que respondiese. Regresó al jardín con la tarta en alto y él pisándole los talones. Eleanor comenzó a cantar y los invitados la imitaron:

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz…

Anna cerró los ojos con fuerza cuando Margot la animó a pensar en un deseo y, luego, con los mofletes sonrosados por la emoción, sopló las velas. Sirvió pedazos de tarta de chocolate en platos desechables y, una vez todo estuvo bajo control, se dejó caer en la silla libre que había junto a Cedric y se llevó a la boca una cucharada tras otra.

—Amiga, te noto un poco tensa.

—Estoy perfectamente. —Margot tragó como pudo—. ¿Y tú cómo te encuentras? Tienes buen aspecto, pero si necesitas cualquier cosa…

—Me siento de maravilla. Gracias por invitarme.

—No hay de qué. Veo que has hablado con Peter.

—Sí, un chico interesante y listo, como su madre.

—Muy gracioso. —Se comió la última cucharada.

—No estaba bromeando, Margot —apuntó Cedric.

Graham apareció con un vaso de limonada en la mano.

—Papá, ¿hemos dejado nuestro regalo en el coche?

—¿Qué regalo? ¡No era necesario! —dijo Margot.

—Claro, seguirá en el maletero —contestó Cedric.

Los dos miembros de la familia Stone la ignoraron deliberadamente: Cedric inició una conversación con Eleanor y no tardó en hacerla reír, mientras Graham salía con el perro tras él y regresaba poco después con un paquete rectangular bajo el brazo envuelto de forma meticulosa. Por él. «Seguro que ha sido cosa suya», pensó Margot. Nadie en su sano juicio colocaría los trozos de celo con tanta precisión.

Anna estaba intentando ponerse los patines que le había regalado una de sus amigas cuando Graham se agachó junto a ella y le dio el paquete. La pequeña sonrió, dio las gracias y empezó a desenvolverlo con prisas. Soltó un largo «Ooooh».

—¡Es precioso! ¡Mira, mamá! ¡Mira!

Era un tutú de plato en color blanco con infinitas capas de tul suave y fino. En el extremo inferior había un bordado dorado a juego con las zapatillas de satén. Parecía sacado de un cuento de hadas y Margot no quiso ni pensar cuánto habría costado.

Estuvieron en el jardín un rato más, hablando y disfrutando de la compañía, hasta que empezó a refrescar y Cedric dijo que había llegado la hora de marcharse. Su hijo lo ayudó a ponerse de pie, pese a sus protestas, y Margot se mordió la lengua para no recriminarle que fuese tan desagradecido. Los acompañó hasta el brillante Mercedes que desentonaba en el barrio como cuando encontraba un cacahuete en un paquete de pipas. Una vez Cedric ocupó el asiento del copiloto, Margot se obligó a sostenerle la mirada a Graham tras el incómodo momento que habían protagonizado en el cumpleaños.

—Gracias por traerlo —le dijo.

—No hay de qué. Ha estado bien.

Él no añadió nada más antes de subirse al coche, arrancar el motor y alejarse calle abajo. Margot se quedó contemplando el punto exacto donde el vehículo había desaparecido de su campo de visión al girar a la derecha. Sintió un vacío extraño en el estómago y alzó la vista hacia el cielo. Empezaba a chispear. Al entrar en casa, la aturdió el repentino silencio tras el agitado día. Pronto, los globos de colores que habían hinchado esa misma mañana perderían su esplendor y se arrugarían sin remedio.

Margot y Graham. El cajón, el vino y…

Edimburgo, Escocia, 1996

La lluvia golpeaba sin tregua los cristales del salón cuando se desplomó en el sofá con una copa de vino en la mano. Un pequeño capricho después de un día alegre pero agotador: tras recoger los restos del cumpleaños y fregar platos y vasos, había tenido que lidiar con el enfado de Peter por haber rechazado las clases de vuelo y también con el entusiasmo desbordante de Anna, que había tardado más de lo habitual en dormirse.

Así que al fin estaba sola.

El silencio era celestial.

Se quitó las zapatillas y estiró los pies.

Y, entonces, llamaron a la puerta.

Tres golpes firmes. Toc, toc, toc.

Pensó que sería Eleanor, aunque antes de irse la mujer le había asegurado que estaba deseando meterse en la cama. Dejó la copa y se levantó para abrir.

Se topó con el semblante serio de Graham.

—¿Qué haces aquí? ¡Estás empapado!

—No había aparcamiento cerca y no llevaba paraguas. —Pequeñas gotitas se escurrían por su frente y su nariz—. Yo solo quería… esto. —Por toda respuesta, alzó la mano con la que sostenía una caja de herramientas.

—No lo entiendo. ¿Qué se supone…?

—El cajón. Creo que puedo arreglarlo.

—¿Estás bromeando?

—No. —Fue seco.

Se miraron el uno al otro durante lo que pareció una eternidad, hasta que Margot lo cogió de la chaqueta y tiró de él para que entrase en la casa tras decirle que hacía frío. Flotaba entre ellos una tensión insoportable. Graham se limpió los zapatos en el felpudo y después se quitó el abrigo y lo colgó del perchero.

—Es tarde. Los niños duermen.

—Ya. Intentaré no hacer ruido.

—Pero… —Margot lo siguió a la cocina, confusa y sin tener claro cómo abordar la inesperada situación—. Todo esto no es necesario.

Él abrió la caja de herramientas.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo.

La miró con tal determinación que Margot decidió guardarse sus quejas durante los siguientes diez minutos. Se dedicó a revolotear a su alrededor, inquieta como una mariposa recién salida de su crisálida, mientras él intentaba ajustar el riel del cajón con destornilladores que iba desechando. Graham siguió peleando con el cajón. Margot limpió la mesa por tercera vez. Graham siguió peleando con el cajón. Margot guardó los utensilios de cocina en su lugar correspondiente. Graham siguió peleando con el cajón. Margot colocó de forma simétrica los imanes de la nevera. Graham siguió peleando y…

—¿Hasta cuándo vas a intentarlo?

—Yo… Pensaba que podría…

—Es un cajón pertinaz.

—Y odioso.

—Del todo.

Suspiró y miró las herramientas.

—Deja que pruebe a ver si…

—No. Se acabó. Olvídate del cajón. —Le salió un tono de voz inflexible que a ella misma la sorprendió y que él admiró—. Acababa de abrir una botella de vino.

—¿Me estás invitando a una copa?

—Sí, ¿por qué no? Vamos al salón.

Al verlo detenerse en la alfombra, Margot pensó que la estancia se había reducido de golpe, porque la presencia de Graham invadía cada rincón. Y luego, en cuanto se sentó, se preguntó si el sofá era así de pequeño esa misma tarde. ¿Tenía sentido que el lugar y los objetos se encogiesen o expandiesen según quién los habitase?

—Toma. No sé si te gustará.

—Seguro que sí. —Aceptó la copa.

El ambiente era familiar, teñido de una intimidad que a Margot le ponía el corazón del revés. Quería que se quedase y esa idea le hacía desear que se fuese. Se preguntaba si solo a ella la traicionaban sus latidos. ¿Percibiría Graham esa electricidad que flotaba entre ambos o tan solo era una sensación unilateral que alimentaba su imaginación?

—Oye, sobre lo de antes…, no pretendía ofenderte. Quiero decir, no era caridad, me apetecía darle esas clases y… —Se pasó una mano por el pelo aún húmedo—. Joder, creo que lo estoy empeorando, ¿verdad? Debería beber y callarme.

—Casi que sí. —Margot sonrió.

Graham dio un sorbo. Su rodilla estaba peligrosamente cerca de la de ella. Margot volvió a pensar en el tamaño del sofá. ¿Cómo era posible? ¿Cómo?

—Hace mucho que no salgo de las oficinas y me dije que estaría bien recordar un poco los viejos tiempos. Me gustó su entusiasmo. Sí,

esa es la palabra. Entusiasmo. Quién pudiera mantenerlo.

—Es lo que tiene ser joven.

—Nosotros tampoco es que tengamos edad para ir decidiendo si queremos el ataúd acolchado con satén blanco roto o tirando a un tono amarillo.

—No sabía que tuvieses sentido del humor.

—Solo a última hora del día. Por el cansancio.

—Ya. —Margot se relamió los labios tras beber y él siguió el movimiento con la mirada—. Siento mi reacción por lo de antes, me pasé un poco.

—Tenías tus razones. He estado pensándolo.

—Aun así... —Margot sacudió la cabeza—. Te agradezco que quisieses hacerle un regalo así a Peter. Está pasando una época complicada. No quiero ni imaginar cómo será cuando entremos de lleno en la adolescencia. Ni el vino podrá con eso.

Margot rellenó las copas y brindaron.

—Entonces, celebremos el presente —dijo él.

—Me gusta cómo suena eso. *Entusiasmado*.

—No soy ningún experto, estoy aprendiendo. —Graham estiró las piernas con un suspiro largo, parecía sentirse cómodo junto a Margot —. Me he pasado toda mi vida pensando en el futuro. Siempre mañana y mañana. Ya sabes: ganar más, lograr más, ascender más, viajar más, valer más...

—Suena estresante.

—Sí. ¿Y para qué?

—Ni idea, dímelo tú.

—No he dado con una respuesta que me convenza. Invertir tiempo en conseguir más tiempo. Es como si llevase años haciendo círculos sin llegar a ninguna parte.

—Tampoco será así...

Graham se terminó la copa.

—Perdona, te estoy entreteniendo y es muy tarde.

—No, espera. Me interesa lo que estás diciendo.

—¿Acaso le encuentras algún sentido?

—Sí. —Le sonrió y cogió la botella, aunque apenas quedaba nada —. En mi caso el futuro es como una especie de nebulosa. Me angustia. Cuando lo pienso me digo: «¿Qué más problemas llegarán?». Y eso que suelo ser positiva. Pero...

Se encogió de hombros, sin saber qué más decir. Mientras él la miraba, soltó una risita y subió los pies descalzos al sofá. Se sentía bien. Ligera. Atractiva. Serena. No era una cuestión externa, allí con la ropa de estar por casa y sin peinar, sino una sensación cálida que nacía de algún lugar profundo y se alimentaba del vino.

Graham la miraba con su intensidad habitual.

—Siento no haber arreglado el cajón…

—Da igual. En realidad, quizá me guste.

—¿Seguir sin poder cerrarlo o mi fracaso?

—Las dos cosas. —Volvió a reírse—. Tiene su encanto, ¿no? La imperfección. Todos encajan y uno se rebela. Es como las cosas rotas. Son bonitas.

—¿Qué graduación tenía el vino? —bromeó.

—¿Te apetece que vaya a por otra botella?

—No será necesario. Debería irme.

—¿Ya? Espera un poco. —Margot no entendía de dónde salía toda esa seguridad, pero quería alargar el momento—. Hablé con tu padre el otro día. Le dejé caer que, al menos, debería escuchar tus ideas antes de rechazarlas. Es lo justo.

Graham sonrió sin apartar los ojos de ella.

—Eso explica que me pidiese el informe.

—¿De verdad? Me alegra mucho oírlo.

—Sí. Compensa esta semana caótica en la que mi exmujer ha conseguido que le ceda el piso de Londres a cambio de formalizar el divorcio de una vez por todas.

—¿No echarás de menos esa ciudad?

—Algunas cosas. Pero no es Edimburgo.

—¿Y no te da vértigo firmar esos papeles?

—Al revés. —Se frotó el mentón con el dorso de la mano—. Necesito cerrar esa etapa para poder seguir adelante. ¿Y tú? ¿Has… avanzado?

—¿Avanzado? —Alzó una ceja.

—Ya sabes, conocer gente.

—¿Conocer gente?

—Deja de repetir todo lo que digo.

—Deja tú de decir cosas ambiguas.

La sonrisa de Graham se esfumó cuando la miró. Su rodilla seguía ahí, junto a la de ella. Se rozaban al moverse. «¿Cómo es posible ser tan consciente de la existencia de una rodilla ajena?», se preguntó Margot maravillada y asustada a la vez.

—¿Sales con alguien?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Una eternidad.

—¿Por qué?

—Tengo hijos y poco tiempo.

—Suena a excusa desgastada.

—¡No es cierto! —exclamó y, después, se echó a reír—. Bueno, quizá un poco sí. Es que es complicado que aparezca un hombre que entienda mi vida, que me entienda a mí, que consiga que lo entienda a

él. Todo eso. Ya sabes.

Él tenía los ojos brillantes mientras la miraba.

—Lo único que sé es que no debería ser tan fácil sentirse bien a tu lado, pero lo consigues sin pretenderlo. Es como si disipases las nubes del día.

—Será un nuevo superpoder que tengo.

—No quiero entretenerte más. Es tarde.

Graham rompió la tensión que flotaba entre ellos. Margot quiso decirle que hacía una eternidad que no compartía con un hombre un rato divertido e interesante. Y quiso pedirle que se quedase un poco más. Y quiso…, también quiso… inclinarse hacia él y acortar la distancia. Pero Graham se levantó con brusquedad, aunque se quedó parado unos segundos con la vista fija en la botella vacía de vino.

—¿Qué demonios lleva? —gruñó.

—Será que no estás acostumbrado al vino barato del supermercado. —Margot ahogó una carcajada, también ella afectada por la bebida—. ¿Todo da vueltas? Es como estar en la noria. Ya no recuerdo cuándo subí, pero la sensación…, creo que era así, ese vértigo en el estómago. En realidad, hace años…, hace años que no hago muchas cosas.

Fue una confesión a media voz.

Pero él no necesitó más para entenderla. Y, como si desease demostrarle que todavía estaba viva, se acercó hacia ella; los labios entreabiertos se encontraron a medio camino, y fue natural y fácil, como si ese beso estuviese destinado a suceder. Margot todavía pensaba en aquella noria y tuvo la sensación de encontrarse en el punto más alto, justo cuando la tripa se encoge de la impresión y las vistas de la ciudad, con todas sus luces y chimeneas, se despliegan bajo la noche. Las manos de él sobre sus mejillas estaban frías, pero sus labios…, sus labios eran un día soleado o el fuego de una chimenea en una casa de montaña. Margot gimió cuando el beso se tornó más húmedo y más apremiante. Despertó algo que creía haber perdido: el deseo, que se adueñó de su cuerpo y de su corazón, pero no de su cabeza. La impactó aquella revelación y se apartó de Graham con un traspié, confundida y desorientada.

—¿Estás bien? —Él la sujetó.

—Sí, sí. —Tomó aire—. No.

—No me digas que te arrepientes…

—Es que no es una buena idea. —Se llevó las manos a las sienes e intentó reordenar las dudas—. Es como estar en tierra de nadie: no eres un desconocido con el que tener un lío sin importancia ni tampoco alguien con quien exista un futuro.

Como si aún desease retener su sabor, Margot se mordió el labio inferior mientras Graham la miraba impasible, con una frialdad que

hacía tiempo que no vestía con ella. Sin mediar palabra, él se giró y dio un paso tras otro hacia la puerta.

—Espera. No puedes conducir así.

—Llamaré a un taxi —contestó.

Cedric y Jane. Una noche

Londres, Inglaterra, 1941

Cedric abrió el aparador del comedor y sirvió dos copas de un licor dulce. Jane estaba sentada en la banqueta del piano, con la mejilla apoyada en la mano y la mirada fija en la ventana, aunque fuera estaba a oscuras a esas horas. Él le ofreció la bebida y señaló el instrumento.

—¿Por qué no lo tocas?

—La música puede ser melancólica.

Sin embargo, abrió la tapa y luego deslizó la punta de sus dedos por las teclas, sin llegar a presionarlas, como si estuviese familiarizándose con el tacto. La habitación estaba sumida en la penumbra y la silueta de Jane se recortaba entre las sombras. La alfombra de diseño persa amortiguó las pisadas de Cedric cuando se acercó a ella y se paró junto al piano. Jane pulsó una tecla. Y luego otra. Y otra más. Las notas se alzaron sobre ellos como jirones de niebla. Cedric bebió un sorbo y disfrutó de la sensación cálida que le bajaba por la garganta mientras la música lo llenaba todo. Jane tenía razón: era una canción melancólica, pero rebosaba belleza.

Cuando terminó, Cedric se sentó a su lado.

—Solo tenemos una noche —susurró ella.

—Hasta el próximo permiso. —Se terminó la bebida y dejó la copa sobre el piano para coger la mano de Jane y acariciársela desde la punta de los dedos hasta la muñeca. Presionó donde tenía el pulso.

—Así que no entendiste el último acertijo.

—En mi defensa, esta vez juego sin ayuda.

—La respuesta correcta es a las 7.06. La aguja pequeña recorre 30º por hora. En 80 minutos habrá recorrido 40º. La grande recorrerá en una hora 320º. La velocidad de la pequeña es de 1º cada 2 minutos. La velocidad de la grande es de 4º por minuto. Si la grande empieza en el punto 180º marca «y 10» al pasar 30 minutos y la pequeña estará en el 7, así que vuelve a marcar a las 07.06 —concluyó con entusiasmo.

Él no terminó de entenderlo, pero le dio igual. Solo podía contemplar sus ojos astutos y aquella boca que dibujaba una curva perfecta.

—Jane, deberías volver a la universidad.

—¿Lo dices en serio? —Se rio nerviosa.

—Claro. ¿Por qué no? Se te ilumina la cara.

—Aunque quisiese, no es el momento.

—Los momentos los creamos nosotros.

—Suenas como un idealista —se burló.

—Quizá esta guerra me esté enseñando a serlo.

—Es posible que me gustes incluso más que cuando te conocí.

Jane le rodeó el cuello con los brazos y él se sintió pletórico, lleno de tanto…, lleno de ella. Hundió el rostro en su cuello y le besó la clavícula despacio. Caminaron a tientas hacia el dormitorio, jadeantes y ansiosos, con esa prisa por despojarse de la ropa que acompaña los primeros pasos del amor. Entre las sábanas, pegó su frente a la de ella.

—Te quiero, te quiero, te quiero…

—Es la primera vez que me lo dices. Y lo haces así, de golpe, y lo repites por si no me queda claro. —Jane se rio y lo besó en la mandíbula.

—Deberías saberlo. ¿Qué duda queda?

—Sé que el cielo es azul, pero me gusta poder comprobarlo a diario. —Hundió los dedos en su pelo—. Yo también te quiero. Tanto tanto…

Cedric y Margot. Recapacitar

Edimburgo, Escocia, 1996

Terminó de limpiar las habitaciones y comprobó en el reloj que tenía unos minutos de margen para ir a recoger a los niños, así que pasó a ver a Cedric. Su hija estaba con él. Blair llevaba unas gafas redondas y revisaba los documentos que tenía en la mano. Estaba tan concentrada que tardó en levantar la cabeza hacia Margot.

—Justo quería hablar contigo.

—¿Pasa algo? —preguntó Margot.

—He terminado los trámites para que reciba el tratamiento paliativo en casa. El traslado será inminente. Eso o es probable que se escape del hospital, ¿verdad, papá?

—Verdad. —Cedric tosió y bebió agua.

—En unos días, cuando estemos allí, volveremos a organizarnos. Tu función será la misma, pero podrás tener un horario más flexible. Graham está en la casa, él hará turnos. Además, nos asignarán una enfermera que nos visitará con regularidad.

—Todo me parece... bien.

A Margot le seguía resultando apabullante la presencia de Blair, toda esa seguridad en sí misma, las cosas tan controladas, la ropa tan inmaculada y aquella barbilla afilada y ligeramente levantada, como si también llevase un collarín imaginario como el que Cedric había diseñado para ella al poco de conocerse. Solo que Blair no parecía necesitarlo, más bien al revés. Le iría bien quitárselo, tirarlo a un lado y relajarse.

Guardó sus cosas en el bolso de marca.

—Termínate la cena —le dijo a su padre.

—Déjame tranquilo —gruñó él por lo bajo.

Le dio un beso a Cedric en la frente. Por lo que murmuró a toda prisa, le había surgido una reunión de trabajo a última hora y no podía entretenerse más.

—Es como un potente exprimidor de limón —comentó Cedric cuando su hija se marchó y se quedaron a solas—. Machacaría hasta las pepitas.

Margot se echó a reír y se sentó junto a él.

—Me lo pasé genial en el cumpleaños —añadió Cedric.

—Sí, fue un día... bonito. —Margot tragó saliva cuando recordó

cómo había acabado todo: con Graham en la cocina de su casa intentando arreglar el cajón, y el vino y la conversación… y aquel beso que la perseguía.

—Tienes una familia maravillosa. Eleanor es encantadora, tan solo hace falta mirarla a los ojos cinco segundos para darse cuenta de que es una buena persona. Y Anna llegará lejos, confía en mí, tiene fuerza. Pero Peter…, Peter es especial.

—¿De verdad te lo pareció?

—Claro que sí. Puedo ser muchas cosas, pero no un mentiroso. Ya hablaremos de todo ese asunto de las clases de vuelo. La intención de Graham era buena. Y hablando de este hijo mío… —Abrió el cajón de la mesilla del hospital y sacó una carpeta.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La propuesta de Graham.

—Ah. ¿Y qué te ha parecido?

—Muy interesante. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Acepté leerla y llevo desde entonces dándole vueltas…

—¿Cuál es el problema? ¿No es viable?

—El problema es que me equivoqué. Todo este tiempo me he negado a valorar las ideas de mi hijo y resulta que son mejores que todo lo que he pensado en la última década. Será cosa de la edad, quizá. Otro punto de vista más fresco. Dime, ¿cuándo me convertí en un viejo testarudo incapaz de escuchar?

—Creo que el hecho de que tengas esa carpeta en las manos demuestra que aún no está todo perdido. Has sabido echar el freno a tiempo.

—No lo habría hecho sin ti. Me hiciste dudar.

—Y te gustó lo que encontraste. —Ella sonrió.

—Mucho. —Volvió a ponerse las gafas y su expresión cambió y se llenó de entusiasmo—. La idea de incorporarnos al auge tecnológico y empezar a trabajar con simuladores de vuelo es brillante, pero supondrá una reestructuración completa de la empresa a todos los niveles. Habrá que hacer ciertos ajustes.

—¿Es posible llevarlo a cabo?

—Sí. Y creo que es una señal de que ha llegado el momento de ceder las riendas del negocio. ¿A quién quiero engañar? Sucederá más pronto que tarde y me gustaría tener unos meses para ver cómo se desenvuelve Graham, por si necesita mi ayuda.

—Es una sabia decisión, Cedric.

—Bien, bien. —Asintió distraído.

—Ahora tengo que irme a por los niños.

—Por supuesto. Salúdalos de mi parte.

Margot salió del hospital y se montó en su coche. Mientras conducía, pensó en lo mucho que a Graham lo reconfortaría el apoyo

de su padre. Pese a lo ocurrido entre ellos dos noches atrás, se emocionaba por él. No había dejado de rememorar la escena, como si estuviese rebobinando sin cesar una cinta mental, estudiando aquel beso desde distintos ángulos. Más lejos, más cerca, más arriba, más abajo. En todas las ocasiones terminaba con el corazón acelerado y se preguntaba si se habría equivocado. Pero ¿qué otra alternativa tenía? A la larga, el daño sería irreparable. Eran demasiado diferentes, los dos llevaban mochilas pesadas; él se encontraba en pleno proceso de divorcio y ella tenía tantas responsabilidades que el concepto del amor en sí mismo le parecía pueril y lejano.

No podía permitirse dejarse llevar por el deseo. El deseo era gelatinoso, lograba colarse por todas partes sin permiso. Daba igual lo mucho que intentase evitarlo, se estremecía en cuanto recordaba los labios de Graham, suaves y exigentes, y sus manos sobre las mejillas de ella como si quisiese enmarcarla.

El secreto de Peter

Edimburgo, Escocia, 1996

En breve comenzarían las vacaciones estivales en el colegio, pese a que las tardes en Edimburgo seguían siendo frescas. Ese día hacía viento y el cielo parecía albergar serias dudas sobre si era un buen momento para ponerse a llover. Margot agradeció que no lo hiciese y, cuando llegó, como se le había hecho un poco tarde, encontró aparcamiento cerca de la puerta. Bajó con prisas y vio a Anna, que la esperaba.

—¡Jolines, mamá! —se quejó la pequeña.

—Lo siento, cariño. ¿Dónde está Peter?

—Aún no ha salido —dijo.

—¿Cómo que no ha salido?

Anna se encogió de hombros.

—Yo no lo he visto, mamá.

—Ve al coche, toma las llaves.

Margot entró con decisión en el edificio. Era de color marrón, rectangular y con barrotes en las ventanas, algo que a ella le recordaba a las prisiones y al padre de los niños, aunque intentaba no pensar en el asunto. Las puertas se abrieron de golpe cuando Peter salió a paso rápido y cabizbajo. No la vio hasta que chocó con ella.

—¡Peter! ¿Qué ha pasado?

Lo sostuvo por los hombros con decisión y evaluó su rostro en busca de alguna marca que indicase que le habían hecho daño, pero no vio nada.

—Había olvidado unos apuntes.

—No me mientas —le advirtió.

—No te estoy mintiendo, mamá.

Puede que Margot ya no supiese leer a su hijo como cuando era pequeño y transparente, pero sabía que estaba nervioso, aunque intentase disimularlo. Por no hablar de que Peter no era el tipo de niño aplicado que volvería a clase en busca de sus apuntes; últimamente tenía que estar encima de él y verlo hacer los deberes por su cuenta se había convertido en una leyenda urbana. Por eso Margot tomó la decisión que llevaba tiempo evitando, temerosa por inmiscuirse en lo que no le correspondía o por estar comportándose como una de esas madres sobreprotectoras.

—Se acabó, iré a hablar con la directora.

Pasó por su lado y se dirigió hacia las puertas por las que su hijo acababa de salir. Terminaría con aquello de una vez por todas. Era necesario tomar medidas. Por alguna razón, Peter estaba sufriendo. Y ella era su madre. Tenía que ayudarlo.

—¡Mamá, no, por favor!

—Peter, esto es por tu bien.

—No, no, ¡espera! —pidió.

Peter se plantó delante de ella.

—No me lo pongas más difícil. ¿Temes que te hagan daño si se enteran de que te has chivado? Esa gente se alimenta del miedo. Pero no los dejaremos ganar.

Se fijó en que él tenía los ojos enrojecidos.

—No lo entiendes... —susurró afligido.

—Créeme, sí lo hago. Aunque te parezca imposible, no hace tanto era como tú e iba al colegio. Sé cómo funcionan las cosas ahí dentro en ocasiones. Y, ahora, haz el favor de apartarte e ir al coche con tu hermana, que está sola. No tardaré.

Él siguió cortándole el paso; parecía a punto de derrumbarse. Y, justo entonces, cuando Margot ya estaba perdiendo la paciencia, un chico pelirrojo y menudo salió del colegio. Llevaba la camisa por fuera y desarreglada, las gafas torcidas en la mano y una magulladura en la mejilla izquierda. Era Niko. Se desvió para no pasar junto a ellos y se alejó del recinto escolar con la vista clavada en el suelo.

—¿Qué está ocurriendo?

—Lo siento, mamá. Yo...

Margot sintió un escalofrío.

—Peter, ¿has hecho tú eso? Mírame.

—¿Qué? ¡No! Solo... volví porque tenía que sacarlo. Los otros chicos lo habían dejado encerrado en el cuarto de baño... —Se tapó el rostro con las manos—. Siempre se meten con él porque le gusta bailar. Pero es culpa mía. Yo lo empecé todo.

Margot tenía un nudo en la garganta.

—No lo entiendo. Explícamelo.

—Fue una tontería. Mis amigos estaban burlándose de él y yo..., yo dije...

—«Eres una mariposa» —adivinó ella.

—Sí. Solo era una broma. Me salió sin pensar. Fue un error. No pensé que empezarían a llamarlo así a todas horas. Pero no puedo pararlo. No puedo.

Margot respiró hondo.

—Sube al coche, Peter.

Con los ojos llenos de las lágrimas que se negaba a derramar, él obedeció sin rechistar. Margot se sentó frente al volante y arrancó el

motor. Avanzó despacio por las calles que conducían hacia la academia de *ballet* y, tal como supuso, encontró en una de ellas a Niko. Aminoró la marcha. Cuando llegó a su altura, frenó y bajó la ventanilla.

—¡Niko! ¡Sube! Te llevo a clase.

El chico levantó la cabeza y miró el coche entre sorprendido y atemorizado. Por fin entendía Margot la incomodidad que flotaba entre Niko y Peter el día que se habían cruzado en los escalones de la academia. La embargó la culpa por no haberlo visto. ¿Cómo no se había dado cuenta de que su hijo no era la víctima, sino al revés? El amor es un antifaz.

—Gracias, señora Abbot, pero no es necesario.

—Insisto. Llegarás tarde y vamos hacia allí.

—De acuerdo —accedió dubitativo.

Subió detrás, junto a Anna. Delante, en el asiento del copiloto, Peter mantuvo la vista clavada en la ventanilla, como si el cristal fuese un televisor.

—¿Quién te ha hecho eso? —le preguntó Anna.

—¿Esto? —Niko se frotó la mejilla magullada—. Me caí.

Margot sintió una pena tan grande que le costó girar a la izquierda en la siguiente calle. No tardaron en llegar a la academia. Al bajar, Niko le dio las gracias de forma apresurada, sin mirarla a los ojos, y se escabulló en el interior de la academia como un animal en busca de refugio bajo la tormenta. Margot acompañó a Anna a los vestuarios y la despidió en la puerta de la clase. Sentía que le faltaba el aire conforme se acercaba a su encuentro con Peter, pero, al mismo tiempo, estaba muy serena, como quien de pronto lo ve todo claro, clarísimo, y las cosas se colocan en su lugar.

Peter seguía en el coche. Ella subió y ninguno de los dos habló mientras se dirigían hacia las afueras. La tensión aumentaba con cada segundo que pasaba. Empezó a lloviznar. Margot pisó el acelerador y tardaron alrededor de quince minutos en llegar al lugar en el que había crecido. Las calles la recibieron como si no hubiese pasado el tiempo. El supermercado estaba en el mismo sitio. Y la farmacia. Y un bar donde la gente se reunía para ver los partidos de fútbol. Aminoró la marcha y se desvió por una calle más estrecha y llena de viviendas. Paró delante de una. Era vieja, el tejado tenía desperfectos y necesitaba otra capa de pintura. La puerta estaba oxidada.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Peter.

—Ahí viví de pequeña. —Sintió un cosquilleo al perderse entre las imágenes y los sabores de su infancia; tan nítidos algunos, tan borrosos otros.

—Mamá, lo siento mucho… —repitió Peter.

—Voy a decirte algo. ¿Recuerdas el cuaderno de notas que

encontró Anna en esa caja? Sí, fui una buena estudiante. Y sí, me gustaba aprender. Pero ¿sabes qué? Al final no hice nada. Me quedé en esta casa, cuidando de mi familia.

—Ya…

—Mi madre tuvo cáncer y, cuando no hubo nada que hacer, decidió pasar los últimos días en casa. Tu abuelo padecía una insuficiencia respiratoria aguda. No podían cuidar el uno del otro y no teníamos dinero para pagar a una persona. La vivienda ni siquiera era nuestra, estábamos de alquiler…

Dejó de hablar al caer en la cuenta de que llevaba toda su vida contando cada libra. El tacto de las monedas en sus manos despertaba en ella una profunda sensación de calma, esos cantos suaves, ese olor a metal, ese tintineo en los bolsillos. El dinero no compraba la felicidad, pero sí la seguridad. Cuando miraba a Anna, no podía evitar pensar: «Una mujer debe tener dinero, su propio dinero. Siempre».

—¿Y qué pasó? —preguntó Peter.

—Me concedieron una beca para entrar en la universidad, pero tuve que rechazarla. No podía dejarlos a su suerte. Mientras todas mis amigas se divertían y estudiaban, yo cuidaba de ellos, mantenía la casa limpia y llevaba dinero a casa. De día trabajaba en una cafetería y de noche dormía mal por miedo a que les ocurriese algo. Murieron con meses de diferencia. Un entierro y luego otro. Para entonces ya había conocido a tu padre y, no mucho después, me quedé embarazada de ti.

Margot rio sin humor y se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas calientes se deslizaban por sus mejillas y se las limpió con el puño de la rebeca.

—Mamá…

—Déjame terminar, por favor —lo cortó—. No pude ir a la universidad. Tampoco tuve una juventud apasionante. Pero ¿sabes una cosa, Peter? No me arrepiento del camino que tomé. No sé si fue una decisión acertada o no, pero fue la mía. Lo que sí sé es que, desde que nacisteis vosotros, me prometí que haría todo lo posible por daros alas. Yo siempre he querido que voléis, incluso aunque me duela que algún día eso signifique que os vayáis lejos. Quería daros las opciones que no tuve. Quería que pudieseis ser egoístas y pensar solo en vosotros mismos, sin culpa ni cargas. Quería… —Tomó aire y lo dejó escapar de golpe—. Aún sigo queriendo todo eso…

—Lo sé. —Peter también lloraba en silencio.

—Pero nada de lo que puedas conseguir con esas alas vale la pena si eres una mala persona. No importa que logres ser médico o un piloto de carreras o un actor de éxito. Si no tienes corazón, todo lo demás carece de brillo. Y te diré algo, Peter: quizá no sea una mujer con la agenda llena de reuniones ni tenga un largo currículum, pero

nunca le he hecho daño a otra persona para llegar a ser quien soy. Y me enorgullezco de ello.

Solo los limpiaparabrisas que se movían de lado a lado rompían la quietud que reinaba en el interior del coche. Peter se limpió las lágrimas antes de armarse de valor para mirar a su madre a los ojos.

—Cometí un error. Yo solo… quería formar parte del grupo. En realidad, ni siquiera me caen bien. Me dejé llevar y no pensé…, no pensé en lo que hacía. Y ahora no sé cómo arreglarlo y no consigo quitarme esta sensación de encima…

—Se llama «culpa».

—Ya. —Resopló bajito.

—¿Imaginas lo que estará sufriendo ese chico?

—Ya —repitió y bajó la vista a sus zapatillas.

—Pues entonces dale la vuelta a la situación.

—¿Cómo lo hago?

—¿Se sienta solo?

—En el descanso, sí.

—Ve con él. No seas parte del rebaño, Peter, tú vales más que todo eso. Y tienes la fortaleza suficiente para enfrentarte a esos chicos. Yo hablaré con la directora del centro, ¿de acuerdo? Hay que parar lo que está ocurriendo cuanto antes.

Peter asintió y luego dejó que ella lo abrazase como cuando era pequeño e inocente, ajeno al odio, la envidia, el rencor o la inquina. Margot se preguntó si sería posible que no quedase nada de aquel niño. La razón le arrojó dudas. El instinto la calmó.

—Mamá.

—Dime.

—¿Y si soy como papá? Una mala persona.

—No vuelvas a decir eso, Peter. En esta vida hay buenas y malas decisiones, nada más. Pero él siempre fue oscuridad y tú una luz desde aquella madrugada…

La soledad de Margot

Edimburgo, Escocia, 1983

Las primeras contracciones fuertes empezaron cuando estaba doblando unas sábanas recién lavadas. Lo recordaba porque arrugó la tela en un puño. Hasta entonces, habían sido suaves y llevaderas. Margot tomó aire, metió la sábana en la cómoda y se encaminó a la cocina para mirar el reloj que estaba colgado en la pared. Se sentó en una silla y mantuvo la vista clavada en las manecillas. La casa estaba fría. Se habían mudado tres meses atrás y, aunque ella aún no lo sabía, volverían a mudarse cinco meses después.

Las contracciones continuaron; el dolor era ascendente e intenso hasta que desaparecía del todo como un tren en una montaña rusa. Subía y bajaba. Subía y bajaba. Anotó en una libreta los tiempos. Cuando empezaron a ser regulares, fue al salón para llamar por teléfono. Probó suerte en el bar que más solía frecuentar Dean, pero le dijeron que no lo habían visto. Después, lo intentó en el segundo, un tugurio donde siempre había peleas y por el que la Policía se dejaba caer cada vez que quería requisar sustancias ilegales y cerrar el día con el trabajo bien hecho. Pero aquella tarde Dean tampoco estaba allí. En esos momentos no tenía trabajo; lo habían echado del último semanas atrás, después de una discusión con el encargado, así que no sabía a qué otro sitio llamar.

Colgó el teléfono y tomó una bocanada de aire. Luego, se levantó y, entre contracción y contracción, cogió la bolsa para el hospital. Salió de la casa, caminó despacito hasta la parada de autobús más próxima y esperó hasta que el vehículo apareció escupiendo humo y abrió las puertas con un chirrido. Había asientos libres. Se concentró en respirar, solo respirar. En cada parada, se preguntó si las personas que la rodeaban tendrían tantas ganas de llegar a su destino como ella. Las contracciones eran intensas y profundas, como si un animal le diese un mordisco. Tenía que apretar los labios con fuerza para no gritar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó un señor.

—Sí, todo... —Inspiró hondo—. Todo genial.

Él la miró dubitativo, pero entonces el edificio del hospital se dibujó ante ella y Margot se sujetó a la barra para ponerse en pie. El autobús frenó en seco y se tambaleó hacia un lado. Mientras las

puertas se abrían y ella bajaba, tuvo la impresión de que surgía de ella una fuerza que horas antes no poseía. Se sintió… capaz de todo.

Pese a la soledad.

Pese al miedo.

Pese al dolor.

Se apoyó en el mostrador de recepción cuando otra contracción la zarandeó. La mujer que la atendía le dijo: «Respira, respira». Y luego: «Llamaré para que vengan a buscarte». Tras avisar a planta y colgar el teléfono, la miró con atención.

—¿Dónde está tu acompañante?

—He venido sola.

—Pero…

—¿Puede…? —Apretó los dientes y necesitó unos segundos para reponerse y ser capaz de hablar—. ¿Puede ayudarme con el formulario de ingreso?

—Claro que sí. Veamos…

—Me llamo Margot Abbot.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiuno.

—Necesitaré una dirección.

—Sí, sí, déjeme recordar…

Margot soltó un quejido de dolor antes de poder responder. Justo cuando pensaba que no lo soportaría más, apareció un hombre con una silla de ruedas y le pidió que se sentase. Estuvo a punto de decir que podía caminar, pero contuvo el tonto impulso y se dejó caer con una mezcla de cansancio y alivio. Dio su dirección y los datos que faltaban. Mientras el hombre la arrastraba por el hospital entre ascensores y pasillos, Margot tuvo un momento de debilidad y se preguntó qué demonios estaría haciendo Dean, qué sería tan importante cuando sabía que ella llevaba desde primera hora de la mañana con contracciones más débiles. Quizá una apuesta a los dardos entre cervezas. O algún lío con esos amigos entre los que solía sentirse incómoda. O una mujer, algo que negaría cuando ella lo insinuase. En cualquier caso, no estaba allí. Como siempre. Margot nunca era la prioridad.

En cuanto entró en el paritorio, todo se aceleró. Su matrona era una mujer de ojos verdes y redondos que le hablaba con dulzura. Durante el tiempo que tardó en dilatar los últimos centímetros, tumbada en la camilla, la cogió de la mano y la guio a la hora de respirar. Margot se dejó llevar por ella como quien se aferra a un salvavidas en medio del mar. Y uno, dos, tres, cuatro, cinco. Volvían a empezar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Así hasta que llegó el momento del expulsivo.

Margot fue consciente de su soledad cuando la matrona se colocó

entre sus piernas y ya no pudo cogerle la mano a nadie. Estaba sola. Pero sola más allá de lo físico, sola como en medio de un desierto emocional. ¿Quién iba a quererla? ¿Quién?

—No te vengas abajo ahora —le dijo la mujer con su característica dulzura, pero también con firmeza—. Llegó el momento. Lo estás haciendo muy bien, Margot.

Muchos años después, ella recordaría de forma precisa la primitiva sensación de aquel cuerpo que se deslizaba en su interior, y el dolor y el vacío repentino poco antes de oír un llanto escandaloso. Después, como si la vida fuese cosa de magia, tenía un bebé encima, entre sus pechos hinchados, con la cara enrojecida y arrugada; los deditos se movían, las uñitas se clavaban en su piel, la boquita buscaba leche…

Mientras lo sostenía, Margot lloró de felicidad.

Peter. Que al fin había llegado. Que era una luz.

Y ella sintió que ya no estaba sola en el mundo.

Cedric Stone. La misión

Tangmere, Inglaterra, 1941

La inquietud no lo soltó cuando salió de la oficina del oficial al mando, que lo había informado de que formaría parte de una misión de observación en la que sobrevolarían Francia. Esa noche estaba fuera de servicio y, en el barracón lleno de camas, empezó varias cartas dirigidas a Jane, pero todas acabaron convertidas en una pelota de papel. «Querida Jane, me han destinado a una misión…». No. «Querida Jane, es posible que la próxima vez que te escriba…». Tampoco. Llevaba meses evitando preocuparla. Durante el último permiso, se ahorró contarle que muchos de los hombres con los que bromeaba al despertar ya no estaban al anochecer, que la muerte rondaba a diario por Tangmere y que, cuando volvían de las misiones, los que se habían quedado en tierra alzaban la vista al cielo y contaban los aviones para hacerse una idea de las bajas como el que cuenta pajarillos.

Antes de que él se incorporase a las filas de la RAF, la Luftwaffe, a las órdenes de Göring, disponía de más tres mil aviones, cuando Inglaterra apenas contaba con un tercio de Hurricanes y Spitfires; aunque, tras la evacuación, se había duplicado la fabricación de carburadores. Los alemanes tenían pilotos más experimentados, mientras que Cedric y muchos de sus compañeros ni siquiera habían terminado la formación. Sin embargo, sí contaban con dos ventajas: la primera era que despegaban y aterrizaban en territorio inglés, mientras que las bases del enemigo se situaban en Francia y en otros países ocupados. Y la segunda, que la Inteligencia alemana ignoraba la eficacia de docenas de estaciones de radar que se extendían desde el este de Escocia hasta Cornualles; con aquel sistema eran capaces de detectar la llegada de sus formaciones, su rumbo y velocidad.

Durante los meses posteriores habían seguido una táctica diferente de combate: la *Big Wing*. Consistía en que despegasen varias escuadrillas y fuesen al encuentro de los bombarderos enemigos antes de que ellos llegasen a sus objetivos. La clave era anticiparse para romper sus formaciones y lograr un mayor número de bajas. Aquello era un éxito, sobre todo porque tenían la posibilidad de repostar y rearmarse, algo que los alemanes no podían hacer una vez cruzaban el canal de la Mancha; debido al consumo de combustible, estos solo

disponían de unos veinte minutos sobre Inglaterra antes de verse obligados a dar la vuelta.

Pese a los buenos resultados, había visto caer a compañeros envueltos en llamas sobre las aguas del canal y había respondido en consecuencia: se le atribuían tres bajas de aviones de combate. Y, aunque fuese hipócrita o ridículo, suponían un peso sobre sus hombros. Lo atormentaban como si los fantasmas de aquellos hombres caminasen junto a él, derecha e izquierda, día y noche. En una de sus cartas, Jane le había dicho que era una buena persona, pero Cedric se preguntaba qué pensaría si lo viese en combate persiguiendo a los Junkers para derribarlos.

Pese a que intentaba no encariñarse con ninguno, se llevaba bien con sus compañeros y sentía predilección por Hank, un joven entusiasta e impulsivo que le recordaba a John. También seguía en contacto con Milton Johnson, que le escribía a menudo. Pero si a alguno lo preocupaban las mismas cuestiones que a él sobre el bien y el mal, nunca lo supo. Puede que todos guardasen silencio. O que, al otro lado del canal, un puñado de alemanes se planteasen lo mismo. O quizá el odio aplastase las conciencias...

—¿Qué querían decirte? —le preguntó Hank.

Arrugó la última carta y la tiró junto al resto.

—Nada importante. Un cambio de misión.

—Qué afortunado. —Patterson le dio un crujiente bocado a la manzana roja que llevaba en la mano y se estiró en la cama—. Estoy deseando que me encomienden alguna.

—¿No te parece suficientemente emocionante lo que hacemos? —se burló Brooks.

Cedric ignoró a los dos hombres cuando se enzarzaron en una tonta discusión y miró pensativo los papeles arrugados. Tampoco tenía por qué informar a Jane de su nueva misión; los censores estarían de acuerdo. Se sentía acartonado y vacío de unas palabras que habían dejado de ser suficientes para decirle cuánto la echaba de menos. Separarse de ella en Navidades había sido doloroso casi de una forma física y lo único que calmaba su ansiedad era ser consciente de que los ataques sobre Londres casi habían cesado.

Con gesto ausente, miró el anillo y le dio vueltas.

—Venga, Stone, deja de pensar en esa chica.

—¿Alguien quiere contar alguna historia?

—Yo tengo un chiste. —Hank sonrió—. ¿Por qué plantan los franceses árboles en los márgenes de sus carreteras? ¡Para que descansen los soldados alemanes!

Hubo risas, seguidas por la tos seca de Brooks, que llevaba días entrando y saliendo de la enfermería. No mucho después, aparecieron en el barracón los pilotos polacos y canadienses que estaban en el

escuadrón. La charla se prolongó un rato más, como si quisiesen estirar aquellos días de relativa calma tras meses trágicos llenos de bajas. Solían comentar las muertes de los demás para analizar qué había pasado, en qué había fallado el piloto. Otras veces, como si quisiesen banalizar la situación, bromeaban sobre cuál era la peor manera de morir. Muchos pensaban que arder en un avión en llamas, pero Cedric temía caer en mar abierto y que los equipos de rescate no apareciesen. La idea de permanecer vivo durante horas hasta que el cansancio lo hundiese en las profundidades le resultaba espeluznante. Y, a pesar de lo que había aprendido durante el corto periodo de formación sobre rizos y toneles, tácticas de caza, armamentos y motores, sabía que a menudo tan solo era cuestión de suerte; anticiparse a un movimiento del enemigo o lograr virar y mantener el sol a la espalda podía trazar la línea entre vivir o morir.

La noche antes de partir a su nueva misión, Cedric estuvo despierto durante horas, pero, en lugar de dar vueltas en el incómodo catre, se mantuvo quieto mirando la nada y oyendo los ronquidos de algunos compañeros. Saboreó el instante de sosiego como el que abre un regalo. Cuando el sol despuntó por el horizonte, se levantó el primero.

Las dudas y los miedos desaparecieron en el interior de la cabina de su Spitfire. Despegó siguiendo las órdenes y, una vez en el aire, comprobó el oxígeno al llegar a los diez mil pies de altura. Sobrevoló el canal de la Mancha. No había ni un alma alrededor. Una neblina en tierra cubría la campiña y apenas se veía el suelo. Quizá deberían haber dado media vuelta y abortar la misión, pero no lo hicieron. Se dirigieron hacia Boulogne y luego bajaron por la costa y continuaron hacia el interior en dirección a Abbeville. Junto a otros dos aparatos, el oficial al mando volaba por debajo para llevar a cabo la observación y los demás iban arriba y por detrás para protegerlo de los cazas enemigos. Al aproximarse al aeródromo, los sorprendió una ráfaga de artillería antiaérea y Cedric viró a la derecha, para ascender y alejarse del alcance de la batería antes de poner rumbo a Ruan. Entre la neblina, apenas se distinguía el Sena, que serpenteaba debajo. El cielo gris ceniza permanecía dormido. Hasta que, de repente, dos aviones enemigos surgieron entre la bruma como aves carroñeras y fueron directos hacia ellos.

Cedric notó un tirón en el pecho, como si el corazón se saltase un latido antes de volver a una calma tensa. Encendió las miras reflectoras, colocó el botón de armamento en la posición «fuego» y se preparó. Pensó que sería sencillo, algo casi rutinario. Pero, al mirar hacia atrás, vio al menos otros seis Messerschmitt Bf 110 a unos tres mil pies por encima, picando sobre ellos para darles caza. Estaban en una posición peligrosa e indefensa. Uno de los compañeros de Cedric

giró con brusquedad a la derecha y lo perdió de vista, pero el otro continuó volando en línea recta. Cedric lo llamó por el radiotransmisor y le gritó que tenían varios Messerschmitt a las seis, pero no se desvió de su ruta y continuó directo hacia el bombardero que tenía enfrente. La desesperación lo invadió. Disparó para intentar ayudarlo, pero no alcanzó el objetivo. Volvió a mirar atrás. Uno de los aviones que les estaba dando caza abrió fuego y vio pasar sus proyectiles y trazadoras. Cedric viró violentamente, hasta casi perder el control del avión, y atravesó una nube. Cuando se hizo de nuevo con el dominio de los mandos, ascendió con alivio al haber dejado atrás a los enemigos. Vio a lo lejos a uno de ellos y logró cambiar el rumbo y situarse a su espalda. Cuando lo tuvo a corta distancia, disparó el resto de la munición. El fuselaje y la cubierta de su carlinga salieron volando en pedazos y el avión empezó a caer hasta que se convirtió en una masa deforme de chatarra ardiente.

Seguía con el pulso acelerado y los nervios a flor de piel mientras buscaba a sus compañeros. Los había perdido de vista al descender más durante el ataque. La neblina parecía haberse acentuado de repente. Estaba a punto de ascender cuando se dio cuenta de que tenía un avión enemigo detrás. Se encontraba a tiro. Cedric intentó desviarse de su trayectoria, pero no fue lo suficientemente rápido y lo alcanzó. El avión entero se tambaleó y vibró. Del motor comenzó a salir un raudal de humo y, después, una llamarada de fuego brotó desde la cubierta. Todo ocurrió en apenas unos segundos. Perdió el control del aparato y empezó a caer en vertical. La niebla impedía que pudiese ver a qué distancia estaba del suelo, pero suponía que cerca, demasiado cerca. No iba a ser capaz de saltar. Dejó de esforzarse por encauzar el rumbo del avión cuando supo que no le quedaba tiempo. No podía pensar en nada que no fuese en salir de allí, aunque no estaba seguro de ser capaz de hacerlo con la suficiente antelación como para abrir el paracaídas. Fue como si su mente y su cuerpo desconectasen durante unos instantes y actuó por puro instinto. Lo último en lo que pensó antes de dejarse caer fue que aquello era el final, que todo había acabado. Luego, sintió el azote del viento helado y, con fuerza, tiró del paracaídas a ciegas, envuelto en la densa niebla.

Después, un dolor profundo lo atravesó. Y se dejó engullir por la oscuridad.

Cedric Stone. La caída

Francia, 1941

—*Komm schon, steh auf!*

Cuando abrió los ojos, un soldado alemán rubio y de nariz ancha lo apuntaba con un fusil. Los dos compañeros que se situaban tras él mostraban una actitud más relajada. Cedric no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente, pero supuso que debía de estar agradecido porque no lo habían abatido desde tierra al verlo caer en paracaídas.

—*Auf!*

Entendió que querían que se levantase. Se había hecho un desgarro en la pierna con la rama de un árbol y la sangre manaba y empapaba el pantalón. Pese a ello, logró apoyarse en el suelo con las palmas de las manos e incorporarse. El soldado siguió manteniendo el arma en alto. Todo había ocurrido tan rápido que no le dio tiempo a sentir miedo por lo que iba a suceder y se dejó llevar cuando le dieron un empujón para que caminase delante de ellos.

Lo que pasó después siempre se mantuvo difuso en los recuerdos de Cedric, como un montón de hilos enmarañados. Las imágenes eran vagas, desfiguradas, ajenas. El dolor lacerante de la herida de la pierna era tan intenso que lo aturdía. Los hombres hablaban entre ellos mientras avanzaban y él no entendía nada.

Pero sabía que acababa de convertirse en un prisionero de guerra.

Cedric y Margot. La casa

Edimburgo, Escocia, 1996

Contempló la calle llena de casas preciosas y revisó la dirección antes de bajar del coche. Días atrás, al llegar al hospital, había limpiado la habitación vacía de Cedric con el corazón encogido. Habían pasado muy buenos momentos entre esas cuatro paredes, pese al aspecto gris y anodino de la estancia. Margot podía enumerar muchas miradas, abrazos y confesiones. En cierto modo, significaba dejar atrás y empezar otra etapa, una que se acercaba cada vez más al final.

Llamó al timbre y esperó con impaciencia. Graham abrió la puerta.

No habían vuelto a verse desde aquel beso que Margot no conseguía olvidar y en el que pensaba más a menudo de lo que deseaba. Intentó en vano no sonrojarse y sostenerle la mirada, aunque los ojos de él carecían de emoción. Volvían a ser gélidos.

—Siento llegar tarde.

—Adelante —dijo.

La casa tenía un aire atemporal, como un árbol. Podría haber sido decorada en la actualidad o cuarenta años atrás. El suelo era de madera oscura, los muebles poseían líneas clásicas, la cocina en la que entraron era de un tono gris perla que atraía la luz pese al cielo apagado de Edimburgo. Con la cabeza inclinada sobre la encimera, una mujer de mejillas redondeadas tarareaba la canción que sonaba por la radio.

—Te presento a Helen. Se ocupa de la casa.

—Encantada. Me llamo Margot —le dijo.

La mujer se limpió las manos en el delantal.

—Si necesitas cualquier cosa mientras estés por aquí, solo tienes que decírmelo. El menú del día lo decido en torno a media mañana. ¿Eres alérgica a algo? ¿Vegetariana?

—No, todo me va bien —le aseguró Margot.

A su lado, Graham suspiró y se pasó una mano por el pelo. Margot se fijó en que parecía cansado y, además, por primera vez evitaba su mirada.

—Te enseñaré tu habitación —la apremió.

La canción de la radio se volvió inaudible cuando salieron de la cocina y atravesaron el espacioso comedor. Una escalera conducía

hacia la segunda planta. El silencio los acompañaba paso a paso. Era insoportable. Margot quiso romperlo.

—¿Cómo se ha encontrado desde que llegó?

—No ha pasado una buena noche. Tuvo vómitos y mareos. —De pronto, paró de caminar en uno de los últimos escalones y se giró hacia ella con una mano en la barandilla—. Yo me ocuparé de él por las mañanas. De paso, estudiaremos los cambios en la empresa. Y, en cuanto a las noches, si necesitas que te cubra...

Margot se puso a la defensiva y contestó:

—Casi parece que quieras despedirme.

—Entonces, no lo estás entendiendo.

—O será que tú no te explicas bien.

Aún parados en medio de la escalera, se miraron en silencio unos segundos como si se retasen el uno al otro, aunque no quedaba claro sobre qué idea giraba el conflicto. Al final, Graham lanzó un suspiro y murmuró un «Olvídalo» antes de seguir.

Margot tragó saliva mientras recorrían el piso superior. Pasaron de largo un pequeño salón frente a una cristalera inmensa que a ella le pareció un espacio digno de una revista de decoración. Le enseñó su habitación: una estancia sencilla, donde la luz caía sobre la colcha floreada de la cama y el cuadro colgado encima del cabezal que recordaba a una obra campestre de Helen Galloway.

—Si hay algo que no esté a tu gusto...

—Todo es más que perfecto —le aseguró.

—El dormitorio de Cedric está justo al lado.

Salieron y se dirigieron a la puerta contigua. Graham llamó con los nudillos antes de abrir. La habitación de Cedric era espaciosa y serena.

—Ya pensaba que me habías abandonado...

—No te desharás de mí con tanta facilidad —dijo ella.

Se sentó junto a él a un lado de la cama. Cedric tenía un color de piel amarillento y se le marcaban las ojeras y las arrugas debido a la enfermedad y la pérdida de peso. La caquexia cada vez era más evidente. Hacía unos días que había salido del hospital, pero ella no había podido acercarse antes por culpa de un resfriado y él había estado ocupado asentándose y recibiendo visitas de amigos y familiares.

—Cuéntame, ¿cómo estás? —quiso saber.

—Yo soy la que debería preguntarte a ti.

—Ciertamente, mi estado carece de misterio. —Sonrió con amargura—. ¿Los chicos se encuentran bien? Faltará poco para las vacaciones. ¿Eso te supondrá un problema? Puedes traerlos aquí cuando quieras. La casa es grande y está vacía, hay espacio suficiente para que lo pongan todo patas arriba. Además, le prometí a tu hijo

que le enseñaría mis maquetas de aviones…

—Perdón por interrumpir la charla —se inmiscuyó Graham con un tono desganado—, pero tengo que irme ya. ¿Necesitas algo más, papá?

—No, no, vete tranquilo.

—Bien, te llamaré luego.

Señaló con la cabeza el teléfono que estaba en la mesilla de noche, con el cable doblado entre caramelos de menta, una pila de novelas y pañuelos de papel. Luego, salió del dormitorio y cerró la puerta con su sigilo habitual, como si evitase dejar huella; ellos se quedaron a solas. Margot tuvo la incómoda sensación de que Cedric era consciente de que su mirada se había detenido más tiempo de lo razonable en la figura esbelta de su hijo. Quiso romper el silencio:

—A Peter le gustará ver esas maquetas.

—Seguro que sí. Son una preciosidad.

—Y, bueno, digamos que… alguien… —Se mordió el labio, dubitativa, con la impresión de que estaba caminando sobre cáscaras de huevo—. Alguien me dijo que coleccionabas antigüedades. Y cartas de la época de la guerra. Y calculadoras.

—Y ese alguien solo pueden ser Blair o Graham.

—No te desvíes del tema —rogó sonrojada.

—No sabía que hablases tanto con Graham.

—¿Por qué has descartado a Blair?

—Margot, vamos, no nací ayer.

—Bueno, hemos ido a tomar algo alguna vez. Y hablamos, sí —admitió, insegura—. Ahora, explícame lo de esas calculadoras.

Cedric la evaluó en silencio unos instantes. «¿Qué estará buscando?», se preguntó Margot. Pero, antes de que pudiese averiguarlo, él tosió y se movió con lentitud para incorporarse un poco más. Ya no llevaba la bata del hospital, sino un pijama granate y un batín con un estampado de cuadros. Margot vio que el anillo de los Stone brillaba en su dedo anular cuando él alargó la mano y abrió el cajón de la mesilla. Sacó una vieja caja de latón con los bordes oxidados. La acunó entre sus brazos como si fuese un tesoro.

—Dejemos las calculadoras para otro día.

—Pero… —empezó a protestar.

—Quiero enseñarte otra cosa.

Cedric se puso las gafas y abrió la caja. La dejó sobre su regazo. Los recuerdos dormían en su interior. Le tendió a Margot una fotografía en la que salía un apuesto joven de ojos claros y sonrisa torcida.

—Eres tú… —susurró ella.

—No. Es John. Nos parecíamos mucho.

Le dio otra instantánea. Los dos hermanos salían juntos: Cedric

era un poco más alto y pasaba el brazo sobre los hombros de John, que apoyaba en el suelo el hacha que llevaba en la mano izquierda. Tras ellos se intuían troncos de árboles ya cortados. Miraban a la cámara como si retasen al fotógrafo a capturar la felicidad del momento.

—Sois casi iguales.

—Sí, eso solían decir.

—Y Graham también. Los ojos, la boca, la mandíbula…

Los hombres de aquella familia eran como copias unos de otros. A Margot le hizo gracia pensar que las pocas semejanzas en el carácter se debían a la imperiosa necesidad de diferenciarse entre ellos, porque no podían huir de las líneas y los gestos comunes.

En la siguiente, aquel joven en blanco y negro al que ya reconocía como Cedric se mostraba serio delante de un avión de combate. Llevaba un mono blanco de algodón, chaleco salvavidas, el casco, las gafas, la máscara y las botas. En la parte trasera, había una fecha escrita a lápiz: enero, 1941.

—Fue antes de que te derribasen…

—Sí. Lo malo de escarbar en los recuerdos es que uno empieza a hacerse preguntas tontas sobre todo lo que podría haber hecho de manera diferente. Si no me hubiesen encomendado aquella misión… Si no hubiese caído en territorio enemigo… Si no hubiese sido un día con tanta niebla…

—¿Qué tiene que ver la niebla?

—Ah. Todo. ¿No te resulta curioso que cosas tan pequeñas cambien el transcurso de vidas enteras? Como una picadura de un mosquito que es portador de alguna enfermedad mortal. O ese instante en el que alguien aparta la vista de la carretera. O los segundos que tardan en cortar el cordón umbilical alrededor del cuello de un bebé…

—Tu forma de pensar y sentir es una tortura.

—Lo sé. Lucho contra mí mismo a diario.

Se quedaron en silencio y Margot aprovechó para mirar otra vez las fotografías como si desease memorizar cada detalle, por nimio que fuese. En algún momento que ella no sabía situar en el tiempo, había empezado a sentir suya la historia de Cedric, no con un sentimiento de pertenencia, sino desde la familiaridad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Tú puedes preguntar lo que quieras, Margot.

—¿Has seguido echando de menos a John?

Le devolvió la instantánea en la que aparecía junto a su hermano y Cedric la cogió con cuidado, le echó un vistazo y volvió a guardarla en la caja de latón.

—Cada día. Echo de menos lo que no pudo ser. Que estuviese en

mi boda, que viese crecer a mis hijos, que cometiese alguna idiotez que poder recordarle en las reuniones familiares. —Sonrió con melancolía y lanzó un suspiro—. Él siempre tendrá dieciocho años, y yo cumplí treinta y dos, y cuarenta y ocho, y sesenta y cuatro. ¿Entiendes lo que quiero decir? Cuando alguien muere joven, aquellos que lo querían pasan el resto de sus vidas trasladándolo al presente, como si esa persona fuese…, digamos, una pegatina que uno va colocando en diferentes escenarios. A mí me hacía gracia cuando mis hijos me pedían que les hablase del «tío John», porque, en realidad, John nunca fue tío. Pero ha continuado vivo con nosotros.

—Es bonito eso, Cedric.

—Siempre hay belleza en la herida.

Ante el silencio de Margot, él siguió pasándole fotografías, algunas de viejos amigos, otras de familiares y, al final, una de una mujer. Se le erizó la piel al ver que a él le temblaban las manos al dársela. Margot no tuvo dudas de quién era en cuanto vio la nariz respingona, las manos cruzadas sobre el regazo de forma contenida, como si estuviese deseando agitarlas, y la mirada punzante que recordaba al aguijón de una avispa; llevaba un vestido con el cuello ovalado y el cabello peinado en ondas.

—Era preciosa —le dijo.

—Lo sé. —Cedric deslizó la punta de los dedos por el rostro de papel—. Me la dio cuando fui a verla durante el primer permiso. La llevé siempre encima, como si fuese parte de mí.

—¿Qué ocurrió luego, Cedric?

—Ya estamos llegando al final…

Ella llevaba días visualizando aquel avión envuelto en llamas que caía entre la niebla y necesitaba saber qué había pasado después, pero Cedric parecía agotado.

—¿Le pido a Helen que te prepare un poco de sopa caliente?

—Sí. Y otra ración para ti. Gracias.

Mientras él aún sostenía la fotografía de Jane, Margot se levantó y guardó los tesoros de Cedric en la caja. Al hacerlo, vio el sobre vacío y amarillento de una carta. Distinguió el nombre de Jane y su dirección en Southwark. Con un suspiro, lo metió junto al resto de los recuerdos y salió de la habitación.

Media hora más tarde, sumidos en un silencio agradable, los dos cenaron sopa de pollo. Después, Margot le arregló la cama, le suministró la medicación, le puso crema hidratante y se quedó un rato sentada en el sillón del dormitorio hasta que notó que se le cerraban los ojos. Pensó en irse a la habitación que habían preparado para ella, pero estaba acostumbrada a dormir junto a Cedric, así que fue al cuarto de al lado, cogió la almohada y la colcha de flores y se hizo un ovillo en el sillón.

Las alas equivocadas

Edimburgo, Escocia, 1996

Margot llegó a su casa el sábado a primera hora de la mañana, tras despedirse de Cedric. Había parado para comprar dulces y los niños la recibieron encantados cuando vieron que llevaba una bolsa de la cafetería Berty. Antes de que tuviese tiempo de quitarse la chaqueta y el bolso cruzado, ellos ya se habían sentado a la mesa de la cocina. Eleanor sirvió cuatro vasos de leche y luego le ofreció comida a Clash.

—¿Lo habéis sacado a pasear?

—Sí —contestó Peter.

—Bien. Gracias, cariño.

—¡Dónuts! —gritó Anna.

—¡Y rollitos de canela!

—Con moderación —pidió Margot, aunque al ver la boca de Anna cubierta de glaseado supo que era una batalla perdida—. Come despacio.

—¿Así? —Anna fingió masticar a cámara lenta.

—A ver cuánto aguantas —la retó Peter.

—Peter... —advirtió Margot.

—¡Si ha sido idea suya!

—Eleanor, ¿quieres rollito?

—Venga, va, un trocito...

—¿Cómo está Cedric? —preguntó Peter.

A Margot casi la emocionó que su hijo se preocupase por algo que no fuese su propio ombligo. Después del momento que habían mantenido en el coche, todo había cambiado. No por la situación, sino porque ella al fin comprendía qué le ocurría, y la incertidumbre había dejado de llamar a su puerta cada noche cuando intentaba conciliar el sueño. A Eleanor le había afectado más de lo esperado la noticia, pero habían acordado que las dos serían un equipo, confiarían en Peter y le tenderían la mano.

—Ayer no tuvo un buen día. Va a trompicones.

—Esa enfermedad es así —dijo Eleanor—. Traicionera.

—Ya. —Margot recordaba los últimos meses de su madre, las subidas y bajadas, las mañanas en que se despertaba con energía y las noches en que se apagaba.

A escondidas, Anna le dio un trozo de dónut a Clash.

—Ha estado enseñándome fotografías antiguas.

—¿Yo podré ir algún día a su casa?

—No lo sé, Peter. Quizá. —Le ofreció una servilleta para que se limpiara y le dirigió una mirada inquisidora—. ¿Alguna novedad en clase?

—Sí. Tú tenías razón. Ya no se meten con él.

Los primeros días de colegio tras la conversación que habían tenido, Peter le había confesado a Margot que no había encontrado el valor para acercarse a Niko y se había quedado junto a sus amigos, cada vez más rezagado e incómodo. Pese a sus reticencias, ella le había agradecido que fuese sincero. El jueves, Peter había ido a hablarle, pero seguía temiendo tanto las consecuencias que tan solo había sido capaz de decirle un par de palabras antes de volver sobre sus pasos y refugiarse en el cuarto de baño; así evitaba tanto a Niko como al resto del grupo.

—¿Qué pasó ayer?

—Lo hice. Cuando llegó la hora del descanso, vi que Niko estaba solo, comiéndose un bocadillo, así que fui y me senté a su lado. Casi no hablamos. Pero nadie se acercó para burlarse de él, como solían hacer. Y fue un alivio, mamá. Por fin.

Peter dejó escapar de golpe el aire contenido. Margot se inclinó y le dio un beso en la frente.

—¿Le has pedido perdón? —intervino Eleanor.

—Todavía no. Pero quiero hacerlo —aseguró.

—Cuanto antes, mejor —concluyó Eleanor.

Terminaron de desayunar mientras Anna les contaba que, en su vida anterior, estaba convencida de haber sido un ratón porque ¿qué otra cosa podría explicar de forma razonable lo mucho que le gustaba el queso? Clash lamía las migas que caían al suelo. Eleanor fue a enjuagar los vasos. Peter se mostraba distraído y miraba por la ventana.

—¿En qué estás pensando, cariño? —le preguntó Margot.

—¿En queso roquefort? ¿Cheddar? ¿Brie? —dijo Anna.

Peter ignoró a su hermana y comentó:

—Busqué a Jane en el listín telefónico.

—¿Y diste con ella?

—No. Tenías razón. Puede que dejase de usar su apellido de soltera o que muriese. —Cogió aire y miró a su madre—. Ayúdame a encontrarla. Por favor.

—Peter… —Margot se dio cuenta entonces de que sí, su hijo pronto echaría a volar y abandonaría el nido, pero allí, delante de ella, con los ojos brillantes por la emoción, seguía siendo un niño. Un niño que iba en busca de un final feliz imposible y al que aún le quedaba un largo camino que recorrer para conocerse a sí mismo—. No.

—¿Por qué no quieres hacerlo?

—¿El qué? —Dejó la taza en el fregadero.

—Cedric se está muriendo y, si existe alguna posibilidad de que Jane siga viva, por remota que sea, debemos encontrarla. Sería el mejor regalo posible.

—¿Cómo puedes ser tan persuasivo?

Margot dudó, porque existían demasiados interrogantes en el aire. ¿Y si él y Jane lo intentaron pero no salió bien? ¿Y si Jane murió en los brazos de Cedric? ¿Y si ocurrió muchos años atrás, en la guerra? ¿Y si no había sido así pero algo los distanció? ¿Y si...? Margot intuía que las cosas no habían ido bien y no estaba preparada para enfrentarse a ello y que la historia, todo aquello que compartían entre palabra y palabra, llegase a su fin.

—El chico tiene razón —opinó Eleanor.

—Lo que le faltaba, que le des alas.

—¿No es de lo que siempre hablas?

—Alas para otras cosas. Los estudios, los sueños, la vida... No para que se ponga a buscar fantasmas del pasado. —Odió cómo sonó esa palabra en sus labios, «fantasmas», para referirse a Jane, que había sido de carne y hueso, que tenía esa mirada sagaz.

—Las alas para ser empático no hay que quitárselas. —Eleanor soltó una risita propia de una chiquilla y se secó las manos con un trapo.

—No entiendo lo de las alas —protestó Anna.

—Es una metáfora, cariño —le aclaró Margot.

—¿Como cuando nos decías que papá estaba de vacaciones porque no querías contarnos que estaba en la cárcel? ¿A eso te refieres?

—Ay, Anna. No es eso. Oíd, chicos...

—Yo soy una chica —dijo Anna.

—Perdón. Chicas y chicos...

—¿Vamos a buscarla o no?

—Peter. —Margot lanzó un suspiro. Total, tanto si quería como si no, ya no iba a poder quitarle esa idea de la cabeza—. Ahora que lo dices...

—¿Qué? —la apremió Peter.

—Ayer, al recoger las fotografías, encontré un sobre con la dirección de Jane. Quizá podríamos escribirle una carta y cruzar los dedos a ver si contesta.

Peter se levantó atropelladamente para ir a por papel y boli.

Anna le acarició la cabeza a Clash y dijo:

—Sigo sin entender lo de las alas...

—Te lo explico en un rato, ¿vale?

—¿Y podemos cenar alitas de pollo?

—Sí, Anna, sí. —Contuvo una carcajada.

Cedric Stone. Los años grises

Edimburgo, Escocia, 1996

Cedric se frotó los ojos y el puente de la nariz. Sentado en la cama, recostado en la almohada, contempló la pared de enfrente, donde había un enorme cuadro. El pintor había inmortalizado un tramo de costa con algunos bañistas, el agua color turquesa y los campos verdes que rodeaban el lugar. Margot distinguió el nombre del autor en una esquina, Herbert Alker Tripp, y se dio cuenta de que el paisaje congelado era Cornualles.

—¿Dónde dices que nos quedamos?

—Te hicieron prisionero. Y estabas herido.

—Sí, claro, sí… —Cedric entrecerró los ojos como si hiciese un esfuerzo por volver a aquellos días grises—. Los recuerdos de esa época están un poco difusos. Muchas horas, mucha niebla, mucho… todo.

Las palabras se le resistían.

—No tienes por qué contármelo. Hagamos otra cosa. Podemos jugar a las cartas, si te apetece, aunque se me da fatal. O ver un rato la televisión.

—No, no, detesto ese cacharro…

Con una sonrisa, Margot se levantó para abrir las pesadas cortinas y dejar que entrase la escasa luz de la tarde. No era un día demasiado apacible, pero la vida en la calle contrastaba con la quietud del dormitorio: la gente paseaba, los coches circulaban y los pájaros se alineaban en las cornisas de los edificios, así que Margot tuvo una idea.

—¿Quieres que salgamos?

—Pues sí, eso estaría bien…

—Perfecto. Lo prepararé.

Margot metió en una bolsa todo lo necesario y habló con Helen para que la ayudase a sacar la silla de ruedas que Blair, siempre previsora, había comprado. Entre las dos, acompañaron a Cedric mientras bajaba por las escaleras. El dolor de espalda le impedía caminar erguido. Poco después, estuvieron listos.

—No os vayáis lejos, por favor —rogó Helen.

—Dos o tres calles, como mucho. Daremos un paseo y nos sentaremos un rato en una cafetería. Estaremos de vuelta antes de que

anochezca.

Margot empujó la silla con decisión e intentó esquivar los adoquines levantados de la acera. Cedric se mostró sereno. Con la cabeza alta, el viento le revolvía el cabello entrecano y mantenía las manos sobre el regazo. Al llegar a la cafetería, un hombre los ayudó a subir la silla, porque había un desnivel en la entrada. El escalón era ridículo, un niño que acabase de aprender a caminar lo dejaría atrás sin problemas, y Margot se preguntó cómo se sentiría Cedric en aquella posición, cómo se sentiría ella cuando ya no pudiese hacer las cosas que hacía entonces, cómo se siente la gente cuando el mundo que ha habitado durante toda su vida deja de estar hecho a su medida...

—¡Hemos llegado! —anunció Margot.

Ya junto a la mesa, se acercó a Cedric para quitarle la ropa de abrigo, pero él la frenó con la mirada. Despacio, muy despacio, se desprendió de la chaqueta. Pidieron dos bebidas y contemplaron a través de la ventana el ir y venir de los transeúntes que abrieron sus paraguas cuando llegó la lluvia.

Cedric carraspeó antes de empezar a hablar:

—Tenía los ligamentos rotos y la carne desgarrada. Había más prisioneros heridos, muchos murieron por el camino. Hacía frío, la comida escaseaba y tuvimos que caminar a marchas forzadas atravesando Francia y Bélgica hasta llegar a Clervaux, al norte de Luxemburgo. Fue horrible. —Hizo una pausa, tomó un sorbo—. Teníamos los pies llenos de ampollas y el hambre no te perforaba el estómago, sino la cabeza. A veces oía la voz de John. Temí enloquecer.

Como si el cielo estuviese escuchando el relato de Cedric, se oscureció y la lluvia golpeó con más fuerza la ventana de la cafetería, dejando un rastro brillante que a Margot le recordaba a la purpurina que Anna usaba para hacer manualidades. La luz roja del semáforo de enfrente se reflejaba en el cristal.

—¿Y luego lograste escapar?

—No. A los que sobrevivimos nos metieron en un tren. Fue un viaje de varios días en condiciones inhumanas. Dábamos cabezadas y no era raro despertar y descubrir que el compañero que estaba a tu lado había dejado de respirar. Una vez llegamos a Silesia, en Polonia, nos trasladaron al campo de prisioneros Stalag XXI-D. Apenas teníamos comida, trabajábamos de sol a sol y dormíamos entre ratas y piojos. Mi único propósito diario era mantenerme cuerdo. Muchos prisioneros se volvían grises. Desaparecían. Era una forma de morir en vida. Así que me aferré a tres recuerdos y cada noche, tras caer rendido, los visualizaba como si fuesen una película. El primero era de Jane: su sonrisa en la cima de aquel acantilado y el olor a rosas en su

cuello. Para el segundo iba más atrás, al bote de pesca con mi padre, cuando él me decía: «En esta vida hay pocas cosas que podemos elegir, pero ser honrados es una de ellas, ¿me has entendido, Cedric?». En el tercero, John y yo cogíamos del pescuezo a unos gatos recién nacidos que la madre había abandonado cerca de la casa y les dábamos leche hasta hinchar sus pequeñas barrigas. John adoraba a esos gatos, sonreía como un bobo cuando maullaban y agitaban sus patitas para sacar las garras.

—Cedric… —Margot tragó saliva, acongojada.

Él siguió hablando como si no pudiese parar.

—Casi dos años después, me trasladaron a otro campo de prisioneros, el Stalag Luft III, en Żagań. Los alemanes instalaron ese campo en medio del bosque para recluir a aviadores británicos y estadounidenses. Se decía que era uno de los más seguros y que era imposible huir de allí. Tomaron medidas, como elevar los barracones por encima del suelo para evitar que se hiciesen túneles y también instalaron micrófonos sismográficos para detectar vibraciones de excavaciones. Había una alambrada doble y torretas de vigilancia. Los guardias nos supervisaban con ahínco y un grupo de soldados llamados «hurones» llevaban a cabo inspecciones sorpresa.

Cedric contempló el interior de su taza durante unos instantes, como si ahí fuese a encontrar las respuestas que no había hallado en las últimas décadas.

—Sin embargo, estar allí fue un alivio. Llegaron prisioneros de otras nacionalidades y terminamos siendo más de diez mil. La comida no era abundante, pero nos daban un trato digno, incluso disponíamos de campos deportivos con ligas internas. Y, por fin, tras años de espera, pude escribirle a Jane. Recuerdo aquel día. Imagínate, tanto tiempo pensando en qué le diría, qué palabras escogería. Le conté lo que había ocurrido durante la incursión en Francia y la tranquilicé asegurándole que estaba bien, que pronto volveríamos a vernos. Luego esperé. Y esperé. Y esperé…

—¿Qué quieres decir? —Margot notó un regusto amargo y la mirada de él se perdió en algún lugar que quedaba lejos de la cafetería. Fue como si envejeciese de golpe; las arrugas más pronunciadas, el surco profundo bajo los ojos, la mirada nublada.

—Jane nunca contestó.

Ella se llevó una mano a la boca mientras digería aquello y el semáforo de enfrente parpadeó y pasó de rojo a verde en unos segundos. Cedric la miraba en silencio. Margot alargó la mano para coger la suya. Quiso decirle: «Estoy aquí, no estás solo».

—Eso fue lo más duro. Pude soportar el dolor de la herida que me hice al caer, el hambre, las palizas, las horas eternas de trabajo y el temor al oír los pasos de la muerte alrededor, como si anduviera en

círculos. Pero no tener noticias de ella…

—Cedric…

—Entendí que había muerto. No quería pensarlo, pero era inevitable. El insomnio regresó y se me abrió un agujero en el pecho que se alimentaba del miedo. ¿Sabes cómo es eso, Margot? Hay pocas cosas peores que la incertidumbre. La ambigüedad es un lastre. No saber. Odio el no saber. A veces visualizaba a Jane paseando por las calles de Londres con uno de sus coloridos sombreros y, en otras ocasiones, la imaginaba dentro de una tumba, bajo tierra. Los recuerdos se fueron volviendo confusos.

—¿Volviste a escribirle?

—Sí. No llores, Margot.

Se limpió las mejillas con torpeza.

—Necesito saber que hubo esperanza.

—Le escribí a mi familia, que me había dado por muerto. —Cedric fijó la vista en el cristal—. Les pedí que intentasen dar con el paradero de Jane, pero poco pudieron hacer. Hacía años que su prima se había ido de Marazion con unos parientes y ellos seguían en Cambridge, tenían una vida diferente allí. Antes eran gente de campo y luego lo fueron de ciudad. Igual que me pasó a mí, con el tiempo.

—¿Cómo mantuviste la cordura?

—Uno de los presos, Roger Bushell, tenía un amplio historial de fugas. Se formó un «comité de huidas» para que todos aportásemos ideas hasta dar con una brillante. Me aferré a eso. Durante la primavera de 1943 decidimos que excavaríamos tres túneles. El primero saldría de un rincón de uno de los barracones, el segundo de los lavabos y el tercero de debajo de una estufa que siempre estaba encendida. Se aprovecharon las construcciones de ladrillo que llegaban al suelo para las entradas. Los corredores estarían diez metros por debajo.

—¿Y fue posible hacerlo?

—Sí, pero no fue fácil. Temíamos que se derrumbasen los túneles, así que se apuntalaron las paredes con maderas que sacábamos de las camas o de los barracones. Además, los túneles no tenían ventilación, aunque había hombres ingeniosos a los que se les ocurrió crear un sistema con latas viejas y recovecos en los corredores.

—Es fascinante —dijo Margot.

—Y entonces llegó el gran problema: ¿qué hacer con la tierra que se extraía? Al principio se almacenó en el tejado, pero no era una situación sostenible, así que idearon unas bolsas de tela que se camuflaban a lo largo del pantalón. Tras llenarlas, al salir del barracón, se abrían y la tierra caía al suelo. El mayor éxito de aquellos días fue que cientos de hombres lograsen coordinarse para llevar a cabo el plan.

Cedric se perdió dentro de sí mismo unos instantes antes de seguir contándole que los alemanes sospechaban que ocurría algo y que un día dieron con uno de los túneles. Entonces, optaron por centrar todos sus esfuerzos en el que estaba bajo la estufa, que se había dado por finalizado en 1944. A esas alturas, había una camaradería entre ellos que hacía que los días fuesen menos desgraciados. Y no era solo el hecho de estar entre pilotos, sino el tiempo que habían pasado juntos compartiendo miserias y palabras. Estaba Picard, que dibujaba caricaturas y repetía el lema de la RAF en cuanto se le presentaba la ocasión: «*Per ardua ad astra*», que significaba «A través de la adversidad hasta las estrellas». Desmond, que siempre hablaba de su mujer y prometía invitarlos a todos a su casa si salían de allí, aunque tuviesen que comer de pie, hacinados en el jardín y salir a un bocado por cabeza. Edward, que contaba unos chistes terribles. Y Freddie, Marcus, McQueen y muchos otros hombres que se habían convertido en amigos durante los años de cautiverio. Al final, más de seiscientas personas habían participado en la fuga; se habían elaborado documentos falsos de identificación e incluso salvoconductos.

El resultado había sido un corredor de ciento dos metros. La fuga se llevó a cabo el 24 de marzo de 1944, a las diez y media de la noche, con temperaturas bajo cero. Uno a uno, se metieron en el túnel. En el extremo de la galería, había que excavar hacia arriba para salir y escapar por el bosque. Pero no calcularon bien la distancia; faltaban unos metros para llegar al abrigo de los árboles. Y allí, a campo abierto, eran una presa fácil.

—Cuando los alemanes encontraron el túnel y sonaron las sirenas, setenta y seis hombres habíamos logrado escapar. Algunos volvieron al campo por miedo a las represalias y otros corrimos por el bosque. Fue el amanecer más triste que recuerdo. Los rayos de sol se colaban entre las ramas de los árboles y olía a tierra húmeda y a libertad, pero fue un bocado pequeño, porque por la mañana los oficiales alemanes montaron partidas de búsqueda y me capturaron. Solo escaparon tres compañeros.

—¿Hubo consecuencias para los demás?

—Sí. Yo tuve suerte. Otra vez. —Cedric giró el anillo, ese amuleto suyo—. Hitler entró en cólera y violó la Convención de Ginebra. Como escarmiento, de los setenta y tres hombres que fuimos capturados, ordenó fusilar a cincuenta.

Margot se quedó sin palabras. Permaneció a su lado hasta que la cafetería empezó a vaciarse y arreció la lluvia. El semáforo seguía cambiando de color, de rojo a verde, de verde a rojo, inmutable mientras sí mutaban las vidas de los que seguían sus indicaciones.

—Deberíamos volver, Cedric.

—Sí. No me encuentro bien…

Al llegar a casa, Helen les dijo que la cena estaba lista. Cedric gruñó en respuesta, porque cada día tenía menos hambre y el menú había sido diseñado minuciosamente por su hija. «Otra vez sopa», masculló por lo bajo. Ya en la habitación, tardó tanto en decidirse a probarla que se quedó fría.

Margot cogió el cuenco.

—Iré a calentarla.

—Da igual. Déjalo.

—Tienes que comer.

—Bien, como quieras.

Cedric se recostó en la cama y ya está; no intentó ponerse las gafas ni coger la novela que descansaba en la mesilla, señal de que se encontraba mal. Si podía, él siempre leía. En ocasiones, tan solo sostenía el libro entre las manos mientras se perdía en sus recuerdos y acariciaba las páginas suavemente con el dedo pulgar.

Los pasos de Margot se ralentizaron al distinguir a Graham sentado en una de las sillas de la cocina. Tenía un vaso de leche caliente en las manos y a ella le hizo gracia descubrir aquel detalle, una costumbre más propia de niños que de un hombre como él.

—Solo vengo a calentar la sopa.

—Como si estuvieses en tu casa.

El murmullo del microondas no fue suficiente para romper la tensión abierta entre ellos. Habían intercambiado dos o tres frases impersonales desde que había empezado a trabajar en la casa. Margot temía empeorar las cosas, pero una parte de ella echaba de menos el incipiente vínculo que había ido creciendo entre ellos como las ramas tiernas de un árbol que parecía empeñado en seguir vivo pese a la falta de agua.

—Creo que deberíamos hablar…

—¿De qué? —Graham apenas levantó la vista—. Pensaba que ya lo habías hecho tú por los dos. Lo dejaste todo claro, ni siquiera me hizo falta intervenir.

—Estás enfadado —afirmó Margot, que contuvo el aliento cuando él se levantó y pasó por su lado para meter el vaso vacío en la pila.

—Tan solo decepcionado.

—No tienes ninguna razón.

—Para empezar, me gustaría haber tenido voz y voto a la hora de valorar si lo nuestro tenía algún futuro. —Se mordió el labio en un gesto que no pretendía ser seductor, pero que a ella le recordó el sabor del beso—. Da igual, no importa. Lo entiendo. Sé que es más fácil no correr el riesgo de averiguarlo.

Y sin darle tiempo a replicar, salió de la cocina.

Margot necesitó unos segundos para recuperarse del impacto que

esas palabras tuvieron en ella; en concreto, hubo dos que se quedaron flotando en su cabeza: «futuro», «riesgo». Al pasar junto a uno de los espejos de la escalera, se vio a sí misma asustada, precavida, superviviente. Él tenía razón en una cosa: cerrar la puerta con sus propias manos era más seguro que dejarla abierta y que una imprevista corriente de aire lo hiciese. Entonces, estaría desprevenida, podría pillarse un dedo o acabar a la intemperie.

Pero al otro lado de esa puerta…

Al otro lado había un hombre. Un hombre que despertaba partes de sí misma que Margot había desterrado al olvido y que la veía como si de verdad mirase en ella, como si se asomase a su interior con una linterna en la mano, dispuesto a conocer los recovecos de su corazón.

La incertidumbre no la abandonó cuando subió al dormitorio de Cedric y él se llevó a la boca tres o cuatro cucharadas de sopa. No se la terminó. Margot le suministró la medicación, le puso la crema, le colocó bien la almohada y lo arropó en la cama.

Ella cerró los ojos no mucho más tarde. Volvía a llover. Se preguntó cuántos pasos la separarían de Graham. ¿Diez?, ¿veinte?, ¿treinta? Saber que estaba cerca era un suplicio. En otra vida, esa que Margot no se atrevía a descubrir, ella salía de la habitación y, entre susurros, charlaba con él hasta bien entrada la madrugada. Luego se abandonaba al placer, se dormía entre sus brazos y la calma aplastaba al miedo.

En busca de Jane

Edimburgo, Escocia, 1996

Cosa extraña, Margot llegó con antelación al colegio y esperó unos minutos dentro del coche. Al ver el *walkman* que Peter había dejado en el asiento trasero esa mañana, lo cogió, lo abrió con curiosidad y vio que había grabado una cinta de la radio. Se puso los auriculares y apretó el botón. Empezó a sonar una canción de los Pet Shop Boys. Luego, Van Morrison. Y, no mucho después, ella estaba tarareando *Your Love*, de The Outfield, hasta que Anna golpeó el cristal del coche y se sobresaltó. Margot se quitó los auriculares y se reprendió por no haberse interesado antes por la música que le gustaba a su hijo, pues tenían más en común de lo que imaginaba. Justo entonces, vio a Peter a lo lejos y se dio cuenta de que no iba solo; lo acompañaba Niko. Un poco más allá, un grupo de chicos los miraba, pero ninguno hizo ni dijo nada antes de perder el interés y apartar la vista de ellos.

—¿Puede venir Niko a casa a pasar la tarde?

Margot tardó en responder debido a la sorpresa.

—¿Lo sabe tu madre? —le preguntó insegura.

—No, pero puedo llamarla desde allí cuando lleguemos, señora Abbot. Seguro que le parecerá bien que pase un rato con un amigo, para variar.

Aquello dejó a Margot sin defensas, así que se limitó a asentir y sonreír antes de subir al coche, con los tres detrás. Anna acaparó al invitado durante el trayecto para hacerle preguntas sobre *ballet*. En un semáforo en rojo, Margot alzó el *walkman* de Peter.

—¿Puedo poner tu cinta de camino a casa?

—¿La has escuchado? —Él se mostró cauto.

—Solo un poco, pero me ha gustado mucho.

—Vale. —Peter resopló como si quisiese dejar constancia de su indiferencia, aunque esbozó una sonrisa cuando sonaron los acordes de una canción y comentó a nadie en particular—: *Have You Ever Seen the Rain*.

—Creedence Clearwater Revival —dijo Niko.

—¿Te van? —Niko asintió—. ¿Y Dire Straits?

—También —contestó. Ambos se sonrieron.

—Yo adoro Take That —intervino Anna.

—Uf —contestaron los dos al unísono.

Al llegar a casa, mientras Niko llamaba a su madre desde el salón, Margot sacó zumos y tostadas con crema de cacahuete para merendar. Después, con Clash moviéndose alrededor, revisó las cartas que había cogido del buzón. Había facturas y dos folletos de propaganda y…

Le temblaron las manos al ver la dirección.

—¿Peter? Ven un momento.

Él cogió la carta al comprender de qué se trataba y rasgó el sobre. Justo cuando su amigo Niko entró en la cocina, Peter empezó a leer en voz alta:

> Apreciado Peter Abbot:
>
> Lamento comunicarle que no tengo ninguna información sobre esa tal Jane Bellamy. Lo que puedo asegurarle es que es del todo imposible que viviese aquí, porque en esta dirección tan solo existe mi modesta zapatería. Me consta que anteriormente fue una tienda de alimentación que compré hace ocho años a una familia italiana.
>
> Lamento no poder serle de gran ayuda.
>
> OLIVER PETERSON

—¿Una zapatería? —Margot estaba confundida.

—¿Viste bien la dirección, mamá?

—¡Sí! Estoy segura.

—¿Qué ocurre? —preguntó Niko.

—Es una larga historia… —Peter suspiró.

—Supongo que estamos en un callejón sin salida.

—¡Pero no podemos rendirnos! —protestó Peter.

—¿Por qué buscáis a esa mujer? —insistió Niko con la curiosidad brillando en sus ojos azules—. ¿Habéis mirado en el listín telefónico?

—Sí, pero no hay nada.

—La última pista que tenemos de ella es de 1941 —explicó Margot—. A partir de ahí, no sabemos qué fue de su vida. Digamos que era… como una vieja amiga de la familia.

Le salió decirlo así porque a veces lo sentía de esa manera. No conocía a Jane, pero le habría encantado tomarse un café con ella y charlar durante horas de todo y de nada.

—Creemos que murió —susurró Peter.

—Si falleció durante la Segunda Guerra Mundial, puede que esté registrado. Mi padre trabajó durante años como documentalista —intervino Niko con inseguridad, pero también con muchas ganas de participar—. Podríamos pedirle que nos ayude.

—¿De verdad? —Peter lo miró ilusionado.

—Claro. Seguro que le encantará hacerlo.

Niko y Peter acordaron que al día siguiente, por la tarde, irían a la biblioteca dando un paseo e intentarían recabar información. Luego, se olvidaron del tema y subieron a la habitación para escuchar música. Anna se puso a hacer deberes en la cocina, así que Margot le ató a Clash la correa y salió a dar un paseo.

A su lado, el perro avanzaba al ritmo que marcaba, nunca tiraba de ella ni se quedaba rezagado demasiado tiempo. Margot disfrutaba del momento, así que dio una vuelta más larga de lo habitual. Cuando volvieron a casa, le ofreció una galleta.

—Buen perro. —Lo besó en la cabeza.

Cedric y Graham. El querer

Edimburgo, Escocia, 1996

Lo último que Graham esperaba al bajar a la cocina para prepararse el vaso de leche caliente que solía tomar antes de acostarse era encontrarse a su padre sentado al pie de las escaleras, con el batín desatado y la vista fija en algún punto indeterminado.

—Papá, ¿qué haces aquí? ¿Te encuentras bien?

—Sí. Quería..., quería agua.

—¿Agua? Hay en tu mesilla. Te dije que me llamases si necesitabas algo. Blair hizo instalar un maldito interfono en la habitación y tú...

—No puedo subir las escaleras.

Se abrió paso un silencio apelmazado.

—Ven. Yo te ayudo. —Se acercó a él.

—No. Ni se te ocurra, Graham...

—Pero, papá...

—No quiero que me cojas. No es digno. Yo te llevaba a ti, ¿entiendes? Podía sostenerte tan solo con un brazo porque eras diminuto...

—Papá. —Se le quebró la voz.

—Ni siquiera puedo levantarme.

La voz de Cedric era un lamento ahogado. Graham nunca lo había visto tan vulnerable. No sabía dónde colocar las manos ni qué decir, pero se agachó hasta arrodillarse en la escalera para quedar a su altura, de igual a igual. Cogió los extremos del cinturón del batín y los ató con delicadeza. Después, lo miró a los ojos.

—Deja que te acompañe a la habitación.

Cedric no contestó, pero no opuso resistencia cuando se inclinó hacia él y pasó los brazos bajo sus axilas. Lo levantó sin dificultad. No pesaba nada. Daba la impresión de ser un niño perdido, como si se hubiesen intercambiado los papeles. El hombre fuerte, alto y compacto al que Graham tanto había admirado se deshacía ante sus ojos. Ya no era de hierro, sino de papel. Ya no le imponía respeto, sino ternura. Así que se esforzó por llegar lo más rápido posible al dormitorio, porque sabía lo que suponía aquel recorrido para Cedric. Casi podía ver su orgullo tambaleándose a cada paso que daba, hasta que lo dejó en la cama con cuidado.

—Tengo que decirte algo, Graham.

—Vale, espera a que te tape y…

—No siempre me has caído bien.

Graham tomó aire y miró a Cedric.

—Tú a mí tampoco —susurró bajo.

—Pero te quiero más que a mi vida.

—Papá…

—Siento no haber estado a la altura.

—Lo estuviste. Cállate de una vez.

—La vida puede ser complicada.

—Ya. No pasa nada.

—Sí que pasa.

—Papá.

—¿Qué?

—Deberías descansar.

—No voy a poder. Necesitaré más calmantes. Margot los guarda en el neceser de allí… —Esperó mientras Graham se movía—. Sí, ese. Acércamelo.

—¿Qué quieres?

—Un poco de marihuana, pero…

—Papá.

—Deja de decir «papá» así.

—¿Son estas azules?

—Sí. Gracias.

—¿Lo ves? Había agua en la mesilla.

—Ya lo sé. Solo quería… —Cedric dudó y aprovechó la pausa para tragarse las pastillas—. Quería ser capaz de moverme por mi propia casa.

—La próxima vez te acompaño.

—Lo tendré en cuenta. Si la hay —aclaró y se frotó las sienes antes de decir—: En cuanto a la empresa, hemos avanzado mucho estos días, está todo más claro, ¿verdad? Lo harás bien. Sé que lo harás bien.

—Queda mucho trabajo por delante.

—Nada que no puedas manejar…

Graham asintió, aunque sabía que los cambios se implementarían a largo plazo. La empresa pertenecía a la familia Stone en un sesenta por ciento, el resto de las acciones se habían repartido años atrás entre inversores y, en su mayoría, pilotos aficionados que usaban el pequeño aeródromo.

Su padre no viviría para verlo.

—Vete ya, Graham. Tendrás mejores cosas que hacer que quedarte con tu padre moribundo. Prometo no moverme de la cama. Y tengo el…, esto…, lo que sea que tu hermana instaló. Ese botón

mágico. Lo apretaré si creo que me muero.

—Ácido hasta el final.

—No sé ser de otra manera.

Graham lanzó un suspiro y dijo:

—Me quedaré contigo esta noche.

Ante la mirada de su padre, se levantó, abrió el armario y sacó una manta. Se quitó los zapatos, que dejó alineados fuera de la habitación, junto a la puerta.

—Dime una cosa, Graham. ¿Cómo es que a tu exigente mujer le trae sin cuidado que hayas decidido pasar en Edimburgo tanto tiempo? ¿Qué piensa de que vayas a tomar las riendas de la empresa? ¿Tendréis un matrimonio a distancia o ella...?

—Nos estamos divorciando —lo cortó.

—Ah. Bien. Lo imaginaba. Ya era hora.

—Típica respuesta tuya —masculló él.

—Estás enfadado —tanteó Cedric—. Y no con Amanda, sino conmigo. ¿Tendría que haber reaccionado con sorpresa o darte el pésame?

Graham se quedó allí de pie, callado, incapaz de comunicarse con aquel hombre al que tanto había idolatrado y tanto había detestado. Cuando era un niño, lo adoraba. De mayor, se había desencantado al ver todas sus fisuras e imperfecciones. Si verbalizar lo que sentía fuese tan sencillo como lo era con Margot...

—Juguemos al «sí» o «no», como cuando eras pequeño.

—Papá... —Había una nota de advertencia en su voz.

Aquella dinámica consistía en que su padre le lanzaba preguntas que él accedía a contestar con uno de los dos monosílabos. Era la forma en la que conseguía hacerlo hablar cuando Graham se cerraba como una ostra, ya fuese porque le había ocurrido algo de peso en el colegio o por alguna nimiedad. El corazón de Graham siempre había sido silencioso. Las emociones se le enredaban dentro como si fuesen un ovillo de lana y no se le daba bien coser ni poner orden; apenas era capaz de tirar de un extremo.

—¿Evitabas decírmelo?

—Sí.

—¿Hasta que muriese?

—Sí.

—Pero hace tiempo que no estáis juntos.

—Sí.

—Al menos, un año.

—Sí.

—¿Te daba miedo mi reacción?

—No.

—Vale. No era miedo. ¿Orgullo?

—Sí.

—De eso sé un poco. Tenemos algunas cosas en común. —Cedric tosió y se llevó una mano al abdomen—. Ya lo tengo. Lo tengo. ¿Temías ser como yo?

—Sí.

—Graham…

Al fin fue capaz de moverse. Se llevó una mano al pelo y sintió que toda esa serenidad de la que presumía se derrumbaba como un castillo de arena.

—No quería rendirme sin luchar. No quería fracasar. Un matrimonio es… un proyecto… —Las palabras se mezclaban unas con otras—. El divorcio es la vía fácil. Lo fue para ti.

—Eso no es verdad.

—Es como lo recuerdo.

—Mi historia no es la tuya. Y, en cualquier caso, que haya terminado no significa que no os hayáis querido, solo que no fue suficiente. Y te diré algo más, aunque suene egoísta: le hice un gran favor a tu madre cuando firmé los papeles.

—¿Y a nosotros?

—Intentamos que os afectase lo mínimo, pero es imposible sacudir una brocha de pintura sin que salpiquen gotas por todas partes.

Se quedaron callados unos instantes. Pensativo y cabizbajo, Graham rememoró retazos de su vida como si se tratase del tráiler de una película. La infancia, sus padres y su hermana. La adolescencia, los amigos, los estudios, los deportes, las chicas. Y, entonces, Amanda. Ella, que parecía tan sólida y tan entera y tan brillante, la persona adecuada a la que aferrarse para salvarse del naufragio. Con ella, el escenario cambiaba a Londres: los apartamentos, los coches, las fiestas, la obstinación, esa ambición que los había arrollado a los dos por razones diferentes.

Y el desgaste. Un final común e inevitable.

—¿Lo sabe tu madre? —preguntó Cedric y él se vio obligado a asentir, pese a que era consciente de que le dolería a su padre—. Bien. Eso está bien. Escucha una cosa, Graham: tú no eres mis errores. Tienes tus propios tropiezos y victorias.

Cuando miró a su padre, lo hizo con alivio. Y calma. Como ese primer instante en el que una ciudad permanece adormecida tras el paso de la tormenta.

—¿Quieres que me vaya a mi habitación o…?

—Quédate. Por favor —le pidió Cedric.

—De acuerdo. —Soltó el aire contenido.

—Oye, Graham…

—Dime.

—Siento no haber sido el padre del año.

—No digas eso.

—Es la verdad. No estuve como tenía que estar.

—Nadie *estamos* todo el tiempo.

Se acercó a su padre, organizó las cosas que había en la mesilla, tiró los pañuelos de papel, lo ayudó a quitarse el batín que aún llevaba puesto.

—Y en cuanto a Margot...

—¿Qué pasa con ella?

—Hijo, que me esté muriendo no significa que sea idiota. Veo cómo se ruboriza cada vez que la miras. Ni te molestes en negar lo evidente.

—No hay nada, papá.

—Margot es una luz. Hay personas que tienen el don de hacer que los demás se sientan cómodos y sean felices. Me pregunto quién la hará feliz a ella.

Graham tragó saliva y dudó, pero luego se inclinó y le dio un beso en la frente. Un beso largo, extraño y sentido. Pensó que la piel de su padre era más frágil de lo que parecía, similar al papel de fumar, y también suave. Muy suave.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, hijo.

Sin corazón no hay remordimiento

Edimburgo, Escocia, 1996

Tras dar tres golpes en la puerta, Margot entró en la habitación con una sonrisa radiante. Vestía vaqueros oscuros en contraste con un suéter que recordaba al arcoíris. Descorrió las cortinas y miró con extrañeza la manta doblada sobre el sillón.

—Graham se quedó anoche —dijo Cedric.

—Ah. Tienes mejor aspecto que ayer.

—He dormido bastante.

—Me alegra oírlo.

—Nada como soltar lastre para descansar bien. —Cedric suspiró antes de continuar—: ¿Recuerdas aquella conversación que un día tuvimos sobre los hijos? Cuando nacen son perfectos, tan nuestros, casi una extensión, pero conforme crecen van haciendo su propio camino…

—Lo sé —dijo Margot.

—Graham va a divorciarse.

—Eso también lo sé —admitió.

—Sí, claro, sí. —Cedric se frotó el mentón—. Es un buen chico. Un poco suyo, quizá, pero gana en las distancias cortas, ¿no te parece?

Margot asintió, aunque parecía estar enfrentándose a algún tipo de tormenta interior y Cedric quiso averiguar qué se interponía entre ella y el amor, pero se contuvo. Sabía reconocer cuándo una persona necesitaba espacio. De no haber sido así, él le habría hablado sobre el tiempo, la felicidad y las oportunidades. Durante muchos años, Cedric les había dado prioridad a las cosas «importantes», una palabra que se había ido desluciendo. Aún podía oírse a sí mismo decir: «No puedo, tengo cosas importantes que hacer» y «Ahora no, Blair, esto es importante» y «Estoy en una conversación importante». Entonces, en esa cama donde tantas horas pasaba, no recordaba ninguno de los momentos «importantes», pero sí se preguntaba qué se habría perdido.

—Lo que debería haber hecho con Graham cuando era niño era sentarme a su lado y decirle que llorar estaba bien, que su padre también sufría como todos los hombres. Recurrir al silencio es una condena. El frío no salva de nada. Pero, claro, para eso tendría que haber dado ejemplo. Los errores se ven mejor a distancia.

—¿Y quién no se equivoca? —Margot cogió aire—. Me duele

aceptarlo, pero Peter hizo algo malo, muy malo. Se metió con un compañero de su clase. Le dijo una cosa terrible que luego repitieron los demás. Se sentía culpable, pero no sabía arreglarlo.

—Sin corazón no hay remordimiento.

—Ya. ¿Sabes qué me apetece?

—Dime. —La miró con cariño.

—Escucharte un rato, solo eso.

—Entonces puedo complacerte.

—Bien. —Margot se acomodó.

—Nos liberaron al acabar la guerra.

—¿Y os trasladaron a Inglaterra?

—Sí. Fue una sensación rarísima. —Cedric empezó a rascarse el brazo y paró al darse cuenta—. Sentí una intensa euforia y, poco después, todo se tornó gris. Es difícil de explicar, pero cuando has visto morir a tus compañeros, y has visto sesos esparcidos como si fuesen un plato de estofado, y has visto huesos entre la carne, y has visto tanta miseria, la vida normal resulta extraña. Un buzón. Los escaparates de la calle. Las florecillas que crecen entre las grietas. El pan recién hecho por la mañana. La música. Los niños siendo niños.

—Cedric... —Ella se inclinó hacia él.

—¿Te estoy aburriendo? —Sonrió.

—No. Pero necesito saber si fuiste a buscar a Jane. —Tragó saliva con impaciencia y lo cogió de la mano—. Necesito saber si estaba viva o...

—Te lo explicaré con tres agujeros.

Cedric. Los tres agujeros

Londres, Inglaterra, 1945

El primer agujero.

Incapaz de bajar por la boca del metro y meterse bajo tierra, Cedric decidió ir caminando hasta Southwark. Estaba un poco aturdido por el bullicio de Londres, con toda esa gente alrededor, las tiendas abiertas y los locales llenos. Él se sentía justo al revés: silente por dentro. Y aquel no era un silencio plácido, sino viscoso, porque provenía del mutismo de Jane, de las cartas sin responder, del vacío que había ido creciendo en su interior. Lo visualizaba como un pequeño agujero entre el pecho y las costillas, un poco arriba, un poco abajo; eso era lo de menos. Ese agujero se mantenía abierto, a la intemperie, mientras andaba por la ciudad. Les habían dicho que necesitarían un tiempo para volver a sentirse libres y dueños de su propia vida. Y que la ansiedad era normal. Completamente normal. No había nada mal en él pese a ese nudo que apretaba y apretaba y apretaba...

Avanzó más rápido y contuvo el aliento al adentrarse en la calle donde años atrás se habían visto cobijados por una ordinaria y maravillosa intimidad.

Frenó pocos metros antes de llegar.

Y un escalofrío trepó por su espalda.

Y se apoyó en el muro de la casa contigua.

Y todo dio vueltas y se tornó borroso.

Porque allí no había nada.

Solo ausencia y escombros.

El segundo agujero.

En mitad de la hilera de casas de aquel tranquilo barrio, se abría un enorme socavón. En la cavidad apenas quedaban restos de los cimientos sobre los que un día se había construido el hogar donde Jane había aprendido a caminar, a leer, a sumar y donde descubrió quién quería ser. El suelo estaba agrietado y lleno de polvo.

Cedric no podía apartar la mirada del agujero.

Era más grande que el de su pecho pero menos profundo. Se mantenía inalterable; allí no ocurría nada por más que él lo

contemplase con incredulidad, casi sin respirar, como si así fuesen a aparecer otra vez las vigas, las ventanas, las paredes, el tejado, la puerta…

Y las personas. Las personas.

Tuvo que inclinarse para vomitar.

—¿Se encuentra bien? —Una mujer paró a su lado.

—No. Yo… —Señaló el hueco donde años atrás había un par de estrechas casas idénticas a todas las demás que flanqueaban la calle—. Esto…

—Te conozco. Te vi hace unos años. De hecho, probaste mi bizcocho. Quizá tú no me recuerdes, soy la señora Muggridge, vivo justo ahí.

Cedric siguió mirando al frente.

—¿Qué ocurrió?

—Oh, fue una desgracia. Cuando parecía que los ataques habían terminado, llegó uno de los peores. Nunca olvidaré ese día. El 10 de mayo de 1941 consiguieron alcanzar varios edificios importantes y la ciudad se llenó de humo… —Con un lamento amargo, añadió—: Esas pobres chicas no merecían morir.

—Jane… —susurró a media voz.

—La hija de los Bellamy, sí. Siempre fue una niña encantadora, a diferencia de sus padres. Fue una suerte que no estuviese en casa el día del bombardeo.

—¿Qué ha dicho?

—Ella sobrevivió.

—¿Jane está viva?

—Sí. Murieron las chicas que vivían con ella: Marge, Ellie y Francie. Las tres jóvenes eran maravillosas. Yo las visitaba con frecuencia y siempre me recibían con una sonrisa y buena conversación. Pese a la diferencia de edad, nos hicimos muy amigas.

—¿Dónde está ella?

—Jane se mudó a la casa donde trabajaba. Vino a visitarme alguna vez, pero hace más de un año que no he tenido noticias suyas. Si vas a verla, dale recuerdos de mi parte.

Cedric le prometió que lo haría y dejó atrás aquel lugar lleno de sombras y tristeza. Cogió un autobús para dirigirse hacia Paddington y bajó cerca de Hyde Park. Atravesó los jardines a pie, caminando a paso ligero, casi al trote, con el nudo en la garganta cada vez más apretado. Era la impaciencia. Y también todas esas certezas que bailaron alrededor cuando empezó a entender…

Entendió por qué Jane nunca había contestado sus cartas.

Entendió que habían llegado a una dirección que ya no existía.

Lo embargó la nostalgia mientras dejaba atrás los jardines en los que años atrás habían paseado juntos y sonrientes con Lili, ajenos a la

sombra de la guerra. La casa de la familia Collins, el número 46 de Norfolk Square, se alzaba entre otras dos propiedades, con el tejado oscuro y la aldaba con la figura de un león en la puerta.

Pulsó el timbre.

El tercer agujero.

Un hombre alto y de mirada penetrante abrió la puerta. Tenía el cabello castaño salpicado de canas y vestía un elegante traje de chaqueta y pantalón que le daba un aire sobrio, aunque sus gestos eran amables, casi delicados.

—Buenos días. ¿Qué desea?

—¿Vive aquí Jane Bellamy?

—Estará al llegar. ¿Quién la busca?

—Cedric Stone. Soy… un amigo.

La palabra se le atascó. ¿Quién era para Jane? Ya no estaba seguro. El hombre que le había abierto la puerta se quedó mirándolo como si fuese un fantasma. Los labios apretados. El ceño fruncido. Los nudillos blancos mientras aferraba la puerta. La duda en los ojos. Tardó una eternidad en tenderle la mano.

—Christopher Collins. Encantado.

—Lo mismo digo —le respondió él.

—Será mejor que entre. Acompáñeme.

Todavía un poco aturdido, lo siguió por un pasillo que conducía a una estancia decorada en tonos ocres y rojos, con las paredes de color crema y un par de mesitas bajas de madera oscura. Había una chimenea en la esquina con restos de ceniza. Cedric se sentó en la butaca de estilo francés tapizada en terciopelo.

Christopher abrió el aparador y preguntó:

—¿Te apetece una copa de whisky?

—Gracias. —Luego, cogió el vaso.

Se sentía tan extraño en aquel salón como se había sentido poco antes al llegar a la ciudad. Se oía a lo lejos el ruido típico de una cocina y un ligerísimo aroma a carne flotaba en el aire. Los dos bebieron un par de tragos en silencio. Cedric se miró las manos llenas de cicatrices y marcas; algunas llevaban ahí desde que era un crío y otras reflejaban los años en el campo de trabajo y los días cavando túneles con viejas latas de conserva o lo que encontrasen. Hasta ese instante, allí sentado junto a un hombre al que solo conocía a través de las cartas de Jane, nunca se había mirado las manos con tanto detenimiento. Casi no las reconocía como suyas. ¿Lo haría ella? ¿Sería capaz de ver que eran las mismas manos que la habían acariciado años atrás hasta el amanecer?

Christopher se terminó la copa, se levantó y se sirvió otra. No

volvió a sentarse en el sillón. Se apoyó en el aparador y bebió un trago tras otro sin dejar de mirarlo.

—Jane cree que estás muerto.

—¿Y por qué pensaría eso?

—Fueron las noticias que llegaron. —Christopher dejó el vaso vacío en el mueble y dio la impresión de que hacía un esfuerzo por buscar las palabras adecuadas—. Han sido unos años duros para ella. Perdió a sus amigas de forma trágica. Te perdió a ti.

Cedric no supo qué responder. Tenía la impresión de que dentro no albergaba nada más que pudiese aportar, más allá de su presencia. Los últimos cuatro años de la vida de Jane eran un vacío para él. Pensarlo le dejó un regusto amargo que buscó aliviar bebiéndose de un trago lo que quedaba de bebida.

Christopher tomó aire y lo soltó despacio.

—Entiendo que te hicieron prisionero.

—Sí.

—No deberías haber venido. Ha pasado demasiado tiempo. —Vaciló sin apartar los ojos de él—. Las cosas son ahora diferentes, todo ha cambiado...

—Para mí, ayer fue la Navidad de 1941.

—Ya. Pero para el resto del mundo no.

No había malicia en su voz, solo lástima.

Se oyó el crujido de una puerta y luego voces animadas que se abrían paso en el hogar. La risa de Lili disipó la melancolía de un plumazo; después, Jane le dijo: «Corre, ve a quitarte los zapatos antes de que ensucies el suelo de barro y...». Cedric no oyó el resto. Ya se había levantado. Ya movía las piernas para salir del salón e ir a su encuentro. Ya no era capaz de oír lo que Christopher murmuraba tras él.

Cuando la vio, tuvo la misma impresión que el día que la había conocido seis años atrás: que la luz se había quedado atrapada en ella y de ahí el cielo anubarrado de esa mañana.

Mientras Lili se quitaba los zapatos, Jane se quedó congelada. Se había cubierto la boca con la mano derecha en un gesto de sorpresa que habría resultado cómico en otras circunstancias. La mano izquierda, en cambio, seguía aferrada al manillar de un precioso carrito de bebé que tenía la capota blanca y las ruedas brillantes.

—¿Cedric? —Le tembló la voz.

Él frenó en seco a unos metros de distancia, las piezas danzaron en su cabeza y empezaron a encajar una tras otra. Jane tenía los ojos húmedos y la expresión de su rostro era una amalgama de emociones que iban desde la alegría hasta la angustia.

En aquel silencio solo roto por el tictac de un reloj y los sonidos que provenían de la cocina, Cedric vio todo lo que habían perdido

como si rebobinase una cinta hacia atrás. Entonces, Jane era más joven, aún no sabía si quería ser madre y su boca siempre estaba llena de risa. Le gustaba sacar las manos por la ventanilla del coche de Herbert y que el aire veraniego de la noche le inundase los pulmones. Leía tumbada en la hierba, seguía con la mirada el redundante vuelo de las abejas y soñaba con tener rosales en las ventanas.

El agudo llanto del bebé se alzó entre ellos.

—Déjamela a mí —se ofreció Christopher.

—Gracias, pero no es necesario. Ya me iba.

Cedric contuvo la respiración al pasar junto a Jane. Reconoció su olor entre otros nuevos, el de la leche y el bebé que la reclamaba y aquella casa. Estaba mareado y aturdido, pero también era sorprendentemente consciente de la realidad, como si todo se hubiese vuelto nítido de repente. No esperó a que nadie le abriese la puerta, lo hizo él mismo tirando con fuerza. Su voz lo siguió mientras salía a la calle: «Tranquila, mamá está aquí. No llores más». Cerró tras él. Llegó el silencio. Ya no podía verla, pero la imaginaba arrullando al bebé y pegando su nariz a la mejilla infantil.

Antes de que pudiese girar la esquina, Christopher lo alcanzó. Incómodo, llevaba las manos metidas en los bolsillos. No era capaz de mirarlo a los ojos y, cuando habló, lo hizo a media voz, como si las palabras se quedasen atrapadas en el cuello de su camisa.

—Lo lamento. Intentaré que sea feliz.

Cedric asintió y se despidió con la cabeza.

El tercer agujero fue la distancia abismal e insalvable que se abrió entre ellos. Ya no había ningún puente lo suficientemente largo para ellos.

La vida son instantes robados a la muerte.

Las cartas perdidas

Edimburgo, Escocia, 1996

El despacho de Cedric parecía un escenario sacado de uno de los cuentos que Margot leía cuando era pequeña. Del techo colgaban jaulas vacías con plantas trepadoras, maquetas de aviones congeladas en el tiempo y un par de lámparas variopintas. Su mesa de escritorio era robusta y estaba tan llena de papeles y artículos como el resto de la estancia. Había libros, muchos libros, hileras de libros que recorrían las paredes de lado a lado. Baúles preciosos, butacas exquisitamente tapizadas, una vieja gramola y, junto a la ventana, una estantería donde dormían más de una docena de antiguas calculadoras.

—¿Puedo? —preguntó Margot insegura.

—Como si fuesen tuyas —le aseguró él.

Cedric se acomodó en la silla de su escritorio y miró al frente. Por un instante, ella pudo imaginarlo allí muchos años atrás, cuando era joven, trabajando, leyendo, bebiendo, atrapado en una soledad escogida, quizá incluso un poco egoísta. Un rey en su reino. Él se iría pronto, pero todas aquellas cosas que había recopilado a lo largo de su vida se quedarían allí, entre el polvo y el olvido.

Margot tocó la tecla de una calculadora. Era negra, la más pequeña, de la marca Remington Rand, con los números en la parte delantera.

—Todas funcionan.

—Son maravillosas.

—Lo sé. No me propuse coleccionarlas, pero en un mercadillo de antigüedades Graham se encaprichó con una de ellas de pequeño y la compré. —Cedric hizo una pausa para mirar en uno de los cajones del escritorio—. Después, empecé a encontrármelas por todas partes, como si fuese una de esas señales tontas a las que uno se aferra porque sí. Me recordaban a ella, claro. Y era incapaz de dejarlas a su suerte.

—No sabría decir cuál me gusta más.

—Mi preferida es la Odhner. —Cuando encontró lo que buscaba, colocó la caja de madera sobre el escritorio—. Esto es lo que quería enseñarte. Ven, acércate. ¿Qué te parece? Son cartas perdidas. Todas las que he podido remitir ya están con sus verdaderos dueños, ¿entiendes lo que quiero decir?

—No estoy segura.

—Existen cientos de cartas que se escribieron aquellos años y que nunca llegaron a su destino. He pasado mucho tiempo buscándolas para hacerme con ellas, algunas sin coste, otras a precio de ganga, unas cuantas tras participar en subastas...

—¿Y luego?

—He intentado encontrar a los destinatarios o, en su defecto, a los familiares más cercanos. En muchos casos, los remitentes murieron en combate. Imagínate, esas palabras eran las últimas que sus seres queridos podrían leer, un mensaje del pasado.

—Es bonito.

—Y también..., también...

—Buscabas tus cartas —adivinó.

—Sí. Pude encontrar una de ellas en los archivos de Suffolk. Leer lo que le escribí a Jane en el campo de prisioneros de Żagań fue una experiencia fantasmal. Muchas de estas cartas esconden mensajes fascinantes, desde chistes hasta lamentos, intimidades y vivencias de lo más surrealistas. —Cedric revisó un par y volvió a meterlas en sus sobres.

—No sé si quiero leerlas. Me parece triste.

—Es que la vida a veces es así: triste.

—Sabes que intento ver el vaso lleno.

—En según qué cosas... —apuntó él.

Margot se preguntó si se referiría a su resistencia a dejarse llevar por sus propios deseos. Porque en eso era cauta. Y tenía miedo. Y no se permitía flaquear, tan solo por si acaso, porque había dejado de creer en castillos y príncipes y naderías del estilo.

Deslizó el dedo por la carta de Cedric.

—Podrías habérsela enviado a Jane.

—¿Cómo iba a hacer eso? No, no...

—A fin de cuentas, era suya. Te has dedicado a hacer llegar todas esas cartas a sus verdaderos dueños. Todas las que has podido, menos una. Si te paras a pensarlo, no te pertenece.

Cedric se rascó el mentón. Las gafas habían resbalado por el puente de su nariz. De pronto, lo embargó un estupor que ascendió hasta su ceño fruncido. Intentó ponerse en pie, pero le fallaron las rodillas y volvió a sentarse tras el escritorio. Margot estaba a punto de ir a buscar la silla de ruedas cuando él dijo:

—Volví a verla. Fue la última vez.

—¿Te apetece contármelo?

Cedric Stone. Las despedidas I

Cambridge, Inglaterra, 1945

Había prometido a su madre que se reuniría con ellos en Cambridge. Fue casi un alivio tener un objetivo pautado: comprar los billetes de tren, ir a la estación, intentar dormir en el vagón. Y también que su llegada fuese un motivo de alegría para su familia, que lo recibió en el andén entre besos, abrazos y «Estás muy delgado, Cedric». Él se dejó hacer, pero tan solo porque estaba demasiado impactado para reaccionar. Porque Amy era una joven de catorce años. Y Julie, en cambio, había envejecido décadas.

Las mejillas sonrosadas y el aspecto saludable de su hermana contrastaban con el rostro más deteriorado de la madre. Las dos vestían como mujeres de ciudad y a él le costó encajar la imagen que guardaba de ellas, la de la niña descalza que se manchaba a diario y la de Julie ordeñando o con la pala en las manos.

Herbert era como lo recordaba: barbudo, con la camisa y las botas viejas, los ojillos pequeños que lo contemplaban con cautela y curiosidad, como si lo evaluase, igual que él hacía con ellos. Se acercó y le dio un abrazo largo y sentido.

—Nos alegra tenerte de vuelta —le susurró.

—Tenemos mucho que contarte y enseñarte.

Entusiasmada, Amy lo asió del brazo y dijo:

—Sí, te hemos preparado una habitación y esta noche iremos a cenar a un sitio especial, ¿verdad, mamá? Mañana podríamos ir al cine. Y pasado…

—Al teatro —propuso Julie.

—Con calma. No lo agobiemos —intervino Herbert—. Dejemos que se adapte. Necesitará un tiempo para volver a ser él mismo.

—Cierto. —Julie asintió.

No solo parecía mayor, pensó Cedric, sino también un poco desubicada, a medio camino entre la tristeza y la euforia. Puede que su vida durante los últimos años hubiese sido justo así. Un hijo muerto. Un hijo que había vuelto. Un marido muerto. Un marido que no esperaba. Una casa muerta. Una ciudad nueva.

Aquella noche, tras la copiosa cena en la que él se sintió mareado y en la que se habló de todo menos de la guerra, Herbert y Cedric se encontraron a solas en el salón de la casa. Ya era tarde, de madrugada;

ninguno de los dos podía conciliar el sueño. Herbert le sirvió una copa y se sentó cerca. No hablaron durante un buen rato. Fue el mejor silencio que Cedric recordaba de los últimos años, espeso y significativo pero no incómodo. Herbert entendía, lo entendía todo.

—Te llevará tiempo volver.

—¿Volver?

—Al mundo real...

—¿Qué no es real?

—Ya. Pero sabes a lo que me refiero. —Herbert dio un trago y, luego, pensativo, se frotó la barba—: ¿Pudiste encontrar a Jane?

—Sí. Y no. —Cedric se terminó la copa.

—Chico, la vida cambia todos los días.

Cedric había cumplido veintiocho años meses atrás y se sentía hombre, viejo, carne sin más, perdido o extraño, pero no «un chico»; por eso le gustó que lo llamase así. Miró el fondo vacío de su vaso y dudó sobre si servirse más o dejarlo estar. Ganó la segunda opción y se puso en pie. Lanzó un suspiro largo.

—Buenas noches, Herbert.

El hombre asintió y él salió.

Durante los siguientes días, Cedric intentó adaptarse a esa vida en la que lo habían colocado, pero se sentía como una pelota abandonada atascada en una tubería, incapaz de bajar, pero sin saber cómo volver atrás. El problema era que no estaba solo. Su madre y su hermana se desvivían para intentar hacerlo feliz, proponían planes, le pedían que las acompañase de compras para que saliese de la casa o lo mandaban a hacer recados a todas horas: iba a por el pan y, al volver, recordaban que faltaba mantequilla y, al volver, que se habían quedado sin azúcar y, al volver, cualquier otra cosa. Al principio, Cedric intentó complacerlas, aunque se marease en la calle y las náuseas le pusiesen el estómago del revés. Pero, tras las primeras semanas, empezó a negarse y permanecía la mayor parte del día encerrado en su habitación. Quería dormir todo el tiempo. Le dolía la cabeza. Lo perseguían los horrores de los últimos años y el llanto de aquel bebé. Cedric nunca había visto a Jane acunando a un niño, pero en su mente la escena era muy nítida.

A través de la ventana, solía contemplar durante horas el trozo de calle que de pronto era su mundo. Había una lechería, dos viviendas y una puerta que bien podría ser un almacén. Veía a la gente entrar y salir del establecimiento a primera hora de la mañana, poco después de que llegase el camión. Conforme los días fueron quedando atrás, se dio cuenta de que Cambridge era un folio en blanco. Se convenció de que el vacío tenía que ver con aquel lugar y no con él, porque lo aterrorizaba la palabra «desarraigo», ese no ser en ningún sitio. Por eso decidió que debía irse cuanto antes. Recogió sus pertenencias, la

ropa que había comprado allí y un par de libros.

La madre cortaba verduras en la cocina. Lo miró por encima del hombro y, por su expresión de dolor, Cedric supo que había entendido sin palabras lo inevitable.

—¿Qué piensas hacer?

—Quiero volver a casa.

—Esta es ahora nuestra casa.

—No la mía —dijo él.

Julie asintió un par de veces, como si hablase consigo misma. Cogió un trapo y se limpió las manos. Después, se acercó a su hijo. La forma en la que le acarició la mejilla fue apenas un roce. Cedric no se movió ni dejó de mirarla a los ojos.

—Despídete de tu hermana como es debido antes de irte. Herbert tiene las llaves. Hace mucho que no vamos, no sé en qué estado estará la casa. Escríbeme a menudo.

—Lo haré. Ven.

Cedric la estrechó contra él en un abrazo rápido e incómodo. Le resultó raro tocar el cuerpo de la madre, ese cuerpo donde había vivido durante meses, que lo había alumbrado y lo había alimentado. Casi fue liberador soltarla.

Se marchó antes del anochecer.

Cedric Stone. Las despedidas II

Marazion, Cornualles, 1945

La madera se había hinchado y la puerta estaba atrancada; tuvo que darle varios golpes para conseguir abrirla. El silencio le dio la bienvenida. Era un silencio que no reconocía, pero le pareció mejor que el ruido de la ciudad. Olía a humedad y a cerrado y a algo rancio que no supo identificar. La mesa de la cocina seguía allí, impasible, a la espera de que alguien pusiese un plato encima. Cedric recorrió la casa, pasó de largo la habitación de su hermano y entró en la suya. Lo recibieron los libros apilados por todas partes, la sencilla cama, la caja de latón que contenía recuerdos y donde él había guardado el anillo del padre que había querido darle a John la última noche que se habían visto. Salió. Fuera, las macetas bajo las ventanas estaban vacías y se había secado la clemátide que años atrás trepaba por la pared. El abandono había dejado su huella en las paredes, en los frutos de los árboles que se pudrían en el suelo y en la hierba que crecía alta hasta donde alcanzaba la vista.

La primera semana, no hizo nada.

Se acercó al pueblo para comprar comida y varias botellas. Luego, se limitó a beber, fumar y dormir. Adelgazó más. Cuando cogió unos pantalones viejos que encontró en el armario, tuvo que hacerle dos agujeros al cinturón para que no se le cayeran. El dolor de cabeza era leve pero constante, como si fuese una peca o una mancha, algo que llevaba encima. Un día, tumbado mientras miraba las nubes, le dio por arrancar un puñado de malas hierbas y ya no pudo parar. Le gustó la sensación, tirar y sacar y lanzar y vuelta a empezar. Lo estuvo haciendo con las manos hasta que el dolor de las heridas se volvió insoportable. Entonces, se las vendó, se puso unos guantes encima y buscó la azada.

Los días adquirieron solidez. Cedric tenía un propósito y comprobó que, si estaba concentrado en el trabajo, pensaba menos en todo lo demás. Estableció una rutina: se levantaba temprano, hacía café, retomaba las tareas (limpiar los establos vacíos, cortar leña, arreglar los desperfectos de la casa, labrar el campo), paraba para comer y volvía a la carga hasta que el zumbido de los mosquitos lo rodeaba al anochecer.

En algunas ocasiones, iba a la taberna del pueblo. Pero casi

siempre prefería beber a solas. Cogía una chaqueta, se dejaba caer en una silla que había junto a la puerta de la casa y un trago tras otro bajaba por su garganta y le calentaba el pecho. La punta encendida de su cigarro era lo único que se veía en medio de la oscuridad.

Escribía a su familia y también a Milton. Arregló las goteras de una parte de la casa. Decidió comprar un gallo y varias gallinas. Preparó un trozo pequeño de tierra para plantar a principios de otoño, en cuanto el calor se disipase del todo. Como Herbert le había dado las llaves de su casa, de vez en cuando se pasaba por allí y le echaba un vistazo a la avioneta que dormía en el granero: necesitaba cambiar algunas piezas. En las macetas vacías que su madre había tenido llenas tiempo atrás, Cedric plantó narcisos, camelias y un espino blanco. Ningún rosal. Se relacionaba lo justo con la gente del pueblo y declinaba las invitaciones de viejos conocidos. Sabía que bebía demasiado, pero buscaba excusas para justificarse. Como la soledad. Esa soledad que odiaba tanto como deseaba.

Por eso lo sorprendió escuchar el ruido de un motor aquel sábado templado. Era media mañana, él estaba tomándose un descanso. El cartero subía a pie y, otras veces, ni se molestaba en hacerlo y le dejaba las cartas en la taberna.

Cedric le dio una calada al cigarro y echó el humo cuando el flamante coche paró en el camino de la entrada y ella bajó, con su vestido, la cabeza alta, la mirada afilada. Se preguntó si estaría soñando mientras Jane avanzaba hacia él. Pero no. Estaba allí, nerviosa aunque decidida. Llegó a su altura. Cedric era incapaz de moverse.

—¿Tienes té? Tomaré té. Gracias.

Esas fueron sus primeras palabras.

Cedric le sonrió sin humor y apagó el cigarro. Entró en la casa y ella lo siguió. La cocina se volvió claustrofóbica.

—La señorita quiere té...

—Señora —aclaró Jane.

Solo al mirarla por encima del hombro, Cedric se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar, allí de pie, tras él, aferrándose al bolso, con el semblante pálido.

Puso la tetera al fuego. Se miraron en silencio.

—¿Por qué has venido?

—Teníamos que hablar.

—Si ya no queda nada...

—Pues de eso. Hablemos de eso.

—Ya lo entiendo. Necesitas cerrar esta puerta y querías despedirte. Adelante, puedes irte con la conciencia tranquila. No te detendré.

—Deja de ser tan cruel. Deja de mirarme así.

—No me digas cómo tengo que mirarte.
—¿Qué te ha pasado, Cedric? Tú...
—¿Vas a seguir con «No eres así»?
La voz de él era tan agria como el sabor de las ciruelas antes de madurar. Se giró, apagó el fuego y sirvió dos vasos de té. Los puso en la mesa. Jane se sentó en una silla y él ocupó otra, dejando un espacio prudencial entre ambos. Cedric bebió un par de tragos. El tiempo corría y el dolor de cabeza de aquel día se incrementó. Ella permanecía impasible, ahí mirándolo como si no fuese una tortura cada minuto que pasaban juntos.
Cedric tomó aire:
—Te escribí.
—Las cartas no llegaron.
—Lo sé. Pero te escribí...
—Cedric. —Le tembló la voz.
—Cada letra, cada palabra, cada frase perdida quién sabe dónde mientras seguías adelante con tu vida y yo intentaba regresar...
—Te dieron por muerto.
—¡Pero no lo estaba! —Alterado, se puso en pie.
—Me escribió tu compañero Hank. En la carta decía que el avión estalló en llamas, que volabas demasiado bajo como para poder saltar, que no regresaste.
A Cedric se le escapó una risa áspera. Recordó la niebla, los jirones cada vez más densos que ese día habían entorpecido el objetivo de la misión al sobrevolar Francia.
Nadie lo vio saltar de aquel avión.
—No es justo. No es justo —masculló.
—Tienes razón, no lo es. —Jane también se levantó y tardó unos segundos en dejar salir las palabras—. Pero no eres el único que ha sufrido.
—No tienes ni idea, Jane.
Algo se crispó dentro de ella ante el tono condescendiente de Cedric. En lugar de aminorarse, fue hacia él llena de cólera e indignación.
—¡Esto no es una competición! ¡Tan solo te pido que tengas el valor de mirarme a los ojos y ponerte en mi piel! —gritó—. ¡Te perdí! ¡Perdí a mis amigas! ¡Perdí mi hogar! ¡Me perdí a mí misma! ¡Pasé tantos duelos que se solaparon unos con otros! Dolía... todo. Dolía sin parar. Fue insoportable. —Cuando Jane se rompió, él apartó la vista.
Ella sacó un pañuelo del bolso.
—Lo siento... —susurró Cedric.
—Yo también —contestó bajito.
Dio un paso hacia Jane y el aire se llenó de esa electricidad que crecía cuando estaban cerca. En su cabeza, él la consolaba, le limpiaba

las lágrimas y la abrazaba, la vida era un juego y podían cortar y pegar escenas, borrar otras, cambiar el orden cronológico de los hechos, nada era relevante.

En el mundo real, no podía tocarla.

—Yo tenía razón. Esto es un adiós.

—Sí. El adiós que nos merecíamos.

Cedric se aproximó a ella despacio y le rozó la mejilla con los nudillos. Fue una caricia minúscula que ninguno de los dos olvidaría. Se miraron unos instantes como se mira al pasado, con compasión y entendimiento. Después, él la dejó ir. Contuvo el aliento, le abrió la puerta y no apartó la vista de ella mientras se subía al coche. El ruido del motor se disolvió conforme el vehículo se alejaba camino abajo.

Solo entonces, vio que Jane no había tocado el té. Deslizó el dedo por el borde de la taza, la cogió y la vació en el fregadero. El líquido oscuro desapareció como lo había hecho ella: sin posibilidad de retorno.

Margot Abbot. El regalo

Edimburgo, Escocia, 1996

Era sábado por la mañana. Margot había tardado una hora y media en conseguir que sus hijos se vistiesen y sacasen a pasear a Clash, entre resoplidos de Peter y preguntas de Anna que no era capaz de responder a esas horas («Mamá, ¿cuánto pesa un átomo?»). Cuando aparcó delante del supermercado, se sintió dichosa como si acabase de conquistar la cima de una montaña. Cogió un carrito y avanzaron por los pasillos.

—Mamá, ¿puedo coger galletas?

—De acuerdo, elige unas —dijo.

—Si a Anna le dejas comprar galletas, a mí me toca un paquete de gominolas. O dos, si son pequeños. —Peter evaluó los palitos de regaliz.

Anna, sonriente, se apresuró a añadir:

—Claro, es lo justo. Y lo compartimos.

—¿Por qué solo os aliáis para lo malo?

—Cosas de hermanos —respondieron.

—¿Podemos comprar yogures?

—Sí.

—Pero con azúcar.

—No, de esos no.

—¿Y bizcochitos?

—No. Ya has cogido las galletas, Anna.

—Galletas y bizcochos no son la misma cosa.

—A nivel nutricional, casi que sí.

Margot compró tomates, pepinos y un bote de maíz. Después, siguió por el pasillo de la leche y cargó varias botellas. Hizo una parada en la zona de la panadería.

—¿Y una tableta de chocolate? —propuso Peter.

—¡Buena idea! —exclamó Anna—. Es cacao. Un fruto. Proviene de la naturaleza. Seguro que es igual de sano que una bolsa de zanahorias.

—Ya basta. A este paso acabaremos a mediodía.

—¿Y si compramos una pizza para comer?

—Si lleva brócoli, sí. —Margot sonrió.

—Puag, pero qué asco. —Anna fingió que iba a vomitar—. Una

pizza con brócoli. O con coliflor. O con berenjena. O con judías. O con habas. O con...

—Ya está entrando en bucle. —Peter resopló.

Esquivó el pasillo de la carne porque Anna se ponía histérica cada vez que pasaban por delante, pese a que luego no tenía reparos en comerse una hamburguesa. Cogió unos botes de encurtidos y se demoró unos instantes mientras repasaba la lista de la compra.

—Mamá.

—No, Peter, no puedes coger lo que sea que vayas a pedir.

—Es que estaba pensando...

—Dos paquetes de gominolas son suficientes.

—Pensaba que deberíamos ir a Londres a buscar a Jane.

Faltó poco para que el tarro de pepinillos se le cayese al suelo. Margot procesó las palabras mientras Peter esperaba expectante. Había una feroz determinación en su mirada y ella evitó reírse para no herir sus sentimientos. Días atrás, Peter y Niko habían buscado sin éxito información en la biblioteca. Al tener en la mano todas las piezas del rompecabezas, Margot le había contado el resto de la historia a su hijo, que se había quedado desencantado. En cierto modo, era la prueba de que seguía albergando una inocencia que se mantenía intacta, justo la que años después solía esfumarse con los golpes de la vida. Como casi todas las historias, la de Cedric y Jane ya tenía un punto final.

—Eso... no es posible, Peter.

—¿Por qué? —Resopló fuerte.

—Hay tantas razones que tardaría horas en enumerarlas, así que te diré solo dos: no es asunto nuestro y, además, no podemos permitirnos un viaje a Londres.

—Pero Cedric es tu amigo. Debería importarte.

—Y me importa mucho más de lo que piensas.

—Podemos ir en coche. No son tantas horas.

—¿Y quién paga el alojamiento?

—Dormiríamos en un albergue.

—Peter, cariño, no. Lo siento.

—Mamá, se está muriendo...

—Lo sé. —Apretó la boca.

—Si podemos hacer algo... —Miró a su madre, indignado—. ¡No tenemos mucho tiempo! ¿Y si te arrepientes cuando sea demasiado tarde?

—No me pongas en esa tesitura. No es justo.

—Tú siempre dices que nada es justo.

—Toma. Coge dos tarros de pepinillos.

Peter la miró decepcionado antes de obedecer.

Volvieron a casa y bajaron la compra del coche, aunque Peter y

Anna se escaquearon en cuanto acabaron de guardar los congelados. Margot renunció a ganar aquella batalla y, acompañada por Clash, metió en la nevera y en la despensa lo que quedaba. Estaba dejando un paquete de macarrones cuando llamaron al timbre. Pensó que sería Eleanor. Sin embargo, al abrir la puerta se encontró con un hombre que cargaba una caja grande. Le preguntó si era Margot Abbot y ella asintió.

—Pues esto es para usted. Tiene que firmar el albarán.

—Pero... —Ella vaciló—. Yo no he pedido nada.

—A mí no me mire. —Se encogió de hombros.

Margot firmó y cogió la caja, que pesaba bastante. En la cocina, ocupaba la mitad de la mesa. Tiró del precinto, la abrió y ahogó una exclamación de sorpresa. Metió las manos, la sacó con cuidado y empujó el envoltorio de cartón al suelo.

Era preciosa. Absolutamente preciosa.

Con los ojos húmedos, deslizó la punta del dedo por la viga de madera del diminuto porche y subió y subió hasta el tejado a dos aguas. Luego, bajó otra vez por el otro lado para recorrer las estancias con algunos muebles, el baño, el salón, el dormitorio, la cocina. Si existían casas de muñecas más bonitas que aquella, a Margot le traía sin cuidado. Era imposible que pudiese tener ojos para ninguna otra.

Había un sobre pequeño en un lateral. Dentro, encontró la nota doblada: «Este regalo para la niña que Margot Abbot fue llega varias décadas tarde, pero sé que la mujer en la que se ha convertido sabrá apreciarlo como es debido. C. S.».

Peter llegó arrastrando los pies.

—Mamá, ¿qué es esa cosa?

—Un regalo —susurró.

—¿Y quién lo manda?

—Cedric Stone.

—¿Para Anna?

—No. Para mí.

—¿Una casita de muñecas?

—Sí. —Mientras Peter iba en busca de las gominolas, Margot se limpió las lágrimas de emoción que no había logrado contener—. Oye, creo que tienes razón. Si existe alguna posibilidad, por remota que sea..., debemos encontrar a Jane.

—Por fin. —Él sonrió y mordió el palito de regaliz.

Cedric y Margot. Chocolate

Edimburgo, Escocia, 1996

Era tarde cuando Graham le abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. En la casa reinaba el silencio. Él apenas la miró antes de dirigirse hacia la cocina, con Margot pisándole los talones, aunque lo más sensato hubiese sido subir a la habitación de Cedric sin desviarse del camino. Se dijo que la situación era insostenible e incómoda, que debían limar asperezas como adultos, que claro que podrían ser amigos.

—Así que hablaste con tu padre...

—Sí. —Graham se mostró cauto.

—Habéis estado trabajando juntos.

—Sí. —Abrió la nevera de un tirón.

—Y le contaste lo del divorcio...

—Sí —repitió Graham seco.

—Tengo la impresión de que podría preguntarte cualquier cosa y tú te limitarías a responder «sí», fuese lo que fuese —bromeó Margot nerviosa.

Él negó con la cabeza, reacio a seguirle el juego. Sacó una botella de leche de la nevera y, luego, señaló la cazuela que estaba sobre la encimera de mármol.

—Hay sopa de puerros para cenar.

—¿Más sopa? Tu padre la odia.

—Cada vez le cuesta más masticar...

—Lo sé, pero quizá podríamos pensar en otra cosa más... apetitosa. —Margot se mordió el labio—. Un bizcocho mojado con leche o un chocolate caliente. Si me das permiso. No quiero tener ningún conflicto con tu hermana, sé que se ha tomado la molestia de hablar con un nutricionista y diseñar el menú...

En los ojos de Graham había una honda tristeza.

—El tiempo se agota. Que coma lo que desee.

—De acuerdo. —Margot tragó saliva.

—¿Necesitas algo más?

—No. Gracias, Graham.

Él no se molestó en darle las buenas noches antes de salir de la cocina, vaso de leche en mano, y dejarla a solas con la sopa de puerros. Margot se esforzó por acallar esa vocecita que le susurraba:

«Síguelo, síguelo». ¿Y luego qué? Nunca había visto su habitación, que era la última de la segunda planta, pero había imaginado cómo sería, con toda su ropa colgada inmaculada en el armario, quizá dividida por colores, la mesilla ordenada, los utensilios del baño elegidos de forma minuciosa. Y la cama. La visualizaba en el centro, lo suficientemente grande para dos personas. Unas sábanas blancas. Y él allí.

Margot lanzó un suspiro y sacudió la cabeza. Buscó en la despensa y cogió un tarro de crema de chocolate. Lo puso en una bandeja, junto a la sopa y un vaso de agua fresca. Después, subió las escaleras.

Cuando entró en la habitación, vio que había alguien con él. Era una mujer, la misma mujer de mirada serena que un día había aparecido en el hospital justo cuando ella estaba a punto de marcharse. Llevaba un vestido gris de manga larga y unos zapatos negros con una hebilla plateada alrededor del tobillo. Estaba poniéndose una gabardina mientras se dirigía a Cedric en un tono que sonaba a cariñosa reprimenda.

—Ve con cuidado, Galia —le dijo él.

A Margot le subió un escalofrío por la espalda al oír el nombre. Cerró la puerta con el pie y el chasquido los avisó de su llegada.

—Oh, deja que te eche una mano. —La mujer se acercó y, con soltura, cogió la bandeja que Margot cargaba y la puso en la mesilla.

—Gracias. Me he retrasado un poco...

—Ven, Margot. Te presento a Galia.

Las dos se saludaron con afecto. Galia usaba un perfume intenso y toda ella poseía una gracia particular, como si ejecutase de forma precisa cada movimiento. Margot se amonestó por no haberse puesto algo más estiloso que unas mallas negras y una sudadera de *Tom y Jerry* que pedía a gritos la jubilación.

—Encantada. Me han hablado mucho de ti.

—Espero que cosas buenas —dijo Margot.

—No lo dudes. Todos en esta familia somos conscientes de que no es nada fácil cuidar de este hombre testarudo. —Miró a Cedric con un deje de diversión y, luego, se acercó hasta él y se inclinó para darle un beso rápido en la frente—. Volveré mañana.

Dejó un rastro de aroma dulzón cuando se fue y Margot, intrigada, miró a Cedric.

—¿No se llamaba Galia la enfermera que te atendió tras el rescate de Dunkerque?

—Sí. —Miró la mesilla—. Mierda. Sopa otra vez.

—Unos cuantos sorbos de nada y después...

Margot cogió el bote de crema de chocolate.

—¿Has arriesgado tu vida para traerme eso?

—Podría decirse que sí. Graham lo permitió.

—Él y Blair suelen jugar a «poli bueno» y «poli malo». Se van intercambiando los papeles según las circunstancias. ¿Podemos saltarnos la tortura de la sopa?

—No. —Margot la removió con suavidad.

Cedric accedió a tomar un poco. Después, ella cogió una cucharilla pequeña, la llenó de chocolate y se la dio. Con placer, él la lamió.

—Delicioso.

—Lo sé. Merezco que me cuentes lo de Galia.

—Cierto. Veamos, ¿por dónde empiezo…?

Cedric Stone. La chica de rojo

Londres, Inglaterra, 1948

La vida siguió su curso. Cedric continuó trabajando de sol a sol y tan solo rompía su rutina para acercarse a la taberna alguna noche. Conoció a un par de mujeres, se aficionó al calor de la bebida y se acostumbró a los dolores de cabeza que aparecían de manera intermitente. El mundo era de un gris ceniciento, pero, allá en el campo, de vez en cuando era capaz de apreciar el verde intensísimo de la hierba húmeda y las nubes blancas como ovillos de lana o el pelaje naranja melocotón de algún gato asilvestrado. Lo asombraban cosas que antaño había dado por hechas: los alargados pétalos de los lirios del Nilo que se abrían en una explosión púrpura, la llegada de las abejas en primavera, que un árbol diese un fruto y él pudiese comérselo y lanzar después el hueso y conseguir que creciese otro árbol y así, todo así, en un ciclo perfecto. Pero esos momentos de dicha se mezclaban con una tristeza que no lograba quitarse de encima: no entraba en el cuarto de John, le costaba concentrarse en la lectura, no conseguía arreglar la avioneta de Herbert, el silencio por las noches era pegajoso como miel en los dedos, las goteras habían vuelto, fumaba demasiado y casi todas las conversaciones que mantenía eran consigo mismo.

Y los meses fueron quedando atrás.

Septiembre, octubre, noviembre.

Diciembre, enero, febrero, marzo.

Abril, mayo, junio, julio, agosto.

Una noche fue a la taberna y pidió cerveza.

—Toma. Y el correo. No hay manera de que el cartero suba a tu casa, se queja de que la cuesta es demasiado empinada. Alguien debería decirle que busque otro trabajo.

Cedric bebió un trago y cogió las dos cartas. Una era de su madre y la otra de Milton Johnson, aquel tipo divertido con el que seguía escribiéndose.

Rasgó el sobre y encontró una invitación de boda. El diseño era sencillo y, en la parte de atrás, Milton había escrito unas escuetas palabras para decirle que deseaba celebrar aquel enlace junto a todas las personas que habían pasado por su vida y habían dejado una señal. Le recordaba los días compartidos en el hospital de Netley tras escapar

de Francia. Antes de despedirse, le aseguraba que tenía ganas de verlo y darle un abrazo.

La primera reacción de Cedric fue tirar la tarjeta a un lado, encenderse un cigarrillo y darle otro trago a la cerveza. Se rio para sus adentros: lo último que le apetecía era asistir a una dichosa boda. Además, pese a que hubiesen mantenido el contacto, más por el carácter insistente de Milton que por mérito de Cedric, tampoco era alguien tan cercano. Había conocido a mucha gente en los últimos años: Erik Sullyvan, el capitán Pearson, los chicos de la RAF o sus compañeros del campo de prisioneros. Y había aprendido una lección esencial: que todo era efímero.

Al volver a casa, fue incapaz de conciliar el sueño.

Cuando amaneció, comprendió que iría a la boda.

Semanas más tarde, se pasó todo el trayecto en el tren preguntándose si acudía al evento para reencontrarse con Milton o con el hombre que él había sido al regresar de Francia, cuando aún tenía esperanza y creía en los finales felices. Una vez en Londres, cogió un taxi y dio la dirección que se indicaba en la invitación. Se saltó la ceremonia, pero acudió a la celebración en una sala ubicada en la planta baja de un hotel. Los invitados ya estaban allí cuando Cedric entró y cogió una copa que se bebió casi de un trago mientras contemplaba con afecto cómo Milton hacía reír a la novia, que estaba radiante. No había cambiado demasiado: las mismas orejas de soplillo, esa sonrisa permanente en el rostro y una energía tan contagiosa como desbordante.

Cuando Milton levantó la vista y lo vio, se acercó a él.

—¡Stone! —Lo abrazó efusivamente—. Qué sorpresa.

—Recibí tu invitación —se limitó a decir, abrumado.

—Conociéndote, temía que no vinieses. Gracias.

—¿Qué has hecho para conquistar a una chica así? —Señaló a la novia para huir de la emoción del momento y Milton se echó a reír—. No será por tu sentido del humor.

—Ella sí supo apreciarlo, amigo.

—Eres un tipo con mucha suerte.

—Y tú… vienes solo —confirmó.

Cedric asintió y justo entonces aparecieron dos hombres que reclamaron la atención del protagonista de la noche. Se alejó para que pudiese hablar con los demás invitados, que no eran pocos. La sala estaba llena de gente y los camareros se movían de un lado a otro para ofrecer bebidas y pequeños entrantes. Unas amplias lámparas de araña colgaban del techo e iluminaban las columnas de mármol blanco y el suelo, sobre el que, no mucho después, los recién casados abrieron el baile sin dejar de mirarse a los ojos.

Apoyó la espalda en la pared; los observaba y bebía. Solo fue un

segundo de debilidad, pero, pese a que no le gustaba el ambiente de las bodas, pensó que aquellos podrían haber sido Jane y él. Seguro que ella se habría reído de su torpeza y él habría estado deseando que todo acabase para que pudiesen subir a la habitación del hotel y estar a solas.

Notó una mano delicada en su hombro. Se giró y su rostro se volvió nítido bajo las luces del salón. Tenía los labios curvados en una luna menguante.

—Sabía que eras tú.

—Galia... —susurró.

Sin el uniforme de enfermera y en aquel entorno tan distinto, Cedric necesitó unos segundos para ubicarla. Parecía casi más joven que la última vez que se habían visto, porque tenía una expresión suave y el pintalabios rojo a juego con su vestido ceñido le daba un aire vivaz. Ella se tocó el cabello con la mano para asegurarse de que el recogido seguía en su sitio y después miró a su alrededor buscando algo. O a alguien.

—¿Estás acompañado?

—No. —Un camarero pasó junto a ellos y Cedric cogió dos copas. Le tendió una y él se quedó con la otra, aunque ya había bebido más que suficiente.

—Te veo bien. Entero.

—«Entero». Qué halago.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Que no me falta ningún trozo?

Galia se rio y lo cogió del brazo.

—¿Sufriste molestias en el hombro?

Él la miró con descaro y ella se sonrojó.

—No, tuve una enfermera increíble.

Se sonrieron y luego Galia quiso bailar la siguiente canción. Cedric se dejó llevar. La risa femenina en su oído era vibrante como cascabeles agitándose, los mechones de cabello se le empezaron a escapar del recogido y le hacían cosquillas en el cuello; estaba muy guapa así, despeinada y agitada. Tanto que, no mucho más tarde, Cedric se dio cuenta de que no podía apartar la vista de sus labios pintados de rojo.

—Eras mucho menos atrevido cuando te conocí.

—¿Sí? No lo recuerdo. Refréscame la memoria...

—Supongo que tenía que ver con esa chica. La de la carta. Me suplicaste que te dejase escribirle y pensé en la suerte que tenía por ser tu prioridad.

—De eso tampoco me acuerdo —mintió Cedric.

—¿Qué fue de ella? —insistió Galia.

Era lo último de lo que quería hablar.

—Se casó. Creo. ¿Quieres otra copa?

—No. Pero salgamos a tomar el aire.

En la calle, el ambiente se volvió más distendido, como si el viento fresco de la noche se les colase dentro de la cabeza. Compartieron un cigarrillo mientras se reían de cualquier cosa, empujados por el alcohol y un peligroso coqueteo. Había pocos coches, pero circulaban cerca. Ella se apoyó en el hombro de Cedric para aflojarse con una mano la hebilla de los zapatos de tacón. Su aroma lo envolvió. No eran rosas, pero sí algo dulce y delicioso. Él pegó su frente a la suya. Alguien tocó el claxon, pero todos los sonidos se habían vuelto lejanos. Galia alzó la mano y le acarició la mejilla. Segundos después, sus labios se encontraron a medio camino en un beso apasionado.

—Tengo una habitación en el hotel… —susurró ella.

Mientras subían a la tercera planta del edificio, las manos de Cedric se colaron bajo su vestido rojo. Se quitaron la ropa en cuanto entraron, llevados por un deseo ansioso, lleno de futuros perdidos. Horas más tarde, tumbados en la cama, Galia deslizaba la mano por su pecho desnudo, subía hacia el corazón y seguía más allá hasta la cicatriz del hombro. Cedric recordó a Jane acariciando ese mismo punto la última noche que habían pasado juntos. Las manos eran distintas. Las de Jane ejercían más presión, las de Galia poseían una suavidad que a él le provocaba ganas de llorar.

Se movió para mirarla a los ojos. Trazó espirales en su cintura. Ella sonrió y él también lo hizo. Era fácil estar así, allí, disfrutar de su compañía.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Si luego no tienes que matarme…

—Me gustaste desde que llegaste inconsciente al hospital. Había algo en tu rostro que me recordaba al mar en calma. Hasta que despertaste. Entonces, pensé que el océano estaba en tus ojos. Imaginaba que podía lanzarme dentro y nadar sin miedo. Tienes la mirada más transparente que he visto nunca.

—Nadie me ha dicho nada parecido.

—Será que están ciegos. —Sonrió.

—Galia… —Él la miró dubitativo.

—Y estabas tan desesperado por escribirle a esa chica… —No apartó la vista y esa valentía rompió las defensas de Cedric—. Deseé ser ella.

Una ráfaga de silencio se coló en la habitación. Los efectos del alcohol se habían disipado, pero aún se sentía un poco aturdido. Entre interrogantes encadenados, Cedric pensó que el cuerpo de Galia encajaba con el suyo a la perfección. Y su boca era preciosa, pese al pintalabios rojo corrido, como las pecas que formaban constelaciones

en torno a su nariz. Tenía algo que encandilaba: esa sinceridad y la forma en la que sus palabras brotaban sin miedo hacia fuera y cómo entrecerraba los ojos al reírse.

Así que, cuando ella le pidió que se quedase a dormir, él le dijo que sí. Y cuando ella le planteó que fuesen a desayunar a una cafetería que conocía, él accedió a ir. Y cuando ella le propuso que siguiesen viéndose, él no encontró ninguna razón para negarse.

Con la chica de color rojo, Cedric dejó de sentirse solo.

Cedric Stone. El después

Edimburgo, Escocia, 1949

La familia de Galia era de Edimburgo y, tras la guerra, había vuelto allí. Trabajaba en un hospital, sus padres poseían un par de propiedades que no dudaron en ofrecerles y un tío les dijo que buscaba a alguien que se ocupase del mantenimiento de un hangar y que quisiese aprender y formarse como instructor de vuelo de manera oficial. Así que no hubo grandes debates respecto a los pasos que debían seguir: Cornualles era el pasado y Edimburgo el futuro.

Cedric no sintió un gran pesar cuando cerró la puerta de la casa de Marazion. Por aquel entonces, creía que sería feliz con Galia y, en cierto modo, así fue. Empezarían desde cero lejos de allí; la vida sería como un lienzo en blanco en una ciudad sin pasado y siempre podrían ir en verano a Cornualles, donde seguirían esperando los fantasmas.

Fue una época pletórica.

Él se esforzó por beber menos y ella lo arrastró al vibrante ambiente de las calles de Stockbridge y la zona de Grassmarket. Se divertían juntos: salían a cenar, a bailar y caminaban sin rumbo fijo al anochecer. Los pasos de ambos se sincronizaban en la quietud de la madrugada mientras hablaban entre susurros y andaban casi pegados en busca de calor. Galia tenía un gran sentido del humor y su positividad alejaba las sombras que intentaban alcanzar a Cedric. Y hubo otra cosa que lo reconfortaba: con ella podía hablar de la guerra. No había estado en el campo de batalla, pero había vivido el horror desde el otro lado. Lo comprendía. No la asustaban las aristas de Cedric ni los callejones sin salida que terminaban convirtiéndose en un intenso dolor de cabeza. Cuando se despertaba en mitad de la noche, ella lo acompañaba hasta la ventana y se fumaban un cigarrillo sumidos en la oscuridad y en una calmada intimidad.

Tardaron menos de un año en casarse, poco antes de que Cedric pasase de trabajar en el hangar a un aeródromo privado. La hija mayor, Blair, nació una fría noche de finales de enero y, cuando Cedric la sostuvo entre sus brazos, todo tuvo sentido, porque comprendió que, en cierto modo, el miedo y el amor eran adyacentes, dos vecinos que compartían espacios comunes. Y unos años más tarde, sin buscarlo de forma premeditada, llegaría Graham a sus vidas para concluir la perfecta estampa familiar.

Hubo primeros pasos, rabietas, caricias infantiles, rodillas raspadas, dientes de leche que guardaron en una cajita, pantalones que parecían encoger año tras año, cumpleaños, bicicletas, cometas, muñecas, días en el mar y bonitos árboles navideños. Tenían dinero, salud y eran afortunados.

Cedric nunca tuvo claro cuándo ni por qué habían empezado a torcerse las cosas. Él estaba convencido de haber cerrado todas las ventanas, pero las sombras encontraron grietas por las que colarse. La rutina los engulló. Cedric se hizo socio del aeródromo; trabajaba muchas horas. Dejaron de divertirse juntos. Los fines de semana se iba a mercadillos de segunda mano, a veces con los niños, pero a Galia no le interesaban y prefería quedarse en casa o salir con el grupo de amigas que mantenía desde la infancia. El despacho de Cedric se convirtió en su pequeño reino. Fumaba demasiado. Se obsesionó con las cartas perdidas. Volvió a beber. A menudo, se quedaba dormido en el sofá del salón.

Con el paso del tiempo, las discusiones se volvieron frecuentes.

Y, luego, justo al revés. Ya no hubo discusiones. Solo silencio. El silencio de la indiferencia y de dos vidas que circulaban por carreteras distintas. Una mañana cualquiera, en la cocina, mientras Cedric removía el azúcar del café, ella lo miró fijamente a los ojos, lo miró de verdad, y entonces le dijo:

—¿Qué estamos haciendo?

—¿Desayunar?

—Con la vida.

—No tengo ni idea.

Galia se levantó, dejó la taza en el fregadero y tomó aire antes de volver a girarse hacia él. El camino que trazaban las lágrimas llegaba hasta la barbilla. Ella iba varios pasos por delante. Cedric aún estaba intentando asimilar el fondo de la situación.

—Voy a hacerte una pregunta.

—Vale. —Él se puso en pie.

—Y tú serás sincero —exigió.

—Oye, Galia, no sé qué ocurre...

—¿Me quieres como a ella?

—Más pero distinto —admitió.

—¿Qué tipo de respuesta es esa?

Cedric se esforzó por dar con las palabras adecuadas, pero Galia salió de la cocina y dejó a su paso un reguero de decepción y rencor que él no pudo entender por aquel entonces. No lo haría hasta años más tarde. Estaba convencido de haberle dado todo lo que tenía. El problema era que no tenía mucho y que los momentos de hastío habían empezado a ser más abundantes que los destellos de felicidad. La balanza se había desequilibrado. No era que la quisiera menos que

a Jane, sino que la quería diferente. Con Jane había sido el idilio, el enamoramiento, las primeras veces; no habían vivido la monotonía ni los problemas fruto de la convivencia o el desgaste del paso del tiempo. Con Jane era un «lo que podría haber sido» y con Galia «lo que finalmente fue». Una comparación injusta.

Él pidió un préstamo para hacerse con una parte más grande de la empresa y se empeñó en crear una escuela de vuelo de aeroplanos ultraligeros. Encontró refugio en el trabajo, ese lugar donde todo parecía ir bien. Los niños crecieron antes de que pudiese darse cuenta de que lo estaban haciendo. Blair se centró en acumular matrículas de honor. Graham se volvió más independiente. Y Cedric lo vivió todo desde la grada, entrando en escena de forma intermitente. Se convirtió en un actor reemplazable.

Un día, al llegar a casa al anochecer, Galia lo esperaba sentada en el sofá. Tenía los ojos enrojecidos cuando le pidió el divorcio. Pese a que no se lo esperaba, a Cedric tampoco lo sorprendió. Fue como presenciar un accidente de coche bajo una tormenta torrencial, con el conductor ebrio y a altas horas de la madrugada: poco probable, pero previsible.

Y él le dijo que sí. Sin luchar. Sin dudar.

No mucho después, cuando ella conoció a su segundo marido, Roger Wilson, él entendió que dejarla ir había sido un profundo acto de amor.

Cedric y Margot. Sentir y sentir

Edimburgo, Escocia, 1996

Abrió los ojos cuando ella le quitó las compresas que le había aplicado en los brazos para calmar el picor de la piel. Luego, esperó con impaciencia mientras Margot extendía la crema hidratante con un masaje suave. Siempre intentaba darse prisa al hacerlo, porque sabía que a él lo incomodaba ese momento, la idea de que otra persona lo cuidase. Imaginaba que no debía de haber sido fácil para Galia estar casada con él, porque Cedric era orgulloso, un poco hosco e incapaz de aceptar la ayuda de los demás.

—¿Crees que Peter se lo ha pasado bien?

—En grande. Tendré que comprarle alguna maqueta para su cumpleaños.

Esa mañana, los niños habían estado un rato en la casa. A regañadientes por no poder valerse por sí mismo y tener que usar la silla de ruedas, Cedric les había enseñado su despacho y ellos lo habían tocado todo como si aquello fuese la cueva de las maravillas.

—A mis hijos casi no los dejaba entrar.

—¿Por qué? —Dejó la crema a un lado.

—Porque era imbécil. Yo qué sé. Hay tantas cosas que ahora haría de otra forma que necesitaría varias vidas para enmendar mis errores. La gente desarrolla un deseo de posesión hacia los objetos. Mi casa. Mi coche. Mi televisor. Mis cachivaches. Pero, en el fondo, siempre es algo prestado. Cuando mueres, esas cosas no te acompañan. Lo único que de verdad nos pertenece es intangible. No olvides eso: una lavadora no se irá contigo, pero sí el sonido de la risa de tu hija o su forma de mirarte.

—Es cierto. Tengo una duda.

—Adelante —la animó él.

—¿Volviste a Marazion?

—Alguna vez, siempre solo, especialmente después del divorcio. La que sí regresó fue Amy, que falleció hace doce años. Perdón, trece. Tuvo una buena vida. Nunca se casó, viajó mucho, le gustaba escribir sus diarios.

—¿Te los dejó a ti?

—Sí, varios cuadernos.

—¿Y llegaste a leerlos?

—Algunas páginas… —Cedric vaciló—. Era demasiado íntimo. No me pareció apropiado. Vivíamos lejos. Nuestra relación fue constante pero distante.

—Qué desperdicio.

—¿El qué?

Margot suspiró y negó.

—Que te los diese a ti.

—Ya. Oye…

—Dime.

—¿Queda crema de chocolate?

Margot sonrió y sacó el bote del cajón.

—Solo una cucharadita…

—Dos.

—No discutas.

Él lo degustó despacio mientras Margot lo miraba pensativa; le bailaba una pregunta en la punta de la lengua. Se sentó en el sillón y cruzó las piernas. La luz del atardecer se colaba en la habitación con timidez. Las palabras de su hijo Peter volvieron a ella como una ola que lamía la orilla de la playa.

—Cedric…

—¿Sí?

—¿No has sabido nada de Jane?

La cucharita osciló entre sus dedos.

—No.

—¿Y no quieres averiguar qué fue de ella? Han pasado muchos años desde aquel último encuentro. Puede que sea el momento de curar viejas heridas y…

—No.

—Eres terco.

—Qué novedad.

—Dame una razón.

Él sonrió con amargura.

—¿Una? Te daré muchas más. No me queda tiempo. Es probable que siga casada. Han pasado demasiados años. Quizá ni siquiera me recuerde. Y, la más importante, me aterroriza buscarla y descubrir que está muerta. Prefiero no saberlo. Todavía pienso en ella a menudo. En esta cama donde las horas no pasan, me gusta imaginar que es feliz, aunque no sea junto a mí. Necesito llevarme esa certeza a la tumba.

—Pero, si existe una sola posibilidad…

—No hay que remover lo que se enterró.

Él dejó la cuchara en la mesa, cogió el vaso de agua y empezó a tomarse una a una las pastillas que ella le había preparado. Margot sabía que se estaba implicando de más, pero no podía evitarlo: aquel asunto era como una molesta etiqueta de la ropa.

—Si siguiese viva, ¿querrías saberlo?

Él respiró hondo y giró el rostro hacia la ventana, como si buscase los últimos resquicios de luz que le quedaban al día. Tenía la piel amarillenta.

—Estoy muy cansado, Margot…

Su voz era apenas un susurro tenue.

—Ya lo sé. ¿Puedo hacer algo?

—Cuando llegue el momento, no me dejes agonizar. Hay medicación suficiente a la que recurrir para… —vaciló— que todo sea más fácil.

Margot quiso pedirle que se callase y que dejase de decir tonterías, pero entendía el miedo y la necesidad de control, así que asintió con la cabeza. Se acercó hasta él y lo cogió de la mano. Estaba frío. Llevaba puesto el anillo en el anular. Le pareció un poco ido cuando siguió hablando, a medio camino entre el presente y el pasado.

—Recuerdo a todas horas aquel momento en el acantilado junto a Jane. Ella no paraba de reírse y dijo algo así como que debíamos seguir viviendo con los ojos cerrados porque, a fin de cuentas, siempre nos quedaría el amor. Yo creo que entonces no lo comprendí, estaba demasiado asombrado por ella. Pero tenía razón. Da igual lo que pase o si es una locura, hay que sentir y sentir. Todo acaba con el vacío y empieza con el amor. ¿Qué hay más importante? Te convierte en mejor persona, incluso cuando sale mal, porque te obliga a preguntarte qué tienes dentro del pecho. Y es generoso. El amor siempre es generoso. Y no pesa, no ahoga, hace que la vida reluzca.

Margot permaneció en silencio, junto a él, hasta que cerró los ojos y cayó en un sueño profundo. Cada vez dormía más, con independencia de que fuese de día o de noche. Observó el rostro de Cedric, marcado por la vida y las arrugas, mientras rememoraba al joven de las fotografías. Todo estaba contenido allí dentro. Cada persona era un universo amplio y salvaje. Se cuestionó qué había dentro de ella.

Margot Abbot. Sin miedo

Edimburgo, Escocia, 1996

Margot salió al pasillo, que estaba a oscuras, y se encaminó a la habitación de Graham. Frenó. Los pies se anclaron al suelo cuando llegó hasta la puerta. Contempló la brillante manilla. Curioso que, de pronto, un objeto inofensivo le resultase aterrador. Visualizó lo que ocurriría durante las semanas siguientes: ella y él seguirían evitándose y fingiendo ser dos extraños hasta el último aliento de Cedric. Después, tomarían direcciones opuestas. Graham por la izquierda. Margot por la derecha. No volverían a verse.

Deslizó el dedo por la manilla y, antes de que pudiese meditarlo, ejerció presión y se oyó el chasquido de la puerta al abrirse. Ya no había marcha atrás. Debería haber llamado antes o esperar hasta encontrárselo en la cocina, pero se había dejado llevar por un impulso inexplicable. Se convenció de que era por Cedric, que tenía que contarle todo lo relacionado con Jane, y que no tenían tiempo que perder.

Tomó aire y empujó la puerta. Solo la débil luz de una farola de la calle se colaba entre las pesadas cortinas. Margot cerró a su espalda mientras se preguntaba qué estaba haciendo y distinguió la sombra de Graham incorporándose en la cama antes de oír su voz llena de preocupación.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Mi padre...?

—Está bien, tranquilo. Todo está bien.

El silencio cayó sobre ellos con fuerza.

Aquel era el momento en el que tenía que decirle: «En el pasado, antes de que llegases al mundo, tu padre tuvo un amor que nunca ha olvidado. Si existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que ella siga viva, creo que deberíamos intentar...».

Pero se quedó mirándolo y mirándolo.

—Margot... —Él tenía la voz ronca.

—No te muevas. Quédate justo ahí.

En un reloj, se dijo Margot, el deseo debía de ser ese instante. Graham en las sombras, a medio camino entre la confusión y el anhelo. Él quieto, ella en movimiento. La decisión estaba en sus manos y pesaba lo mismo que su corazón. Aquello era lo que estaba en juego. Pero dio un paso. Y luego otro y otro y otro más, hasta que sus rodillas

se encontraron con el borde de la cama. Se inclinó hacia él y le acarició el rostro con las manos: la mandíbula marcada, el hueso de los pómulos, las cejas espesas, la nariz aristocrática y esos labios en los que no había dejado de pensar.

Él respiró de forma profunda y sonora. Le dijo:

—¿Cuánto tiempo vas a seguir torturándome?

Sonrió cuando alcanzó su boca. Y sintió una calma inesperada. Después, sin saber cómo, los dos estaban en la cama; las piernas enredadas, las manos en busca de pequeñas porciones de piel que encontraban entre la ropa. Le gustó la contención de Graham, el sabor de su lengua, la delicadeza de los dedos masculinos que revoloteaban por su espalda bajo la camiseta y el calor, el intenso y abrasador calor. Había olvidado lo maravilloso que era abandonarse al deseo y no pensar, no pensar, no pensar, no pensar.

—No tenemos por qué ir tan rápido —le susurró él al oído; luego le lamió el lóbulo—. Quiero hacer las cosas bien. Quiero intentarlo.

—Ni se te ocurra parar ahora.

Graham la besó, dispuesto a mitigar su impaciencia. Fue tierno, apasionado y complaciente. Entre oleadas de placer, Margot lo abrazó y escondió la cabeza en su cuello. Olvidó sus problemas, que era madre, que el futuro podría ser un bocado amargo y las consecuencias emocionales de sus actos.

Tan solo fue… Margot.

Resplandeciente y poderosa Margot.

¿Cómo había podido renunciar a esa parte de sí misma? ¿Cuándo había cerrado la puerta a la posibilidad de conectar así con otro ser humano? Se lo preguntó de madrugada, mientras contemplaba al hombre que dormitaba junto a ella. De vez en cuando, se giraba, la pillaba mirándolo y sonreía entre bostezos. A ratos, volvía a murmurar en sueños.

—Piensas tanto que oigo los engranajes de tu cerebro.

—No sabía que estabas despierto —dijo ella.

—Ven. —La abrazó contra su pecho desnudo.

Margot hundió los dedos en el cabello oscuro.

—Dime qué te preocupa —le pidió él.

—Qué no me preocupa, querrás decir.

Margot se quedó callada unos instantes mientras meditaba sobre sus miedos. Una de las últimas cosas que había hablado con Cedric horas atrás tenía que ver con el temor que le daba descubrir si Jane seguía viva o lo habría olvidado. ¿No se parecía acaso al dilema que a ella la retenía? Avanzar o frenar. Refugiarse en el nido o echar a volar. Nadie puede ganar sin antes estar dispuesto a jugar. Las decisiones llegaron como flechas, se le clavaron en la carne y ya no hubo posibilidad de dar marcha atrás.

—Graham.

—Mmmm.

Sus ojos claros se abrieron con lentitud.

—¿Todavía tienes el piso de Londres? ¿Está ocupado?

—Dejará de ser mío dentro de un mes. Y no, no está ocupado. Amanda ya no vive allí y planea venderlo. Pero ¿a qué viene eso? —Se incorporó un poco en la cama.

—¿Me lo dejarías un fin de semana?

Graham se despejó del todo de golpe.

—¿Vas a explicármelo o tengo que aceptar sin más? Porque sabes que la respuesta es un sí, pero te agradecería que empezases a confiar en mí.

—Tiene que ver con tu padre.

—Vale. Pues te escucho.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo, ¿no?

—¿Qué sabes sobre su pasado?

—Poco. Que creció en el campo, que luchó en la guerra y que mi tío murió allí. Nunca le gustó hablar de aquello, por más que preguntamos. A mi madre la conozco más; ella nos contó que se cruzaron mientras trabajaba como enfermera.

—Sí. Pero antes...

—Dilo —insistió.

—Hubo otra mujer.

—Comprendo...

Él asintió despacio, con el ceño fruncido. Margot hizo lo que llevaba deseando hacer desde el día que habían cenado en la hamburguesería: alisó con el dedo aquellas arrugas que se formaban en su entrecejo hasta que se disipó la tensión.

—Y él nunca la ha olvidado. Imagino que no le sería fácil hablar de algo así con sus hijos —dijo para justificarlo—. Creo..., creo que debo buscarla.

—¿En Londres?

—Solo tengo esa pista.

—Uf. —Se frotó la cara.

—Cuando Peter tuvo la idea, pensé que era una locura, pero después tu padre me regaló esa casita de muñecas y es mi amigo y yo...

—¿Una casita de muñecas?

—Ya te lo explicaré. El caso es que tengo el presentimiento de que me arrepentiré si no lo intento. No pierdo nada. Y queda poco tiempo.

Graham estuvo tanto rato callado que ella temió que se arrepintiese de haber aceptado antes de oír sus razones. Él se levantó

y empezó a vestirse. Quiso pedirle que no lo hiciese, que se quedase un rato más junto a ella. Para siempre, por ejemplo.

—Con una condición: iré contigo a Londres. No es asunto mío lo que hagas allí, pero quiero acompañarte. Blair se ocupará de mi padre esos dos días.

Con un nudo en la garganta, Margot lo retó con la mirada porque sabía que la reacción de Graham a su respuesta sería determinante para ella. Para ellos.

—Si no te importa ir con dos niños que van a pasarse todo el viaje en coche preguntando si falta mucho para llegar o pidiendo parar a hacer pis…

Graham arqueó una ceja.

—¿Has dicho «en coche»?

A ella se le escapó una sonrisa.

—Sí, esas son mis normas.

—Pues que empiece la aventura.

Margot y Graham. La carretera

Entre Edimburgo y Londres, 1996

Salieron de Edimburgo antes del amanecer. Anna y Peter se durmieron durante las primeras dos horas y, cuando despertaron, pararon en un bar de carretera y desayunaron tostadas, huevos revueltos y beicon. Había cierta familiaridad en el ambiente, como si hubiesen ensayado antes la escena, y a Margot la tranquilizó comprobar lo fácil que a Graham le resultaba conversar con sus hijos; probablemente, la buena sintonía se debía a que él no tenía que repetirle a Anna que masticase con la boca cerrada o que no se echase medio tarro de sal en los huevos.

Al acabar, quedaban cinco horas por delante.

—Trescientos veintiuno, trescientos veintidós, trescientos veintitrés, trescientos veinticuatro, trescientos veinticinco, trescientos veintiséis...

Graham miró a Margot de reojo.

—¿Cuánto tiempo puede seguir?

Con las gafas de sol puestas, ella dijo:

—Una vez llegó hasta mil seiscientos, pero se equivocó y volvió a empezar. Confía en mí, hay un momento en el que dejas de oírla.

—Si tú lo dices... —Graham conducía.

—Trescientos treinta y cinco, trescientos...

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Peter.

—Por cuarta vez: sí, cariño —contestó Margot.

—Trescientos cuarenta y dos...

—Anna, por favor...

—¿Qué pasa, mami?

—¿No te apetece jugar a otra cosa?

—No. Y tengo pis —dijo Anna.

—Ya empezamos... —Peter resopló.

Graham la miró por el espejo retrovisor.

—Voy a intentar parar cuanto antes.

—Trescientos cuarenta y tres. ¡No me aguanto! Trescientos cuarenta y cuatro. ¡Ay, casi se me escapa! Trescientos cuarenta y cinco...

—Pues haz fuerza —replicó Margot.

—Joder. —Graham aceleró, nervioso.

—Tú tranquilo, es bastante teatrera.

—Trescientos cuarenta y seis, ¡uf!

—Soy el único normal —dijo Peter.

Graham se desvió en cuanto vio una gasolinera y frenó en seco junto a la zona de los servicios. Margot evitó reírse al verlo tan afectado. Bajó con Anna, fueron al baño y regresaron cinco minutos más tarde. La niña se abrochó el cinturón de seguridad.

—Ya podemos seguir. Trescientos cuarenta y siete...

—¿Puedo ponerme los cascos? —pidió Peter.

—Escuchemos música todos, ¿de acuerdo?

Margot cogió una cinta cualquiera y empezó a sonar una canción de Supertramp. El extraordinario momento de calma duró en torno a veinte minutos.

—Mami —gimoteó Anna.

—Cariño, ¿qué pasa ahora?

—Me siento como si tuviera la cabeza llena de peces.

—¿Los huevos llevarían alucinógenos? —bromeó Graham.

—¿Eso significa que te estás mareando? —adivinó Margot.

—Sí, porque los peces no dejan de moverse...

Peter resopló, molesto por la interrupción.

—Si solo quiere llamar la atención.

—¿Qué hago? —preguntó Graham.

—Será mejor que paremos y...

—Uno de los peces es morado.

Justo después, vomitó el desayuno.

Media hora más tarde, Graham había limpiado todo lo que pudo mientras Margot cambiaba de ropa a Anna. Se vieron obligados a dejar abandonada la alfombrilla del coche y fue imposible eliminar el olor que los acompañó durante el resto del camino, así que cada poco bajaban las ventanillas para airear el ambiente.

Margot estaba a un paso de lanzarse del coche en marcha cuando por fin llegaron a la ciudad. Los recibió el bullicio de sus calles llenas de tiendas, cafeterías y restaurantes, y la gente caminando de un lado a otro a lo suyo, con la vista al frente. En cada rincón había algo que observar y los niños enmudecieron, presos del encanto londinense.

El apartamento de Graham estaba situado en un edificio tan moderno que Margot lo confundió con un hotel. «Es mi casa», le aseguró él, divertido, al tiempo que apretaba el botón del ascensor. El vestíbulo era amplio, había recepción y los suelos de mármol se reflejaban en las altas cristaleras que sustituían las paredes. Una vez estuvieron dentro del apartamento, a ella le supo mal hasta pisar la moqueta.

Todo parecía... delicado.

—Niños, no toquéis nada, no ensuciéis nada, casi que ni respiréis

si podéis evitarlo.

—Bobadas. Como si estuvieseis en vuestra casa.

—Graham, tú dales alas y en un minuto los tendrás saltando en el sofá con un zumo de arándanos en la mano. Y confía en mí: eso no se va con nada. Es indestructible.

Él sonrió mientras Peter y Anna se alejaban para explorar. Cansado tras el largo viaje, dejó las maletas en la entrada y estiró los brazos en alto.

—Da igual. Legalmente este sitio dejará de ser mío en breve, así que...

—Eres malvado —replicó Margot.

Graham la cogió de la mano con suavidad y la llevó hasta la habitación, que era amplia, tenía baño propio y un ventanal que conducía a una pequeña terraza desde la que se divisaba la ciudad. Cuando él la soltó, ella se estremeció ante el vacío. No se habían tocado desde la larga noche que habían compartido, pero Margot sentía que lo habían hecho de otras formas, a través de miradas y gestos sutiles.

—¡Mamá! —gritó Anna—. ¿Has visto la tele?

—No, ¿qué le pasa? —contestó desde lejos.

—¡Es enooooorme! Como si fuese un cine.

—Genial. ¡Pues tampoco la toquéis!

Graham se rio y la siguió. En el salón, Peter contemplaba las vistas con la nariz pegada a una de las ventanas y Anna intentaba descubrir cómo funcionaba el mando a distancia con una técnica infalible: apretar todos los botones.

—Espera, estará desconectada —dijo él.

—Mamá. —Peter estaba impaciente—. Deberíamos volver a revisar todas las pistas y luego empezar a buscar en los archivos de la biblioteca o ir a hablar con los antiguos vecinos de Jane. Quizá alguien siguiese en contacto con ella.

—Es un pequeño Poirot —bromeó Graham.

—Lo tengo todo controlado —aseguró Margot—. Sé la dirección de Paddington donde vivía Christopher Collins, así que iremos allí.

—¡Pues venga! —exclamó Peter.

Margot se sentó en el sofá color vino.

—Tengo que pensar en cómo lo haremos. No es tan sencillo. ¿Llamamos al timbre y preguntamos por Jane, como si fuésemos vendedores de enciclopedias, para luego decirle que el hombre del que estuvo enamorada hace décadas se está muriendo? Es posible que llame a la Policía. Para ella somos desconocidos.

Graham se frotó la mandíbula y suspiró:

—No quiero implicarme en el asunto, pero, en mi opinión, si estuviese al otro lado, agradecería la sinceridad. Lo más sencillo suele

ser efectivo.

Margot asintió, aunque tenía dudas. No había dejado de hacerse preguntas durante el viaje. ¿Y si se estaba excediendo? ¿Y si era un error? ¿Y si descubría algo triste? Eso era lo que más la preocupaba: encontrar malas noticias. Aunque, si fuese así, no se las daría a Cedric; no lo haría, mantendría el secreto.

—Me da miedo lo que podamos descubrir.

—Ya. Pero todo en la vida implica riesgos.

Sabía que las palabras de Graham no se referían solo a la historia de su padre con Jane, sino también a lo que ellos estaban tejiendo.

Unas horas después, salieron a cenar. Había un restaurante italiano a tres calles del apartamento y disfrutaron de unos espaguetis a la carbonara y lasaña. Anna pidió un postre llamado «Muerte por chocolate» y todos se rieron cuando se lo sirvieron y ella aseguró que la tarta no era rival para su estómago. Peter escuchó con atención a Graham cuando le habló de la academia de vuelo y los aviones ultraligeros.

—¿Da miedo las primeras veces?

—Supongo que sí. —Pensativo, Graham jugueteó con una miguita de pan que había sobre el mantel—. Pero los entrenamientos eran mis días preferidos del mes porque entonces mi padre y yo pasábamos tiempo a solas. Quizá sean algunos de mis recuerdos más felices con él. Era perfeccionista, daba la misma importancia a las tareas de mantenimiento que a las horas de vuelo. Me enseñó bien.

Regresaron al apartamento dando un paseo tranquilo. Había refrescado, pero la noche era agradable. Margot se había puesto un vestido verde y se había pintado los labios; le gustó pillar a Graham mirándola de reojo. Tras acostar a los niños, se reunió con él en la cocina; estaba revisando los armarios.

—Apenas hay nada. ¿Licor de moras?

—Eso me suena a la época del instituto.

—Cierto. —Cogió la botella y dos vasos.

Se acomodaron en los dos sillones de la terraza porque Margot quiso disfrutar de las vistas, a pesar de que tuvo que coger una manta porque refrescaba. Graham sirvió la bebida y ella saboreó aquel líquido violeta y dulzón mientras contemplaba ensimismada las luces, todos aquellos puntitos blancos, amarillos, rojos o azules que se encendían y se apagaban como si fuesen los latidos de la ciudad.

—Una se siente tan insulsa e insignificante...

—Depende de la perspectiva. ¿En comparación con la inmensidad del universo? Es probable. Pero para mí te aseguro que no es así. ¿De dónde has sacado eso?

—De pequeña, se lo oí decir a unas profesoras mientras hablaban entre ellas sobre mí. Que era «insulsa». Nunca me he quitado esa

palabra de encima. ¿No te pasa? Que hay comentarios que se te quedan grabados a fuego, como tatuajes en la cabeza. —Se rio y miró el licor—. Olvídalo. Es solo una tontería que he dicho…

—No lo es, nos pasa a todos. No podemos elegir qué cosas nos marcan. —Se encogió de hombros—. A mí me ocurre con mi padre.

—Lo sé. Necesitas que te valide.

—Odio admitirlo… —susurró.

—¿Y por qué crees que pasa?

—Digamos que, cuando alguien está y no está, es como caminar sobre arenas movedizas y te pasas todo el tiempo intentando retenerlo. Siempre he pensado que mi padre es una luz y una herida, según el día. Lo he admirado tanto como lo he odiado.

—A veces se odia lo que no se entiende.

—Es probable —contestó él pensativo.

Ella bebió un trago y después lo miró.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sabes que sí, Margot.

—¿Por qué te gusto?

Él se sorprendió, pero luego dejó el vaso en el suelo y tiró de ella para que se sentase en su regazo. La envolvió mejor con la manta.

—Contigo puedo respirar. —Le dio un beso en la nariz y en la mejilla y en los labios—. ¿Te parece poca cosa poder respirar junto a otra persona?

—No. ¿Quieres que te diga qué me gusta de ti?

Él jugueteó con el dobladillo de su vestido.

—Sí, pero casi mejor si vas directa al grano…

Se llevó la risa de Margot con un beso que sabía a moras y continuó acariciándola mientras ella intentaba dar con las palabras que estaba buscando, tarea que se volvió más complicada cuando Graham comenzó a bajarle la cremallera del vestido y los tirantes se le aflojaron. Las manos cálidas de él le ganaron la batalla al frío de la noche.

—¿Y si se despiertan los niños?

—Entremos —la apremió Graham.

—Ni siquiera nos hemos acabado la copa.

—Lo he intentado, de verdad que sí, pero la paciencia no es una de mis virtudes.

Margot sonrió en la oscuridad cuando abandonaron el balcón. Él puso el pestillo en la habitación. Se desnudaron con prisas. Había algo fascinante en el hecho de descubrir a otra persona a través de la piel y aprenderse las marcas, los lunares, las zonas sensibles. A ella la obsesionaba la forma de su ombligo, el tacto de la barba y su mirada perezosa justo tras alcanzar el momento álgido de placer. Después, adormilada y satisfecha, apoyó la mejilla en su pecho y los latidos de

aquel corazón ajeno retumbaron en su oído.

—Antes no me has dicho por qué te gusto.

—Porque, al mirarte..., me pareces sólido.

—¿Sólido? ¿Como un estado de la materia?

—Digamos que sí. Aunque aún tengo dudas.

—Pues cuéntamelas. No muerdo —susurró.

—¿Sabes lo que pasa con las cosas sólidas? Que pueden convertirse en materia líquida o gaseosa. No me da miedo el presente, sino el futuro.

—Ya, como al resto de la humanidad...

—¿De verdad te apetece que tengamos esta conversación? —Margot se incorporó para mirarlo y él asintió—. Porque no quiero, pero, si insistes, debería empezar con: ¿eres consciente de que tengo problemas y dos hijos que son mi prioridad?

—Hoy he limpiado unos veinte litros de vómito. Creo que me he dado cuenta.

—Pero no es limpiar vómito un día, sino todos los días.

—Hombre, espero que no. La llevaría al médico...

—Era una metáfora.

—Ya lo sé. —Él se rio.

—Y me planteo más cosas. Por ejemplo: ¿realmente te gusto o soy ese pasatiempo que muchos hombres buscan después de un divorcio? Además, ¿qué ocurrirá si no funciona y los niños se encariñan contigo? ¿Soy una mala madre por pensar en mis deseos en lugar de valorarlo desde una perspectiva familiar? Hay muchos detalles logísticos que...

—Shhh. Ya basta. —Él la abrazó.

—Lo sé. Si te he dicho que no quería...

—No estoy jugando. No eres una distracción. Y sé que tienes dos hijos. —Su voz sonó un poco ronca—. No puedo prometerte que sea perfecto o que dure para siempre, pero te aseguro que aspiro a seguir siendo sólido. Solo necesito que confíes en mí.

Margot dejó escapar el aire que había estado conteniendo y se acurrucó contra él. Las palabras de Graham flotaron alrededor como un bálsamo y allí, en la oscuridad y el silencio de la noche, pensó que todo estaba bien. Y mañana sería otro día.

Jane Bellamy

Londres, Inglaterra, 1996

Cuando abrió los ojos, Graham no estaba. Se levantó de la cama, fue a la cocina y buscó café. Pensó en el día que les esperaba mientras hervía el agua. Peter apareció frotándose los ojos y se sentó en uno de los taburetes altos y modernos que rodeaban la barra de madera.

—¿Cómo has dormido? —preguntó.

—Bien. Tu pelo parece una fregona.

—Gracias, cariño —contestó Margot.

Decidió ponerse dos de azúcar. Anna entró y saludó con un bostezo. Les preparó un vaso de leche que calentó en el microondas y, sin dejar de mirar el plato giratorio, se preguntó dónde se habría metido Graham. No había dejado ninguna nota y ella no lo había oído salir de la habitación.

—He soñado con Graham —dijo Anna—. Era un trapecista. Vestía un traje con una cola de dragón llena de escamas rojas y se ponía boca abajo en un columpio.

—Es muy temprano para esto —protestó Peter.

—Es que no dejo de pensar en tu amigo, mamá.

Con inquietud, Margot sacó los dos vasos.

—¿Y eso por qué?

—Porque es simpático.

—Supongo.

—Y gracioso.

—Ya.

—Me gusta.

—Bien.

—¿A ti te gusta, mamá?

Margot valoró su respuesta. Sí, claro, sí, le gustaba mucho, de eso estaba segura. Ya no tenía dudas ni podía seguir engañándose a sí misma. Pero no había decidido cómo explicárselo a sus hijos ni qué palabras utilizar para definir la situación.

Peter lo solucionó al preguntar a bocajarro:

—¿Graham es tu novio?

—Yo… Bueno… Digamos que…

—Vale. Es guay —cortó Peter.

—Pero si aún no he contestado…

—¿Podrá darme clases?

—Mierda, sí —aceptó.

Su hijo sonrió satisfecho y bebió leche. Ella quiso decir algo más, como que encontraría la manera de devolverle aquella jugada maestra, pero Graham apareció en el apartamento con una bolsa llena de gofres de chocolate. Anna se lanzó a por el desayuno y Margot aprovechó esos minutos de caos para serenarse.

—Entonces, el plan es el siguiente: Anna se queda contigo, y Peter y yo vamos en busca de Jane. Intentaremos estar de vuelta por la tarde.

Anna se giró hacia Graham.

—¿Y qué haremos nosotros?

—¿Conoces el Museo de Historia Natural?

No hizo falta más para despertar el entusiasmo de la niña. Satisfecha, Margot se terminó el café y cogió su bolso y un paraguas mientras Peter le daba los últimos mordiscos al gofre.

Graham fue a despedirlos a la puerta.

—Suerte. —Les guiñó un ojo.

Caminaron hasta la parada de metro, cuatro calles más allá. Durante el trayecto, hablaron sobre qué le dirían a Jane si conseguían encontrarla. ¿Era mejor ir directos al grano, como sugería Graham, o tantear antes el terreno? Su hijo estaba tan acelerado que daba brincos en el asiento, incapaz de quedarse quieto. Con cada parada que dejaban atrás, ella procuraba mantenerse positiva e imaginaba cómo reaccionaría Cedric si lograse ver a Jane antes de despedirse de este mundo. Peter tenía razón. Sería un regalo. Una ofrenda a la amistad. O un acto de ternura.

Bajaron en Edgware Road. Preguntaron a una pareja que paseaba por allí y que, con amabilidad, les indicó cómo llegar hasta el número 46 de Norfolk Square. Margot no podía dejar de mordisquearse las uñas. Peter, en cambio, sonreía como si le tirasen de las comisuras de la boca. Todas las casas de la zona eran similares, majestuosas edificaciones de estilo victoriano que se conservaban mejor que muchos edificios nuevos. Mientras se acercaban, Margot pensó que esas viviendas formaban una hilera tan ridículamente perfecta que parecía el decorado de una película.

—¡Es ahí, mamá!

—No grites, Peter.

Dos columnas flanqueaban la puerta y había una aldaba con forma de león. A través de los ventanales de guillotina no se distinguía si dentro había alguien o la casa estaba vacía. Margot no pudo evitar que el estómago se le pusiese del revés.

—¿Llamo? —Peter la miró.

—Sí, hazlo —pidió, porque estaba convencida de que, si tardaba

cinco segundos más, terminaría por acobardarse o por pensar que aquello era una tontería, que qué narices estaba haciendo allí, malgastando un día libre que había tenido que pedir en el trabajo, para buscar a una persona a la que, en teoría, Cedric no quería encontrar. Claro que Margot sabía que a él lo movía el miedo. Y que era testarudo.

Peter tocó el timbre y sonó un ligero din don. Margot se limpió el sudor de las manos en los pantalones justo cuando la puerta se abrió. La mujer que apareció tendría unos sesenta años, llevaba una chaquetilla de color salmón y el cabello recogido en una trenza. Sus ojos los escrutaron tras unas gafas redondas.

—Buenos días. Veníamos... Queríamos...

—No somos practicantes —se excusó ella.

—No..., no pertenecemos a una religión...

—Ah. Tampoco me interesa comprar nada.

Tenía una mirada amable, no era antipática, sino más bien impaciente; parecía tener prisa por continuar con lo que fuera que estuviese haciendo antes de que la interrumpiesen.

—Nosotros..., nosotros... —balbuceó Margot.

—Buscamos a Jane Bellamy —explicó Peter.

Eso captó su atención. Frunció el ceño.

—Querrán decir Jane Collins.

—Sí, sí, eso. ¿Usted la conoce?

—Por supuesto. —Los miró con desconfianza, aunque no pudo esconder su curiosidad—. No os he visto antes. ¿Quiénes sois?

—Me llamo Margot Abbot y este es mi hijo. Es una larga historia, pero llevamos tiempo buscando a Jane porque necesitamos hablar con ella.

La mujer pareció pensarse lo siguiente que dijo:

—¿Os apetece un té a cambio de esa historia?

Aceptaron la invitación y la siguieron hasta un confortable salón. Les pidió que esperasen. Se oía música que provenía del piso de arriba, por lo que dedujeron que no estaba sola. Margot imaginó el día que Cedric había estado en aquella casa y casi pudo hacerse una idea de sus últimos pasos apresurados por el pasillo con el corazón hecho pedazos.

La mujer, al volver, dejó la bandeja con una bonita tetera.

—Perdonad mis modales, creo que ni siquiera me he presentado —dijo mientras servía el té con delicadeza en tacitas de cerámica—. Me llamo Lili Collins.

—Vaya. —Margot la miró fascinada.

—¿Te ha sorprendido? —dudó ella.

—Oh, no, es que me han hablado de ti.

—¿De mí? —le preguntó suspicaz.

—Tiene que ver con esa historia que intentamos cerrar. —Margot dio un sorbo, aunque la bebida ardía—. No pretendemos robarte tiempo con los detalles, pero podría decirse que queremos encontrar a Jane para hacerle un regalo a un amigo. Un amigo especial al que le queda poco tiempo. Se llama Cedric Stone.

Los ojos de Lili se iluminaron, su expresión se suavizó y todas sus reservas se derrumbaron de golpe, como un edificio que cae desde los cimientos.

—Sé quién es Cedric. Lo conocí.

—Lo sé. —Margot se emocionó.

—Me acuerdo como si fuese ayer…

—¿Crees que ella aún querrá verlo?

Aún perdida en sus pensamientos, Lili asintió despacio, después de valorar algo que no llegó a compartir en voz alta. Quizá alguna anécdota del pasado relacionada con aquella mañana que había pasado con ellos en Hyde Park.

—Nunca tiró una fotografía que tenía de él. La guardaba bajo la tapa de un joyero al que me encantaba darle cuerda. Solía mirarla cuando sonaba la música.

—Eso es bonito —susurró Margot.

—Jane fue y es una persona muy especial en mi vida —continuó Lili—. Cuando mi padre murió, ella decidió mudarse a las afueras porque deseaba vivir en una casa con un pequeño jardín. ¿Tenéis papel y boli? Os daré su dirección.

Margot buscó en su bolso la libreta de notas.

Poco después, Lili los acompañó a la puerta.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Peter.

—No hay de qué. Estoy segura de que este regalo que queréis hacerle a Cedric no será solo para él, también para Jane. Buena suerte.

Una hora más tarde, se encontraban en una zona residencial más sencilla. Las casas eran estrechas, de ladrillo rojo y con tejado a dos aguas. Había árboles en la calle y los coches circulaban despacio, como si todo el barrio —las alcantarillas, los pájaros y los propios ciudadanos— viviese a otra velocidad.

Subieron los escalones hasta la puerta roja. Peter volvió a encargarse de tocar el timbre.

Y entonces sí. Entonces, apareció ante ellos una mujer de cabello blanco y mejillas arrugadas. Su sonrisa afable contrastaba con la punzante mirada. Margot quiso decir algo, pero la atravesó un escalofrío y se le formó un nudo en la garganta porque, pese a que era la primera vez que se veían, tuvo el típico pensamiento tonto e ilógico de que podría haberla reconocido en cualquier parte. Tomó una

brusca bocanada de aire.

—Jane... —Sin interrogaciones.

—Así me llamo, sí. ¿Y vosotros?

Margot habló con el corazón en la mano.

—Te estábamos buscando. Sé que no nos conoces, pero nosotros sí te conocemos a ti de una forma peculiar y diferente. No sé bien cómo decírtelo, así que intentaré ser sincera y directa: tengo un amigo al que no le queda tiempo y que desea volver a verte, aunque no se atreva porque le da miedo arriesgarse. A veces, basta con que uno de los dos tenga el coraje para dar el primer paso. ¿Recuerdas a Cedric Stone?

La mirada de Jane se volvió líquida.

El regalo se envolvió sin celo ni papel.

Cedric y Jane. La memoria

Edimburgo, Escocia, 1996

De haberle pedido cuando era un niño que describiese aquel día, Cedric habría dicho que el cielo era de un «gris rinoceronte», pese a que había visto solo una vez una ilustración del animal en un libro de Herbert. Si le hubiesen preguntado décadas más tarde, ya de adulto, habría contestado «gris ceniza», con un trazo pesimista en la voz. Esa mañana, tumbado en aquella cama que ya parecía formar parte de él, se limitaría a decir «gris», a secas. Lo cierto era que no había ni un rasguño de luz en el cielo y llovía de forma intermitente: caía el agua, paraba, los cristales se secaban y volvía a llover. Cedric estaba como ausente. Ya hacía tiempo que no leía un libro desde la primera página hasta el final; tenía en la mesilla una pila de sus novelas preferidas y se limitaba a releer párrafos sueltos; intentaba buscar entre sus páginas quién había sido él al adentrarse en esas historias décadas atrás. En ocasiones se encontraba y, otras veces, no quedaba ni rastro: los años vividos se lo habían llevado todo por delante.

Suspiró, aburrido, tras dejar un libro a un lado. Y se estremeció. Ocurrió antes y no después de escuchar el ligero chasquido de la puerta al abrirse.

Luego..., luego la vio.

Allí, como si acaso fuese posible. Pensó que eso significaba que el final había llegado sin que se diese cuenta. Pero, entonces, ella se movió y hubo algo en su manera de mirarlo que le hizo entender que era real. Jane estaba allí, atrapada en el silencio.

—Joder. —Cedric tragó saliva—. Joder.

—Bonitas primeras palabras —dijo ella.

—¿Eres tú? —susurró—. Eres tú, sí...

Las lágrimas le nublaron la vista conforme ella daba un paso tras otro para acortar la distancia que los separaba. Llegó hasta la cama mientras él intentaba incorporarse con torpeza. Jane no dudó ni pidió permiso antes de acoger con la mano su mejilla, como si quisiese contener el rostro de Cedric en la concavidad de la palma. Había una profunda ternura en la caricia y una intimidad que se burlaba del paso del tiempo.

—Cedric. —Se le rompió la voz.

Se inclinó más hacia él y se fundieron en un abrazo tembloroso.

Los apretados capullos de rosas se abrieron en su cuello y volvió aquel aroma perdido. Tras un sollozo ahogado, Jane se apartó para mirarlo.

—Esto es rarísimo.

—Sí. Qué extraño.

—E improbable…

—Pero muy especial.

—Más. Inmejorable.

—Deberíamos poner fin a los adjetivos y, como sabemos que siempre he sido la más avispada de la relación… —Jane se rio al tiempo que se limpiaba las lágrimas—, lo haré yo. Así que aquí estamos. ¿Quién podría haberlo imaginado? Ven, dame la mano.

—¿Y cómo…? Oh, Margot.

—Las amigas así valen oro.

Maldita cabezota y maravillosa Margot, pensó Cedric sin dejar de sonreír, como si no pudiese no hacerlo. Porque sí, porque los dedos de Jane habían encontrado la forma de encajar entre los suyos, y no había vuelto a llover, y tenía delante a una mujer conocida y desconocida a la vez. Las huellas del tiempo habían arraigado en su rostro. Durante todos aquellos años, cuando pensaba en ella, veía a la joven de la que se había despedido en su casa de Marazion. En su mente, se había mantenido congelada como una fotografía dentro de un cajón. Pero ella había vivido y envejecido, que eran la misma cosa. Contempló fascinado sus manos entrelazadas, las arrugas y las manchas en las pieles que dibujaban esos caminos imprevistos que los habían conducido hasta ese preciso instante.

—Quiero levantarme… Quiero…

—De acuerdo, pero deja que te ayude.

—No. Ni se te ocurra, Jane. Eso sería…

—¿Realista? Margot me lo ha contado.

—¿Todo? —Cedric la miró a los ojos.

—Lo suficiente. —Una tristeza contenida sobrevolaba su sonrisa y él supo que era consciente de que se encontraba a las puertas del final. En lugar de lamentarse, agradeció no tener que hablar de ello—. También conocí a tu hijo. Tengo que decir que es bastante más amable y dulce que tú. Me pusieron al corriente.

—¿Destriparon bien mi vida?

—De maravilla. Tu matrimonio, el negocio, la familia, los viajes… —Jane ladeó la cabeza—. No ha estado nada mal, no te puedes quejar.

—Así que ahora te toca a ti.

—¿Qué te gustaría saber?

Cedric no tuvo que pensarlo.

—¿Lograste ser feliz?

Emocionada, Jane asintió.

—Tuve una vida tranquila. Christopher estuvo a mi lado hasta

que falleció. Tenía a Sarah. Y a Lili. Y cumplí mis sueños. Te hice caso: volví a la universidad.

—¿Y valió la pena? —La miró con ternura.

—Fue la mejor decisión de mi vida. Trabajé dando clases de Matemáticas en un instituto hasta que me jubilé. Lloré horrores en la fiesta de despedida.

—Ojalá hubiese estado allí para verlo.

—Estabas, Cedric. Tú siempre estabas.

Todavía sostenía su mano; se la llevó a la altura del corazón. Se miraron llenos de anhelo y nostalgia. Cedric pudo ver en sus ojos todo lo que habían vivido y también lo que no, las posibilidades perdidas. Ella tenía las mejillas hundidas y los labios más finos. Pensó que era profundamente bella, como lo son los objetos que guardan una historia y tienen marcas y arañazos. Dentro de Jane, habitaba parte de su vida.

Cedric intentaba no derrumbarse. Le dijo:

—No nos queda mucho tiempo.

—Aprovechemos cada instante.

Cedric asintió con aire pensativo.

—¿Te gustan las calculadoras?

—Sí. —Lo miró confundida.

—¿Quieres ver mi colección?

—Coleccionas calculadoras...

—Diles que me traigan la silla de ruedas. —Cedric se impacientó e hizo un esfuerzo por levantarse—. Llevo décadas soñando con enseñártelas.

—Ten cuidado. Podemos esperar un poco más...

—No estoy seguro —dijo él con tozudez.

Jane sonrió y negó con la cabeza.

—Hay cosas que no cambian.

Cedric Stone. Últimas directrices

Edimburgo, Escocia, 1996

Margot resopló al mirar su reloj de pulsera y ver que llegaba diez minutos tarde. Cuando Helen le abrió la puerta, fue directa hacia las escaleras, que subió jadeando. No había nadie en el pequeño salón ni en el pasillo, pero se oían voces que provenían de la habitación de Cedric. Imaginó que estaría con Jane. Desde que había llegado a la ciudad una semana atrás, pasaban juntos cada minuto del día. En ocasiones, tan solo permanecían sumidos en un silencio plácido. Otras veces, Jane le leía al atardecer y sus risas se alzaban de pronto quién sabe por qué, o se regalaban alguna caricia sencilla e íntima.

Al entrar, se sorprendió al ver a tantas personas en la habitación. Había dos hombres vestidos con traje; uno de ellos sostenía una carpeta en la mano y tenía un poblado bigote. Alguien había llevado hasta allí unas cuantas sillas del salón y Galia, Blair y Jane estaban sentadas. Más allá, junto al marco de la ventana, Graham contemplaba a su padre mientras este se ponía las gafas y asentía tras oír lo que uno de los hombres le decía al oído. Cuando Cedric se fijó en ella, su mirada se iluminó.

—Te estábamos esperando, Margot.

—¿A mí? —vaciló, algo confundida.

—Sí. Ven, querida. —Galia señaló la silla libre que había a su lado, y ella obedeció y se sentó, sin saber de qué iba todo aquello.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

—He hecho cambios en mi testamento.

Incómoda y aturullada, Margot se levantó.

—Puedo volver en un rato…

—Siéntate —ordenó Cedric, y luego le echó un vistazo a uno de los documentos que le tendían. Ella dedujo que aquellos eran su abogado y el notario.

—Ya está todo claro —dijo uno de ellos.

—Sí. —Cedric se quitó las gafas y las dejó en la mesilla antes de levantar la vista para mirar a los allí presentes—. La mayoría de vosotros ya sabíais que tenía intención de hacer unas leves modificaciones en mi testamento, así que no me andaré con rodeos. La cuenta de ahorros principal y los fondos de inversión se repartirán a partes iguales entre mis hijos. Blair, a ti te dejo algo valioso: la casa

donde crecí en Marazion. Hace muchos años que nadie la usa, pero estoy convencido de que restaurarla será todo un reto para ti y desearía que pudieses pasar allí veranos inolvidables cerca del mar y, sobre todo, lejos del trabajo y del ruido de la ciudad. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Blair tomó aire y se llevó las manos a la cabeza en busca de algo, como si sintiese el impulso de ponerse las gafas de sol. Luego, las dejó caer y dijo:

—Sí, papá. Lo haré. Gracias.

—Galia, querida, sé que nuestros caminos se separaron hace tiempo, pero quiero que sea tuya una parte de las acciones de la empresa. Y también esta casa.

—Cedric… —Se inclinó y lo cogió de la mano.

—Por favor, cambia las cortinas. Son horribles.

—Eres incorregible. —Se limpió las mejillas con un pañuelo floreado y sacudió la cabeza—. Está bien, está bien. Cambiaré las dichosas cortinas.

—Graham, hijo, acércate.

Él obedeció con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Margot pensó que eran dos tiempos mirándose a los ojos, el pasado y el presente.

—La empresa es tuya.

—Pero papá…

—Lo es. Nadie la conoce como tú. Sé que estarás a la altura y confío en el plan que has trazado. Cuídala. Cuida todo lo que tienes ahora.

Graham asintió emocionado y la miró a ella.

—Mi maravillosa e inesperada Margot… —dijo de forma cariñosa—. Voy a darte tres cosas. En primer lugar, creo que ya va siendo hora de que la suerte te sonría, así que te regalo mi anillo; me consta que es un amuleto infalible. También te dejo el contenido de mi cuenta corriente; sé que sabrás administrar debidamente ese dinero. Y, por último, te cedo los diarios de mi hermana y las cartas perdidas; a nadie le gustan tanto las historias como a ti. Quizá, incluso consigas que algunas lleguen a su destino.

—Yo no puedo…, no puedo aceptarlo…

Margot notó las lágrimas calientes en sus mejillas antes de darse cuenta de que estaba llorando, como si la causa y el efecto se hubiesen invertido. Con la mano, Cedric le pidió que se acercase y ella lo hizo, aunque le temblaban las piernas. Se sentó junto a él en la cama, como había hecho tantas otras veces mientras lloraban o reían o se ponían insoportablemente intensos hablando de la vida y la muerte.

—¿Vas a truncar los deseos de un viejo moribundo?

—Es que no puedo. Lo siento mucho, Cedric.

—Nunca me trajiste ron ni metanfetamina ni…

—¡Cedric! —lo regañó Galia.

—No puedo —repitió Margot.

—Tú me lo has dado todo, y no estoy hablando solo de que fueses a buscar a Jane, sino de tu amistad sincera cuando ya no esperaba que la vida me sorprendiese. Estaba tan aburrido…

—El anillo de la familia…

—Acéptalo. Te lo ruego.

—No me merezco tanto.

—¿Quién va a merecerlo si no eres tú? En una ocasión me hablaste de alas, ¿recuerdas? Yo te cedo las mías para que puedas volar por tu cuenta. —Lo abrazó e intentó no derrumbarse cuando Cedric le limpió las mejillas con dulzura—. Y, ahora, si no te importa, iremos al último punto. Para eso, necesito que empieces a cumplir con tu cometido. —Cogió de la mesilla un sobre que había sobre los papeles—. ¿Podrías, por favor, darle esta carta a su destinataria?

Margot sonrió. Se acercó hasta Jane, que recibió la carta con las manos temblorosas y, cuando miró a Cedric, lo hizo con un afecto perenne.

La carta llegó cincuenta años tarde.

Pero llegó.

Cedric, Jane y un libro

Edimburgo, Escocia, 1996

Esa mañana, Jane apareció en la habitación con varios rosales en macetas. Cuando Cedric le preguntó qué estaba haciendo, al verla abrir la ventana, ella lo miró como si fuese bobo y le contestó:

—Te dije que tendríamos muchas rosas de colores. Me encanta esta flor. Me encanta —repitió mientras las colocaba una a una en el alféizar. Después, se entretuvo quitándoles las hojitas más secas y las regó con un vaso.

Al acabar, se sentó a su lado en la cama.

—Oye, Jane, tú que eres tan lista...

—Dime. —Le sonrió con ternura.

—¿Ya ha pasado toda una vida?

—Sí, así es. —Apretó su mano.

—Parece imposible. Yo ayer..., ayer estaba en casa con mi madre y probé el tabaco por primera vez y le enseñé a John cómo tenía que golpear los troncos con el hacha para partirlos. Y luego me bañé en el mar y me daba igual que el agua estuviese helada, porque entonces era una cosa irrelevante.

Jane asintió con los ojos empañados.

—Yo tenía un bebé y le daba de mamar, ¿qué te parece? Lo recuerdo como si ocurriese el martes. Y caminaba cada día hasta el trabajo, me encantaba el tacto de la tiza cuando escribía en la pizarra. Y, no mucho más atrás, la semana pasada, conocí a un chico encantador.

—Seguro que él se quedó prendado de ti.

—¿Tú crees? Era un poco reservado...

—Contigo no lo creo —dijo Cedric.

—Y le gustaba leer. Mira, justo como a ti. Qué casualidad. Veamos... —Con una sonrisa, Jane cogió uno de los libros que dormían en la mesilla—. *Al filo de la navaja,* de Somerset Maugham. Maravillosa novela.

—¿Me leerías un rato?

Se acomodó mejor junto a él y pasó un par de páginas hasta que llegó al primer capítulo. Allí estaban, los dos juntos, con sus rosales en las ventanas. Ella empezó:

—«Nunca he dado principio a una novela con tanto recelo. Si la

llamo novela es únicamente porque no sé qué otro nombre darle. Su valor anecdótico es escaso, y no acaba ni en muerte ni en boda. La muerte todo lo termina, y es, por lo tanto, adecuado final de cualquier narración».

Todos. El final

Edimburgo, Escocia, 1996

Graham se apoyó en la pared del pasillo y se inclinó hacia abajo. Tomó aire. Cuando volvió a alzarse, Margot estaba delante de él, aunque la veía un poco borrosa, como si tuviese la cabeza metida debajo del agua. Ella posó la mano en su mejilla.

—Vuelve dentro, Graham.

—¿Han llamado al médico?

—Sí. Ya estará de camino.

—Deberían haber avisado antes.

—Todo…, todo está bajo control.

Graham respiró bruscamente.

—No quiero que se vaya.

—Lo sé. Pero mírame…

—Mierda —gimió.

—Te arrepentirás si no entras en la habitación. Hazlo, Graham. Ve con él. Háblale y cógele la mano como lo están haciendo ellas. Seguro que te siente.

Él asintió e intentó serenarse.

—¿Me acompañas, Margot?

—Claro. Estaré a tu lado.

La puerta se abrió y se cerró.

Cedric. Adiós, adiós

Edimburgo, Escocia, 1996

¿Qué es lo último en lo que una persona piensa de forma consciente antes de morir? Los recuerdos llegan a Cedric a ráfagas, desordenados, caóticos, como si la cómoda de su vida, con todos esos cajoncitos que ha mantenido cerrados, se hubiese caído al suelo tras un terremoto. Está la mirada afilada de Jane, que tiene números enredados en el pelo. John se ríe, qué sonido, qué sonido, es una risa que cae como los racimos de las glicinas, y sostiene el tirachinas en la mano y lo mira como diciéndole: «Ven a jugar conmigo». Cedric quiere hacerlo. Quiere volver a ser niño, que la vida sea ligera, que su madre lo arrulle y su padre le enseñe a hacer un nudo palomar. Sostiene una ciruela en la mano y se siente abrumado ante esa perfección que desea morder. Luego, tiene a su hijo en brazos, ¿o es él quien lo coge de la mano y le susurra algo al oído? No está seguro. Ni siquiera es capaz de distinguir si está en Francia bajo el fuego enemigo, en Londres, en Cornualles o en Edimburgo. Y todo se mezcla, el presente y el pasado. Salta de 1929 a 1939, de 1948 a 1996. Una fuerza arrolladora tira de él. Y la verdad es que está cansado, muy cansado. No quiere resistirse más. Desea flotar como si se encontrase en el útero materno. La luz se vuelve difusa, dorada, los colores se atenúan, el dolor es suave como el lomo de un gato, su corazón late cada vez más despacio, los pulmones se vacían. El último olor que percibe es el aroma de las rosas. Después, cae en la nada. Y se sucede un intercambio justo: la muerte lo encuentra a él y él encuentra la paz.

Un bocado del futuro

Edimburgo, Escocia, 2001

Los resoplidos de Peter se redujeron antes de que entrase a estudiar en la Universidad de Glasgow; llamaba casi a diario e iba a casa los fines de semana, tenía un puñado de buenos amigos y, si deseaba relajarse, montaba maquetas de aviones. Seguía manteniendo el contacto con Niko, que bailaba en el Teatro Festival de Edimburgo. Clash falleció un día de primavera, acompañado hasta el último aliento perruno por su familia humana. Y el interés de Anna por la danza fue disminuyendo conforme aumentó su pasión por el teatro; a los catorce años se apuntó al club del instituto. Continuaba haciendo preguntas raras («¿Cómo sabemos que no estamos dentro de un videojuego y unos extraterrestres nos controlan para divertirse a nuestra costa?»). Margot retomó sus estudios y, con ayuda de Eleanor, desarrolló un programa de voluntariado que años más tarde logró implementar en varios centros y hospitales cuyo lema era: «La conversación como medicina complementaria». Consistía en que personas con ganas de escuchar visitasen a pacientes que quisieran compañía. De ahí surgieron confesiones, risas, llantos, alguna que otra disputa y, en resumen, amistades tanto fugaces como duraderas. Margot sabía que no cambiaría el mundo, pero sí consiguió que algunas personas se sintiesen menos solas. Como Cedric bien le había hecho saber, las palabras calman, sanan y pueden contener chispazos de luz, como una tira de guirnaldas en mitad de una noche de verano. Igual que el amor. El amor como gasolina. Ella no sabía explicar por qué, pero la felicidad tenía que ver con ese momento a última hora del día, cuando entraba en el salón y Graham estaba allí, con su vaso de leche y papeles del trabajo sobre la mesa. Margot siempre se tomaba unos segundos para saborear la escena antes de acercarse, acurrucarse junto a él y suspirar hondo. Entonces, él sonreía, la abrazaba y le preguntaba qué tal había ido el día. Graham no se había evaporado ni convertido en un río. Era maravillosamente sólido.

El cajón de la cocina seguía sin cerrarse. Y estaba bien así.

Quedará el amor

En todas partes, siempre

Si el tiempo no discurriese sin interrupción hacia delante, si pudiésemos saltar atrás y volver a casillas ya conocidas como en un tablero de juego, ellos regresarían una y otra vez a ese instante. Se encontrarían, la arena les haría cosquillas bajo los pies, tendrían veinte, cuarenta, sesenta, ochenta años y él le preguntaría: «¿Y ahora qué?». Y ella, con la boca llena de risa, contestaría: «Sigamos viviendo con los ojos cerrados, que siempre quedará el amor».

FIN

Agradecimientos

Terminé el primer borrador de esta historia hace cinco años y, luego, dos años más tarde, cambié una parte relevante de la trama, pero seguía sin fluir de la manera adecuada y se quedó en el cajón unos pocos años más. Cuando la revisé en 2023 con la intención de sacarla a la luz, entendí el peso del implacable paso del tiempo sobre cada uno de nosotros. Yo había cambiado. La novela no. Así que pensé que a la tercera tenía que ir la vencida y decidí empezarla desde el principio. Verlo todo más claro no es solo cuestión de encender luces, sino de variar la perspectiva. No habría podido hacerlo sin la confianza de la editorial.

Detrás de esta novela hay muchas personas llenas de talento. A veces me da por imaginarlas escondidas entre las páginas: Lola por la 34, Raquel en la 48, Belén en la 89. Un poco más allá, Laia entre dos párrafos de la 93, Lolita por la 156, Isa en la 197, Laura en la 255 y Silvia saltando de la 299 a la 300. Pablo habita en la última palabra de la historia, sin duda. Y el resto del equipo es una estantería, por lo que no puedo sentirme más agradecida.

Me gustaría resaltar la ayuda de Abril, que me acompaña desde hace años, en lo profesional y lo personal, y sería capaz de adivinar con los ojos cerrados por qué he escrito cada frase y en qué he flaqueado.

Los acertijos que Jane le manda a Cedric en las cartas son populares y me he apoyado en numerosas novelas, ensayos y artículos para desarrollar lo mejor posible el contexto de esta historia, pero cualquier error o licencia en la documentación es mío.

A los lectores, que son los que nos cosen alas a los que escribimos puntada a puntada con cada recomendación. A los amigos y amigas de letras con los que comparto charlas, dudas, viajes y locuras; siempre me acusan de ser demasiado selectiva, pero si el resultado es la gente que tengo a mi lado creo que lo estoy haciendo bastante bien. A mi padre, que me descubrió casi todo lo que sé sobre literatura y música para que, años más tarde, pudiese tirar de ese hilo. A mi madre, porque sé que esta novela es su preferida. A mis hijos, a los que he robado comentarios y preguntas con los que me ametrallan a diario; sois la mejor historia que he hecho jamás (incluso cuando contáis en

el coche hasta mil doscientos sesenta y cuatro). A Juan, que entiende que no pasa nada si un cajón no cierra bien.

Y a ti, que tienes este libro en tus manos.

Que siempre nos quede el amor.

Quedará el amor
Alice Kellen

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29337-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta